

1, 1931) ha enseñado
la contemporánea en las
Valencia i Autónoma de
dirige al Institut
de Vicens i Vives de la
de Barcelona, de la que es
nómica. Entre sus obras
monarquía absoluta 1814-
la del Antiguo Régimen
después del fin de la his-
ante el espejo (Crítica,
el pasado y proyecto

Prof. ANGEL RICCI
VICEDIRECTOR
E.E.M. Nº 3 - MERLO

Introducción al estudio de la historia

Josep Fontana

nuevos instrumentos universitarios



Textos del Rojas

CRÍTICA
Barcelona

ÍNDICE

<i>Presentación</i>	13
1. El escenario de la historia	15
1.1. Las bases físicas de la vida	15
1.2. La máquina planetaria: vientos y corrientes	19
1.3. El mar y el hombre	22
1.4. El clima y la historia.	25
1.5. El clima y el futuro de la humanidad	30
1.6. Historia y ecología	34
1.7. Los mapas y el descubrimiento del mundo	36
<i>Lecturas recomendadas</i>	42
2. El número de los hombres: vida, subsistencia y muerte de los seres humanos	43
2.1. El número de los hombres	43
2.2. Nacimiento y fertilidad	49
2.3. Matrimonio y familia	54
2.4. La muerte "ordinaria".	59
2.5. La muerte extraordinaria	65
2.6. La dinámica de la población	71
2.7. La población, problema actual	76
Complemento: ¿Cómo se calcula una tasa de crecimiento?	81
<i>Lecturas recomendadas</i>	82
3. Las formas de subsistencia: I. La agricultura	85
3.1. La agricultura en la historia humana	85
3.2. El origen de la agricultura	90

*This is the city and I am one of the citizens.
Whatever interests the rest interests me, politics, wars, newspapers, schools,
The mayor and councils, banks, tariffs, steamships, factories,
stocks, stores, real estate and personal estate.*

Esta es la ciudad y yo soy uno de los ciudadanos,
todo lo que interesa a los otros me interesa a mí: política,
guerras, mercados, diarios, escuelas, el alcalde
y el ayuntamiento, bancos, aranceles, barcos, fábricas,
almacenes, bienes muebles e inmuebles.

WALT WHITMAN, «Song of myself»

sin la autorización escrita de los
las sanciones establecidas en las leyes. La
de esta obra por cualquier medio o
de la reprografía y el tratamiento
de ejemplares de ella mediante alquiler

Madrid

Barcelona

Barcelona

Barcelona

Barcelona

Barcelona

11.5. La persecución de la brujería	291
11.6. La invención de la cortesía	293
11.7. La pérdida de la autonomía cultural	295
11.8. Cultura popular, cultura de masas	296
<i>Lecturas recomendadas</i>	299

<i>Unas palabras finales</i>	301
--	-----

Índice alfabético	307
-----------------------------	-----

PRESENTACIÓN

Este libro no es un manual de historia en el sentido habitual. Difiere de los manuales en más de un aspecto. Por un lado, no trata de hacer una síntesis de la historia del mundo, o de Europa o de España, que resuma los acontecimientos más importantes ordenados cronológicamente, desde la prehistoria hasta nuestros días. Los temas que se examinan no están ordenados del más antiguo al más moderno, sino, de algún modo, del más sencillo al más complejo.

Tampoco cae dentro de alguna de las divisiones habituales que llevan a que se clasifique la historia como política, económica, cultural o de cualquier otro tipo. No pertenece a ninguna de estas especializaciones. Entre los temas que se tratan en él los hay que son predominantemente políticos, otros que se podrían definir como económicos o que se refieren al mundo de la cultura considerado en un sentido muy amplio. Y hay temas de lo que ahora se llama historia ecológica o de historia demográfica. De hecho, lo más normal es que dentro de cualquiera de estos temas se mezclen aspectos políticos, económicos, sociales y culturales.

El criterio temático que se ha adoptado para confeccionar este libro ha sido el de escoger algunos de los grandes problemas que afectan a los hombres y las mujeres que viven en sociedad, que son el sujeto de que se ocupa la historia. Problemas del pasado y del presente, y previsiblemente de un futuro al menos inmediato, que se consideran aquí en una perspectiva temporal, evolutiva, que es la propia de la historia. Se abordará, por tanto, cualquiera de estas grandes cuestiones de una forma global y se analizará en su evolución, no para hacer un estudio completo de ella, desde los orígenes hasta hoy, sino para mostrar de qué modo el análisis histórico puede ayudarnos a entender los problemas humanos fundamentales.

3.3.	La nueva agricultura medieval	97
3.4.	La «primera» revolución agrícola moderna	100
3.5.	La «segunda revolución»: la aparición de una agricultura comercializada	103
3.6.	El fracaso del «capitalismo agrario».	106
3.7.	La agricultura y el futuro de la humanidad.	110
	<i>Lecturas recomendadas</i>	112
4.	Las formas de subsistencia: II. Tráficos y mercados	113
4.1.	Comercio y navegación en los tiempos antiguos	114
4.2.	La construcción de un mercado europeo	117
4.3.	Asia y África en el comercio intercontinental	123
4.4.	La construcción de un mercado mundial	129
4.5.	La formación de los mercados nacionales	133
4.6.	La reorientación del comercio mundial	136
	<i>Lecturas recomendadas</i>	140
5.	Las formas de subsistencia: III. Industria y desarrollo	143
5.1.	El crecimiento económico en el pasado	144
5.2.	La industria antes de la industrialización	148
5.3.	La revolución industrial	152
5.4.	La expansión de la industrialización moderna	158
5.5.	Industrialización y desarrollo	161
	<i>Lecturas recomendadas</i>	165
6.	Las formas de organización colectiva: I. La sociedad	167
6.1.	Sexo, género y familia: la historia de la mujer	167
6.2.	Raza y esclavitud	174
6.3.	Castas, estamentos y clases	183
	<i>Lecturas recomendadas</i>	190
7.	Las formas de organización colectiva: II. Estado y nación	193
7.1.	Orígenes del estado	193
7.2.	La formación del estado moderno	198
7.3.	La nación	203
7.4.	El estado-nación	206
7.5.	Imperios y colonias	211
7.6.	Apogeo y crisis del estado	214
	<i>Lecturas recomendadas</i>	215

8.	Los fundamentos de la política: violencia y poder	217
8.1.	El origen de la guerra	217
8.2.	La guerra de los caballeros	218
8.3.	La "revolución militar"	219
8.4.	Las guerras nacionales y mundiales	223
8.5.	Las cuentas de la guerra	225
8.6.	La criminalización de la sociedad	226
8.7.	El sistema penal del Antiguo Régimen	229
8.8.	La pena de muerte	231
8.9.	"Clases peligrosas" y policía	233
8.10.	Las nuevas formas de la represión	235
	<i>Lecturas recomendadas</i>	236
9.	Las ideas: I. Creencias y religiones	239
9.1.	Las grandes religiones de Oriente	240
9.2.	Las religiones de la antigüedad clásica	243
9.3.	Las religiones de la salvación	244
9.4.	El cristianismo	246
9.5.	Reformas y disidencias	250
9.6.	El islam	252
	<i>Lecturas recomendadas</i>	256
10.	Las ideas: II. Cultura, civilización y ciencia	259
10.1.	La transmisión de la cultura: la escritura y el libro	261
10.2.	La evolución de la ciencia.	263
10.3.	El nacimiento de la ciencia moderna.	265
10.4.	Pensamiento crítico e Ilustración	267
10.5.	Ascenso y crisis de la nueva ciencia.	270
10.6.	Las artes y el mundo moderno	271
10.7.	El romanticismo	273
10.8.	El arte de vanguardia del siglo xx	277
	<i>Lecturas recomendadas</i>	282
11.	Las ideas: III. Cultura popular, cultura alternativa	285
11.1.	Cultura popular y cultura cortesana	286
11.2.	La función de la cultura popular medieval	287
11.3.	Tradición popular y literatura culta	289
11.4.	El combate contra la cultura popular.	290

Se podría decir que más que una introducción a la historia o al método histórico, entendido como el que enseña las formas de trabajo de los historiadores, éste es un libro que quiere estimular la práctica de lo que Pierre Vilar llama «pensar históricamente». Su propósito es ayudar a combatir los tópicos y prejuicios históricos que obstaculizan la comprensión del mundo en que vivimos: estimular a pensar la historia y el mundo, personalmente, críticamente.

1

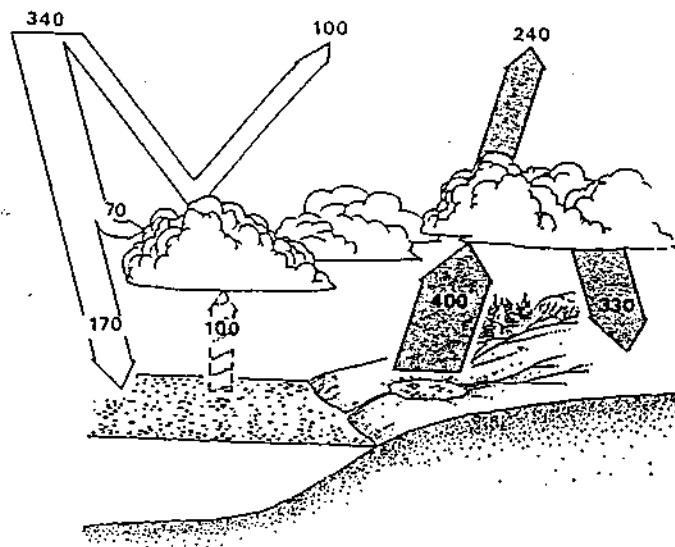
EL ESCENARIO DE LA HISTORIA

El escenario de la historia es el escenario de la actividad humana: el medio físico en que se desarrolla la vida de los hombres y las mujeres. Su estudio entraña un doble enfoque: el de las relaciones del hombre con el medio que le rodea y el de la localización de sus actividades. Antes los historiadores sólo acostumbraban a ocuparse de lo que se refiere a la distribución en el espacio: de la «geografía histórica». En los últimos años, sin embargo, han aprendido a ver la importancia de la relación cambiante del hombre con el medio natural que le rodea.

1.1. LAS BASES FÍSICAS DE LA VIDA

El punto de partida del estudio de la relación del hombre con el medio es la consideración de la dinámica de la vida. Toda la energía utilizada por los seres vivos procede en última instancia del Sol. Como se puede ver en el gráfico (figura 1.1), la mayor parte de la energía que nuestro planeta recibe por la radiación solar retorna reflejada al espacio en forma de luz o de calor. Una parte de esta energía calienta la tierra y los mares, y es absorbida y transformada por las plantas; otra parte es retenida en la atmósfera por la presencia de nubes y, sobre todo, de gases que la absorben, como el dióxido de carbono.

Podemos ver, en la figura 1.2, cómo se produce el aprovechamiento de la energía por la materia viva, representada como un ecosistema con diversos niveles tróficos (o sea, de alimentación). La energía solar recibida —unas 3.000 kcal por m² y día— se refleja en una gran proporción; pero las plantas absorben una parte de la misma por medio de la fotosíntesis (un proceso por el que el



1. Balance de los cambios de energía entre la atmósfera y la superficie: flechas blancas, radiación solar; grises, radiación emitida; rayada, calor (de Duplessy, *Temporal sobre el planeta*, Ed. Acento, 1993).

El agua tomada del suelo por las raíces y el dióxido de carbono presente en el aire se transforman en un azúcar y oxígeno, gracias a la energía solar captada por la clorofila. Las plantas forman el primer nivel trófico, que se denomina de los autótrofos porque se alimentan por ellas mismas sin tener que consumir lo que producen los otros niveles del ecosistema, que denominamos heterótrofos porque dependen en última instancia de las plantas para alimentarse.

De acuerdo con la segunda ley de la termodinámica, en cada paso que se hace de un nivel trófico a otro una parte de la energía se degrada en forma de calor que se irradia al espacio y que el ecosistema pierde: es lo que se denomina «respiración». La pérdida de las plantas, del primer nivel trófico, está representada en el gráfico (figura 1.2) por R_1 . De la energía recibida en una superficie cubierta de vegetación sólo una parte muy pequeña —alrededor de un 2 por ciento del total— es utilizada por las plantas en la fotosíntesis; pero es de esta pequeña parte de la que depende precisamente toda la cadena de la vida.

El segundo nivel trófico, el de los animales herbívoros (que se alimentan exclusivamente de plantas), recibe sólo la pequeña cantidad de energía sintetizada por los vegetales. En el paso del pri-

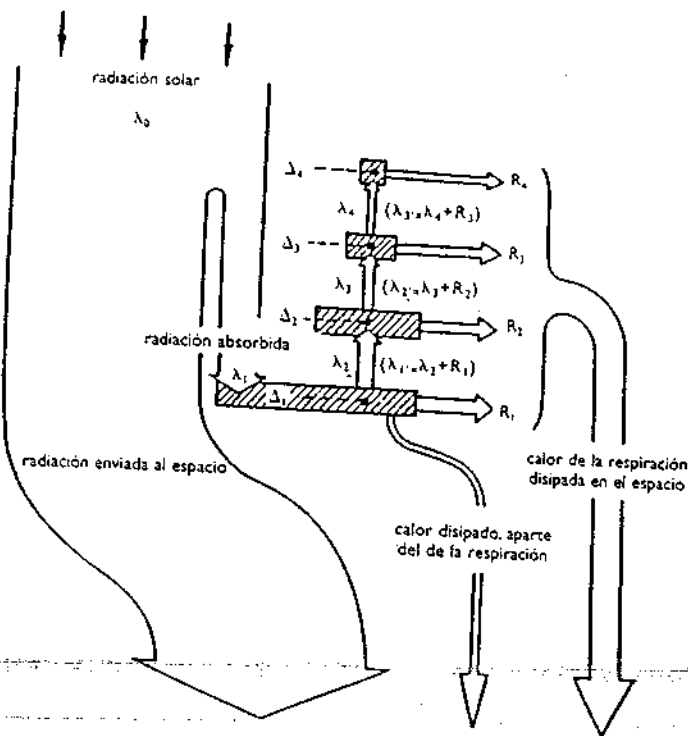


Figura 1.2. De Jean Paul Délécluse, *Historia de la ecología*, Barcelona, p. 143.

mer al segundo nivel, como en el del segundo al tercero (el de los animales carnívoros que se nutren de animales herbívoros) y el del tercero al cuarto (el de los animales carnívoros que se nutren de otros carnívoros), hay pérdidas como consecuencia de la energía que los animales consumen para buscar alimento (los herbívoros desplazándose para pastar, los carnívoros, para cazar) y, si son de sangre caliente, para mantener la temperatura del cuerpo.

Tenemos, pues, unas pérdidas sucesivas por «respiración», o sea por radiación de calor, además de la que representan aquellas partes de los seres vivos que no son asimiladas por los que los devoran, sino que quedan como detritus que son utilizados por unos organismos especializados, los descomponedores, que tienen una importancia esencial porque devuelven al ciclo de la vida una serie de sustancias minerales que de otro modo se perderían.

Es fácil darse cuenta de que cada piso en ascenso, cada nivel trófico, tiene una posibilidad de mantenimiento de la biomasa

—del volumen total de materia viva, representado en el gráfico por los rectángulos de superficie rayada— cada vez menor e implica un aprovechamiento cada vez más reducido de la energía solar recibida.

En una representación elemental, λ_0 es la radiación solar, λ_1 la parte aprovechada por la fotosíntesis, de la cual hay que descontar R_1 —la respiración en este nivel— para obtener λ_2 , que es la parte máxima que podrá absorber el segundo nivel trófico con la ingestión de las plantas. Si a λ_2 le restamos ahora R_2 —la respiración de este nivel— tendremos λ_3 , que es lo que puede absorber el tercer nivel (el de los carnívoros que comen herbívoros), del que habría que restar R_3 , su respiración, para obtener λ_4 , que es lo que llegaría a los carnívoros que se alimentaran de otros carnívoros, los cuales sólo aprovecharían para formar su biomasa lo que quedara después de deducir su propia respiración. En cada uno de estos pasos hay una pérdida considerable de energía.

Detengámonos un momento a considerar en cuál de los niveles tróficos se situaría el hombre. ¿Qué es, un herbívoro o un carnívoro? Desde un punto de vista natural es fundamentalmente un carnívoro —al principio de su historia quizá era más bien un carroñero que un cazador—* que completa su alimentación comiendo frutas, un alimento vegetal que puede asimilar directamente, a diferencia de lo que le sucede con la mayor parte de las hierbas y las hojas, que no puede digerir y que le provocarían problemas intestinales. Sin embargo, el hombre ha conseguido extender su alimentación vegetal gracias a la cocción, que le permite asimilar alimentos que de otro modo le resultarían indigestibles e incluso venenosos: no se puede alimentar con el grano del trigo, como hacen muchos animales, o con patatas o con mandiocas crudas, pero sabe hacer pan de trigo y cocer las patatas y la mandioca.

La gran diferencia alimentaria que existe entre un hombre y un gorila, para poner un ejemplo, es que el gorila puede alimentarse de hojas y hierbas, lo cual le permite aprovechar ampliamente la energía acumulada por la fotosíntesis en su entorno, mientras que el hombre sólo puede comer directamente los frutos y un número muy reducido de otros elementos vegetales. Se ha calculado que un hombre para sobrevivir alimentándose naturalmente necesitaría un espacio diez veces más grande que el que sería necesario para un gorila. De ahí el gran avance que ha significado para los humanos la invención de la ganadería, que permite la utilización de unos animales herbívoros (ovejas, vacas, conejos, etc.) que pueden asimilar alimentos vegetales que el hombre no puede utilizar

Algunos han comprobado que los animales que se alimentan de alimentos humanos no tienen inconveniente a las mejorías, y en algunos se ha observado que los utensilios que se sobrepone a las de un carnívoro que había co-

directamente, pero sí indirectamente, consumiendo la carne y la leche de éstos. Lo que resulta una aberración es que alimentemos al ganado con cereales que podríamos consumir directamente, como se hace hoy en muchos casos (un 37 por ciento de la cosecha mundial de cereales se destina al consumo animal), ya que de esta forma perdemos una gran cantidad de potencial de nutrición humana por el gusto de obtener una comida más refinada, en forma de carne. Lo cual viene a demostrar nuestra vocación de carnívoros.*

1.2. LA MÁQUINA PLANETARIA: VIENTOS Y CORRIENTES

El sol tiene otros efectos sobre la vida, además de proporcionarle energía. El más importante es el mantenimiento de unas temperaturas adecuadas para los seres vivos: un fenómeno en el que tienen parte esencial las corrientes del mar y los vientos, que determinan en buena medida las diferencias climáticas.

El agua de los mares y los vientos atmosféricos tienen unas grandes circulaciones determinadas por la rotación del planeta (podríamos decir que «se atrasan» con respecto a la rotación de la masa sólida, como consecuencia de la llamada «fuerza de Coriolis») y presentan giros regulares que van en el sentido de las agujas del reloj al norte y en sentido contrario al sur. La figura 1.3 muestra cómo los alisios soplan del paralelo 30 hacia el ecuador (tanto en el sur como en el norte) y los contraalisios lo hacen en sentido contrario. Los mapas de las corrientes marítimas del Atlántico y del Pacífico (figura 1.4) permiten ver que hay una rotación paralela del agua de mar en la superficie. Se entiende así que en la época de la navegación a vela fuera posible dar el salto transoceánico aprovechando las circulaciones de los vientos y las corrientes. Sólo se podía llegar de Europa a América llevado por los alisios, por una ruta que fuera hacia el sur, tocando las Canarias, y que llevaba necesariamente a las Antillas (es la ruta del viaje de Colón); y de América a Europa sólo se podía volver subiendo más al norte para tomar la corriente del Golfo y aprovechar los contraalisios que soplan de oeste a este.

En el océano Índico, en cambio, estos vientos son menos importantes porque la presencia de la gran masa montañosa del Himalaya determina otro tipo de vientos dominantes, los monzones, que no son constantes como los alisios, sino que tienen una fluctuación estacional: soplan de norte a sur durante el invierno (y en

* Es cierto que hay seres vegetarianos, pero es que unas características que definen la comida es precisamente su capacidad de sobreponerse a su vocación vegetariana es «antinatural» —lo cual no que lo sea en sentido «humano» siempre ha sido socialmente vegetarianos eran los vegetales, los de Prisciliano como herejes—, y muchos quistas; es decir gente mal sociedad respetable (por para no sobrevalorar este d. recordar que también lo erler).

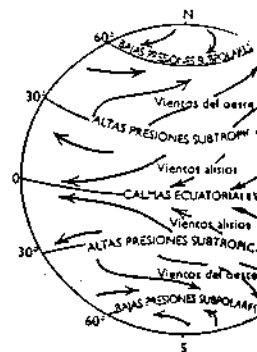


Figura 1.3.

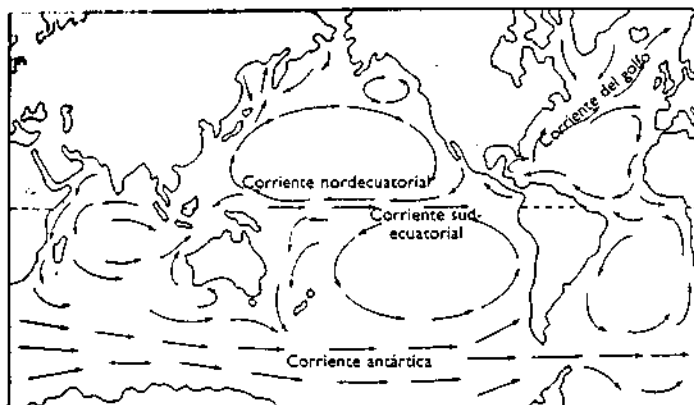


Figura 1.4.

Las razones de la circulación estacional-monzónica son fáciles de entender: en verano el continente está más caliente que el mar, el aire que se encuentra sobre las tierras se eleva y es reemplazado por el más frío que viene del mar; en invierno, por el contrario, el mar conserva el calor y el aire que hay encima suyo se eleva y los vientos soplan desde las heladas montañas del Himalaya.

estos meses las embarcaciones de vela que venían del sur no podían entrar en los puertos de la India) y de sur a norte durante los tres meses de verano (y entonces las embarcaciones no podían salir).² Las flotas portuguesas que iban a la India salían de Lisboa el mes de marzo y llegaban a Goa hacia septiembre, aprovechando los vientos de verano. Permanecían allí hasta enero o febrero y salían de Goa cuando soplaban los vientos del norte, para llegar a Lisboa en agosto o en septiembre: habían pasado un año en el mar y un año y medio en el viaje completo.

Hemos visto que las corrientes superficiales del agua del mar circulan en el mismo sentido que los vientos: en el de las agujas del reloj al norte e inversamente en el sur. El agua caliente de los trópicos circula de este a oeste, en sentido contrario a la rotación de la Tierra, hasta que choca con un obstáculo. En un pasado remoto, el agua del Atlántico que se calienta frente a las costas de África corría hacia el Pacífico y hacia Asia hasta que, hace unos tres millones de años, se produjo un hecho extraordinario destinado a tener grandes consecuencias sobre la historia humana. Una serie de fenómenos geológicos crearon una lengua de tierra que unía América del Norte con la del Sur —lo que permitió que los animales terrestres cruzasen por este «camino de la pantera», y las aguas cálidas que antes circulaban de este a oeste se acumularon en el Caribe y presionaron con gran fuerza hacia el norte dando lugar a la corriente circular del Golfo que es la más potente del mundo. Esta corriente sube por la costa norteamericana hasta que encuentra la barrera submarina de los bancos de Terranova; el agua fría que viene del Polo Norte impide que la ca-

liente progrese más allá y la desvía hacia el este, en dirección a Europa. En la zona de contacto de estas dos grandes corrientes —desde Terranova hasta Islandia y las costas de Noruega— se localiza una de las zonas marinas biológicamente más fecundas del mundo, donde la pesca es muy rica.

La corriente del Golfo explica muchos aspectos de la benignidad climática de Europa que, gracias a sus aguas calientes, ha podido tener una temperatura más suave que la de otras zonas del planeta en la misma latitud. En el Paleolítico, por ejemplo, el límite de los hielos se encontraba más al norte en Europa que en América y los vientos cálidos le aseguraban una pluviosidad mayor (figura 1.5).

Pero el agua del mar no sólo circula por la superficie. Tiene otros recorridos en profundidad que permiten renovar el oxígeno y asegurar la vida. Esta circulación termohalina (figura 1.6), una

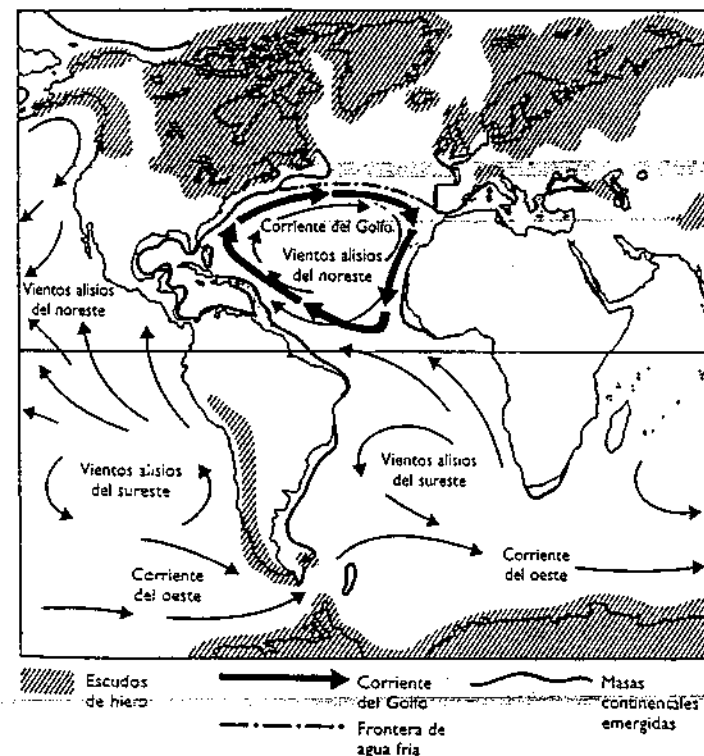
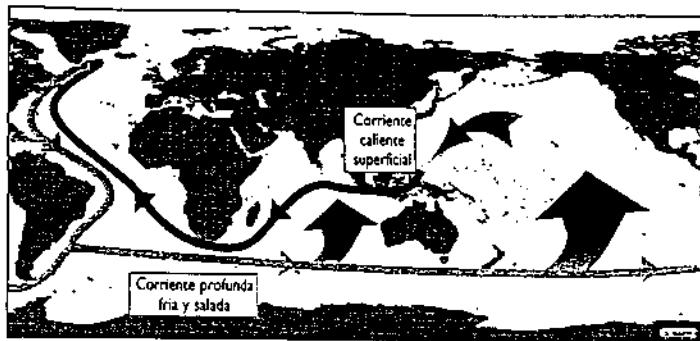


Figura 1.5. El hielo y la Corriente del Golfo durante la última glaciación.

La circulación
de Sylvie Jousseaume,
in *Le monde*, París, CNRS
(p. 83).



denominación que deriva de las palabras griegas que significan «calor» y «sal», tiene su origen en las diferencias de densidad producidas por la temperatura y la salinidad. El agua de la zona del Antártico tiene una mayor densidad porque, al helarse, el hielo desprende cerca del 70% de la sal que contiene y carga de salinidad las aguas del entorno de modo que éstas, al aumentar de peso, se hundén e inician una circulación en profundidad que será compensada por otras corrientes de agua menos densa (y más cálida) en sentido contrario. Esta circulación es importantísima porque el agua superficial lleva el oxígeno hacia el fondo marino, mientras la que sube para reemplazarla arrastra hacia la superficie los minerales —nitratos, fosfatos, carbono y minúsculas cantidades de algunos metales— necesarios para el desarrollo de los organismos vegetales que tienen que hacer la fotosíntesis.

1.3. EL MAR Y EL HOMBRE

La relación del hombre con el mar requiere una consideración especial. Lo primero que debemos valorar es que, como uno de los dos elementos transmisores de la energía solar, el mar tiene una importancia crucial.

Ocupa el 71 por ciento de la superficie del planeta (el 60'7 del hemisferio norte y el 80'7 del hemisferio sur); esto significa que recibe el 71 por ciento de toda la radiación solar y, como retiene una parte mayor de la energía recibida que la atmósfera, actúa como regulador del calor. La fotosíntesis, en cambio, es menos eficaz aquí que en el ciclo terrestre que antes hemos visto. La hace el fitoplancton o plancton vegetal (compuesto por al-

gas, en general muy pequeñas, que son arrastradas por las corrientes) y éste sólo se encuentra en abundancia en las zonas donde hay corrientes de fondo que llevan agua hacia arriba y, con ella, los nutrientes necesarios para los procesos de la vida. Las zonas centrales de los océanos —estos mares tropicales de un azul profundo— son, en términos de la vida, vacíos y estériles como un desierto.

El fitoplancton es consumido por el zooplancton herbívoro (formado por animales minúsculos), que a su vez es comido por los pequeños depredadores, los cuales sirven de alimento a peces mayores, que son los que finalmente comemos nosotros. Cálculos hechos en la zona del canal de la Mancha muestran que cada hectárea de mar produce al día 5 kg de fitoplancton que, después de pasar por los niveles tróficos del zooplancton y de los pequeños peces que lo comen, dan 26 g de pescado apto para nuestro consumo. La complejidad de la cadena alimentaria en el mar explica estos bajos rendimientos.

Hemos hablado antes de la importancia que tiene el afloramiento hacia la superficie de aguas profundas que arrastran elementos minerales. Cuando los organismos marinos mueren sin haber sido consumidos por otros, caen hacia el fondo y con ellos lo hacen los minerales que forman su cuerpo y que quedarán depositados sin descomponerse. Donde no hay afloramientos de aguas profundas (*upwelling*), estas sustancias quedan inertes en el fondo, las aguas superficiales son pobres en minerales, hay poco plancton y no hay mucha vida (hay, por tanto, poca pesca). Cerca de las costas, donde el viento empuja el agua superficial mar adentro y hace subir la de las capas más profundas para reemplazarla, o allí donde el contacto entre corrientes de diversa temperatura o salinidad provoca este mismo fenómeno, el plancton abunda y la pesca es rica.* La pesca, por tanto, es abundante sólo cerca de las costas y en las zonas de contacto de las corrientes que dan lugar al afloramiento de aguas profundas: son zonas de mar que hoy se defienden a cañonazos.

La relación del hombre con el mar tiene que ver, además, con la navegación, que está sometida a los condicionamientos naturales y que lo estaba todavía más en la época de la navegación a vela (es decir, en la mayor parte de la historia de la humanidad). Para hacernos una idea de estos condicionamientos examinaremos el caso de un mar que ha sido fundamental en nuestra historia, como es el Mediterráneo.

El Mediterráneo tiene pocos ríos importantes que le permitan

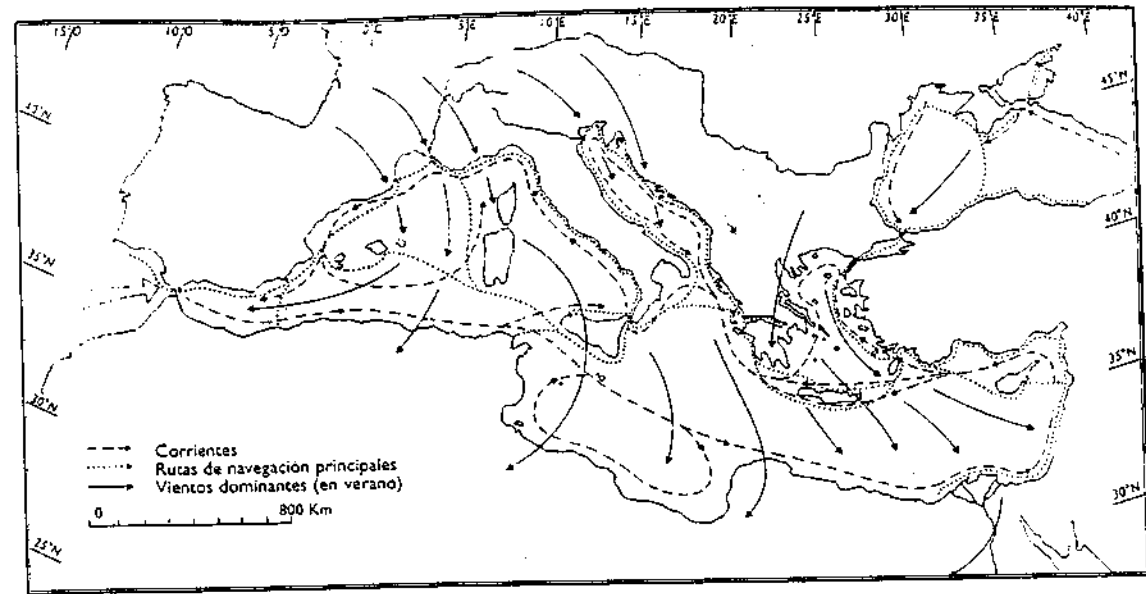
* Las mareas rojas que aparecen en ocasiones cerca de la costa son consecuencia de los vertidos al mar de abonos químicos utilizados en la agricultura. El plancton vegetal encuentra en ellas sustancias minerales abundantes, crece excesivamente y forma estas capas de algas rojas que al haber sido excesivas, el zooplancton no puede llegar a consumirlas y las algas, demasiado abundantes, agotan el oxígeno disponible, con el resultado de impedir la vida animal.

recuperar el agua evaporada. Antes de la construcción de las presas del Nilo sólo recibía de sus ríos el 25 por ciento del agua evaporada (ahora le llega menos). Otro 4 por ciento le viene del mar Negro, que recibe del Danubio y de los grandes ríos rusos y ucranianos más agua de la que se evapora en él, lo cual provoca la existencia de una corriente hacia el sur por los estrechos de Turquía. Pero el 71 por ciento del agua de reemplazo de la evaporada en el Mediterráneo entra por el estrecho de Gibraltar en una gran corriente superficial compensada por otra profunda que saca hacia el Atlántico el agua más salada del Mediterráneo. Esta corriente de superficie, que tiene una velocidad de seis nudos, * ayuda a explicar la dificultad de los viajes hacia el Atlántico.

Así se genera una corriente superficial que gira en sentido contrario a las agujas del reloj a una velocidad que va de los seis nudos de Gibraltar a medio o un nudo en las costas del gran golfo de Italia, Francia y España. En el estrecho de Mesina puede llegar también a ser de seis o más nudos y esto explica la terrible fama que Escila y Caribdis tenían entre los navegantes de la antigüedad.

Añadamos a esto los vientos dominantes, que durante los meses en que se navegaba en los tiempos anteriores al vapor, es decir en verano, casi siempre soplaban de noroeste a sureste, especialmente en el Mediterráneo oriental, y entenderemos que en principio las condiciones para la navegación eran mucho más favorables para los habitantes de las costas europeas que para los de las costas africanas, que tienen vientos y corrientes en contra para viajar de este a oeste y que tampoco tienen fáciles las travesías de sur a norte, porque cuando sopla el viento del sur, el jaloque o *sirocco*, este es tan violento que no sirve para la navegación.

Existe, además, un contraste entre las costas del norte, que tienen abundancia de puertos y refugios de fácil acceso, y las del sur, que en la parte occidental ofrecen una difícil acogida y están llenas de escollos, de modo que históricamente han sido escenario de innumerables naufragios y desastres; mientras que en la parte oriental son llanas y con bancos de arena. Por otra parte, las islas que facilitan las escalas en los viajes largos, desde Chipre a Mallorca, están mucho más cerca de la costa norte. Para dominar el Mediterráneo los musulmanes tuvieron que ocuparlas en sus momentos de expansión, pero las perdieron después porque eran mucho más accesibles desde el norte cristiano. Es fácil comprender que los condicionantes del medio han debido tener un papel importante en la historia del mundo mediterráneo (figuras 1.7 y 1.8).



1.4. EL CLIMA Y LA HISTORIA

Hasta ahora hemos hablado de aspectos más bien estáticos, que parecen más propios de la geografía que de la historia. Ahora se trata de considerar la acción del medio natural desde un punto de vista dinámico: la influencia de los cambios del clima en la historia.

Desde la antigüedad ha sido frecuente especular sobre la influencia que las diferencias de clima tenían en las sociedades humanas. El tema fue divulgado por uno de los grandes pensadores ilustrados del siglo XVIII, Montesquieu, que escribió tanto sobre ciencias naturales, como sobre política e historia.* Montesquieu sostenía que en los países del norte «el aire fresco aprieta las extremidades de las fibras exteriores de nuestro cuerpo», favorece el retorno de la sangre al corazón, hace a los hombres más fuertes y activos, les da confianza en sí mismos y los hace más valientes y conscientes de su superioridad. En los países cálidos, en cambio, las fibras se relajan, disminuye su fuerza y los hombres son perezosos. De acuerdo con esta teoría resultaba explicable que se esclavizase a los negros que vivían en los trópicos, porque no trabajarían si no se les obligaba a hacerlo.

Figura 1.7. Corrientes, vientos dominantes (en verano) y rutas de navegación principales en el Mediterráneo (de John H. Pryor, *Geography, technology, and war*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988).

* Siendo como era cosechero de vinos de Burdeos, que exportaba a Inglaterra, es comprensible que viviera pendiente del clima, que tanta influencia tenía en la cantidad y calidad del vino del cual dependía su fortuna.

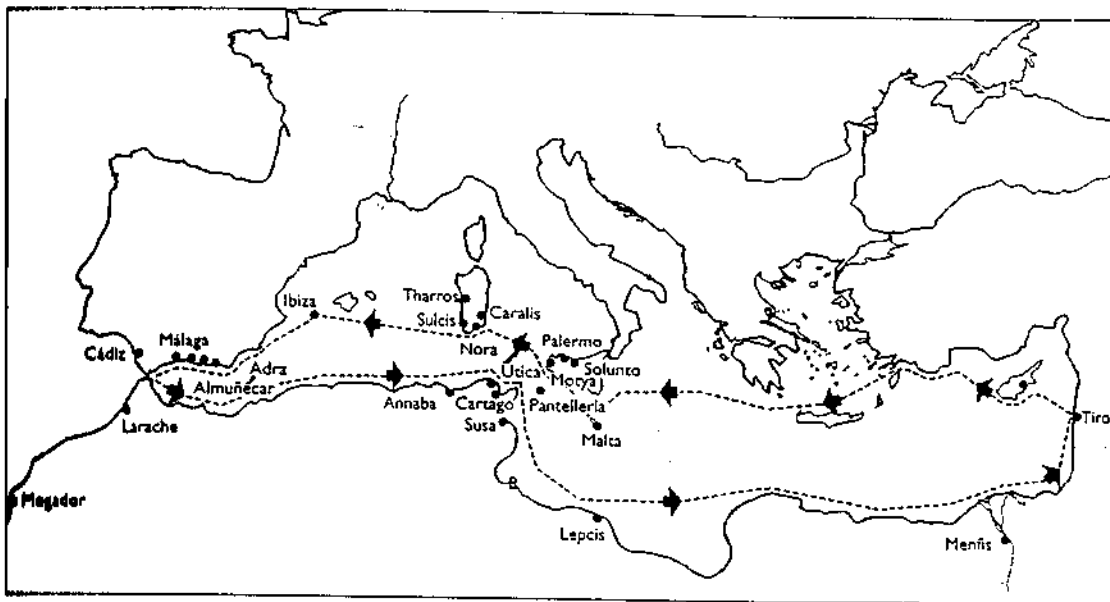


Figura 1.8. Este mapa, que indica las rutas seguidas por los navegantes fenicios y los lugares donde establecieron sus colonias, confirma en este caso concreto lo que muestra el anterior (Robin Osborne, *La formación de Grecia, 1200-479 a.C.*, Barcelona, Critica, 1998).

Existe también otro viejo prejuicio, paralelo a éste, según el cual donde el clima es suave y la vida resulta fácil los hombres se esfuerzan poco —es el tópico de la ociosidad meridional— mientras que, por el contrario, unas condiciones de vida más difíciles estimulan la iniciativa humana y son más favorables para el desarrollo de la civilización, siempre que no lleguen a ser tan duras que la simple supervivencia absorba toda la capacidad de los hombres y les impida progresar en otros aspectos, como ocurre en los desiertos o en las zonas polares heladas donde habitan los lapones y los esquimales. No merece la pena ocuparse de estos prejuicios, porque resulta que los elementos fundamentales en que se basa nuestra cultura —como el alfabeto y el sistema numérico indio, sin el cual la ciencia moderna habría sido imposible— no se han inventado en el norte frío, sino en el sur cálido.

Mucho más interesante es, en cambio, considerar el papel que han tenido las variaciones del clima en la historia de las sociedades humanas: el enfriamiento y las glaciaciones, el desecamiento progresivo de algunas zonas o las inundaciones.

¿Cómo podemos conocer la evolución del clima en el pasado? Sólo conservamos medidas regulares de temperatura y de pluvio-

sidad desde hace unos doscientos cincuenta años. Para etapas anteriores dependíamos hasta hace poco de los testimonios más o menos impresionistas de los contemporáneos: relatos de inundaciones o de sequías, rogativas a los santos, etc. Hoy, sin embargo, somos capaces de hacer que nos hablen algunos registros naturales que nos dan respuestas muy exactas. Los hielos polares, cuyas capas se han ido acumulando sin fundirse, no sólo nos proporcionan informaciones sobre la temperatura, sino incluso sobre la composición del aire —la cantidad de dióxido de carbono que contenía, por ejemplo— gracias a las pequeñas burbujas que en ellos se han conservado.

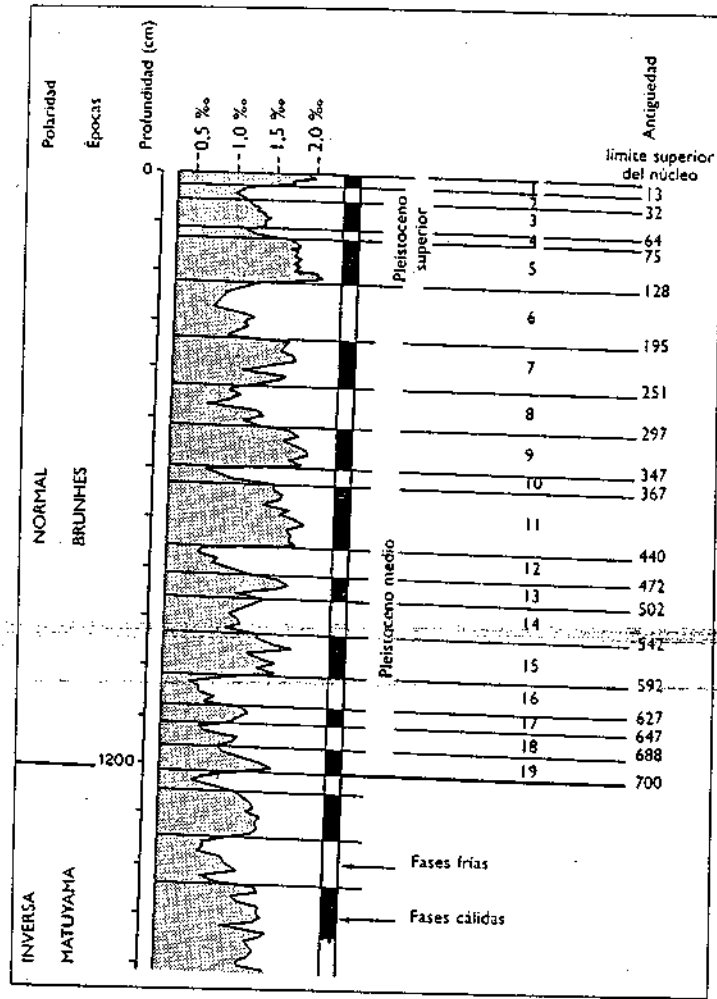
Utilizamos, además, las medidas de dos isótopos del oxígeno* en las aguas de los mares del pasado, que conocemos gracias al hecho de que las conchas de los foraminíferos fósiles reflejan cuál era la proporción de estos isótopos en el agua cuando estaban vivos, lo cual nos ha permitido hacer, a partir de estos fósiles, un calendario bastante exacto de las fluctuaciones del clima en los últimos 780.000 años (figura 1.9). También podemos estudiar las variaciones que ha tenido el campo magnético según la orientación que muestran las partículas en las coladas de lava, y tenemos otros signos todavía más complejos que nos proporcionan respuestas muy ricas.

En el gráfico de la figura 1.10 hay una curva que muestra la evolución de la temperatura en los últimos 125.000 años (las fechas se miden desde cero, que es el momento actual, hacia atrás, hasta 125.000 años antes del presente), obtenida a partir de las capas anuales de hielo de Groenlandia. En este gráfico aparece reflejada con claridad la última glaciación; el calentamiento de los últimos diez mil años parece espectacular, pero podemos ver que no es otra cosa que un retorno a la situación anterior a la glaciación.

¿A qué se deben estos cambios de temperatura? Durante un tiempo se pensó que los causaban las fluctuaciones en la radiación solar. Estas fluctuaciones existen y están relacionadas con la aparición de manchas solares. Cuando el Sol es activo hay manchas y, paradójicamente, las zonas libres de manchas son más brillantes y el resultado es que el astro emite un poco más de energía y, sobre todo, muchas más partículas cargadas que provocan tempestades magnéticas, dificultan las comunicaciones inalámbricas y dan lugar a auroras boreales.

Pero se ha visto que estas diferencias de radiación solar son demasiado pequeñas para explicar fenómenos como el de las glaciaciones. La línea explicativa actual pasa por buscar la causa en la

* En el agua los isótopos del oxígeno de 16 y 18 se encuentran en una proporción que se comporta respecto a la evaporación que ha existido en un determinado momento o en un momento u otro, o menos función de la época era más o menos



0. Fluctuaciones de la proporción de isótopos de oxígeno en los últimos 780.000 años, en una escala que va desde el presente hasta el 700.000 años antes del presente (y sigue más allá de esta escala). La curva superior indica la proporción de isótopos de oxígeno en el agua y la columna situada debajo en negro los períodos más fríos.

combinación de las variaciones de la traslación de la Tierra en una órbita elíptica, que a veces la acerca y otras la aleja del Sol, y de la precesión del eje de rotación, ya que, como es sabido, la Tierra gira sobre ella misma como una peonza que tiene un extremo de su eje fijo mientras el otro —la parte superior por donde la tomamos para hacerla girar— va describiendo círculos. Esto afecta so-

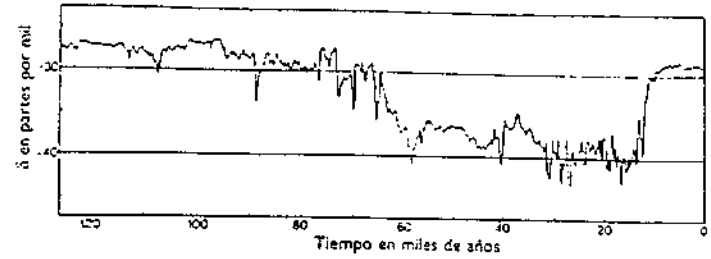


Figura 1.10. Evolución de la temperatura, deducida de los cambios en la concentración relativa de los isótopos de oxígeno, en los últimos 125.000 años (de H. H. Lamb, *Climate history and the modern world*, Lothrop, 1982, p. 85).

bre todo al hemisferio norte. En la actualidad este hemisferio se encuentra en invierno en la zona más próxima al Sol, y en la más alejada en verano, lo cual atenúa el efecto de las dos estaciones extremas. Al sur, en cambio, la combinación da lugar a veranos más cálidos e inviernos más fríos. Pero hace once mil años era al revés y era en el norte donde había esos inviernos más fríos.

La cuestión es todavía más compleja de lo que muestra esta explicación elemental, que sirve, sin embargo, para entender que una gráfica como la de la fig. 1.10, que corresponde a la historia del clima en el hemisferio norte, no es válida para el sur. Sabemos, por ejemplo, que en la época glacial había en el Ártico grandes masas de hielo que bajaban hasta la mitad de Inglaterra y que, como consecuencia de la retención de agua en esta masa, el nivel del mar era 40 m más bajo —se podía ir a pie desde el continente a Inglaterra y de Inglaterra a Irlanda. Pero que en el Antártico la situación era parecida a la de hoy —no hacía más frío, ni había más hielo—, y que en los trópicos había mayor aridez y en algunos lugares hacía más calor que hoy (por ejemplo, el agua del Índico era más cálida). O que la falta de lluvias en el nordeste de Siberia daba lugar a que no hubiese hielo, lo que permitía que los hombres pudiesen pasar por esta zona y, como el mar había bajado de nivel, cruzaran andando hacia América por la zona de Bering.

En Europa la temperatura era de unos 4° a 6° de media por debajo de la actual, pero el hecho de que hubiese pocas lluvias hacía que la nieve fuera escasa y que los inviernos no fuesen mucho más duros que los actuales (no es verdad que los hombres vivieran en las cavernas, entre otras razones porque no había suficientes para alojarlos). El hombre se ha ido adaptando a estos cambios climáticos: ha ido siguiendo hacia el norte a los rebaños de grandes animales que huían de la falta de pastos como consecuencia de la aridez, haciéndose vestidos con las pieles de las piezas cazadas con el fin de defenderse de una temperatura más baja.

No obstante, la temperatura no basta para explicarlo todo en el clima. Uno de los factores más importantes —como podemos comprender fácilmente hoy, cuando estamos acostumbrados a ver cotidianamente gráficos meteorológicos que muestran el desplazamiento de las zonas de altas y bajas presiones— es la circulación atmosférica: los cambios en las circulaciones de los ciclones (conviene no confundir los ciclones con los «huracanes»), o quizá sea mejor llamarlos «depresiones», que son las zonas de baja presión a las que se oponen los anticiclones, o zonas de alta presión (anticiclón equivale normalmente a buen tiempo —tiempo soleado y seco— y depresión, a lluvia y mal tiempo).

La circulación atmosférica en el viejo continente —es decir, en el bloque continental que forman Europa y Asia— está determinada por dos grandes masas de aire: un máximo (un anticiclón) de aire frío sobre el polo Norte, que es relativamente estático, y otro máximo que está sobre el Sahara y sobre Arabia, que tiene una cierta movilidad y se desplaza de sur a norte y al revés. La razón de este comportamiento diferente de los dos máximos es que las variaciones de la actividad solar influyen muy poco en el polo, donde los rayos llegan de soslayo, y mucho en los trópicos, y que la diferencia del calor recibido hace mover este máximo del sur. Entre los dos máximos (entre los dos anticiclones) queda una especie de valle por donde pasan los aires húmedos del Atlántico: las depresiones que se dirigen al continente euroasiático en forma de ciclones. De la actividad solar que desplaza el máximo del sur depende, pues, el curso de esta circulación que lleva lluvias en una u otra dirección y que ha marcado la historia de Asia central con sus pulsaciones. Cuando hay lluvias, la hierba crece en la estepa y los pueblos nómadas prosperan; cuando viene la sequía, la subsistencia se les hace imposible y tienen que huir hacia los territorios cercanos e invadir Europa, la India o China. Así se explican las grandes invasiones, como las de los hunos, los turcos o los mongoles.*

1.5. EL CLIMA Y EL FUTURO DE LA HUMANIDAD

Volvamos a los gráficos (figura 1.11) y reduzcamos la escala de observación para ver cuál ha sido la evolución de la temperatura en Europa desde el año 1000 hasta hoy. Lo primero que salta a la vista es la caída de las temperaturas en el siglo XIV, que podemos relacionar con las crisis de cosechas que acompañaron la catástrofe de la peste negra. Vemos luego la llamada «pequeña

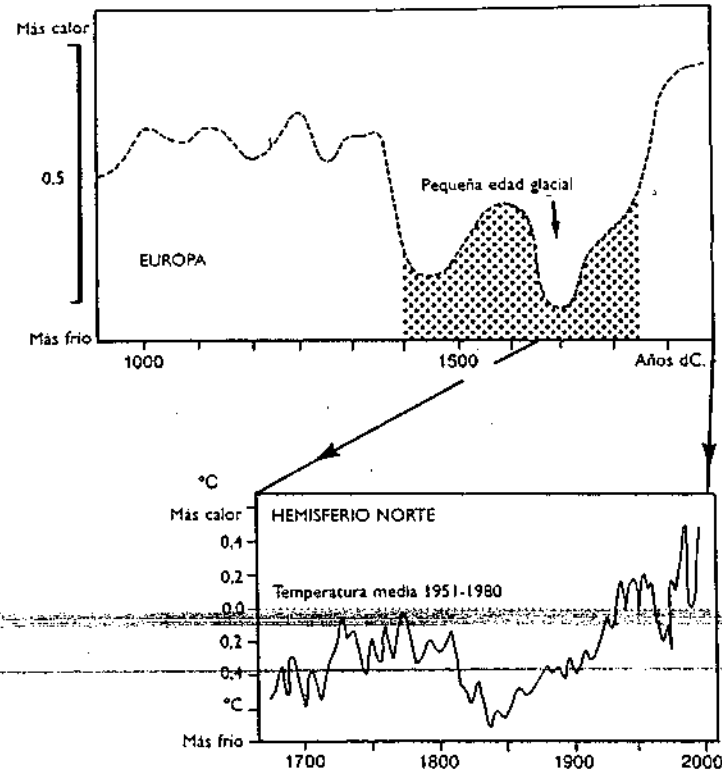


Figura 1.11. Evolución de temperatura en los últimos mil años.

edad glacial» que tuvo lugar entre 1650 y 1850: una época en que el hielo bajaba del norte, había grandes tempestades en el Atlántico, el Támesis se helaba y Brueghel pintaba escenas de caza en la nieve... Una hipótesis vincula esta crisis climática a las manchas solares, puesto que parece que se puede comprobar, por las observaciones de los contemporáneos, que de 1645 a 1715 apenas se vieron manchas. El responsable de esta época de frío sería el que se ha llamado el mínimo de Maunder. Pero ya hemos visto que las cosas que se refieren al clima y a la meteorología son muy complejas y que conviene no precipitarse a aceptar explicaciones demasiado sencillas. Dejémoslo en la simple comprobación de la existencia de dos siglos en los que parece que en Europa hizo más frío, y basta.

Además de hablarnos del pasado, este tipo de gráficos nos su-

esto, que es mucho más complejo de lo que esta versión simplificada puede hacer creer, está admirablemente explicado en el libro de L. N. Gumilev, *La invasión de un reino imaginario*, Barcelona, Crítica, 1994, pp. 24 y ss.

giere ideas sobre los problemas del futuro, y en concreto sobre el llamado «efecto invernadero». La presencia de gases en la atmósfera, y en especial de dióxido de carbono —el CO₂ que generan muchas combustiones, entre ellas la de los motores de los automóviles—, hace que una parte del calor que se recibe del sol, de los rayos infrarrojos que normalmente serían irradiados al espacio, sea absorbida por estos gases y eleve la temperatura media del planeta. En principio, esto no sólo no es malo, sino que es necesario para la supervivencia humana. Se ha calculado que, si no hubiera efecto invernadero, la temperatura media del planeta sería 33 grados centígrados más baja (ahora es de +15 y entonces sería de -18), lo cual haría la vida prácticamente imposible.

El problema consiste en saber qué puede ocurrir si, al aumentar la concentración de CO₂, la temperatura sube todavía más. De hecho, en épocas anteriores de la historia de la Tierra ha habido más CO₂ —lo demuestra el aire guardado en las burbujas de los hielos polares— y sabemos que había una temperatura más cálida. Pero ocurre que hoy este aumento se produce como consecuencia de la acción humana y que su efecto es acumulativo y rápido. ¿Qué puede suceder? Hay una previsión terrorista: la temperatura irá aumentando, se fundirán los hielos polares, el mar subirá y nos inundará a todos. El efecto final, según estas versiones, sería la subida de 80 m en el nivel del mar. Pero los estudios más serios rechazan esta previsión extrema: la capa de los hielos antárticos continentales se formó hace de doce a catorce millones de años y ha permanecido bastante estable desde entonces; a pesar de las fluctuaciones climáticas, no ha habido grandes cambios en ella. Allí las temperaturas máximas son todavía de 10° bajo cero, de forma que los hielos pueden resistir perfectamente un aumento de diez grados de media sin empezar a fundirse. Sólo la parte que está sobre el agua podría hacerlo y provocar una subida de unos ocho metros, en un período no inferior a mil años. Si a ello le añadimos los hielos árticos, el ascenso podría llegar a unos diez metros, pero siempre en un escenario de siglos. La crisis climática es grave, pero lo es menos que la bioquímica y la ecológica, cuyos efectos son irreversibles.*

Para entender cuáles pueden ser los efectos de los cambios del clima en el futuro, nos conviene ver cómo han afectado a los hombres los cambios del pasado. No debemos fijarnos tan sólo en las catástrofes puntuales, que normalmente se recuperan en poco tiempo, sino en la evolución a largo plazo. Y, por lo que sa-

beimos, esta evolución demuestra que la capacidad del hombre para adaptarse es extraordinaria. Incluso sociedades de tecnología muy primitiva han actuado con mucha habilidad para afrontar los cambios que se producían de forma gradual, en un período largo de tiempo, de manera que podemos pensar que nuestra capacidad de adaptación no será menor, aunque formemos parte de una civilización insensata y depredadora de los recursos naturales.

Pero si esta reflexión, derivada de la experiencia histórica, nos puede tranquilizar, hay otra más inquietante planteada por los científicos naturales que, en los últimos años, nos están dando una imagen de la evolución de nuestro planeta en que las catástrofes cósmicas tienen un papel mucho más frecuente y más importante de lo que habitualmente pensábamos. El estudio de las fluctuaciones climáticas en el pasado muestra que estamos posiblemente en un período interglacial que puede acabar, como tantas otras veces, con el retorno de una nueva glaciación. La etapa cálida que estamos viviendo desde hace unos diez mil años no sólo puede que no sea «normal», sino resultar absolutamente excepcional. Un científico norteamericano ha subrayado que el desarrollo de la civilización humana coincide con estos pocos miles de años de clima estable y benigno. «Debemos toda la cultura humana a un período anormal de estabilidad climática que nosotros tomamos como normal. No sabemos por qué los últimos dos millones de años fueron tan inestables, o por qué los últimos milenios han sido tan estables. Sabemos que la civilización depende de la estabilidad climática. ¿Cuándo —y cómo— se acabará este falso paraíso?»*

Sin embargo, no conviene abusar del concepto de «catástrofe natural», que se utiliza con demasiada frecuencia para referirse a fenómenos que no tienen mucho que ver con la naturaleza, con el fin de esquivar las responsabilidades humanas y dar la culpa de todos los males al destino. Este es el caso del hambre del África subsahariana, que depende menos del cambio climático que de la destrucción de una agricultura de subsistencia reemplazada por el tipo de cultivos que pedían los mercados europeos. Que el hambre tenga una presencia cada vez mayor en nuestro mundo, y que haya hecho su aparición incluso entre las capas pobres de los países más ricos, es un fenómeno que difícilmente podemos explicar a partir de la naturaleza, a no ser que hagamos referencia a lo que llamamos, de forma bastante inexacta, la «naturaleza humana».

* John S. Lewis, *Rumors of a New World*, Reading, Helix Books, 1979.

May, sin embargo, una circunstancia que podría agravar las consecuencias del efecto invernadero. Parece haber un ciclo de 70 años en la luminosidad del sol que podría a la temperatura de nuestro planeta. Este ciclo va a encontrarse en fase de declive hacia el año 2010, de modo que las consecuencias sumadas de este calentamiento y del efecto invernadero podrían llevar en los próximos años a una situación más grave de lo que se había previsto (John Gribbin, *Watching the Unseen*, Londres, Constable, 1998, pp. 75-76).

1.6. HISTORIA Y ECOLOGÍA

Tal vez haya quien piense que la relación del hombre con su entorno físico es una cuestión que debe considerarse desde el punto de vista de las ciencias naturales y que tiene poco que ver con la historia. No es así. No sólo porque el medio es un condicionante de la evolución de las sociedades humanas —por ejemplo, la abundancia o escasez de combustibles naturales ha tenido implicaciones importantes para el desarrollo de la industrialización en los diversos países—, sino porque las sociedades influyen a su vez en el medio: las relaciones de los hombres con el medio se deben estudiar también desde un punto de vista cultural e histórico.

Los hombres de nuestra cultura —la de los europeos y de sus descendientes instalados en otros continentes— han visto tradicionalmente la naturaleza como algo que les había sido dado para su servicio, no como un medio del que formaban parte: la *conquista* o el *dominio* de la naturaleza se presentan normalmente como signos indiscutibles de progreso. Hay otras civilizaciones, en cambio, que han aprendido a vivir en un equilibrio más efectivo con su entorno, a utilizarlo de una forma distinta, menos explotadora. Éste es el caso, por ejemplo, de las civilizaciones americanas anteriores a la conquista española, como lo muestran la utilización combinada de los pisos ecológicos de los Andes por los pueblos peruanos, la forma en que los indígenas de la Amazonia habían aprendido a explotar el bosque con criterios conservacionistas o la agricultura de los mayas.

La acción del hombre sobre el medio es muy compleja, pero no puede decirse que los europeos hayan procedido con sensatez en este terreno. Cuando se habla de los «intercambios» entre Europa y los continentes «descubiertos», por ejemplo, nos solemos limitar a hacer un inventario de las especies animales y vegetales que han pasado de uno a otro. Pero la actuación de los europeos sobre el medio en las nuevas tierras a las que llegaban fue mucho más allá de la introducción de especies útiles, puesto que con ellas también llevaron plagas, malas hierbas y regalos de tan dudoso valor como la rata o como algunos animales domésticos que se volvieron salvajes en muchos lugares, como los caballos y los perros (en Nueva Zelanda incluso las ovejas se volvieron salvajes). Las malas hierbas venían mezcladas con las semillas de cereales, sin haber sido llevadas exprofeso, pero su efecto fue a menudo devastador. Seguirán a los europeos dondequiera que fuesen: el sesenta por ciento de las peores de Canadá y la mayoría de las de Nueva Ze-

landa o del Sur de Australia son de origen europeo. En Perú plantas como el trébol lo invadieron todo y ayudaron a preparar el terreno para la sustitución completa de la vegetación (la de origen europeo estaba mejor adaptada para resistir el pastoreo de los grandes rebaños). En la Pampa argentina sólo la cuarta parte de las plantas que crecen espontáneamente son nativas. Las malas hierbas fueron un elemento esencial del imperialismo ecológico europeo (no hubo, en cambio, los mismos efectos de retorno sobre una Europa que se apropió de las nuevas plantas cultivadas).

Cuando decimos que los europeos acomodaron el ecosistema de otros continentes a sus necesidades, lo acostumbramos a interpretar en términos de la introducción de una agricultura avanzada en sustitución de una explotación más primitiva (es, por ejemplo, el argumento que se utiliza para justificar la explotación y el exterminio de los indios norteamericanos). A menudo no fue así. En lugares como México o Perú los sistemas agrarios indígenas estaban acomodados al medio y los cambios imprudentes que hicieron los colonizadores supusieron un retroceso. Conocemos, por ejemplo, el caso del valle del Mezquital, al norte de la actual Ciudad de México. Esta zona tenía en tiempos indígenas una agricultura intensiva irrigada, rica y compleja, que los otomís habían desarrollado durante cuatro siglos de ocupación del territorio y que mantenía una población muy numerosa. La introducción de las ovejas por parte de los españoles, y su actuación para forzar el aumento de los rebaños (por ejemplo, quemando los bosques para disponer de más pastos) lo cambió todo. A fines del siglo XVI un 60 por ciento de las tierras estaban dedicadas a pastos y el retroceso de la producción agrícola había hecho disminuir catastróficamente la población: el resultado no fue crear un nuevo paisaje a la europea (era más «europeo», en el sentido de avanzado, el de antes), sino un territorio medio desierto que producía mucho menos que en los tiempos anteriores a la conquista.

Todo ello debe servirle al historiador para entender que la relación del hombre con la naturaleza es muy compleja. No podemos contentarnos con verlo como un conquistador que lucha para dominarla, pero tampoco basta con deplorar el impacto nocivo de su intervención; debemos esforzarnos en entender que entre el hombre y el medio hay una relación de simbiosis, o mejor de pertenencia. Que el hombre *está* en la naturaleza, porque forma parte de ella: que su propia evolución está estrechamente condicionada por las posibilidades que le ofrece el medio en que vive. No

Entender muchos episodios de ascenso y de decadencia de los pueblos en la historia, si dejásemos de tomar en cuenta las relaciones tan esenciales como las que se refieren a la relación de las sociedades con su entorno.

1.7. LOS MAPAS Y EL DESCUBRIMIENTO DEL MUNDO

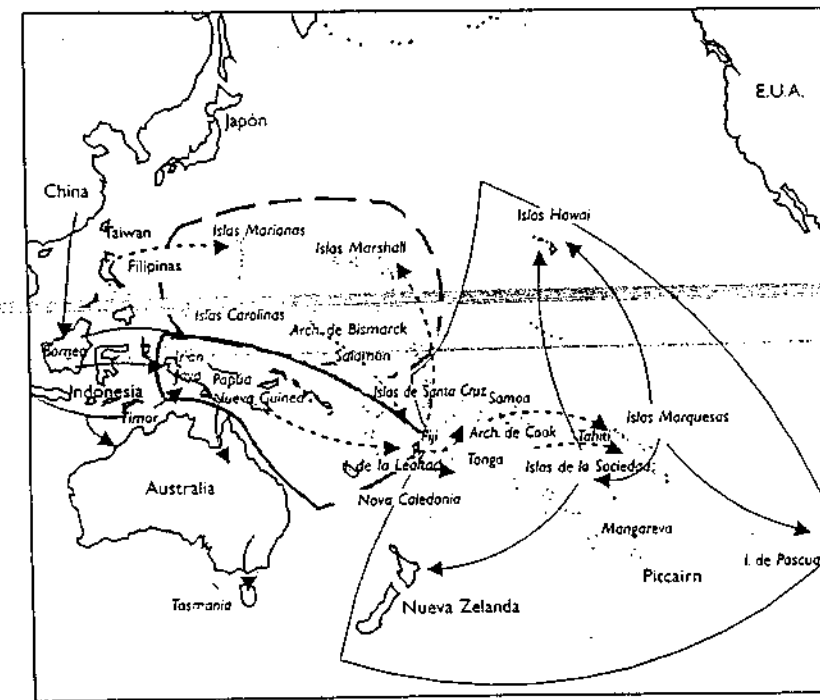
Una visión estrictamente eurocéntrica de la historia hace que a menudo se hable del «descubrimiento» de tierras y continentes por parte de los europeos, en un proceso que se desarrolla en tres grandes etapas. La primera tuvo lugar en la baja edad media y es la que llevó a los viajeros del viejo continente a conocer el conjunto de tierras que van desde el Atlántico hasta China y desde Escandinavia hasta el norte de África.* La segunda se inició con la llegada de los españoles a América en 1492 y tuvo este continente como objeto esencial. Y la tercera se desarrolló desde mediados del siglo XVIII a mediados del siglo XIX, cuando se completó el mapa de Oceanía, se conoció el interior de África y se descubrió la Antártida, acabando con los grandes mitos del paso del noroeste o de la gran tierra austral.**

Pero nuestras ideas sobre esta cuestión son muy sesgadas. Conmemoramos los quinientos años de la llegada de Vasco de Gama a la India como un gran acontecimiento de la historia de los «descubrimientos». Pero el Índico era navegado desde hacía milenios por muchos pueblos, de forma que no había en él nada por descubrir. Los portugueses pudieron llegar a la India gracias a la ayuda de pilotos musulmanes que conocían aquellas aguas y se hicieron entender en Calcuta porque encontraron a un nativo del norte de África que hablaba castellano.

Consideremos, para poner otro ejemplo, el caso del Pacífico, «descubierto» por Vasco Núñez de Balboa el 25 de septiembre de 1513 (un escribano redactó inmediatamente la oportuna acta de toma de posesión del mar en nombre del rey de Castilla) y explorado sistemáticamente en el siglo XVIII. Hubo muchas exploraciones europeas a lo largo de tres siglos, pero todas las islas a que llegaban los europeos estaban pobladas —o lo habían estado con anterioridad, antes de que se agotaran sus recursos— por hombres que las habían descubierto mucho antes. La primera oleada de pobladores del Pacífico, procedente del SE asiático, llegó hace unos 50.000 años. Hubo todavía una segunda, hace unos 3.500 años, que ocupó buena parte del espacio insular ha-

bitable, y otras posteriores acabaron de explorar la totalidad del espacio (figura 1.12). En 1513 no quedaba nada por descubrir en Oceanía.

Lo mismo podría decirse del «descubrimiento» de África por los exploradores de fines del siglo XVIII y de la primera mitad del XIX, desde Mungo Park a Livingstone. El engima del curso del Níger, que apasionaba a los geógrafos europeos (había quienes pensaban que se extinguía en un gran pantano en el centro del desierto y otros que suponían que era un brazo del Nilo, o incluso del Congo) se desveló en 1824, cuando el comandante Denham,



Rutas de la expansión polinesia




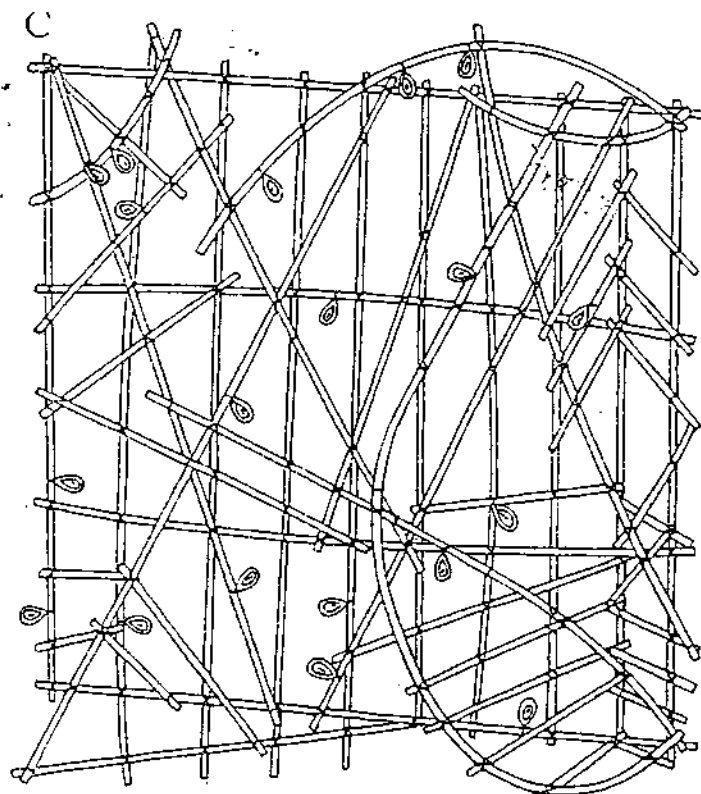
- antes del 3000 a. C.
 - - - 3000 a. C. a 300 d. C.
 - 300 d. C. a 1000 d. C.
-  Micronesia
 -  Melanesia
 -  Polinesia

Figura 1.12. Etapas de ocupación de las islas del Pacífico (de L. Lucas Sforza y otros, *The evolution and geography of languages*, Princeton, Princeton University Press, 1978, p. 348).

... solo europeos, como Marco Polo o el hermano de Ruysbroeck (aunque haya dudas sobre el viaje del primero, al parecer, nunca estuvo en China), o árabes como Ibn Khaldun o, sobre todo, Ibn Batuta, que describe China, la India y el Imperio africano de Mali.

Un grupo de norteamericanos, entre los que figuraba Edgar Allan Poe, estaba convencido, a mediados del siglo XIX, de que había espacios habitables en el interior de la tierra: un mundo subterráneo al cual se podía acceder por una grieta que se hallaba en la Antártida.



que había cruzado el Sahara desde Trípoli, llegó a Sokoto, cuyo soberano, Muhammadu Bello, le dibujó en la arena un mapa del curso real del río.

Hay, en cambio, un descubrimiento interior del mundo europeo que no se produce en extensión sino en altitud: es lo que podríamos llamar el descubrimiento de la montaña. La civilización urbana europea ha vivido alejada por completo de la montaña hasta el siglo XVIII: la consideraba un espacio salvaje y hostil y, en consecuencia, la ignoraba; no subía a ella. La primera ascensión al Mont Blanc es de 1787 y a principios del siglo XIX las montañas del mundo eran tan poco conocidas que se pensaba que el Chimborazo, el volcán de Ecuador de 6.272 m de altura, era la cima más alta del mundo. Y todavía hay otro cambio en la percepción del espacio que está relacionado con la velocidad del transporte, que no

sólo modifica sus dimensiones en términos de nuestros ritmos vitales, sino también las relaciones entre los mismos hombres.

Tendemos a asociar el conocimiento del mundo con su reproducción en mapas; pero los mapas son mucho más que descripciones objetivas del espacio. Los mapas europeos anteriores al siglo XIV se limitaban a la zona del mundo cercana al Mediterráneo y ofrecían una representación teológica, con Jerusalén como centro del universo.

La necesidad de mapas más exactos está asociada sobre todo a la navegación. Los indígenas de las islas Marshall, por ejemplo, construían unos *rebbelib* hechos con bastones que indicaban no sólo las diversas islas, sino la configuración de las masas de olas, que les servían para orientarse entre unos islotes bajos, difíciles de ver desde sus embarcaciones (figura 1.13).

Desde 1300 se produjo en Europa una «revolución geográfica» protagonizada por los «portulanos», que representaban las costas e indicaban los accesos a los puertos y los escollos que podían significar un peligro. Los mapas eran utilizados entonces casi exclusivamente por los navegantes, pero desde el siglo XVI se empezaron a difundir entre el público. Este fenómeno está estrechamente

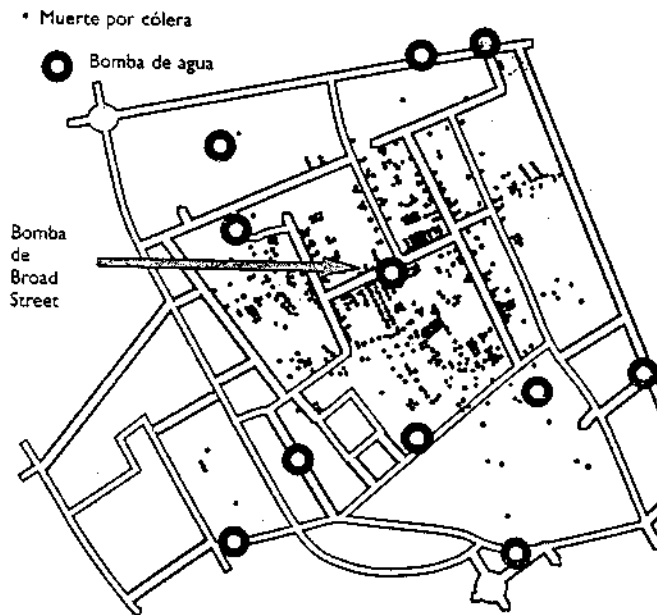


Figura 1.14. En 1855 un médico de Londres, John Snow, fue representando los domicilios de los que morían de cólera sobre un plano de la ciudad en que se indicaban también las fuentes que suministraban agua a la población. La concentración de puntos en torno a una fuente de Broad Street, que luego se descubrió que estaba contaminada por una cloaca, permitió que las autoridades la cerrasen, con lo cual acabó la epidemia.

relacionado con el interés suscitado por los descubrimientos de tierras nuevas, pero también con la consolidación de los estados y con la ambición, por parte de los gobernantes, de llegar a controlar efectivamente los recursos del país y los hombres que vivían en él, a lo cual contribuían los «catastros» o mapas de la propiedad, que eran un instrumento indispensable para el reparto de cargas y de impuestos.

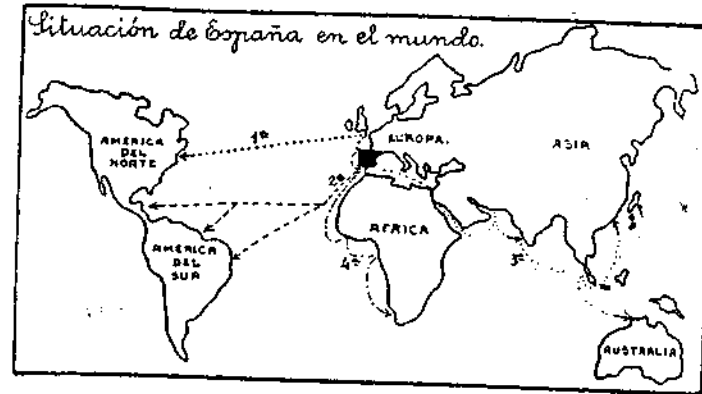
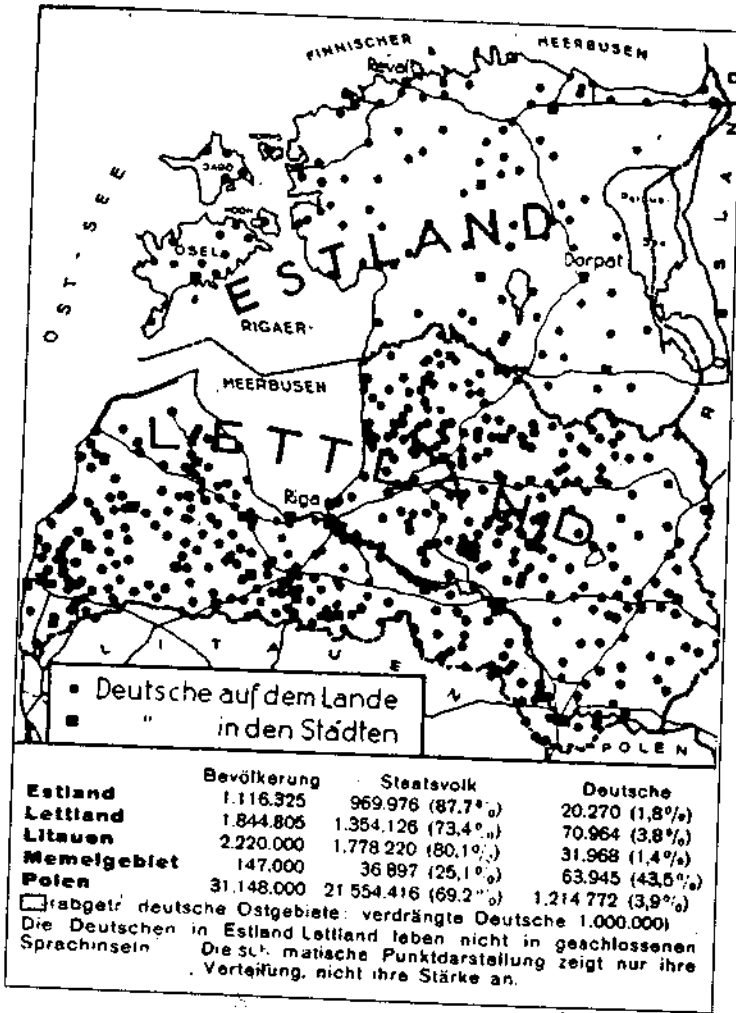


Figura 1.16. Dos formas de ver el mundo: desde la España franquista y desde Chicago.

Mapas y planos han sido herramientas vitales (figura 1.14) para comprender el mundo, pero han servido también para finalidades políticas y propagandísticas, con la ventaja de presentarse con un aire de falsa objetividad, de «descripción científica», escondiendo los intereses reales a que sirven o los prejuicios que los inspiran. El uso de los mapas como elemento justificador de aspiraciones de expansión territorial por parte de la geopolítica alemana (figura 1.15) es un ejemplo de las posibilidades de manipulación que ofrece la representación cartográfica. Criterios geopolíticos fueron usados también desde uno y otro bando durante la «guerra fría» (y acabada ésta, los teóricos del «nuevo orden mundial» pretenden reemplazarlos por otros que consagran la idea de «globalización»).

Por lo que se refiere a los prejuicios, no es casual que nuestras representaciones del mundo estén hechas de forma que Europa y América del Norte aparezcan en la parte de arriba (lo cual no es más natural que situar África arriba y Europa abajo, como hizo Idrisi en su tiempo y como algunos geógrafos australianos han hecho en el nuestro) (figura 1.16).

Para quien quiere conocer no sólo la historia sino las realidades sociales de su tiempo, el mapa es un instrumento esencial, pero es un instrumento que debe usarse críticamente, evitando cometer anacronismos como el de transportar al pasado unos estados y unas fronteras que entonces no existían (esforzándose, en cambio, en percibir el espacio como lo hacían los hombres de otros tiempos), y desenmascarando las formas en que una representación puede convertirse en vehículo de prejuicios inconfesados*.

* «Aunque las limitaciones epistemológicas y políticas del discurso espacial han de movernos a la humildad, no han de forzarnos a tirar todos nuestros mapas. Por el contrario, deben persuadirnos de la necesidad de conservar y reformar estos mapas, reconociendo que en la forma en que concebimos el mundo están en juego cuestiones ideológicas de gran importancia» (M.W. Lewis y K.E. Wilson, *The myth of continents. A critique of metageography*, Berkeley, University of California Press, 1997, p. 205).

LECTURAS RECOMENDADAS

- Campbell, B., *Ecología humana*, Barcelona, Salvat, 1994.
- Crosby, Alfred W., *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa, 900-1900*, Barcelona, Crítica, 1988.
- Clube, V., y B. Napier, *El invierno cósmico*, Madrid, Alianza, 1995.
- Deléage, Jean Paul, *Historia de la ecología*, Barcelona, Icaria, 1993.
- Duplessy, Jean-Claude, y Pierre Morel, *Temporal sobre el planeta*, Madrid, Acento, 1993.
- Glacken, Clarence J., *Huellas en la playa de Rodas. Naturaleza y cultura en el pensamiento occidental desde la antigüedad hasta fines del siglo XVIII*, Barcelona, Serbal, 1996.
- González de Molina, M., *Historia y medio ambiente*, Madrid, Eudema, 1993.
- González de Molina, M., y J. Martínez Alier, eds., *Historia y ecología*, («Ayer», 11), Madrid, Marcial Pons, 1993.
- Gumilev, L. N., *La búsqueda de un reino imaginario*, Barcelona, Crítica, 1994.
- Sevilla, E., y M. González de Molina, eds., *Ecología, campesinado e historia*, Madrid, La Piqueta, 1993.
- Black, Jeremy, *Maps and politics*, Londres, Reaktion Books, 1997.
- Goudie, Andrew, *The human impact on the natural environment*, Oxford, Blackwell, 1990².
- Joussaume, Sylvie, *Climat, d'hier à demain*, París, C. N. R. S., 1993.
- La Roncière, M. de, y M. Mollat, *Les portulans*, Friburgo, Office du Livre, 1984.
- Lamb, H. H., *Climate, history and the modern world*, Londres, Methuen, 1982.
- Monmonier, Mark, *How to lie with maps*, Chicago, University of Chicago Press, 1996².
- O' Tuathail, G., S. Dalby y P. Routledge, eds., *The geopolitics reader*, Londres, Routledge, 1998.
- Rice, E.E., ed., *The sea and history*, Stroud, Sutton, 1996.
- Simmons, I. G., *Environmental history. A concise introduction*, Oxford, Blackwell, 1993.
- Soares, Mario, ed., *The Ocean, our future*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
- Thrower, Norman J. W., *Maps and civilization. Cartography in culture and society*, Chicago, University of Chicago Press, 1996.
- Wood, Denis, *The power of maps*, Londres, Routledge, 1993.
- Worster, D., ed., *The ends of the Earth. Perspectives on modern environmental history*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

ALGUNOS LIBROS MÁS AVANZADOS QUE CONVIENE CONOCER:

- Atkins, Peter et al., *People, land and time*, Londres, Arnold, 1998.

2 EL NÚMERO DE LOS HOMBRES, VIDA, SUBSISTENCIA Y MUERTE DE LOS SERES HUMANOS

2.1. EL NÚMERO DE LOS HOMBRES

La población humana del planeta no ha sido siempre la misma; ha ido creciendo, y lo sigue haciendo, a ritmos muy diversos. Por lo que sabemos, el número de los hombres, expresado en millones, ha evolucionado del siguiente modo desde hace unos doce mil años, es decir, desde el año 10.000 antes de nuestra era (o era cristiana) hasta cerca del 2000 de esta era (esto es, hasta los tiempos en que vivimos).

Población del planeta

Años	Millones de habitantes	Tasas de crecimiento
-10.000	4	
1	170	0,037
1200	400	0,07
1500	450	0,039
1800	950	0,249
1998	5.930	0,92

El crecimiento, como se puede ver, no es regular, tiene ritmos más rápidos y más lentos: en los trescientos años transcurridos entre el 1200 y el 1500, la población del mundo creció poco más de un 10 por ciento; en los trescientos que van de 1500 a 1800, se

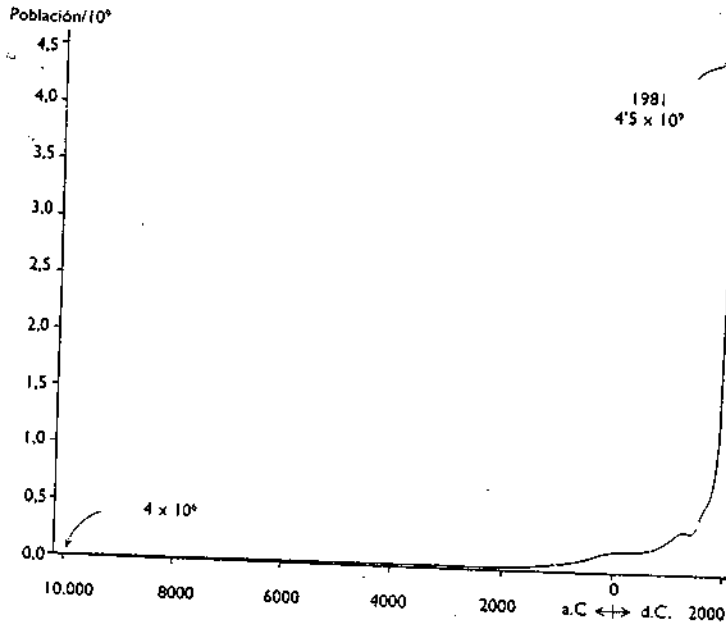


Fig. 2.1. Evolución de la población mundial (escala en miles de millones) el año 10.000 antes de nuestra era.

multiplicó por más de dos, y en los 198 que hay desde 1800 a 1998, se ha multiplicado por seis (figura 2.1).

¿Cómo evaluar estos ritmos de crecimiento? Tenemos una herramienta esencial para hacerlo: la tasa de crecimiento, que expresa el porcentaje de crecimiento anual en el transcurso de un período.* La cifra que figura en la última columna del cuadro indica, por tanto, el porcentaje anual de crecimiento de la población en el período que va desde la fecha anterior hasta aquella que tenemos en el mismo renglón: por ejemplo, entre el 10.000 antes de Cristo y el año 1 de nuestra era, la población ha crecido a un ritmo del 0,037 por ciento; del año 1 al 1200, lo ha hecho al ritmo del 0,07 por ciento, etc.

¿Qué significan estas cifras? A la tasa del 0,037 por ciento, que mide el crecimiento en el inicio del período agrícola, la población tardaría 1.850 años en duplicarse; a la del 0,07 por ciento con que ha crecido desde el año primero de nuestra era hasta el 1200, lo haría en unos mil años; a la tasa del 0,92 que se registra del 1800 al 1998 se doblaría en setenta y cinco.**

El número de los hombres ha dependido sobre todo de su capacidad para obtener subsistencia. De acuerdo con este criterio, la historia de la humanidad se divide habitualmente en dos grandes

fini de este capítulo se explica la de calcular una tasa de crecimiento.

que se han registrado en la población del planeta en 37 años: un ritmo conduciría a que los seres humanos en poco tiempo la cubrieran. Una fórmula aproximada para calcular el tiempo que tardaría en doblarse la población es la de dividir 69,3 por la tasa de crecimiento, expresada en porcentaje.

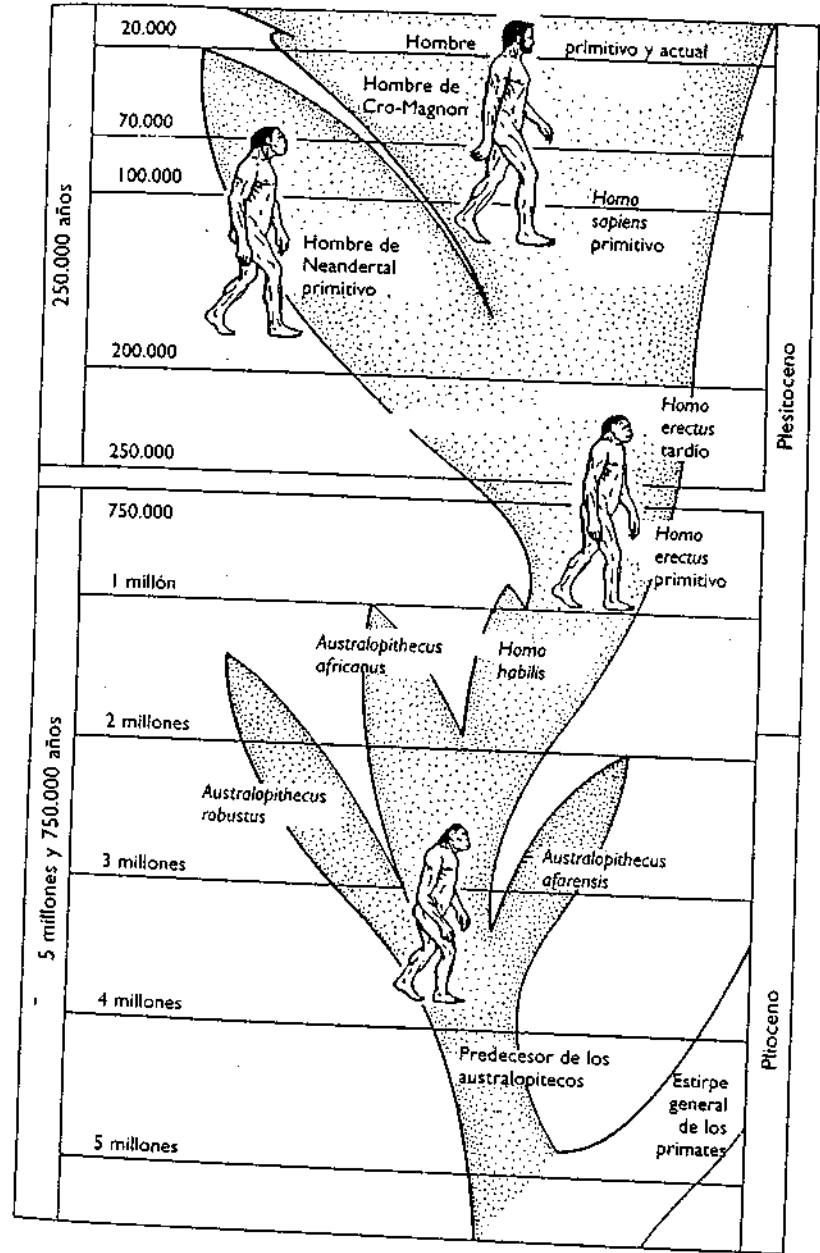


Figura 2.2. De hecho el hombre mismo, como tal, ha evolucionado bastante. La aparición del Homo sapiens hace más de un millón de años, pasando por su transición en Homo erectus (con un cerebro más grande y una inteligencia mayor), en Homo sapiens —entre ellos los Neandertal, que estaban especialmente adaptados a la vida en la era glacial y que acabaron desapareciendo hasta llegar al Homo sapiens moderno, que quizá ha aparecido en África, de donde salió hace unos cien mil años para poblar el resto del mundo.

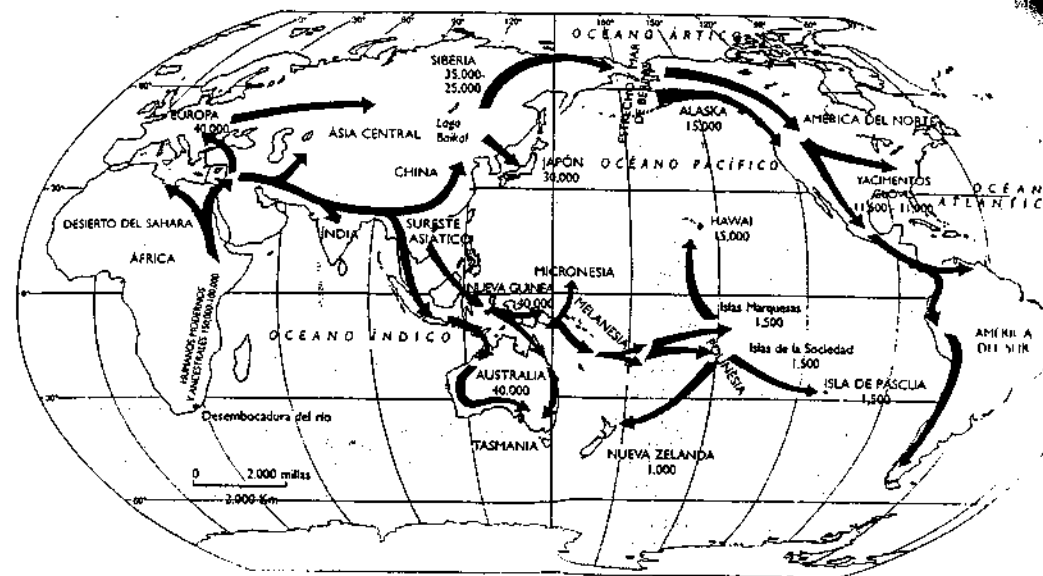
etapas. La primera es aquella en que el hombre era un recolector-cazador, y duró desde sus orígenes, muy probablemente en África hace entre dos y cuatro millones de años (es una fecha difícil de fijar, porque es difícil decir cuándo se pasó del homínido al hombre) hasta hace unos doce mil años.

La segunda etapa es la era de la agricultura, que sólo ocupa los últimos doce mil años, es decir, una pequeña fracción (de tres a seis milésimas) de la historia total del hombre, aunque en ella se desarrolle la historia entera de la civilización.

No es que la primera época, la anterior a la civilización, fuera de inmovilismo. Muy al contrario, ésta ha sido, precisamente, la etapa en que el hombre (figura 2.2) se ha diferenciado del resto de animales con el desarrollo del lenguaje, que estaría estrechamente asociado al de su inteligencia*, y con la adquisición de una serie de habilidades que constituyen la base de su cultura material: construye utensilios, aprende a cazar colectivamente con eficacia, a utilizar las pieles de los animales para protegerse del frío, a hacer un uso controlado del fuego y a gestionar y conservar los recursos alimentarios. Esto le ha permitido, en un primer momento, adaptarse al enfriamiento del planeta, y más adelante, ir más allá de su hábitat natural cálido: ha podido desplazarse hacia el norte, ocupar Asia y Europa (donde algunos homínidos habrían llegado muy temprano, ya que los restos de Atapuerca parecen datar de hace unos 780.000 años), pasar a Australia (hace 50.000 años), a América (hace entre 30.000 y 12.000 años), y poblar el resto de las islas de Oceanía (figura 2.3).

Hace unos 12.000 años las condiciones climáticas empezaron a cambiar: aumentó la temperatura, desaparecieron los puentes terrestres por los que se había pasado de un continente a otro (o de los continentes a las islas) a medida que el nivel del mar subía; se extinguieron algunos de los grandes animales que los hombres cazaban, mientras aumentaba la cantidad de plantas que se podían utilizar para la alimentación. Los grupos humanos dispersos por el planeta tuvieron que adaptarse al medio natural que los rodeaba y establecer pautas culturales diversificadas que les permitieron sobrevivir en los hábitats en que se habían instalado.

El primer paso para esta adaptación fue el aprendizaje de pensar en una alimentación diferida: de reservar o almacenar lo que no se podía consumir de inmediato. Después vendría el proceso conjunto de domesticación de animales y plantas que permitiría enriquecer, con una selección artificial, la disponibilidad de alimentos del entorno. Es el camino que lleva a la invención de la



agricultura (el arte de escoger las especies vegetales útiles y de favorecer su multiplicación), y al desarrollo de la ganadería.

Con los elementos de su entorno, las comunidades humanas han ido elaborando ese rasgo esencial de su cultura que es una dieta propia. La alimentación humana es muy compleja ya que debe abastecernos de 45 nutrientes esenciales (aminoácidos, minerales y vitaminas), y ningún alimento aislado puede proporcionarlos todos. Casi todas las dietas tienen como base un cereal (un grano que se puede almacenar, como el trigo, el arroz, el maíz o el mijo), pero no hay ningún cereal que contenga los ocho aminoácidos que son esenciales para la vida humana, de manera que es necesario asociarlos con otros alimentos que suplan sus carencias: el trigo, el arroz y el maíz, por ejemplo, son pobres en lisina, mientras que las lentejas, los guisantes o las judías pueden proporcionarlas. Cada grupo humano establecido en un medio determinado ha ido desarrollando una cultura de la alimentación que le permite obtener de su entorno todo lo que necesita para su subsistencia: una dieta que, a través de un proceso de adaptación gradual de la propia flora intestinal, acaba creando pautas muy estables. Por este motivo, se entiende que cuando los europeos se han instala-

Figura 2.3. Expansión del hombre por la superficie del planeta.

do en otros continentes no se han adaptado a la alimentación de los nativos, sino que han tenido que llevar sus alimentos básicos: han tenido que reproducir su dieta en las nuevas tierras. Los españoles, por ejemplo, introdujeron en América el trigo, el olivo, la vid y las ovejas; mientras que los campesinos mexicanos, que en los cinco siglos transcurridos desde la conquista han cambiado su lengua y su religión, han mantenido hasta hoy lo esencial de sus viejas dietas alimentarias.

Al final del largo ciclo en el que el hombre ha sido esencialmente un cazador-recolector, hace unos 12.000 años —es decir, hacia el 10.000 a.C.—, había en el planeta entre 4 y 10 millones de habitantes (esta última estimación es un máximo). Después de los primeros diez mil años del ciclo agrario, a comienzos de la era cristiana, eran ya unos 170 millones (entre veinte y cuarenta veces más de los que el planeta podía mantener mientras vivían como cazadores-recolectores). Hacia el siglo vi de nuestra era se produjo el fin de un primer ciclo agrícola, el momento en que la población de Eurasia parecía haber llegado a un máximo respecto de las posibilidades de los sistemas utilizados, y la crisis correspondiente coincidió con la gran epidemia de peste de los años 541-544, la llamada peste de Justiniano, que no sólo afectó a Europa sino también a China.

Se inició entonces un ciclo medieval de expansión agraria que duraría hasta 1300 aproximadamente, cuando un nuevo agotamiento de las posibilidades se manifestó con la terrible hambre de 1315-1322, que preparó el terreno para la «peste negra» que asoló el continente. Una tercera fase de expansión vería un momento de estancamiento (que coincidió con lo que se acostumbra a llamar la crisis general del siglo xvii y con la «pequeña era glacial»), seguido de una recuperación que llevaría a la población hasta unos 950 millones en el año 1800, un momento en que Malthus, de quien hablaremos a continuación, pensaba que se estaba llegando al máximo que podía nutrir el planeta. Desde entonces empezará, sin embargo, el crecimiento explosivo que lleva hasta un presente en que estamos ya muy cerca de los seis mil millones, y se ha multiplicado por seis la población de 1800.

Las cifras globales de habitantes, no obstante, no bastan para entender esta evolución. Podemos considerarlas como la medida del contenido de un depósito alimentado por un flujo de entrada, que son los nacimientos, y vaciado por uno de salida, que son las defunciones. El nivel del depósito, es decir el volumen de la población, depende de estos flujos. Necesitamos, por tanto, conocer

los para entender por qué el número de hombres ha llegado a ser más o menos elevado en diversos momentos de la historia.

Estos flujos se miden con las tasas de natalidad, de mortalidad y de crecimiento, que se calculan así:

- **Tasa de natalidad bruta (Ny):** Se obtiene multiplicando el número de nacimientos de un año determinado (aquel para el cual la queremos calcular) por mil y dividiendo el resultado por la población total en aquel mismo año (la cifra que obtenemos nos da la tasa expresada en tantos por mil).
- **Tasa de mortalidad bruta (Dy):** Se multiplica el número de defunciones del año que nos interesa por mil y se divide por la población total en aquel mismo año.
- **Tasa de crecimiento natural (Ny-Dy):** Se obtiene restando de la tasa de natalidad la de mortalidad. Por ejemplo, Inglaterra tenía alrededor del año 1750 una tasa de natalidad del 35,0 por mil y una tasa de mortalidad del 30 por mil. En consecuencia, su tasa de crecimiento natural era positiva y se cifraba en un cinco por mil.

Empezaremos examinando el flujo de entrada al caudal de la población; luego veremos el de salida y podremos considerar, finalmente, el resultado de combinar los dos.

2.2. NACIMIENTO Y FERTILIDAD

En la época que se acostumbra a denominar del antiguo régimen demográfico —es decir, en todo el tiempo anterior al gran crecimiento de la población de los dos últimos siglos— la natalidad era muy elevada en todo el mundo. La tasa media era en Europa del orden de un 40 por mil: más de tres veces la de la Europa actual y parecida a la que hoy tiene África. Esta natalidad tan elevada era una respuesta a la alta mortalidad infantil que hacía que sólo la mitad de los niños y niñas que nacían llegasen vivos a los quince años de edad. En estas circunstancias era necesario traer al mundo el doble de los hijos que se requerían para reemplazar los efectivos familiares. Un poema euskera, *Peru Abarka*, fija la fórmula ideal para la reproducción de una familia campesina: «dos hijas y tres hijos son suficientes».

Esta elevada natalidad no es, sin embargo, «natural». Una natalidad «natural» —es decir, la que se obtendría si no hubiera nin-

Que todavía se practica hoy en algunos pueblos, incluso muy civilizados. Una noticia de prensa del verano de 1996 explicaba las medidas que las autoridades húngaras tuvieron que tomar para evitar la muerte de los recién nacidos abandonados.

* En el Génesis, 38, 8-10, se explica que Judá tenía un hijo mayor casado con una mujer a la que amaba, al cual mató Dios. Como era costumbre que otro hermano tuviera los hijos «del primogénito», si éste moría, el hijo entonces Judá a Onán, hijo suyo, casado con tu cuñada, a fin de dar sucesión a tu hermano. Onán, sabiendo que la sucesión no había de ser suya [es decir, que los hijos serían reconocidos como de su hermano muerto], aunque se acostaba con ella, derramaba en tierra el semen para que no nacieran hijos con el nombre de su hermano.

gún tipo de control— sería mucho más elevada. Sabemos que alguna forma de control de la natalidad se ha practicado siempre y en todas partes. En el mundo primitivo las formas más habituales de control eran el aborto y el infanticidio, sobre todo por abandono a la intemperie,* y en especial el de las niñas, que se practicaba habitualmente, y de forma legal, en la Roma clásica.

El más universal de los anticonceptivos era el «coitus interruptus», descrito en la Biblia como el pecado de Onán.** Pero no era el único. Muchos pueblos primitivos conocían formas diversas de preservativos masculinos y femeninos, y de espermaticidas. La eficacia de estos métodos la demuestra la baja natalidad de las esclavas africanas, que se negaban a tener unos hijos a los cuales esperaba una vida difícil, ya que serían esclavos como sus madres.

En la Roma antigua los métodos anticonceptivos eran bien conocidos, y si el cristianismo los prohibió, excepto a las prostitutas, el resultado fue sumergir la práctica para que quedase fuera del alcance del castigo eclesiástico. El aborto era mucho más frecuente de lo que se piensa, y era visto como un medio de control que asumían las mujeres.

Una contradicción obligaba a la iglesia —ya veremos por qué— a prescindir de uno de los mecanismos más eficaces de disminución natural de la natalidad: la lactancia materna del niño, que provoca amenorrea (cese de la menstruación) e impide que la madre quede embarazada de nuevo. Con la lactancia materna el retorno de la menstruación y de la ovulación pueden tardar dieciocho meses (como ocurre en Bangla Desh o en Indonesia) o hasta cuatro años, como en un pueblo del oeste de África donde el niño es amamantado hasta los tres años de edad.

El único método de limitación de la natalidad plenamente autorizado, e incluso recomendado, por la Iglesia era el matrimonio tardío. Los casamientos a edad muy temprana eran cosa de la aristocracia (Julieta, la enamorada de Romeo, no tiene aún catorce años cuando su madre se propone casarla). Las familias que no estaban tan bien dotadas económicamente esperaban más para hacerlo. El término medio para una mujer europea era casarse a los 25 años, lo que significa que tendría una vida fecunda de unos 15 años (la edad media al nacimiento del último hijo era de 40 años).

Un estudio sobre diversos países europeos muestra que el nacimiento del primer hijo tardaba en producirse de 12 a 16 meses después de la boda; del primer al segundo hijo pasaban de 20 a 28 meses (unos dos años), del segundo al tercero el intervalo podía

umentar hasta los treinta meses y del penúltimo al último hijo se acercaba a los cuatro años. Esto significa que en una vida fecunda de quince años, una mujer podía tener un máximo de seis hijos, y que lo más normal debían ser cinco, de los cuales sobrevivían dos o tres, lo que explica las bajas tasas de crecimiento de la población europea entre 1500 y 1700-1750, a pesar de su elevada natalidad.

Los grandes limitadores de la fertilidad en las sociedades europeas habrían sido el matrimonio tardío y una elevada proporción de gente que no llegaba a casarse; estos eran rasgos característicos de Europa que no se daban en otros lugares del mundo. Que las mujeres se casaran a una edad tardía y que por lo menos un diez por ciento de ellas quedasen solteras tenía como consecuencia reducir la fertilidad por lo menos a la mitad de lo que habría podido ser con un matrimonio generalizado y temprano. Este sería, en opinión de algunos, el gran secreto que explicaría la riqueza de Europa: el ahorro que le ha permitido acumular los recursos y el capital que le han asegurado la primacía mundial.*

Matrimonio tardío y celibato eran dos fenómenos relacionados entre sí. Si en las familias humildes el casamiento se retrasaba para asegurarse un mínimo de seguridad económica, en las ricas la boda de una hija podía tener lugar a edad muy temprana, pero se acostumbraba a compensar con el celibato de algunas de sus hermanas, ya que difícilmente se las podría dotar a todas de acuerdo con su rango. Lo más probable sería que algunas de las pequeñas entrasen en un convento, lo cual también exigía que llevaran una dote, pero de menor cuantía.

Sin embargo, esta pauta europea que aseguraba un crecimiento limitado cambió en los siglos XVIII y XIX. Mientras las tasas de mortalidad descendían, las de natalidad se mantuvieron elevadas, de manera que la población experimentó un crecimiento considerable que llegaría a asustar a los sectores bienpensantes de la sociedad, que veían cómo aumentaba el número de los pobres a los que había que asistir, y que temían, por otra parte, que si crecían demasiado podían convertirse en un peligro social. Esto ocurría en momentos en que la Revolución francesa y sus principios igualitarios —la demanda de un reparto más equitativo de la riqueza— habían generado un gran miedo social.

Fue entonces cuando Thomas Robert Malthus, un pastor protestante inglés**, expuso sus ideas sobre la necesidad de limitar el crecimiento de la población. En 1798 publicaba anónimamente su

* La explicación de la prosperidad del matrimonio tardío se ha querido explicar también al caso japonés, donde del «ejército de reserva de los ros» un argumento casi universal para entender por qué unos pueblos pobres y otros —los que son capaces de mirar el sacrificio del celibato—. Sin embargo, hay opiniones muy diversas acerca de las causas del «milagro japonés»: para MacFarlane, que ha seguido una evolución económica de la de Inglaterra se debe a que los países son islas grandes, con pocos ejércitos de guerra; para Powelson las ganancias proceden de la «difusión de la tecnología», etc. Hay explicaciones muy diversas de los gustos.

** El padre de Malthus era un economista liberal, seguidor de las ideas de Rousseau. Las opiniones del libro de 1804 se convertiría en el primer tratado inglés de economía política. Fue una buena medida una reacción a los puntos de vista de su padre y de los partidarios de las ideas de la Revolución francesa.

Ensayo sobre el principio de población, en cuyo primer capítulo se decía: «La población, si no encuentra obstáculos, aumenta en una progresión geométrica. Los alimentos sólo aumentan en una progresión aritmética.» Este hecho obliga a un control constante sobre la población debido a la dificultad de asegurar los medios para su subsistencia. Estos controles —*checks*, en inglés— podían ser *preventivos* —los que sirven para evitar la aparición de nueva población en exceso—, o *positivos* —los que reducen el exceso que ya existe. Detrás de estas reflexiones, enunciadas como si se tratase de un problema natural —del ajuste de los pobladores a los medios de subsistencia—, había el propósito explícito de combatir la idea «revolucionaria» de que un mejor reparto de la riqueza pudiese resolver el problema: «Ninguna pretensión de igualdad, ninguna reglamentación agraria, por radical que sea, podrá eliminar ... la presión de esta ley». La edición ampliada de 1803 introducía el nuevo concepto de «control moral» que le permitía sostener que la situación se podía arreglar sin llegar al desastre, si los pobres aceptaban controlar su natalidad —por medio de la abstinencia sexual, no de los medios anticonceptivos, que Malthus condenaba como «vicio»— a la vez que limitaban sus demandas sobre los bienes escasos: casarse cuando no se tenían medios suficientes para mantener a una familia era inmoral.

¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué las sociedades europeas estaban dejando de ajustar la natalidad a las posibilidades objetivas de una reproducción que no pusiera en peligro su subsistencia? Una de las causas fundamentales de estos cambios fueron las nuevas oportunidades de trabajo generadas por la industrialización que, en una primera etapa, cuando utilizaba técnicas elementales que estaban al alcance de las mujeres y los niños, creó un estímulo económico para el aumento del tamaño de la familia. El crecimiento de la población que se produjo en Inglaterra desde el siglo XVIII tuvo menos que ver con la disminución de la mortalidad, como se aseguraba tradicionalmente, que con el aumento de la fertilidad, debido posiblemente a que los matrimonios empezaron a ser más tempranos y más frecuentes.* Parece que hay un paralelismo entre la evolución de la fertilidad y la de las ganancias familiares.

La combinación de un matrimonio temprano, del aumento de la ilegitimidad (de 1680 a 1800 la tasa de ilegitimidad subió en Inglaterra del 4,5 al 5 por ciento) y del descenso de la mortalidad hicieron crecer la población de Europa en relación con la de los otros continentes durante el siglo XIX y pudieron haber compro-

metido sus posibilidades de crecimiento económico. Mientras la demanda de trabajo infantil de las fábricas y las minas se mantenía, las familias obreras no veían ninguna razón para hacer caso de las admoniciones malthusianas y mantenían elevadas tasas de fertilidad. Las ciudades, donde se concentraba la nueva demanda de trabajo, crecían con rapidez, mientras los campos empezaban a despoblarse, en especial a partir del momento en que se impusieron las nuevas formas de agricultura mecanizada que necesitaban menos brazos.

A fines del siglo XIX Europa empezaba a estar superpoblada: contenía un 25 por ciento de la población mundial, es decir, uno de cada cuatro habitantes del planeta. La expansión del comercio mundial y la llegada de los cereales producidos en ultramar estaba acabando de arruinar su agricultura y los hombres desplazados del campo no encontraban ya acogida en una industria que se estaba mecanizando, de manera que millones de europeos tuvieron que emigrar hacia otros continentes, y muy en especial a América.

Lo que podía haber sido un grave problema de superpoblación se resolvió al cabo por la «revolución tranquila» de la disminución de la fertilidad: uno de los rasgos más importantes de la historia demográfica moderna. Este fenómeno había empezado en el siglo XVIII en las capas elevadas de la sociedad urbana, cuando las mujeres se resistieron a seguirse sometiendo a una vida de partos continuados —que representaban un peligro mortal para ellas— y optaron por restringir los nacimientos, a la vez que amamantaban y criaban personalmente a unos hijos más escasos y, por lo mismo, más queridos.

Esta limitación de los nacimientos no se extendería a las capas más pobres de la sociedad hasta que cambiaran sus expectativas. La reestructuración del trabajo industrial como consecuencia de la mecanización fue acompañada de restricciones a la ocupación de los niños: las leyes prohibían ahora que se les hiciera trabajar antes de una edad determinada y obligaban a escolarizarlos. De este modo los hijos tenían unos costes más grandes de mantenimiento y rendían menos beneficios. El cabeza de familia, que antes no aportaba más de una cuarta parte del ingreso familiar, proporcionaba ahora las dos terceras partes del mismo.

La base material de la familia fue revolucionada y cambiaron los papeles de sus diversos miembros. Pero no todo ha sido fruto de razones económicas. Las jornadas laborales más cortas, ganadas por las luchas obreras, hacían posible que los hombres pasa-

* Véase «matrimonios» nos refieren de hecho, no sólo a las iglesias. Sobre los presentaba esta cuestión del matrimonio en el libro de Véase Bridget Hill, «The women and the demography workshop», n. 28

ran más horas en casa y les unían más a la familia. Las propias mujeres tuvieron, por otra parte, un papel fundamental, al negarse a seguir aceptando su sumisión pasiva y tomar decisiones sobre la continuidad o la interrupción del embarazo.

Esta confluencia de factores explica que la lógica del control de la natalidad se extendiera a la clase obrera. La limitación de la fertilidad era una respuesta racional a la nueva situación que afrontaban las familias trabajadoras. A principios del siglo XX proliferaba en Inglaterra una literatura popular que instruía sobre la anticoncepción y se estaba creando una auténtica industria de los preservativos,* favorecida por la vulcanización del caucho que mejoraba la calidad de los condones —un anuncio decía que «usados con cuidado, pueden durar años».

Así acabó lo que habitualmente se denomina el sistema de transición del viejo al nuevo régimen demográfico, es decir, la etapa en que la población europea vio descender su mortalidad, pero mantuvo alta su natalidad, lo que dio lugar a un aumento de población que fue una de las razones que impulsaron la emigración de la población europea a ultramar y el imperialismo. La causa que puso fin a esta etapa fue esa gran caída de las tasas de fecundidad de la población europea —y del mundo desarrollado—, que ha hecho que su crecimiento poblacional se estanque.

2.3. MATRIMONIO Y FAMILIA

La familia estaba organizada tradicionalmente en función del linaje: eran los padres quienes negociaban los casamientos de los hijos de acuerdo con los intereses colectivos de la familia. Pero hacia el siglo IV de nuestra era, la Iglesia empezó a intervenir en las reglas que regían el matrimonio al introducir una serie de restricciones que dificultaban los casamientos entre parientes y, en consecuencia, la transmisión de las herencias dentro del linaje, y que contribuían a que quienes abandonaban la familia para integrarse en la Iglesia pudiesen heredar. Hacia el siglo XII los eclesiásticos hicieron nuevos y considerables esfuerzos para controlar de forma todavía más estricta el matrimonio, y lo convirtieron en indisoluble. Estos dos principios —exogamia (es decir, prohibición de contraer matrimonio entre personas con unos determinados grados de parentesco) e indisolubilidad— pusieron en manos de la Iglesia un elemento de control social muy importante.

La familia seguía, no obstante, integrada dentro de las solida-

ridades amplias del linaje y la vecindad. El matrimonio se concertaba entre familias (figura 2.4) —es el padre quien «entrega» la hija al novio— y la unidad conyugal era una solidaridad secundaria dentro de un mundo de vínculos más amplios, en que hechos como el nacimiento, el casamiento y la muerte tenían una dimensión colectiva, con prácticas y ritos de amplia participación.

Al margen de las fijadas por la Iglesia, la comunidad campesina tenía sus reglas propias. Contra la vieja ilusión que quería pintar el mundo campesino como un reducto de pureza e inocencia, sabemos hoy que en él dominaba una actitud ante el sexo mucho más libre que la del mundo urbano y poco preocupada por las reglas eclesiásticas. En Galicia, por ejemplo, los propios clérigos consideraban lícita la relación sexual entre personas solteras. En el mundo campesino europeo, las concepciones prematrimoniales no sólo no estaban mal vistas, sino que eran muy frecuentes. En la Inglaterra del siglo XVIII los hijos nacidos de concepciones prematrimoniales llegaron a ser casi el 40 por ciento de los nacimientos; si añadimos a esto un 5 por ciento de hijos ilegítimos nacidos vivos, resulta que sólo uno de cada dos nacidos era concebido de acuerdo con las reglas morales predicadas por las iglesias. A quien no se aceptaba en este mundo era al bastardo que nacía al margen de una familia que se ocupara de mantenerlo, puesto que se convertiría en una carga para la comunidad. Este rechazo formaba parte de las reglas con las que la comunidad campesina controlaba la reproducción, impidiendo la sobrecarga de unas bocas que debían mantenerse con unos recursos limitados.

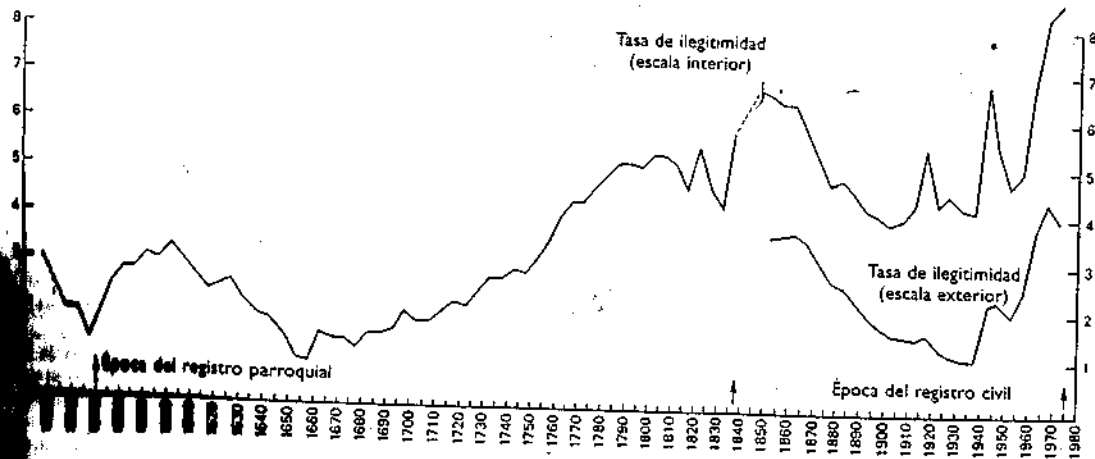
*Per respecte del matrimoni, que los sors Garra Joan de Barbera
de Cervello donzell s. del Castell lo qual es de quest en la
vegaria de Penades, y Garra de Sayol també donzell en Barç
domiciliats desigjan mitjancant la gracia del Speni S. q. des
fes per genre Luis de Sayol ara de edat de vuyt anys o cerca
fill de die S. Sayol, y de la g. S. dona Hermimia Sayol q. de
Monçim muller sua neboda de die S. Barbara, y Raphaela
ara de edat de tres anys, filla de die S. Barbara, per genre los
dits sors Barbara y Sayol, son fets firmats y jurats los
Capitols y pactes següents.*

Figura 2.4. En 1585 los sors Garra Joan de Barbera y de Cervello acuerdan las condiciones de sus hijos cuando se casen (ahora de edad de ocho años, o cerca de ocho años, o cuando tengan tres años, o cuando tengan la edad de los hijos). Los padres, cuando tengan edad de matrimonio, les harán firmar capítulos y pactos que darán lugar al acuerdo.

El hecho de que los nacimientos ilegítimos parezcan mucho más abundantes en las ciudades que en el campo, se debe a que los nacidos en el medio rural son a menudo abandonados en los hospicios de las ciudades cercanas. En la segunda mitad del siglo xviii, los bastardos representaban el 25 por ciento de los nacimientos en Toulouse (uno de cada cuatro). En París, en 1772, hubo 7.676 niños abandonados en los hospicios, lo que representaría el 40 por ciento de los nacimientos de la capital, pero hay que tener en cuenta que más de 3.000 de éstos procedían de los pueblos: los llevaban transportistas especializados en este trabajo, que los cargaban a la espalda en cajas, de tres en tres —a veces desde más de 300 kilómetros de distancia— y los alimentaban con leche de vaca. Por el camino iban dejando a los que morían, y los reemplazaban por otros.

Si damos un vistazo de conjunto a la evolución histórica de los nacimientos ilegítimos, podemos ver que, después de haber disminuido proporcionalmente desde fines del siglo xvi hasta mediados del xviii —en la época en que las iglesias hicieron un gran esfuerzo de conversión y control del mundo campesino—, volvieron a aumentar de forma considerable a finales del siglo xviii y a principios del xix (figura 2.5). Este crecimiento de la ilegitimidad se registró sobre todo en el campo y una de sus causas fue, precisamente, la disolución de la comunidad campesina

Figura 2.5. Evolución de la ilegitimidad en Inglaterra y Gales (1550-1975) (de Peter Laslett, Karla Oosterveen y R. M. Smith, eds., *Bastardy and its comparative history*. Londres, Edward Arnold, 1980).



en nombre de las exigencias de una agricultura comercializada que no aceptaba los controles colectivos sobre el cultivo, los prados y los bosques. La implantación del orden burgués en los campos, con el libre uso de la propiedad, dejó un vacío en la legitimación de las viejas reglas de control de la reproducción que la condena moral de las iglesias no conseguía llenar. Cuando se advirtió que la autoridad política eliminaba los castigos por fornicación y construía hospicios para recoger a los niños abandonados, los rústicos creyeron que se habían cambiado también las reglas morales. Como dijo una campesina alemana: «Tener hijos está permitido. El rey lo ha autorizado».

A la vez que retrocedía la moral comunitaria, también lo hacía la fuerza del linaje y de la familia extensa.* En el transcurso del siglo xvi al xviii aparece un nuevo espíritu doméstico y la familia nuclear —compuesta por el matrimonio y los hijos, con una dimensión normal de 4 a 5 personas— se convierte en una unidad aislada del mundo exterior, que vive en un hogar cerrado que ahora es como el castillo de la familia (en contraste con la casa de puertas abiertas de tiempos anteriores). En relación con estos cambios aparece una concepción amorosa del matrimonio —el sentimentalismo como justificación del casamiento— y los hijos se reintegran en la familia (antes permanecían muchos años lejos de los padres, tanto por la lactancia como por el aprendizaje). La relación madre-hijo, que anteriormente era poco valorada, cobra una nueva fuerza. Las mujeres conservan a sus hijos con ellas y refuerzan su papel como transmisoras de las normas sociales. Michelet dirá: «Toda mujer es una escuela.» En la familia acomodada, la madre educa y la escuela instruye; en la familia obrera, en que la madre ha de trabajar y no puede cumplir esta función educativa, la escuela se limita a educar a los niños, que no se instruyen en lugar alguno.

El debilitamiento del control efectivo de las iglesias en el terreno de la moral dio prominencia a las normas higiénico-morales expresadas por los médicos, que formarían una moral laica que respondía a motivaciones sociales convencionales y tenía poco que ver con la ciencia. En 1758 un médico de Lausana, Tissot, publicaba *Onanismo. Tratado de los desórdenes producidos por la masturbación*, un libro que tendría un éxito espectacular. De acuerdo con las ideas de Tissot, los médicos atribuyeron a la masturbación todas las enfermedades imaginables: tuberculosis, impotencia, imbecilidad, catalepsia y, sobre todo, la locura. Sabemos de muchos niños y niñas a los que, siguiendo consejos

* La familia bre todo en los social: en la aría por manten la propiedad ta entre los camp emigraban a la que emigraban raban establec gente proceden res o no.

* El doctor Baker Brown, que llegó a presidente de la Sociedad médica de Londres, publicó en 1866 la historia de 48 casos en los que había practicado la clitoridectomía para curar casos de epilepsia, histeria, etc.

médicos, se les hacía dormir con camisa de fuerza o encadenados para que no se masturbaran; en el siglo XIX reaparecieron los cinturones metálicos de castidad, ahora de uso infantil (en 1930 todavía se vendían, algunos con un aparato eléctrico), y se llegaría a someter a las criaturas a la clitoridectomía (ablación quirúrgica del clítoris), la enervación de los genitales o la castración.*

Los médicos apoyaban la idea de que la esposa tenía la obligación de someterse al marido para complacerle y de que una mujer decente no debía experimentar ningún placer en esta relación. Lo cual iba unido a las concepciones moralizadoras de una sociedad burguesa en que se vestían las patas de los pianos de cola, pero en que había más prostitutas y más burdeles que quizá nunca antes en la historia. En el Londres victoriano, paradigma de esta nueva moral, se dice que había 120.000 prostitutas que empezaban la profesión a los 10 años de edad (en sus hospitales se atendieron en ocho años 2.700 casos de enfermedades venéreas en muchachas de 11 a 16 años). Los médicos calculaban que la vida profesional media de una prostituta desde el momento en que se iniciaba en su trabajo era de cuatro años. En 1851 hubo en Londres 42.000 nacimientos ilegítimos registrados y decenas de miles de niños muertos al nacer: el Támesis arrastraba casi cada día cadáveres de recién nacidos.

El mayor rigor de las exigencias morales sobre las mujeres respecto de los hombres tenía su fundamento en la función especial que se asignaba a éstas en la transmisión de la propiedad por la herencia. Como diría el doctor Samuel Johnson, «la castidad de las mujeres tiene la mayor importancia, ya que toda la propiedad depende de ella».** Se comprende por ello que en su programa de socialismo Fourier sostuviera que la destrucción del sistema económico y social del capitalismo no se podía llevar a cabo sin liquidar la familia burguesa, lo cual era también indispensable para la plena emancipación de la mujer.***

La desintegración de la familia y de la moral tradicionales han ido avanzando en el siglo XX, y el hecho de que en tiempos recientes las dificultades de los jóvenes para encontrar trabajo hayan parecido reforzar la estabilidad de la familia nuclear, al retrasar la emancipación de los hijos, no debe hacernos pensar en una recuperación de los viejos valores. La explicación es más compleja.

** James Boswell, *Life of Johnson*, 22 de marzo 1776.

*** Fourier dejó estas ideas escritas en *El nuevo mundo amoroso*, pero sus discípulos, conscientes del rechazo social que provocarían, no se atrevieron a publicarlas.

2.4. LA MUERTE «ORDINARIA»

Hemos hablado del flujo de entrada de la población. Para entender la dinámica de su evolución, nos conviene tomar ahora en consideración el flujo de salida: la mortalidad. Las tasas de mortalidad han cambiado mucho en el curso de la historia. Las tasas actuales son del orden del 10 al 11 por mil, mientras que en la Europa anterior al siglo XIX, durante el antiguo régimen demográfico, eran tres veces más elevadas, del orden del 30 por mil en los años «normales» y bastante más elevadas en los muchos años que no lo eran y que registraban mortalidades extraordinarias. Esto explica que la muerte estuviera mucho más presente en la vida cotidiana de los hombres del pasado que en la nuestra.

El primer componente de esta tasa de defunciones era una mortalidad infantil de proporciones que hoy resultan difíciles de imaginar. Si en la actualidad la mortalidad infantil es de un 7 por mil en los países avanzados y sube hasta un 73 por mil en los pobres, las tasas normales en la Europa de los siglos XVII y XVIII eran del 250 al 400 por mil. Lo que se denomina mortalidad endógena, relacionada con el hecho mismo del nacimiento o con causas anteriores a éste, era muy elevada debido a la falta de conocimientos de los médicos y de las comadronas y a la falta de higiene en la atención del parto. La mitad de la mortalidad infantil se producía en el primer mes de vida.

El parto era también un riesgo muy grande para la madre. En principio, una de cada diez mujeres moría en alguno de sus partos, ya fuese inmediatamente, por hemorragia, o días o semanas más tarde, a consecuencia de la llamada fiebre puerperal. En 1795 el médico escocés Alex Gordon pidió que quienes tuviesen que operar se lavasen manos y ropas. Sólo consiguió que se rieran de él: al no conocerse los mecanismos de transmisión de las infecciones, no se veía la necesidad de la higiene. Hasta 1880 no habrá una asepsia de médicos y comadronas que permita reducir las muertes femeninas en el parto. Por lo que se refiere a la cesárea —la operación que permite extraer a la criatura cuando sus condiciones de nacimiento normal son difíciles—, la iglesia la condenaba como un crimen: primero había que dejar morir a la madre y sólo después de muerta se extraía al hijo y se le bautizaba. Como era poco probable que el recién nacido sobreviviese en estas condiciones, normalmente se acababa enterrando a la madre y al hijo juntos. La primera cesárea conocida practicada en una mujer viva la hizo un castrador alemán —un hombre dedicado por su oficio

a castrar ganado— hacia el año 1500 en la persona de su mujer. Pero la operación tardó en generalizarse, puesto que hasta la segunda mitad del siglo XIX lo normal era que muriesen de un 70 a un 80 por ciento de las mujeres sometidas a esta intervención.

La mortalidad de los hijos era mucho más elevada aún que la de las madres: casi la mitad de los nacidos moría antes de cumplir quince años. Cuando los niños nacían, las comadronas les arreglaban la cabeza o la nariz presionándolas con las manos. No había ninguna medida higiénica. Sabemos, por ejemplo, cómo cuidaba el médico real al príncipe que había de convertirse en Luis XIII de Francia: a los dos meses del nacimiento se le frotó la frente y la cara con mantequilla y aceite; a los cinco años de edad le lavaron las piernas por primera vez con agua tibia; pero no le bañaron por completo hasta los siete años. Si esto se hacía con los hijos de los reyes, cuidados por médicos especialmente asignados, puede imaginarse cuál era la higiene con que se atendía a los demás niños.

Había, además, el problema del amamantamiento. Las madres acomodadas no daban de mamar a sus hijos. Esto era cosa de pobres. Los maridos no querían soportar los lloros de la criatura por las noches y no les gustaba que la madre amamantase al hijo (los pechos le quedaban más blandos, les desagradaba el olor de la leche...). Había además una especie de tabú sobre las relaciones sexuales durante la lactancia, reforzado por teorías médicas y teológicas muy diversas. Puesto que la lactancia podía durar unos dos años —en el caso de Carlos II de España sabemos que duró siete—, esto implicaba someter al marido a una abstinencia demasiado larga. Los confesores recomendaban a las mujeres acomodadas que diesen los hijos a amas de cría contratadas para que los amamantasen —al morir tantos niños a poco de nacer, había muchas mujeres que, teniendo leche, se alquilaban para criar a los hijos de otras—, las cuales se los llevaban de casa de los padres durante este período. Montaigne, que pasa por ser un hombre moderno y de pensamiento avanzado, dirá, refiriéndose a sus hijos: «No he sufrido que se criaran cerca de mí».

¿Por qué no practicaban la lactancia con leche de animales? Había prejuicios contra ello. Un tratado publicado en 1799 aseguraba que los niños podían heredar las costumbres de los animales de los que recibían la leche: «un hombre, por otra parte honesto y de carácter firme, criado con leche de cabra, pegaba saltos cuando se encontraba solo; otro, criado con leche de marrana, tenía las inclinaciones sucias y, de forma parecida al animal del que había

sorbido la leche, se revolcaba en los sitios fangosos cuando creía encontrarse solo».

La lactancia mercenaria encargada a nodrizas que criaban al niño lejos de su familia daba lugar, en el mejor de los casos, a mortalidades infantiles dos veces superiores; en el peor —como ocurría con las amas de cría que atendían a los niños abandonados en los hospicios— la cosa podía alcanzar mortalidades extremas (véanse, en la figura 2.6, los datos para el hospicio de Reims). En el hospital de Rouen, de 1783 a 1789, los niños abandonados murieron en un 91 por ciento. La mortalidad de estos niños del hospicio se debía, en primer lugar, a la falta de cuidado de las nodrizas: algunas aceptaban más de diez niños a la vez, y una tomó 19, de los cuales sólo dos sobrevivieron al primer año.

Dejemos de lado a los niños y sus madres. ¿De qué moría el resto de la gente en los años normales? En Londres, de 1661 a 1686, un 40 por ciento murió de peste, tifus, viruela y disentería (figura 2.7). La peste mataba mucho en años puntuales y desaparecía después. El tifus y la disentería, que afectaba sobre todo a niños y adolescentes, mataban con regularidad (un 28 por ciento del total en los años que no hay peste) y, finalmente, mataba mucho, y siempre, la tuberculosis.

Muchas enfermedades dependen de las condiciones de higiene, como el tifus, que las ratas transmiten (a través de las pulgas) a las

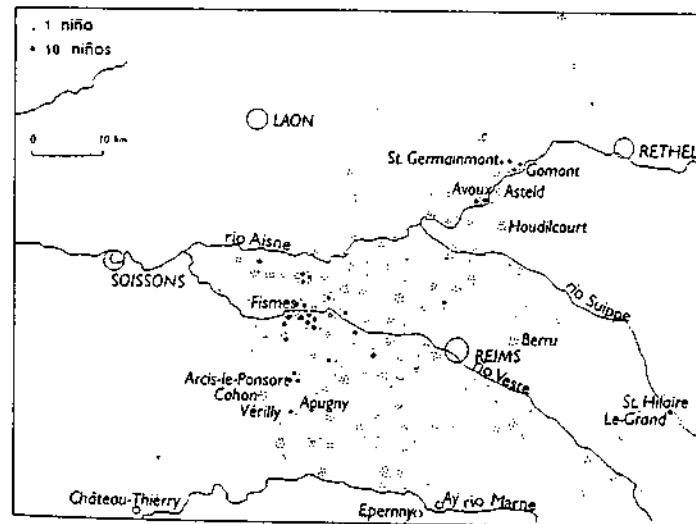
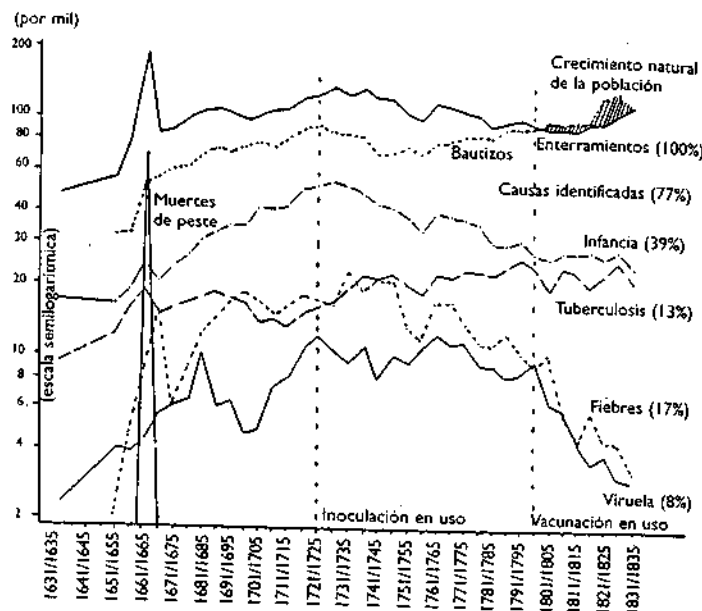


Figura 2.6. Distribución de nodrizas que amamantaban a niños abandonados en el hospicio (1780-1789).



personas y que después se transmite de persona a persona por los piojos. Es una enfermedad de invierno, cuando el frío hace que se amontonen las gentes en las casas y los hombres ni se lavan ni lavan las ropas (los ricos llevan demasiada y la de los pobres es demasiado mala para arriesgarse a lavarla mucho). Los seres humanos mismos, además, se lavaban muy poco.* Todos, ricos y pobres, estaban llenos de piojos y pulgas. Cuando Santo Tomás Becket muere, asesinado en la catedral de Canterbury en 1172, el cuerpo que se enfría es abandonado por los parásitos «como agua que hierve en una caldera». Quinientos años más tarde, un inglés ilustrado y acomodado como Samuel Pepys iba normalmente al barbero para que le quitasen los parásitos; en una ocasión en que su esposa le cortó el cabello, le encontró en la cabeza y el cuerpo 20 piojos.

Alan MacFarlane ha sugerido recientemente que las causas más importantes de la disminución de la mortalidad en Inglaterra están relacionadas con cambios que permitieron indirectamente mejorar la higiene: el gran consumo de té, que obligaba a hervir el agua, hizo menguar la disentería; la ropa de algodón, al lavarse más a menudo, ayudó también a mejorar la salud de la población.

* La austeridad de los europeos era bien conocida por los musulmanes, que hacen abluciones diarias, y que sostenían, con razón, que los cristianos hedían. Un español del siglo XIX sostenía que el hecho de que sus compatriotas no se bañasen se debía al miedo a que la Inquisición los tomase por descendientes de moros.

Tenemos, además del de la higiene, el problema fundamental del hambre. Sabemos que hay una relación entre la calidad y la abundancia de la alimentación y el tamaño corporal, que ha servido para estudiar la evolución del nivel de vida de las poblaciones. Los datos sobre la estatura de los soldados que hacían el servicio militar, o de los encarcelados (hombres y mujeres), han hecho posible desarrollar los estudios de una llamada «historia antropométrica» que permite seguir, a través de estas medidas, la evolución de la condición de vida de las capas populares, y que ha permitido demostrar que en la Inglaterra de la primera mitad del siglo XIX, al mismo tiempo que se producía la industrialización, la calidad de vida disminuyó considerablemente (figura 2.8).

Pero, más allá de esta repercusión, existe la bien conocida relación entre el hambre y la muerte, que explica que ésta figure como uno de los cuatro jinetes del Apocalipsis. Era un hecho universalmente aceptado que las épocas de hambre correspondían a aumentos de la mortalidad. Un médico francés del siglo XVIII llegó a cuantificar la relación que existía entre la subida de los precios

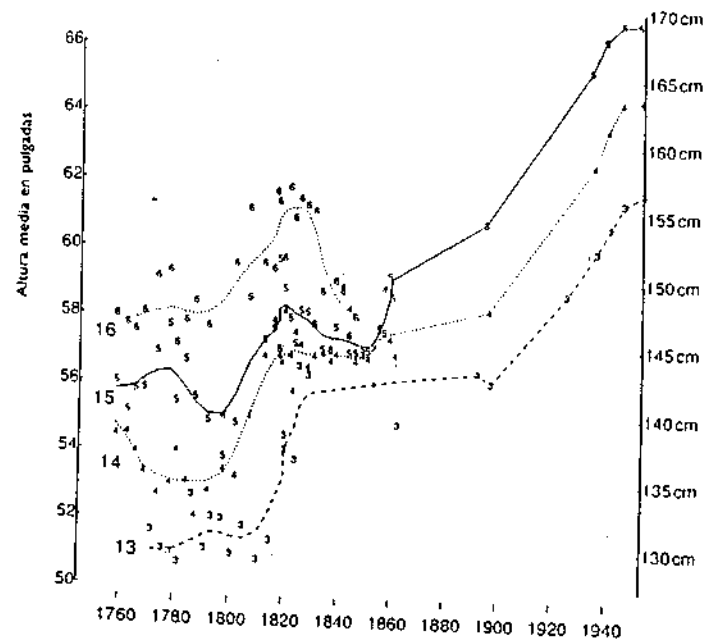


Figura 2.8. Estatura de los muchachos ingleses de 13 a 16 años, desde 1750 hasta mediados del siglo XIX (los puntos indican son las del siglo XIX).

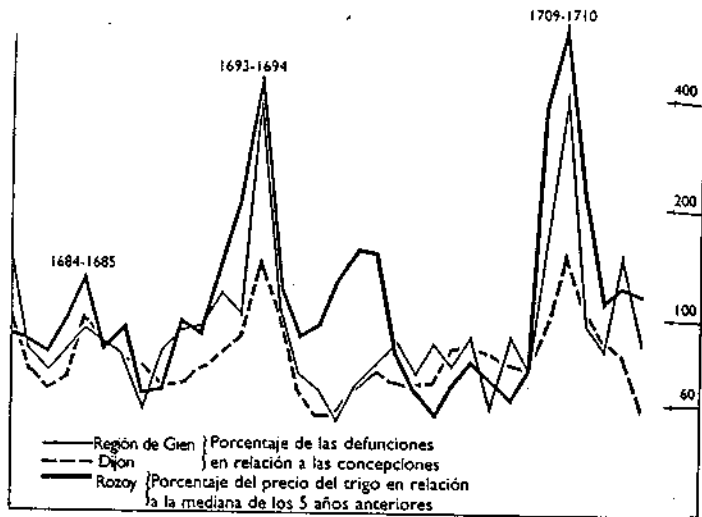


Figura 2.9. Relación entre la mortalidad y los precios del trigo (de Jean Meuvret, *Études d'histoire économique*, París, Armand Colin, 1971, p. 274).

de las subsistencias en Rouen y los muertos en el hospital de la misma ciudad: cuando el precio del pan subía un 50 por ciento, los muertos lo hacían en un 100 por cien, es decir, se multiplicaban por dos.

¿Cómo se establece esta vinculación entre hambre y muerte? A veces las relaciones son complejas. A menudo las malas cosechas dependen de cambios climáticos extremos —heladas, inundaciones o sequías— que también afectan la salud de los hombres. Un invierno largo aumenta el tiempo de hacinamiento en viviendas poco higiénicas y favorece la propagación de enfermedades respiratorias y parasitarias; la sequía es a menudo culpable de la mala calidad de las aguas que se beben y de las enfermedades intestinales que esto provoca. Una de las razones fundamentales, sin embargo, parece haber sido el empeoramiento de la calidad de la comida. La falta de los alimentos habituales obligaba a menudo a reemplazarlos por otros de escaso valor calórico, corrompidos o indigestos (granos en mal estado, afectados por el cornezuelo del centeno, que provocaba graves intoxicaciones; hierbas y raíces difíciles de digerir), con el resultado de producir disenterías mortales que diezaban de forma muy especial a los niños y a los viejos.*

* Mary K. Matossian atribuye a las intoxicaciones producidas por los granos en mal estado, y en especial al ergotismo, no sólo consecuencias demográficas, que son las que aquí nos interesan, sino incluso las manifestaciones de brujería en los intoxicados. Por lo que se refiere a las hierbas, un texto español de 1803, el de la *Epidemiología española* de Villalba, dice: «En el reino de Jaén y en los señoríos de Úbeda y Baeza hubo siete años de esterilidad, que precisó que muchos hombres se alimentasen a manera de brutos de yervas y raíces silvestres, cuya virtud no conocían, de que se originó una fiebre epidémica sumamente maligna y contagiosa de todo género de males.» Los mecanismos de las grandes hambres medievales han sido bien estudiados en el libro de William Chester Jordan, *The great famine. Northern Europe in the early fourteenth century*, Princeton, Princeton University Press, 1996.

La conciencia de esta relación ha conducido a veces a generalizaciones tal vez un poco simplistas, como la que muestra la gráfica de Jean Meuvret (figura 2.9), que relaciona los precios del trigo (expresados en porcentajes de aumento respecto de los años anteriores) con la mortalidad (o, mejor dicho, con la proporción de las defunciones respecto de las concepciones).* Es bien sabido que las grandes hambres van acompañadas en general del aumento de la mortalidad, y esto no sólo vale para un pasado remoto, sino para tiempos modernos (el hambre de Irlanda de 1845 a 1852 mató a un millón de personas), e incluso para la segunda mitad del siglo xx: el hambre de 1958-1962 en China se calcula que produjo muchos millones de muertos.

* Al mismo tiempo que la mortalidad, el hambre ha producido nuevas concepciones, delirios (ausencia de la muerte), una parte, pero también un desmoronamiento del racionalismo de las teorías de la época por la pérdida de granos, lo que explica la baja habitual de las concepciones durante la cuarentena y la alta frecuencia del ayuno y la al-

Pero las cosas no acaban con esta constatación. ¿Hasta qué punto la escasez de alimentos, y sólo ésta, es la causa del hambre? La verdad es que sus consecuencias dependen en buena medida de los controles que permitan evitar los abusos (como Vincenzo Citaredo había dicho en el siglo xvi: «No es Dios; son las personas las que hacen la carestía») y de las formas de ayuda que puedan atenuar la escasez. En las ciudades, por ejemplo, era frecuente que se organizaran mecanismos caritativos de asistencia —como las ollas públicas para dar comida a los pobres—, por miedo a que se produjeran alteraciones sociales, lo cual explica que los campesinos, de los que nadie se ocupaba, se trasladaran a las ciudades en tiempos de hambre y agravasen los problemas de éstas.

2.5. LA MUERTE EXTRAORDINARIA

Además de esta muerte ordinaria existe, sin embargo, la muerte extraordinaria de las epidemias y de las grandes pandemias que afectan por igual a pobres y ricos, bien y mal alimentados, sucios o limpios (con alguna paradoja incluso, como el hecho de que la pulga que transmite la peste prefiera el color blanco).

Contra la epidemia el único remedio efectivo era huir: un médico de Anjou lo formulaba como sigue: «Huir pronto, irse muy lejos y volver muy tarde». Los ricos lo hacían, porque se lo podían permitir. El *Decamerón* de Boccaccio nos explica lo que ocurrió cuando la peste llegó a Florencia en 1348. Sabiendo que lo mejor que podían hacer era huir, un grupo de siete mujeres jóvenes (ninguna de ellas de más de 18 años), que escuchaban misa en Santa María Novella, y tres hombres (el mayor de los cuales tenía 25 años) deciden irse de la ciudad y se reúnen en un

palacio en el campo, para pasarlo bien y contarse historias divertidas.

Los que quedaban en las ciudades se defendían como podían. Cerraban las puertas de las murallas y sacaban a los pobres forasteros (fugitivos que con el hambre traían normalmente la enfermedad). Establecían un lugar donde llevar a los enfermos, si era posible en las afueras. Las casas de los enfermos se cerraban y se encadenaban, y se les proporcionaba alimentos por la ventana.*

Decimos peste a partir de una voz latina que sirve para identificar todas las calamidades y la utilizamos, desde el siglo XIV, para designar la peste bubónica. Pero las grandes pestes anteriores han sido posiblemente de naturaleza diferente.** La llamada «peste de Atenas» del 430 a.C., descrita de forma dramática por Tucídides, podría haber sido en realidad tifus; la epidemia que hacia el año 165 devastó el imperio romano, matando en algunas zonas del 25 al 35 por ciento de la población, era de viruela. Hacia el 1200 las ciudades europeas se vieron invadidas por otra enfermedad terrible que destruía los cuerpos y hacía que a los enfermos se les cayeran los dedos o las orejas; la lepra. Ésta, no obstante, palideció ante el gran asalto de la «muerte negra».

La peste bubónica la provoca un bacilo, la yersinia, del que se conocen distintas variedades. Produce hemorragias y pústulas (bubones) por penetraciones cutáneas. Después de una incubación de seis o siete días, mata a alrededor de un cincuenta por ciento de los afectados. La transmisión se hace por medio de una pulga que habita en las ratas y que las prefiere como huéspedes, pero que, una vez las ha matado, se resigna a pasar a los seres humanos (los caballos y las mulas, en cambio, se salvan de recibir las como huéspedes). Además de esta variedad «bubónica», existen la «septicémica», transmitida también por las pulgas, en que el paciente muere antes de que los bubones tengan tiempo de aparecer y la «pneumónica», que se transmite directamente de persona a persona por la saliva, y que mata casi el 100 por cien de los afectados en tres o cuatro días.

Parece que hubo una epidemia de peste bubónica en el siglo VI —la llamada peste de Justiniano, del 541-544, durante la cual habrían muerto trescientas mil personas en Constantinopla—, con catorce reapariciones más leves hasta el año 767, en el que desapareció de Europa. Volvió, sin embargo, y con una fuerza brutal, en el siglo XIV. Se había iniciado en el Asia central, entre los mongoles, hacia 1338. Estos asediaron Kaffa, una ciudad del mar Negro —en Crimea, donde hoy está Feodosia— que era una colonia

* Recordemos otra vez a Romeo y Julieta. Para escapar del matrimonio que le imponían sus padres, Julieta aceptó el consejo de un fraile y tomó un narcótico que haría creer que estaba muerta; el fraile avisaría a Romeo, que había sido desterrado de Verona. Este volvería, despertaría a Julieta y la llevaría con él a Mantua. Pero el fraile encargado de llevar la noticia a Romeo fue encerrado en una casa en la que se sospechaba que había contagio, no pudo llevar la noticia a Romeo, quien creyó que Julieta había muerto, y provocó con ello el malentendido que hizo que los dos enamorados se quitaran la vida.

** Los especialistas en historia de la medicina nos advierten del riesgo que existe en identificar las descripciones de las epidemias del pasado con las enfermedades conocidas hoy a través de la investigación en los laboratorios (véase Andrew Cunningham, «La transformación de la peste: El laboratorio y la identidad de las enfermedades infecciosas» en *Dynamis*, Granada, 11, 1991, pp.27-71).

de los genoveses. Se dice que durante el asedio los mongoles tiraban a la ciudad los cadáveres de los apesados, pero puede ser que la epidemia la hubiesen llevado los esclavos, ya que Kaffa se dedicaba sobre todo al comercio de hombres. La ciudad se salvó del asedio, pero doce galeras genovesas llevaron la enfermedad a Sicilia en 1347. El año siguiente atravesaba toda Italia (recordemos que en 1348 llegaba a Florencia) y dos años más tarde se había extendido por todo el continente (figura 2.10) y «hubo tanta mortalidad —dice una lápida encontrada en Cataluña— que apenas quedó una cuarta parte de los hombres». Fue, sin ninguna duda, la mayor de las catástrofes demográficas que haya conocido Europa. No había defensa posible contra ella: ni servían los remedios de los médicos (en la Universidad de Montpellier, famosa por la enseñanza de la medicina, murieron todos los doctores del claustro), ni las devociones de los flagelantes, ni medidas profilácticas como la matanza de judíos, acusados de haber provocado la epidemia con venenos.* Morían pobres y ricos: caería Alfonso XI, rey de Castilla, y el cronista y hombre de negocios florentino Giovanni Villani (que había dejado escrito en su crónica: «la epidemia acabó en ...» y no pudo completar la anotación). Petrarca perdió a la

* Mientras no se sabe de las enfermedades frecuente atribuido los forma de envenenamiento el caso de la «peste» tífica como Jacme d'Aragón de Córdoba la amputación en parte, al envenenamiento por «hombres malvados» que se iniciaran por esta misma suposición de los «untadores» ejecutados después de confesar, a fuerza de haber difundido la peste desde las casas con un vaso (Manzoni lo explicaba en *columna infame*), o el caso de Madrid en 1834 los frailes habían proporcionado envenenar el agua (en otros lugares y en otros «culpables» perseguidos: tranjeros, los taberneros, etc.).

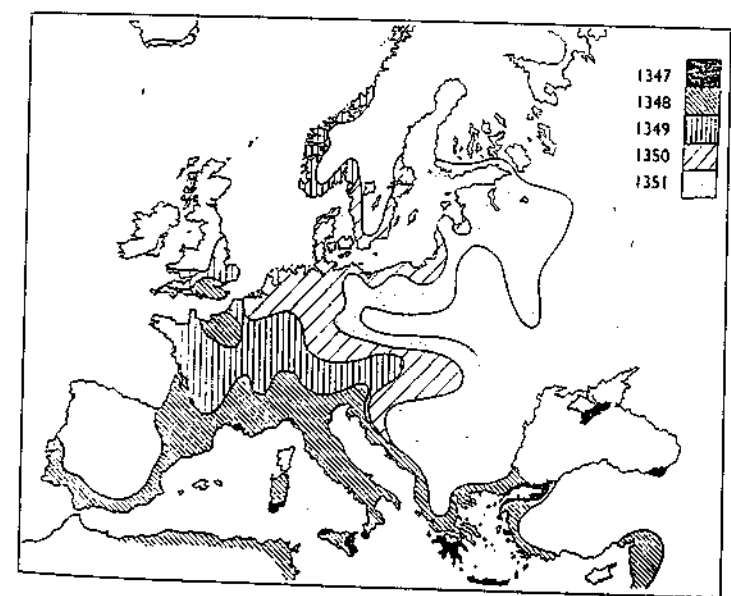


Figura 2.10. Propagación de la peste negra por Europa (1347-1351).

vez a su protector, el cardenal Colonna, y a su amada Laura (*«rotta è l'alta colonna e'l verde lauro»*, dirá en sus versos).

La peste seguiría reapareciendo en años sucesivos, con intervalos cada vez más largos, hasta desaparecer por completo de Europa en el siglo XVIII, después de un último episodio en Marsella en 1720-1721 (50.000 muertos en seis meses, de un total de cien mil habitantes). ¿Por qué desapareció? Se decía tradicionalmente que la causa había sido la sustitución, en Europa, de la rata negra, tímida y casera, por la rata gris, más independiente del hábitat urbano. No parece una explicación convincente. Lo es mucho más la que atribuye un papel decisivo a las medidas de control que se tomaron en estos años para prevenir la extensión de la peste (lazaretos, prohibiciones de desembarcar hombres y mercancías sospechosas de poder transmitir contagio, etc.). Biraben, el gran estudioso de la historia de la peste, sugirió que podría haberse dado un proceso de adaptación que habría favorecido, por un lado, la supervivencia de los humanos más capaces de resistir la enfermedad y, por otra, el desarrollo de una variedad relativamente inocua del bacilo, la *yersinia pseudotuberculosis*, de forma que la peste habría ido perdiendo virulencia*.

Esto sirvió de base a la teoría de McNeill, que sostiene que los grupos humanos que sufrían las enfermedades epidémicas acaban adaptándose a ellas, pero que esta «domesticación de las enfermedades» sólo es válida para los que se han ido creando una inmunidad hacia los microorganismos que las causan. Cuando miembros de estos grupos humanos se ponen en contacto con los de otros que no han adquirido esta inmunidad, la enfermedad retoma entre ellos toda su virulencia y mata a las poblaciones indefensas que la afrontan por primera vez. La peste negra europea habría sido el resultado de la entrada en contacto de poblaciones mongólicas, entre las cuales el mal era endémico, con europeos que no eran inmunes a él. Y una explicación parecida serviría para las grandes mortalidades sufridas por los indios americanos al ser «descubiertos» por los europeos, desde fines del siglo XV. Habían vivido durante miles de años aislados del resto del mundo, sin contactos con otros grupos, y no estaban en condiciones de resistir enfermedades como la viruela y el tifus, que eran endémicas para los europeos, pero que se convertirían en epidémicas y muy mortíferas para ellos.** Esto es verdad, pero también lo es que en las grandes mortalidades de los indígenas americanos influyeron la explotación a que se les sometió y la desestructuración de sus sistemas de obtención de la subsistencia.

* Hoy se tiende a atribuir la desaparición de la peste a cambios en el comercio con Asia y a las medidas preventivas de «cuarentena» adoptadas por los puertos europeos. Con todo, la conclusión más extendida es que las causas de su desaparición son todavía un misterio.

** Más adelante, los esclavos africanos llevarían formas mortíferas de malaria y los barcos de la «trata» introducirían el mosquito que extiende la fiebre amarilla. A cambio, se acostumbra a decir, los europeos habrían recibido la sífilis de los americanos y la habrían transmitido por todo el mundo en un contagio del cual eran protagonistas activos los marineros (los de los viajes de exploración del siglo XVIII, por ejemplo, la difundirían por las islas de Oceanía). Pero el origen americano de la enfermedad parece dudoso. Los italianos de fines del siglo XV la denominaban «mal francés» y aseguraban que los invasores de más allá de los Alpes se la habían contagiado, mientras que los franceses intentaron, sin convencer a nadie, atribuirla a los mismos italianos, llamándola «mal de Nápoles». La extensión que adquirió el contagio contribuyó a modificar las ideas de los médicos sobre la naturaleza de la enfermedad y a establecer un nuevo tipo de «hospitales de incurables» (Jon Arrizabalaga, John Henderson y Roger French, *The great pox. The French disease in Renaissance Europe*, New Haven, Yale University Press, 1997).

Detrás de la peste —que en la India todavía mató a más de ocho millones de personas entre 1896 y 1914—, y ocupando el lugar que iba dejando vacío la lepra —que empezó a decaer a principios del siglo XV—, se extendería por Europa la tuberculosis, que en su forma pulmonar, la tisis, se convertiría en la más temida de las enfermedades durante el siglo XIX: es el mal del romanticismo, cuyas heroínas, como la «dama de las camelias» o la Mimi de *La Bohème*, se consumían en una muerte de pálida belleza (no sólo ellas, sin embargo; nueve millones de franceses habrían muerto de tuberculosis en un siglo). A su lado estaba el cólera, la enfermedad vinculada a la suciedad urbana y, de una forma especial, a la falta de depuración de las aguas, que hizo estragos en las ciudades de todo el mundo: 53.000 muertos en Londres en 1847, 30.000 peregrinos a la Meca en 1865 ... La mejora de la higiene urbana, y en especial la depuración de las aguas, permitió controlar esta enfermedad. Había también una enfermedad «secreta» de la que se hablaba mucho menos, la sífilis, que se calcula que afectaba a uno de cada diez franceses en 1902 y que provocaba más de cien mil muertos al año.

Los progresos de la medicina moderna suscitaron ilusiones poco razonables. La idea de que las epidemias eran cosa del pasado hizo, por ejemplo, que se pasara por alto una que se produjo en pleno siglo XX: la llamada «gripe española»* de 1918. La cifra oficial de muertos que se le atribuían era de 20 millones, pero un estudio reciente sostiene que pueden haber sido 30 e incluso 50 millones los muertos en todo el mundo. Mientras la primera guerra mundial mató 15 millones de personas en cuatro años, la gripe se llevó más del doble en seis meses, a ritmos parecidos a los de las pestes medievales.

Se producirían, además, victorias engañosas como la obtenida sobre la tuberculosis, que empezó a disminuir de forma espectacular en el mundo desarrollado antes de que se encontraran remedios para combatirla, pero que seguía plenamente activa en África, Asia y América del sur, y que ha reaparecido recientemente entre los pobres urbanos de los Estados Unidos, que tienen unas condiciones de vida semejantes a las del Tercer Mundo, con la particularidad de que los microorganismos que la causan son ahora resistentes a los medicamentos utilizados habitualmente para curarla. Las cifras actuales nos dicen que cada año hay en el mundo, especialmente en los países pobres, de ocho a nueve millones de nuevos casos y tres millones de muertos de tuberculosis (figura 2.11).

* La denominación tiene un origen de la primera guerra mundial, cuando los médicos de los países aliados, por necesidad de una eufemía que era neutral, se publicasen sus nombres, por tanto, en una existencia

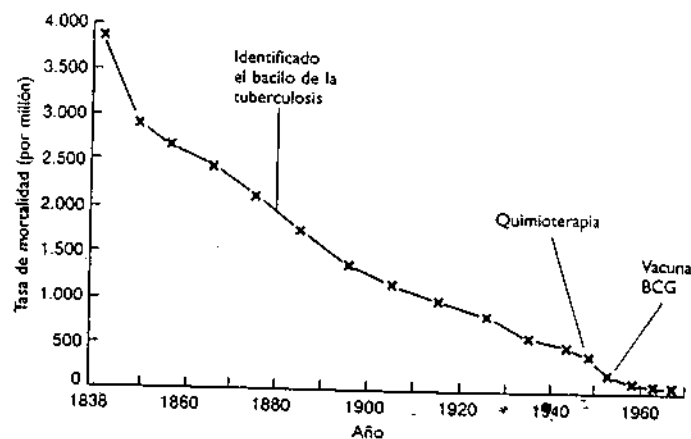


Figura 2.11. Disminución de la mortalidad por tuberculosis respiratoria en Inglaterra y Gales.

El entusiasmo suscitado por el uso de los antibióticos hizo que, en los años inmediatamente posteriores al final de la segunda guerra mundial, se pensara en serio que se acercaba el momento en que el hombre podría eliminar las enfermedades infecciosas. Se hizo una gran campaña internacional contra la viruela (una enfermedad que había matado a millones de personas en todo el mundo, hasta que el desarrollo de una vacuna eficaz permitió empezar a controlarla), con unos resultados tan espectaculares que permitieron a la Organización Mundial de la Salud proclamar el 8 de mayo de 1980: «El mundo y todos sus pueblos han sido liberados de la viruela». El 12 de septiembre de 1978, los representantes internacionales firmaron la Declaración de Alma-Ata, que sostenía que el año 2000 toda la humanidad estaría inmunizada contra la mayoría de las enfermedades epidémicas y que las atenciones médicas esenciales estarían garantizadas para cualquier hombre, mujer o niño, fuese cual fuese su clase social, raza, religión o lugar de nacimiento.

La batalla contra la viruela era la primera de una guerra general contra la enfermedad; pero fue la única victoria obtenida. La campaña paralela contra el paludismo fracasó por completo. Una parte esencial de la lucha consistía en la eliminación del mosquito que asegura su transmisión, combatiéndolo con insecticidas, y en especial con DDT. Pero aparecieron mosquitos resistentes a los insecticidas, y el resultado fue que, lejos de desaparecer, los casos de malaria se multiplicaron por más de dos entre 1961, momento en que se empezó la campaña para erradicarla, y 1975. Una de-

claración de instituciones científicas internacionales, hecha pública en 1997, dice que cada año mueren de malaria más de un millón de personas —hay estimaciones que hacen llegar esta cifra a 2,5 millones de muertos al año—, en su mayoría niños y en un noventa por ciento, africanos.

En los últimos años, a la vez que se desarrollaba el pánico por la expansión del SIDA y se empezaba a temer por la aparición de nuevas plagas (como el virus Ébola), hemos podido ver reaparecer una pandemia de cólera, iniciada en las Célebes en 1961, extendida en los años setenta por el sur de Asia y el este de África, y llegada a Perú en 1991, desde donde se extendió por América Latina, con millones de afectados y miles de muertos. Por todo ello, los científicos se han ido dando cuenta de que no habían enfocado bien el problema. Si se planteaba como una guerra entre el hombre y los microbios, estaba claro que los microbios la habían ganado hasta ahora y la ganarían siempre: son más numerosos que nosotros y evolucionan con mayor rapidez (han aprendido a ajustarse a los cambios del entorno con mutaciones o con diversas formas de adaptación natural). El problema reside en el hecho de que el rápido crecimiento de la población humana y su actuación destructiva del medio natural han alterado unos equilibrios complejos que no entendemos suficientemente y han desencadenado efectos imprevistos. O aprendemos a vivir de forma más racional en un mundo en el que cada vez hay más hombres y menos recursos, o los microbios que compiten con nosotros ganarán fácilmente esta guerra.

2.6. LA DINÁMICA DE LA POBLACIÓN

Una vez conocidos los flujos conviene combinarlos para ver cómo determinan la evolución de las poblaciones humanas. Lo haremos utilizando unos modelos gráficos muy sencillos en los que las flechas indican la dirección de la influencia de un factor sobre otro: el signo que figura en cada una de ellas significa, cuando es positivo (+), que la relación que existe entre los dos factores es directamente proporcional (es decir, que cuando el primero aumenta el segundo también lo hace, y que cuando disminuye el primero, también mengua el segundo), y, cuando el signo es negativo (-), que hay una relación inversamente proporcional (es decir, que el segundo disminuye cuando crece el primero, y que aumenta cuando el primero disminuye).

El primero y más sencillo de estos modelos muestra, de forma simplificada, los mecanismos que regulaban el volumen de la población en la época del antiguo régimen y la mantenían prácticamente estacionaria (figura 2.12). Si partimos del tamaño de la población y seguimos el bucle inferior, veremos que cuando ésta crece, cuando hay más habitantes, es necesario que aumente la superficie agrícola cultivada, con el fin de obtener los alimentos que se necesitan para nutrir a un número mayor de personas. El aumento de la superficie obligará a poner en cultivo tierras de calidad inferior a las que ya se explotaban antes, que están más expuestas en general a los riesgos de una situación climática que no sea óptima, lo que significa que, con la adición de estas tierras, aumentará la irregularidad de las cosechas. Que las cosechas sean irregulares hará que en años malos haya hambre y esto se traducirá en un aumento de la mortalidad, a consecuencia de lo cual el tamaño de la población disminuirá de nuevo. Lo que tenemos es, como se ve, una versión muy elemental de lo que se acostumbra a

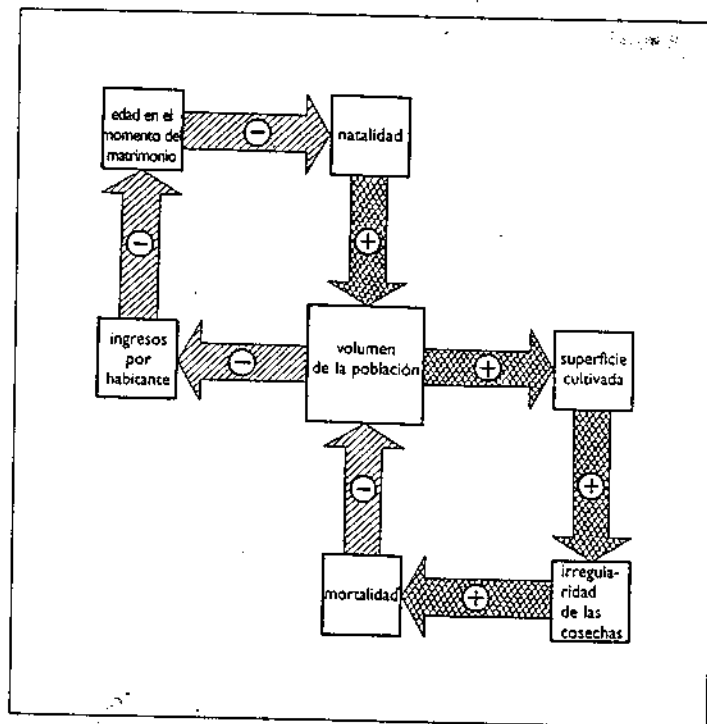


Figura 2.12.

llamar el ciclo maltusiano, basado en la idea de que la agricultura es incapaz de proporcionar, en circunstancias técnicas estables, los alimentos que requiere un fuerte crecimiento de la población.

El bucle superior del modelo muestra, en cambio, los mecanismos de equilibrio referidos a la natalidad. Si aumenta la población, serán más los humanos que tengan que repartirse los mismos recursos, con lo que bajarán los ingresos por cabeza. Esto significa que habrá empobrecimiento, y la reacción normal de las personas en estas circunstancias es la de tender a retrasar la edad de casamiento. Cuanto más se retrase el matrimonio, menor será la natalidad, porque habrá disminuido el periodo de fertilidad de las madres, y la consecuencia será que la población crecerá menos. Esta disminución, a su vez, puede desencadenar un movimiento en sentido contrario: con una población menor aumentarán los ingresos por cabeza, habrá estímulos para el casamiento a una edad más temprana, crecerá la natalidad y, en consecuencia, la población volverá a subir y se iniciará un nuevo ciclo semejante al primero.

Si reunimos estos dos movimientos, tendremos una visión dinámica elemental de la actuación de las fuerzas demográficas que han mantenido estables las poblaciones de Europa durante el antiguo régimen. Con toda su simplicidad, un modelo como éste tiene la ventaja de mostrarnos la actuación simultánea de más de un factor. Nos hace ver las cosas, podríamos decir, en dos dimensiones, mientras que las explicaciones narrativas equivalen a secuencias lineales de causa y efecto, mucho más pobres y limitadas.

Modelos como éste se pueden refinar y hacer mucho más complejos. El segundo que reproducimos, extraído de Wrigley y Schofield (figura 2.13), es algo más rico. No incluye directamente el

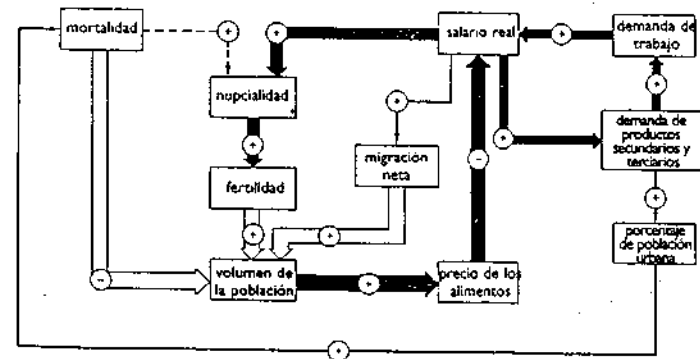


Figura 2.13. De E. A. Wrigley y Schofield, *The population history of England, 1541-1871*, Cambridge University Press, 1981, p. 474.

* Al decir salario «nominal» nos referimos a la cantidad en dinero que el trabajador cobra por su trabajo. El salario «real», en cambio, hace referencia a la cantidad de productos y de servicios que se pueden adquirir con esa cantidad de dinero. Cuando los precios suben, si el salario nominal se mantiene igual —si se sigue cobrando el mismo dinero—, la cantidad de productos y servicios que se podrán adquirir con el dinero recibido menguará: el salario «real» será menor.

mecanismo malthusiano, pero introduce factores nuevos. El punto de partida es, como siempre, el volumen de la población. El ciclo primario es muy parecido al de la natalidad del primer modelo, pero en unos términos ligeramente distintos. Si aumenta el tamaño de la población, aumenta el precio de los alimentos —lo que es consecuencia del hecho de que la producción de éstos no crece al mismo ritmo— y menguan los salarios reales de los trabajadores.* Lo que sigue es algo parecido al otro modelo: si desciende el salario real, bajará la nupcialidad (la proporción de gente que se casa) y, en consecuencia, lo hará la fertilidad —es decir los nacimientos— con lo cual se reajustará la población a la baja. Pero en medio hay un efecto adicional que hasta ahora no habíamos incluido: el de las migraciones. Si aumenta el salario real, aumentará la migración neta (el resultado de medir la inmigración y restarle la emigración) y la población crecerá a causa de estos desplazamientos, lo cual, a su vez, desencadenará el efecto regulador —aumento de precios, baja del salario real, etc.— que hará disminuir el tamaño de la población por descenso de la natalidad (el problema de que la fertilidad de los inmigrantes sea más elevada que la de la población local puede, no obstante, retrasar esta disminución). En este modelo hay, además, dos bucles adicionales que refuerzan los efectos de estos mecanismos. Al primero lo podríamos llamar el ciclo del paro: si el salario real sube, aumenta la demanda de productos secundarios y terciarios (es decir, de bienes industriales y de servicios); si aumenta la demanda de éstos, lo hace también el trabajo y, por tanto, la ocupación, y si sube la ocupación, también lo hace el salario real. Este mecanismo, en el que todos los factores están relacionados de manera directamente proporcional, refuerza la prosperidad de los buenos momentos, pero también agrava la crisis en los momentos malos, porque cuando el salario real baja, lo hace también la demanda de productos y con ésta disminuye la ocupación y, en consecuencia, el salario real. Este no es un mecanismo regulador, como los anteriores, sino amplificador de los efectos de los otros. Todavía hay un segundo circuito complementario: la demanda de productos secundarios y terciarios, con salarios reales en aumento, atrae gente de los campos a las ciudades —la desplaza de la agricultura a otras ocupaciones que se desarrollan de forma preferente en el medio urbano— y, como se supone que la vida es menos sana en las ciudades que en los campos, esto hace aumentar la mortalidad, lo que actúa directamente, y de manera inversa, sobre el volumen de la población (y secundariamente sobre la nupcialidad).

Pasemos ahora de estos planteamientos abstractos a los datos del mundo real. Empecemos examinando cómo han evolucionado las tasas, expresadas en tantos por mil, de natalidad y mortalidad (y en consecuencia las de crecimiento) en un país desarrollado como Inglaterra en el período que va desde 1750 a 1950.

	Natalidad	Mortalidad	Crecimiento
1750	35,0	30,0	5
1850	33,9	22,7	11,2
1950	15,9	11,6	4,3

Los datos de 1750 responden al modelo demográfico de antiguo régimen (natalidad y mortalidad altas, crecimiento pequeño); los de 1950, al de los tiempos modernos en los países desarrollados (natalidad y mortalidad bajas y crecimiento pequeño), mientras que las del período intermedio, como muestran los datos de 1850, reflejan la peculiar situación que se dio en Europa en el tránsito de un modelo al otro.

Consideremos ahora estos datos en una perspectiva actual. Los de 1850 corresponden a la situación presente del mundo subdesarrollado (podemos comparar, por ejemplo, las tasas británicas de 1850 con las del África actual, que son: natalidad 39,2, mortalidad, 12,9, crecimiento 26,3). Los demógrafos prevén que en un futuro más o menos cercano los países subdesarrollados entrarán también en la tercera fase, la del nuevo régimen demográfico, y verán descender su natalidad y su crecimiento.

Sabemos que existe una relación directa entre pobreza y coeficiente de natalidad: cuanto más pobre es un país, más elevada acostumbra a ser su natalidad. Y, dentro de un mismo país, cuanto más pobre es un grupo social, mayor es su fertilidad. Si el excesivo crecimiento de sus poblaciones es una de las causas que mantienen pobres a los países subdesarrollados, al igual que sucede con los grupos sociales menos favorecidos en los países avanzados, ¿cómo se explica que unos y otros mantengan una natalidad alta? Esta aparente aberración nos la explican los estudios que se han hecho sobre las familias. En los países pobres, los hijos no son un carga —cuesta muy poco alimentarles y no se les educa— y representan en cambio una esperanza inmediata de ganancia —se les hace trabajar muy pronto— y, sobre todo, un seguro ante la enfer-

medad o la vejez. A falta de un sistema de seguridad social eficaz, los padres cuentan con que los hijos se ocuparán de ellos.

Un estudio sobre el «valor de los hijos» en diversos países de Asia, realizado en 1975, mostraba que entre un 80 y un 90 por ciento de los padres de familias pobres de Tailandia, Filipinas o Taiwán esperaban que sus hijos les dieran apoyo en la vejez. La proporción disminuía radicalmente entre las capas medias y bajas de Japón, entre las cuales las expectativas sobre los hijos considerados como seguro eran mucho menores. El estudio sobre «la pobreza de las naciones», hecho por William Murdoch, un profesor de biología de la Universidad de California, llega a la conclusión de que el único remedio efectivo para reducir la natalidad en los países subdesarrollados es reestructurar su economía en una dirección más igualitaria, que incluya una redistribución fundamental de la riqueza y el poder.

2.7. LA POBLACIÓN, PROBLEMA ACTUAL

Lo que hasta ahora hemos aprendido de la historia de la población nos puede servir para entender mejor la situación actual del mundo en lo que hace referencia al crecimiento demográfico y a la pobreza.

En 1990, la población del mundo se calculaba en 5.266 millones de habitantes y se preveía que en el año 2050 se podrían convertir en 9.400 millones. El reparto de esta población entre países ricos y pobres es en la actualidad muy desigual, y se supone que todavía lo será más hacia el 2050 (como consecuencia de la tendencia de los pobres a tener más hijos). Veamos la distribución actual y la que se prevé para mediados del siglo XXI en este cuadro que nos muestra cómo se reparte la población mundial, expresada en tantos por ciento del total, entre los países clasificados según su riqueza:

Países de ingresos	1990	2050
Altos	15,5	9,4
Medios	26,2	26,5
Bajos	58,3	64,0

Puesto que, entre estas dos fechas, lo referente a los países de ingresos medios no cambia, nos fijaremos sólo en los dos extremos.

Empecemos aclarando qué significa «ingresos altos» e «ingresos bajos». Según las cifras del producto nacional bruto por cabeza, los países ricos tenían en 1990 un ingreso medio anual de 22.000 dólares por habitante, mientras que el de los pobres era sólo de 390 dólares. Esto se traduce en una serie de consecuencias en términos de vida y bienestar. Por ejemplo, mientras que la mortalidad infantil es de un 7 por mil en los países ricos, en los pobres alcanza el 73 por mil (es diez veces más elevada). Mientras en los países ricos no hay problemas de desnutrición infantil, en los países pobres se calcula que el problema afecta al 38 por ciento de los niños (casi cuatro de cada diez), y el analfabetismo de los mayores de quince años, inexistente en los países ricos, es de un 39 por ciento en los pobres.

Veamos ahora las tasas demográficas esenciales del mundo y de estos dos bloques de países, en la actualidad (cifras estimadas para el periodo 1990-1995) y dentro de unos treinta años (2025-2030):

	1990-1995			2025-2030		
	Natalidad	Mortalidad	Crecimiento	Natalidad	Mortalidad	Crecimiento
Mundo	24,8	9,3	15,5	17,1	8,5	8,6
Ricos	13,2	9,0	4,2	11,5	11,1	0,4
Pobres	28,2	9,8	18,4	18,4	8,5	9,9

Los cálculos más pesimistas se basaban en las tasas de crecimiento de la década de los sesenta, que han comenzado a disminuir posteriormente. Hoy se estima que hacia el año 2030 la población del planeta será de unos 8.000 millones de habitantes, y, mientras se mantienen las previsiones acerca de la proporción del total que representará la población de los países desarrollados, se piensa que en los subdesarrollados habrá grandes diferencias, ya que mientras la población de China puede pasar del 22 por ciento de la mundial que hoy representa a un 18 por ciento, la de África puede pasar del 12 por ciento actual a un 19 por ciento, sobrepasando en volumen a la de China.

Quizá nos resulte más útil hacer una comparación directa entre dos continentes vecinos, pero muy distintos en términos de riqueza y bienestar, como son Europa y África. Empecemos comparando sus respectivas tasas de natalidad y mortalidad (cifras para 1990-95):

	Natalidad	Mortalidad	Crecimiento
Europa	11,5	11,3	0,2
África	41,2	14,3	26,9

Si tenemos en cuenta que estas tasas indican el volumen de los flujos de entrada y de salida al tanque de la población total, está claro que Europa crece ya hoy muy lentamente —desde un punto de vista biológico; otra cosa son las migraciones de ciudadanos venidos de fuera del continente—, mientras que África todavía lo hace con mucha rapidez (tiene una tasa de crecimiento que es más del doble que la británica de 1850). Dentro de unos treinta años, para el quinquenio 2025-2030, se calcula que estas tasas serán distintas:

	Natalidad	Mortalidad	Crecimiento
Europa	11,5	12,0	-0,5
África	25,2	8,4	16,8

Con lo que los problemas se habrán agravado todavía más. Porque mientras en Europa la población empezará a menguar —siempre que excluyamos, por supuesto, el impacto de las migraciones exteriores—, de forma que se calculan 721 millones de habitantes para el año 2050, contra los 723 que tenía en 1990, África habrá triplicado su población en el 2025 (con unos 2.000 millones de habitantes) y la podría cuadruplicar entre el 2075 y el 2100 (con 2.500 millones de habitantes, que representarían la cuarta parte de la población total del planeta).

Quizá una observación que ajuste todavía más el nivel, a escala de los países, pueda ilustrar mejor la cuestión. Mientras que la población de España, que era de 39,8 millones de habitantes en 1998, se calcula que disminuirá hasta menos de 34 millones hacia el 2050, la de Marruecos aumentará considerablemente en el mismo período (pasará de 28 a 58 millones), y las de algunos países de África occidental se multiplicarán hasta por cuatro o cinco (Nigeria pasará de 121,8 millones en 1998 a 386 en el 2050, con una

población muy cercana a la que se calcula que tendrán los Estados Unidos en aquella fecha, sólo superada por la de China y la India).

He puesto deliberadamente estos ejemplos, porque el problema que presenta para las sociedades europeas, y en especial para las del sur, la proximidad del foco de crecimiento demográfico y de pobreza africano se encuentra en el centro de muchas preocupaciones actuales, y de muchas respuestas violentas a la inmigración de África. Y, como podemos ver, el problema no ha hecho más que empezar, si se cumplen las previsiones que indican que la población de estas zonas crecerá, en las próximas décadas, a ritmos mucho mayores que su riqueza.

Las mejoras en la higiene, la prevención sanitaria y la lucha contra las enfermedades han conseguido nivelar las tasas de mortalidad de los diversos países, pero el hecho de que siga habiendo grandes diferencias entre su situación económica —es decir, entre sus expectativas ante la vida— explica que se mantengan las diferencias en las tasas de natalidad. Las tasas de mortalidad de España (9,3) y de Marruecos (7,9) son comparables; pero mientras la de natalidad española es de 9,7, la de Marruecos es de 28,1, casi tres veces superior.

Examinemos este punto con la ayuda de las tasas de fertilidad, que nos indican el número de hijos por mujer. La media del mundo es de unos tres hijos, pero esta cifra esconde grandes diferencias: en Europa se está por debajo de los dos hijos (1,64, lo que implica que las nuevas generaciones no reemplazan por completo a las viejas), mientras que en el sur y sureste de Asia es de más de cuatro hijos por mujer, y en África oriental y occidental se pasa de seis hijos (Etiopía, Uganda, Mali y Níger pasan de siete).

¿Cómo se puede conseguir que disminuyan estas tasas tan elevadas? Las fórmulas autoritarias sólo parecen haber funcionado, y con costes sociales muy elevados, en el caso de China, donde la tasa de fertilidad es de dos, mientras que han fracasado en la India, donde es de 3,70. Parece que el remedio reside en eliminar la pobreza, lo cual no significa necesariamente aumentar mucho la riqueza, un objetivo que quizá no sea posible a medio plazo, sino sobre todo mejorar su reparto. Las circunstancias pueden haber hecho que Cuba sea hoy un país pobre, pero su tasa de fertilidad es de 1,70, menor que la de los Estados Unidos, y la esperanza de vida al nacer de un cubano es parecida a la norteamericana (Haití, en claro contraste, tiene una tasa de 4,68 y la esperanza de vida de los haitianos al nacer es de veinticinco años menos que la de los cubanos).

Todo esto nos permite avanzar una reflexión sobre el problema Europa-África y sobre los miedos a la inmigración que se desarrollan en nuestra sociedad. El remedio no reside en poner barreras y construir murallas, sino en ayudar a nuestros vecinos del sur a ser menos pobres. Lo cual no se consigue con ayuda económica —o por lo menos con los volúmenes de ayuda económica que hoy les proporcionamos—, sino que tiene que ver también con la forma en que están organizadas estas sociedades. La mayoría de los países africanos con demografías explosivas no sólo son pobres, sino que padecen regímenes dictatoriales, monarquías corrompidas o gobiernos pretendidamente modernizadores pero ineficaces y represivos. Y lo malo es que, por intereses políticos y económicos complejos, a los políticos de los países desarrollados les conviene precisamente este tipo de gobiernos corruptos, que les parece la única garantía contra las amenazas «revolucionarias» a sus intereses. Se puede comprobar, por ejemplo, que el hecho de que un gobierno haya sido denunciado por practicar la tortura no hace que se lo excluya de la ayuda económica internacional: un gobierno que tortura merece confianza por lo que se refiere a su capacidad de hacer observar las reglas del juego que garantizan el respeto de las propiedades extranjeras y el pago de las deudas.

El problema de la pobreza de los africanos* no se resuelve enviándoles conservas y medicamentos para evitar que mueran, sino consiguiendo que vivan mejor. Y hay que pensar que si no se consigue que tengan unas expectativas mínimas de subsistencia, seguirán llamando a la puerta de nuestras casas o entrando por la ventana. Sólo se quedarán en África si se consigue que vivan mejor. Será entonces también, cuando tengan un futuro esperanzador para sus hijos, cuando su fertilidad disminuirá.

La lección final que podríamos deducir es una de las más universales, y más olvidadas, que nos enseña la historia: tan sólo la solidaridad puede resolver los grandes problemas de los hombres. O nos salvamos juntos, o nos perdemos todos.

Los africanos representaban en 1995 el 12% de la población del planeta. En 1950 obtenían un 1,2 por ciento del producto bruto mundial (una cifra que se ha reducido en un tercio desde 1990). En 1995, cuando su participación era del 12%.

COMPLEMENTO: ¿CÓMO SE CALCULA UNA TASA DE CRECIMIENTO?

La fórmula para hacer el cálculo es la siguiente:

$$r = \sqrt[n]{\frac{B}{A}} - 1$$

Donde r representa la tasa que buscamos, n es el número de años que van del primero al último del período sobre el cual hacemos el cálculo, A es la cantidad correspondiente al primer año y B la que corresponde al último año de la serie.

El mayor problema que ofrece el cálculo, que por otra parte es muy sencillo, reside en el hecho de que es necesario obtener una raíz de grado x (el número de años del período correspondiente). La forma más sencilla de calcular una raíz de grado más elevado que 2 o 3 implica recurrir a los logaritmos, lo cual resulta hoy muy fácil, ya que cualquier maquinita de calcular, por elemental que sea, acostumbra a tener las teclas que permiten obtener directamente los logaritmos y los antilogaritmos. Aclaremos que hacer el cálculo por medio de logaritmos significa que se aplican las reglas para operar con exponentes, con potencias, y que calcular una raíz se convierte entonces en una simple división. Lo que hacemos, en consecuencia, es tomar el logaritmo de la cifra que hemos obtenido al dividir B por A (el valor final de la serie por el primero) y dividir este logaritmo por n (el número de años que tiene la serie). Tenemos ahora el logaritmo de la raíz que buscábamos. Para obtener el número real que corresponde, no tenemos que hacer otra cosa que obtener el antilogaritmo de esta cifra. Una vez tenemos el resultado, le restamos 1 y obtendremos la tasa. Si la queremos expresar en porcentajes (en tantos por ciento de crecimiento anual) que es la forma habitual de expresar las tasas de crecimiento, sólo tenemos que multiplicar el número final que hemos obtenido por 100.

A continuación se indica la secuencia de las seis operaciones que hay que hacer con una máquina de calcular elemental, que es:

- 1) $B/A = C$
- 2) $\log C = D$
- 3) $D/n = E$
- 4) $\text{antilog}(10^E) = F$
- 5) $F - 1 = G$
- 6) $G \times 100 = r$

Aplicaremos ahora este método a un caso concreto: el cálculo de la tasa de crecimiento de la población del mundo entre el año 1500 y el año 1800, de acuerdo con los valores que se dan en el cuadro. La secuencia de operaciones dará estos resultados:*

* Para separar los decimales, uso la coma (,), como habitualmente se hace en España. Sin embargo, las máquinas de calcular hacen con el punto (.), de acuerdo con el uso anglosajón.

- 1) $950/450 = 2,111$
- 2) $\log 2,111 = 0,32448$
- 3) $0,32448/300 = 0,0010816$
- 4) $\text{antilog } 0,0010816 = 1,00249$
- 5) $1,00249 - 1 = 0,00249$
- 6) $0,00249 \times 100 = 0,249$

Con las máquinas de calcular que tienen las teclas $\sqrt{\quad}$ o $\times 10^y$ todavía se puede hacer con mayor facilidad, sólo en cuatro operaciones y sin necesidad de usar logaritmos (ya que éstas calculan directamente las raíces n). Entonces la secuencia, aplicada al mismo caso, sería (indico, por comodidad, el ejemplo con $\sqrt{\quad}$; el otro es idéntico, cambiando sólo la tecla que se utiliza en el segundo paso):

- 1) $950/450 = 2,111$
- 2) $300 \sqrt{\quad} 2,111 = 1,00249$
- 3) $1,00249 - 1 = 0,00249$
- 4) $0,00249 \times 100 = 0,249$

LECTURAS RECOMENDADAS

- Cipolla, Carlo, *Historia económica de la población mundial*, Barcelona, Crítica, 1978.
- , *Contra un enemigo mortal e invisible*, Barcelona, Crítica, 1993.
- Duby, Georges, *El caballero, la mujer y el cura*, Madrid, Taurus, 1984.
- Flandrin, J. L., *Orígenes de la familia moderna*, Barcelona, Crítica, 1979.
- Flinn, Michael W., *El sistema demográfico europeo, 1500-1820*, Barcelona, Crítica, 1989.
- Goody, Jack, *La evolución de la familia y del matrimonio en Europa*, Barcelona, Herder, 1986.
- Livi-Bacci, Massimo, *Historia mínima de la población mundial*, Barcelona, Ariel, 1990.
- McEvedy, Colin, y Richard Jones, *Atlas of world population history*, Harmondsworth, Penguin, 1978.
- McKeown, Thomas, *Los orígenes de las enfermedades humanas*, Barcelona, Crítica, 1990.

McNeill, W. H., *Plagas y pueblos*, Madrid, Siglo XXI, 1984.

Nadal, Jordi, *La población española, siglos XVI a XX*, Barcelona, Ariel, 1984.

Vidal Galache, Florentina y Benicia, *Bordes y bastardos. Una historia de la inclusa de Madrid*, Madrid, Compañía Literaria, 1995.

World Bank, *World population projections, 1994-95 edition*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press/The World Bank, 1994.

Wrigley, E. A., *Historia y población*, Barcelona, Crítica, 1994.

ALGUNOS LIBROS MÁS AVANZADOS QUE CONVIENE CONOCER:

Bardet, J.-P., et J. Dupaquier, *Histoire des populations de l'Europe, I: Des origines aux prémices de la révolution démographique*, París, Fayard, 1997.

Biraben, J. N., *Les hommes et la peste en France et dans les pays méditerranéens*, París-La Haya, Mouton, 1975-1976, 2 vols.

Coale, A. J., y S. Cott Watkins, *The decline of fertility in Europe*, Princeton, Princeton University Press, 1986.

Cook, Nigel, *Principles of population and development, with illustrations from Asia and Africa*, Oxford, Oxford University Press, 1997.

Donaldson, Loraine, *Fertility transition. The social dynamics of population change*, Cambridge, Mass., Blackwell, 1991.

Floud, R., K. Wachter, y A. Gregory, *Height, health and history. Nutritional status in the United Kingdom, 1750-1980*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

Garrett, Laurie, *The coming plague*, Nueva York, Penguin, 1995.

MacFarlane, Alan, *The savage wars of peace*, Oxford, Blackwell, 1997.

Mercei, Alex, *Disease, mortality and population in transition*, Leicester, Leicester University Press, 1990.

Murdoch, William M., *The poverty of political economy of hunger and population*, The Johns Hopkins University Press, 1977.

Newman, Lucille F., *Hunger in history. poverty and deprivation*, Oxford, Clarendon Press, 1982.

Porter, Roy, ed., *The Cambridge illustrated history of medicine*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

Rotberg, R. I., y T. K. Rahn, eds., *The impact of changing food consumption patterns in society*, Cambridge University Press, 1987.

—, y —, eds., *Population and history. A manual to the modern world*, Cambridge University Press, 1986.

Schofield, R., D. Reher y A. Tulj, eds., *Mortality in Europe*, Oxford, Clarendon Press, 1990.

Walter, J., y R. Schofield, eds., *Family and social order in early modern Europe*, Cambridge University Press, 1990.

Wrigley, E. A., y R. D. Schofield, *The population of England, 1541-1871*, London, Cambridge University Press, 1981.

3

LAS FORMAS DE SUBSISTENCIA: I. LA AGRICULTURA

Al hablar de la población, hemos visto que la aparición de la agricultura, hace unos doce mil años, significó una etapa decisiva en la evolución de la especie humana que, gracias a las posibilidades de alimentación adicional que ésta le ha ofrecido, se ha multiplicado por mil quinientos en este tiempo: ha pasado de cuatro a cerca de seis mil millones. La agricultura, y más en concreto el cultivo de los cereales, ha sido, por otra parte, una condición necesaria para la aparición de la civilización. Todas las civilizaciones existentes dependen directa o indirectamente de los cereales: «Sin las semillas de estas hierbas cultivadas, la civilización tal como la conocemos no habría aparecido, a pesar de las cosechas de raíces y de todos los demás frutos y plantas».

3.1. LA AGRICULTURA EN LA HISTORIA HUMANA

Desde el inicio de la civilización hasta fechas muy próximas a nuestro tiempo, la mayor parte de los seres humanos se han dedicado a trabajar en la agricultura y han vivido de ella. Esto empezó a cambiar con la industrialización moderna en Inglaterra, el primer país en que la proporción de la población ocupada en la agricultura bajó del 50 por ciento, una reducción que más tarde se produjo en los países que se iban industrializando, y que todavía no ha tenido lugar en los subdesarrollados.

Esto significa que en el transcurso de toda la historia de la civilización la mayor parte de los hombres y las mujeres que han vivido trabajaban en la agricultura y habitaban en el campo. La historia de las actividades agrarias es, por tanto, la del trabajo y la subsistencia de la mayor parte de la humanidad a lo largo del

tiempo, de modo que, si no se entienden las cuestiones que a ella se refieren, no se pueden comprender los fundamentos mismos de la vida y la cultura de las sociedades del pasado. La evolución que ha hecho que en los países avanzados disminuyese la proporción de la fuerza de trabajo dedicada a la agricultura (y la parte de la riqueza total que produce esta población) es muy reciente, de forma que el reparto de la población activa entre las actividades primarias (agricultura, pesca), secundarias (industria) y terciarias (servicios) se acostumbra a utilizar como un índice del desarrollo y de la modernización económica de un país: cuanto más avanzado es éste, más baja es la proporción de los que trabajan en el sector primario.

Veamos, por ejemplo, cómo ha evolucionado este reparto, expresado en tantos por ciento, en Gran Bretaña (I, II y III indican, respectivamente, los sectores primario, secundario y terciario):

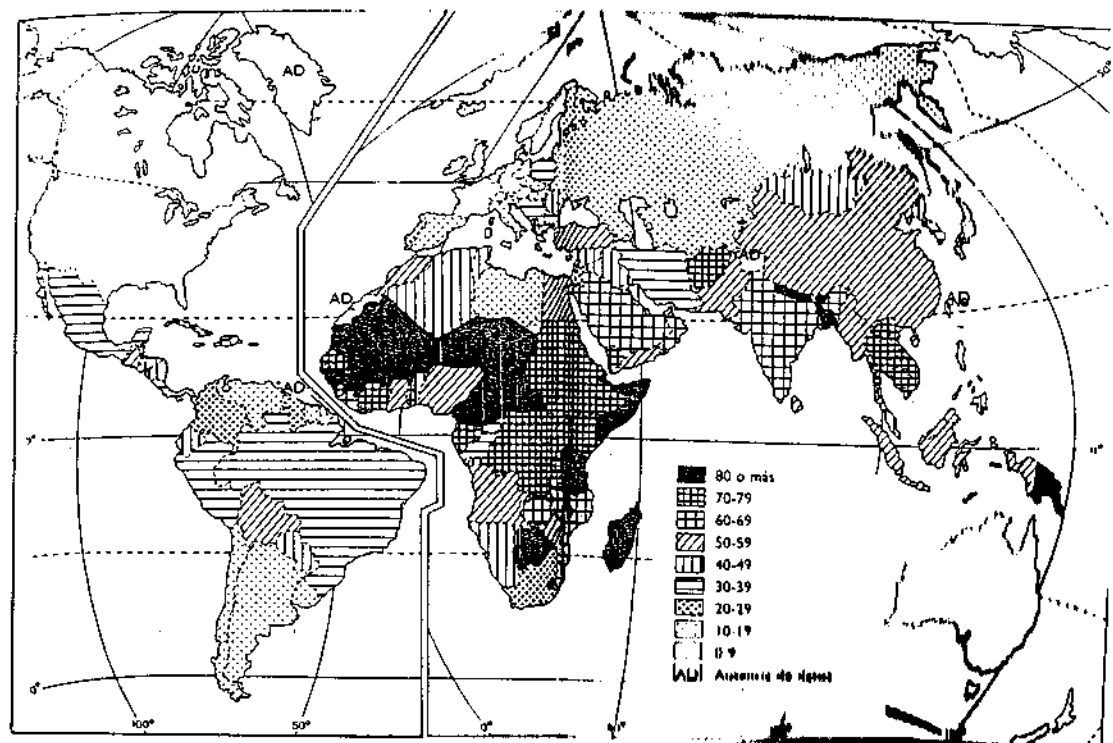
	I	II	III
1801	36	30	34
1860	19	43	38
1990	2	28	70

Y veamos, en otro sentido, cómo podemos utilizar los porcentajes de población activa ocupada en la agricultura para realizar una rápida aproximación al grado de desarrollo económico actual de los diversos países (figura 3.1): Los plenamente desarrollados tienen proporciones de población ocupada en la agricultura inferiores al 10 por ciento o alrededor de esta cifra:

- 2 a 5 por ciento: Gran Bretaña, Estados Unidos, Canadá, Alemania, Holanda, Suecia, Uruguay
- 6 a 11 por ciento: Francia, Japón, Italia, España, Colombia,

Un segundo bloque de países, en vías de desarrollo, tienen proporciones entre el 13 y el 30 por ciento:

- 13 a 20 por ciento: Argentina, Venezuela, Portugal, Chile, Sudáfrica.
- 20 a 30 por ciento: Brasil, México, Grecia.



Por debajo de este nivel intermedio el salto es considerable. Algunos grandes países, que representan en conjunto una proporción importante de la población del planeta, se sitúan alrededor del 70 por ciento: Vietnam, India, Congo (ex Zaire), China.

Otros están entre el 80 y el 90 por ciento: Etiopía, Kenia, Mozambique, Mali, Tanzania, Uganda, Níger

E incluso hay países por encima del 90 por ciento: Bután, Burundi, Nepal, Ruanda.

La disminución de la población dedicada a la agricultura se explica por el gran aumento de la productividad del trabajo agrícola - en la agricultura primitiva la superficie que podía cultivar un agricultor era de alrededor de una hectárea; en el siglo XX, con la mecanización, puede llegar a las 100 - que hace posible que en países como los Estados Unidos o Canadá baste una cifra inferior al 5 por ciento de la población activa para producir,

Figura 3.1. Porcentajes de la población ocupada en la agricultura (datos de 1980).

no sólo los alimentos necesarios para el conjunto de su población, sino incluso unos excedentes considerables para la exportación. Esto permite, lógicamente, que el 95 por ciento restante pueda producir bienes industriales o servicios para intercambiarlos con los agricultores.

¿Por qué disminuye el papel de la agricultura a medida que se produce el crecimiento económico? La primera razón que lo explica es el hecho de que la demanda de productos agrícolas sea poco elástica* con respecto al enriquecimiento de los individuos y de los países. Según la ley de Engel —llamada así por un estadígrafo de Sajonia que interpretó por primera vez estos hechos—, a medida que crece la capacidad de consumo de un sector de la población, o de un país en su conjunto, baja la proporción de su gasto destinado a la compra de alimentos (después de haber pasado un primer momento en que aumenta para satisfacer el hambre atrasada). Para las familias obreras europeas del siglo pasado la alimentación representaba la mayor parte del gasto, mientras que una familia obrera actual gasta menos proporción de sus ingresos en la comida y más en la casa, el vestido, y en bienes y servicios diversos.

La combinación de estos dos factores —aumento de la productividad y demanda inelástica— ha hecho que decaiga la contribución proporcional de la agricultura al producto global de una economía en crecimiento, aunque el volumen físico de la producción agrícola pueda seguir aumentando (que la cosecha de trigo represente hoy una proporción menor de la riqueza norteamericana que hace cien años no significa que en los Estados Unidos se coseche menos trigo que entonces). Esta decadencia relativa se refleja en el paso de la población trabajadora agraria hacia actividades secundarias y terciarias, ya sea por transferencia directa, o por canalización de la entrada de las nuevas generaciones. Pero este desplazamiento no tiene lugar con tanta rapidez como para no crear una situación relativamente desfavorable para la población que trabaja en el campo, de manera que durante la fase de transición ésta se encontrará con un nivel de ingresos inferior a los que corresponden a otras actividades (algo que resulta fácil comprobar en el caso de los salarios).

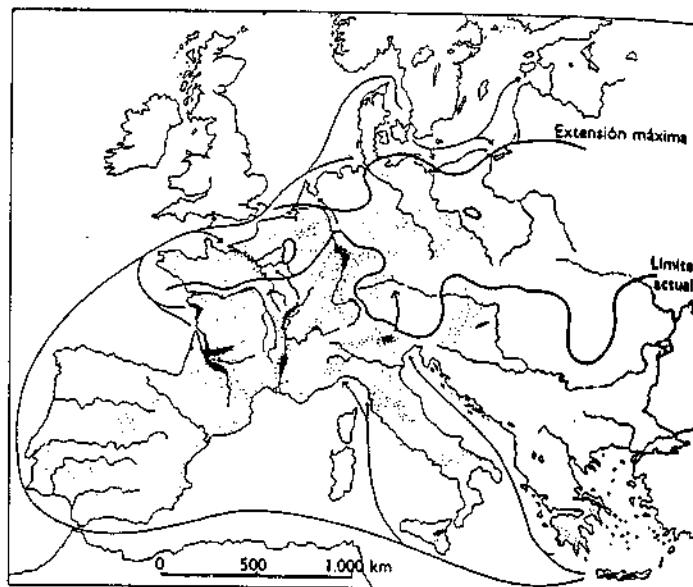
Hay tres vías esenciales de aumento de la producción agrícola: crecimiento por extensión, por intensificación y por especialización. El crecimiento por extensión se obtiene cuando se ponen en cultivo nuevas tierras. Si se trata de regiones en que la agricultura

ya se practicaba con anterioridad, lo lógico será que las nuevas tierras sean de peor calidad que las cultivadas previamente y que den unos rendimientos decrecientes: un volumen de cosecha menor por unidad de superficie cultivada. No ocurre lo mismo cuando el cultivo se extiende a tierras nuevas que antes no se habían trabajado. La historia europea ha conocido al menos dos grandes etapas de crecimiento por extensión: la roturación de tierras al norte de los Alpes durante la edad media y la aparición de una agricultura extensiva en los países transatlánticos durante el siglo XIX (obra de los europeos y de sus descendientes, aunque se efectuase en otros continentes).

El crecimiento por intensificación se consigue con un aumento de los rendimientos por unidad de superficie, que puede ser consecuencia de una mejora en los métodos de cultivo, de la introducción de nuevas variedades, de la irrigación o, sobre todo, del uso de abonos. Aunque los pueblos primitivos conocían formas diversas de abonar la tierra —por ejemplo, con las cenizas de la vegetación, quemando zonas de bosque o de matorral para ponerlas en cultivo—, el abono más importante hasta la introducción de los fertilizantes químicos, en el siglo XIX, ha sido el estiércol de los animales. Esto explica que los rendimientos de la producción agrícola dependieran en buena medida del número de cabezas de ganado con que se contaba y, por lo tanto, de la extensión de pastos disponible.

El crecimiento por especialización tiene lugar cuando un productor agrícola se limita a cultivar lo que es más adecuado a las condiciones naturales de sus tierras, porque sabe que podrá intercambiar sus excedentes con otros productos agrarios que necesita y que él no puede producir de manera tan favorable como otros. Por ejemplo, hasta finales del siglo XVII Cataluña tenía que producir la mayor parte de los granos que consumía, cultivándolos incluso en los lugares donde sólo se podía hacer con rendimientos muy bajos. Se descubrió entonces que estas tierras eran más adecuadas para plantar vides y producir vino de alta graduación que se exportaría, una vez destilado en forma de aguardiente (un concentrado de mayor precio que el vino y que se conserva mejor en un viaje largo por mar), hacia los países del Atlántico europeo y hacia América. Con lo que se obtenía con la venta del aguardiente se compraba el trigo necesario en países donde éste se producía en mejores condiciones. Está claro que esta tercera vía de crecimiento sólo se puede dar si hay un desarrollo previo del comercio y de los mercados (figura 3.2).

* Se denomina elasticidad la medida del cambio de una variable respecto del cambio de otra que está relacionada con la primera. Lo que significa en este caso concreto es que cuando la riqueza de un individuo o de un grupo de individuos aumenta, su demanda de productos agrícolas lo hace en una proporción menor (porque su capacidad de comprar tiene unos límites cuantitativos y porque prefiere adquirir otros bienes y servicios).



muestra el
la vida en Europa
a, al irse
que eran menos
go.

3.2. EL ORIGEN DE LA AGRICULTURA

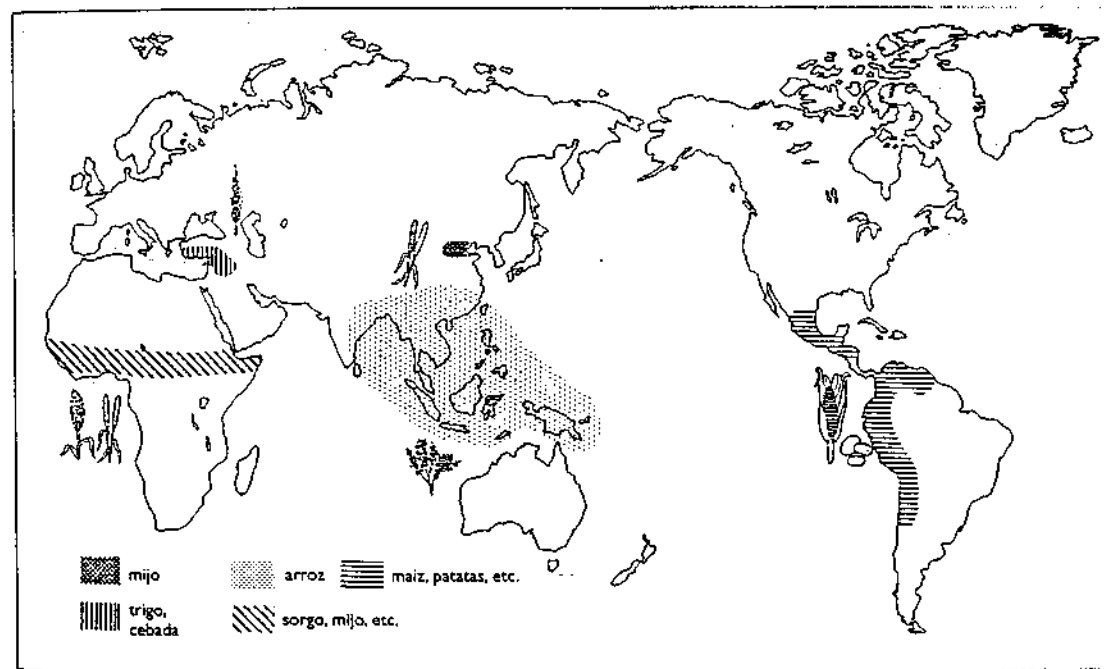
Los historiadores acostumbraban antes a separar la recolección y la agricultura como si fueran dos etapas de la evolución humana netamente contrastadas, y a suponer que el paso de una a la otra había sido un cambio repentino y revolucionario. Hoy, sin embargo, se piensa que este tránsito se ha producido de manera gradual y matizada. De la etapa en que el hombre era enteramente un cazador-recolector se habría pasado a otra en que empezaba a tener actividades de cultivo de plantas silvestres (limpiaba la tierra, arrancaba las malas hierbas, aprendía a reproducir las plantas a partir de sus semillas) y de manipulación de los animales (reunión y protección de ungulados salvajes). Pero todo esto se hacía como una actividad complementaria de la recolección y la caza.

El paso a la agricultura vendrá precedido por la «domesticación» de plantas y animales —escogiendo las variedades más interesantes para reproducirlas, y para cruzarlas más adelante—, que iniciará un proceso de selección artificial. Pero la domesticación no es más que una de las condiciones de la transición a la agricultura, que sólo culmina cuando se ha conseguido completar la obtención de una dieta que proporcione todos los elementos nu-

tritivos necesarios (cereales, carne y legumbres) y que haga posible depender por completo del aprovisionamiento de plantas y animales domesticados. Los hombres se convierten entonces en sedentarios, buscan potenciar la producción agraria con nuevos métodos (como la irrigación, que permite independizar el cultivo de la meteorología) y crean las condiciones que harán posible la aparición de las ciudades, de la civilización y de las primeras formas del estado.

La implantación de la agricultura ha sido, al parecer, un acontecimiento complejo y dramático. El paso de la vida de cazador-recolector a la de agricultor-ganadero no ha implicado una mejora, ya que ha entrañado un empeoramiento de la calidad de la vida humana y ha determinado la aparición de nuevas enfermedades, una existencia más corta y tal vez un incremento de la violencia, como consecuencia de la apropiación de la tierra y de la necesidad de defenderla. Se ha llegado a decir que la agricultura ha sido «la peor equivocación de la historia de la especie humana». Ha sido, en todo caso, una equivocación inevitable,

Figura 3.3. Principales zonas de origen de la agricultura. Como ha dicho Harlan, la agricultura no surgió de un hallazgo o de una invención, sino que es el resultado de largos períodos de evolución conjunta de las plantas y del hombre en sucesivos repartidos por el mundo entero.



no sólo los alimentos necesarios para el conjunto de su población, sino incluso unos excedentes considerables para la exportación. Esto permite, lógicamente, que el 95 por ciento restante pueda producir bienes industriales o servicios para intercambiarlos con los agricultores.

¿Por qué disminuye el papel de la agricultura a medida que se produce el crecimiento económico? La primera razón que lo explica es el hecho de que la demanda de productos agrícolas sea poco elástica* con respecto al enriquecimiento de los individuos y de los países. Según la ley de Engel —llamada así por un estadístico de Sajonia que interpretó por primera vez estos hechos—, a medida que crece la capacidad de consumo de un sector de la población, o de un país en su conjunto, baja la proporción de su gasto destinado a la compra de alimentos (después de haber pasado un primer momento en que aumenta para satisfacer el hambre atroz). Para las familias obreras europeas del siglo pasado la alimentación representaba la mayor parte del gasto, mientras que una familia obrera actual gasta menos proporción de sus ingresos en la comida y más en la casa, el vestido, y en bienes y servicios diversos.

La combinación de estos dos factores —aumento de la productividad y demanda inelástica— ha hecho que decaiga la contribución proporcional de la agricultura al producto global de una economía en crecimiento, aunque el volumen físico de la producción agrícola pueda seguir aumentando (que la cosecha de trigo represente hoy una proporción menor de la riqueza norteamericana que hace cien años no significa que en los Estados Unidos se coseche menos trigo que entonces). Esta decadencia relativa se refleja en el paso de la población trabajadora agraria hacia actividades secundarias y terciarias, ya sea por transferencia directa, o por canalización de la entrada de las nuevas generaciones. Pero este desplazamiento no tiene lugar con tanta rapidez como para no crear una situación relativamente desfavorable para la población que trabaja en el campo, de manera que durante la fase de transición ésta se encontrará con un nivel de ingresos inferior a los que corresponden a otras actividades (algo que resulta fácil comprobar en el caso de los salarios).

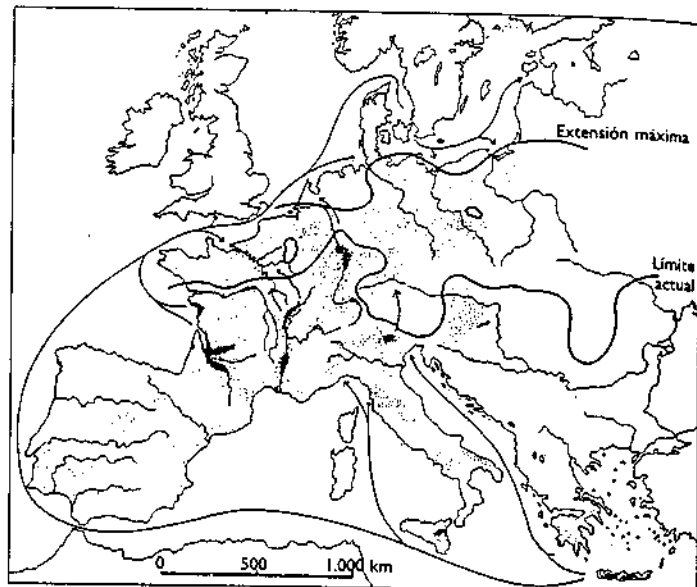
Hay tres vías esenciales de aumento de la producción agrícola: crecimiento por extensión, por intensificación y por especialización. El crecimiento por extensión se obtiene cuando se ponen en cultivo nuevas tierras. Si se trata de regiones en que la agricultura

* Se denomina elasticidad la medida del cambio de una variable respecto del cambio de otra que está relacionada con la primera. Lo que significa en este caso concreto es que cuando la riqueza de un individuo o de un grupo de individuos aumenta, su demanda de productos agrícolas lo hace en una proporción menor (porque su capacidad de comer tiene unos límites cuantitativos y porque puede adquirir otros bienes y servicios).

ya se practicaba con anterioridad, lo lógico será que las nuevas tierras sean de peor calidad que las cultivadas previamente y que den unos rendimientos decrecientes: un volumen de cosecha menor por unidad de superficie cultivada. No ocurre lo mismo cuando el cultivo se extiende a tierras nuevas que antes no se habían trabajado. La historia europea ha conocido al menos dos grandes etapas de crecimiento por extensión: la roturación de tierras al norte de los Alpes durante la edad media y la aparición de una agricultura extensiva en los países transatlánticos durante el siglo XIX (obra de los europeos y de sus descendientes, aunque se efectuase en otros continentes).

El crecimiento por intensificación se consigue con un aumento de los rendimientos por unidad de superficie, que puede ser consecuencia de una mejora en los métodos de cultivo, de la introducción de nuevas variedades, de la irrigación o, sobre todo, del uso de abonos. Aunque los pueblos primitivos conocían formas diversas de abonar la tierra —por ejemplo, con las cenizas de la vegetación, quemando zonas de bosque o de matorral para ponerlas en cultivo—, el abono más importante hasta la introducción de los fertilizantes químicos, en el siglo XIX, ha sido el estiércol de los animales. Esto explica que los rendimientos de la producción agrícola dependieran en buena medida del número de cabezas de ganado con que se contaba y, por lo tanto, de la extensión de pastos disponible.

El crecimiento por especialización tiene lugar cuando un productor agrícola se limita a cultivar lo que es más adecuado a las condiciones naturales de sus tierras, porque sabe que podrá intercambiar sus excedentes con otros productos agrarios que necesita y que él no puede producir de manera tan favorable como otros. Por ejemplo, hasta finales del siglo XVII Cataluña tenía que producir la mayor parte de los granos que consumía, cultivándolos incluso en los lugares donde sólo se podía hacer con rendimientos muy bajos. Se descubrió entonces que estas tierras eran más adecuadas para plantar vides y producir vino de alta graduación que se exportaría, una vez destilado en forma de aguardiente (un concentrado de mayor precio que el vino y que se conserva mejor en un viaje largo por mar), hacia los países del Atlántico europeo y hacia América. Con lo que se obtenía con la venta del aguardiente se compraba el trigo necesario en países donde éste se producía en mejores condiciones. Está claro que esta tercera vía de crecimiento sólo se puede dar si hay un desarrollo previo del comercio y de los mercados (figura 3.2).



muestra el
la vid en Europa
a, al irse
que eran menos
o.

3.2. EL ORIGEN DE LA AGRICULTURA

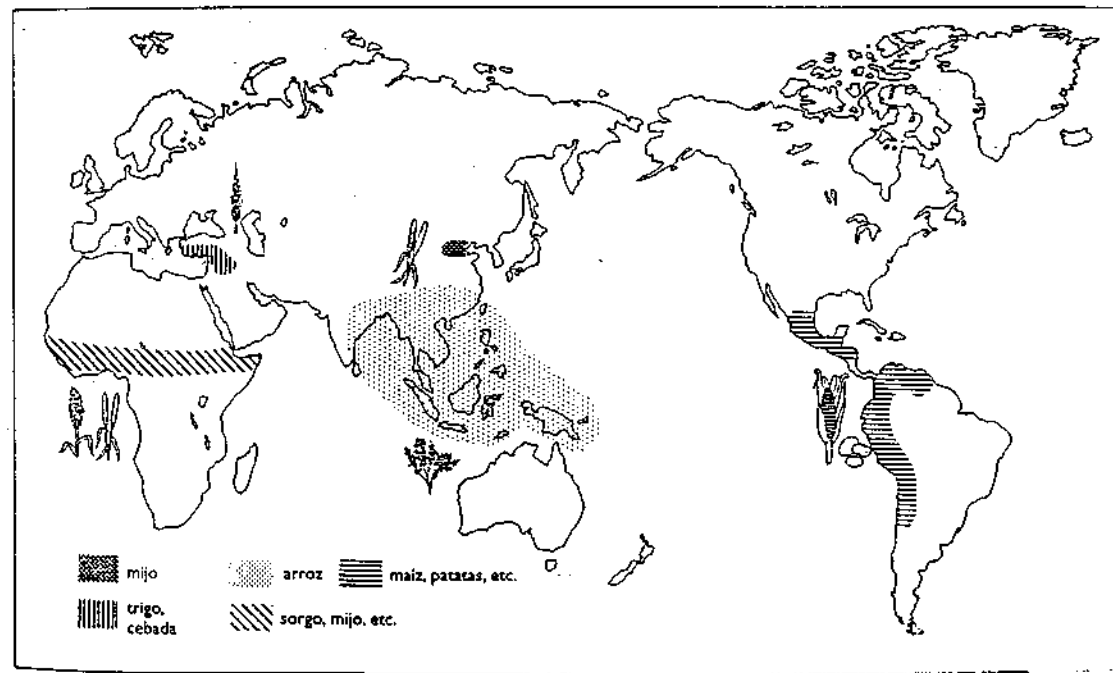
Los historiadores acostumbraban antes a separar la recolección y la agricultura como si fueran dos etapas de la evolución humana netamente contrastadas, y a suponer que el paso de una a la otra había sido un cambio repentino y revolucionario. Hoy, sin embargo, se piensa que este tránsito se ha producido de manera gradual y matizada. De la etapa en que el hombre era enteramente un cazador-recolector se habría pasado a otra en que empezaba a tener actividades de cultivo de plantas silvestres (limpiaba la tierra, arrancaba la malas hierbas, aprendía a reproducir las plantas a partir de sus semillas) y de manipulación de los animales (reunión y protección de ungulados salvajes). Pero todo esto se hacía como una actividad complementaria de la recolección y la caza.

El paso a la agricultura vendrá precedido por la «domesticación» de plantas y animales —escogiendo las variedades más interesantes para reproducirlas, y para cruzarlas más adelante—, que iniciará un proceso de selección artificial. Pero la domesticación no es más que una de las condiciones de la transición a la agricultura, que sólo culmina cuando se ha conseguido completar la obtención de una dieta que proporcione todos los elementos nu-

tritivos necesarios (cereales, carne y legumbres) y que haga posible depender por completo del aprovisionamiento de plantas y animales domesticados. Los hombres se convierten entonces en sedentarios, buscan potenciar la producción agraria con nuevos métodos (como la irrigación, que permite independizar el cultivo de la meteorología) y crean las condiciones que harán posible la aparición de las ciudades, de la civilización y de las primeras formas del estado.

La implantación de la agricultura ha sido, al parecer, un acontecimiento complejo y dramático. El paso de la vida de cazador-recolector a la de agricultor-ganadero no ha implicado una mejora, ya que ha entrañado un empeoramiento de la calidad de la vida humana y ha determinado la aparición de nuevas enfermedades, una existencia más corta y tal vez un incremento de la violencia, como consecuencia de la apropiación de la tierra y de la necesidad de defenderla. Se ha llegado a decir que la agricultura ha sido «la peor equivocación de la historia de la especie humana». Ha sido, en todo caso, una equivocación inevitable,

Figura 3.A. Principales zonas de origen de la agricultura. Como ha dicho Harlan, la agricultura no surgió de un hallazgo o de una invención, sino que es «el resultado de largos períodos de evolución conjunta de las plantas y del hombre» en escenarios repartidos por el mundo entero.



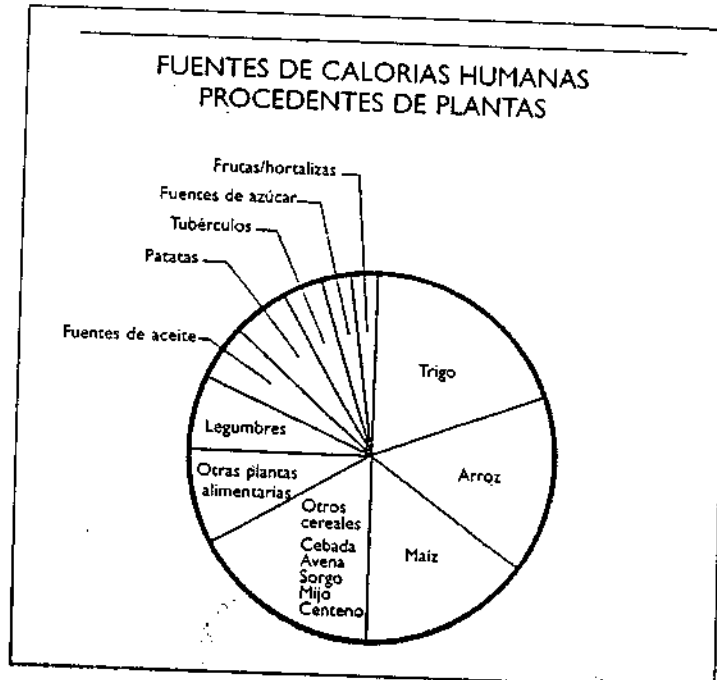
...sostiene que el aumento de la agricultura ha favorecido el desarrollo de microdepredadores y enfermedades como la malaria, lo que habría provocado una crisis en poblaciones de crecimiento. Esto habría exigido un aumento de los nacimientos, lo que habría sido una consecuencia de la menor mortalidad del embarazo y la lactancia, lo que habría sido una consecuencia de la vida más sedentaria y a intervalos de producción de alimentos.

vinculada a los cambios climáticos que se produjeron al final de la última glaciación.*

El paso a la agricultura es un proceso que parece haberse iniciado de forma independiente en diversos lugares del mundo: en el conjunto de Eurasia habría dos focos (el del Próximo Oriente y el de China), dos en América (el de América Central y el de los Andes), un foco africano y, para algunos, otro en Nueva Guinea (figura 3.3). Cada uno de estos focos ha dado origen a un sistema agrario distinto, con una dieta propia y con unos elementos culturales compartidos, entre los cuales figurarían, para algunos, las diversas «lenguas madres» originarias.

Cada sistema se basa en un cereal, esto es, en un grano que tiene la triple ventaja de dar fruto a los pocos meses de la siembra, de proporcionar un elemento nutritivo rico y de poder almacenarse, de forma que asegura la alimentación durante todo el año, cosa imposible de hacer con la mayoría de frutas y verduras, a no ser secándolas (figura 3.4).

Los cereales son, en realidad, una de las grandes invenciones



...gráfico muestra la contribución de las plantas a la alimentación humana. Fuente: M. P. Heptner, ed., Más allá de la agricultura, Barcelona.

humanas: el resultado de una tarea de selección genética. Las plantas herbáceas tienen unas semillas que cuando maduran se desprenden y caen al suelo, lo cual es obligado para su reproducción espontánea. Pero el hombre necesitaba variedades que mantuviesen las semillas maduras sin desprenderse hasta la cosecha. Esta característica se da en las plantas en estado salvaje como una enfermedad que dificulta su reproducción, de manera que los agricultores tuvieron que ir escogiendo los ejemplares que manifestaban este «defecto» para perpetuarlo: la espiga llena de semillas maduras o la mazorca de maíz son una muestra de la capacidad humana de domesticar las plantas. En conjunto, los cereales proporcionan hoy alrededor de la mitad de todas las calorías que consume la humanidad.

Los diversos sistemas agrícolas del mundo se pueden caracterizar por el cereal en que se basa su dieta: hay una cultura del trigo y la cebada, que es la nuestra, complementada por unas legumbres —judías y lentejas: la carne del pobre— que proporcionan proteínas y por el aceite de oliva, que es la fuente principal de grasas, y asociada a una ganadería de cabras y de ovejas, que proveen de leche y carne. Hay una agricultura del sorgo y del mijo en África negra; otra del arroz en el sur y el este asiático (complementada con el mijo, el cerdo y las gallinas), y una agricultura autóctona americana basada en el maíz (complementada con la patata y la mandioca, que harían funciones parecidas a las de un cereal).

El arroz y el maíz, productos de otras culturas que han llegado tardíamente a Europa, son superiores al trigo en su capacidad de producir alimento por unidad de superficie: mientras una hectárea sembrada de arroz o de maíz permite alimentar a 5,63 personas, una sembrada de trigo sólo mantiene a 3,67.

El arroz, originario de China, se difundió hacia el sureste de Asia y hacia la India, donde lo adoptaron los musulmanes, que fueron quienes lo trajeron al Mediterráneo. Hoy es el más importante de todos los cereales, ya que proporciona el 20 por ciento de las calorías y el 13 por ciento de las proteínas que consume la humanidad: es la base de la alimentación de 2.000 millones de personas y se dedican a su cultivo 100 millones de hectáreas, el 90 por ciento de ellas en el sur y el este de Asia.*

El maíz (*Zea mays*), que tiene su origen en México (su domesticación, bastante compleja, se produjo tal vez hace unos 10.000 años), es un caso extremo de elaboración: obtenido por hibridación a partir de unos antepasados salvajes que se han extinguido**, necesita del hombre para reproducirse, ya que sus semillas,

* Según la interpretación de un historiador indio, el hecho de que una agricultura basada en el arroz fuese más eficaz que la europea del trigo explica que los tejedores indios pudiesen trabajar en el siglo XVIII por salarios monetarios más bajos que los ingleses, lo que hacía que sus tejidos de algodón resultasen más baratos y que a los ingleses no les quedase más remedio, para poder competir con ellos, que mecanizar la producción e industrializarla con el fin de disminuir sus costes.

** El único ejemplar de maíz silvestre observado por los europeos parece ser el que el botánico español José Celestino Mutis vio en territorio de la actual Colombia en 1777: «un maicillo cimarrón» al que dio el nombre de *Zea sylvestris*; su descripción es todo lo que hoy conocemos de este antecesor.

fuertemente sujetas a la mazorca, han de sembrarse manualmente. La patata también es el resultado de siglos de experiencias y cruzamientos que han dado origen a la multitud de variedades diferentes que se cultivan en los Andes —una diversidad que los europeos, acostumbrados a un producto estandarizado, desconocen—, y corresponde a las posibilidades y necesidades de las zonas altas de la cordillera, donde hace la función de un cereal, ya que se puede tratar de forma que se conserve largo tiempo (*chulo*). La difusión por Europa del cultivo de la patata, cuya capacidad de producción por hectárea es enorme, comparada con la de los cereales, fue una condición necesaria para que fuese posible el gran aumento de su población en el siglo XIX. De gran importancia para la población de las zonas tropicales ha sido la mandioca, originaria también de América, probablemente del Brasil, pero que hoy se cultiva sobre todo en África, y que se ha extendido también por Asia y por el Pacífico.

El hombre ha domesticado, al mismo tiempo que las plantas, algunas especies de animales que consumen hierbas y hojas que no son directamente aprovechables para la alimentación humana,* de las cuales saca provecho a través de su leche y de su carne, así como de sus deposiciones, que abonan las tierras, aportándoles nutrientes que permiten aumentar la producción de unos cultivos destinados al consumo humano. Una segunda utilidad del ganado, y en especial del vacuno, de los caballos y de los camellos, es el hecho de que proporcionan fuerza de tiro. Han sido, por ello, una fuente de energía esencial a lo largo de la historia, lo cual explica que todavía midamos la potencia tomando como unidad el caballo de fuerza (HP, del inglés *horse power*). Uno de los mayores inconvenientes para el desarrollo de la civilización en África ha sido, precisamente, el hecho de que la ganadería sólo ha sido posible en zonas muy limitadas, a causa, por un lado, del desecamiento de la zona del Sahara, donde sólo pueden subsistir rebaños muy reducidos, pero sobre todo porque amplias zonas alrededor del Ecuador están infestadas por la mosca tse-tse, que propaga la tripanosomiasis y hace imposible la vida del ganado de tiro. En estas circunstancias, el África negra se ha tenido que desarrollar sin la rueda, el arado o el carro, y ha dependido del transporte efectuado por porteadores humanos, lo cual seguramente ha favorecido el crecimiento de la esclavitud (figura 3.5).

Los primeros focos de una agricultura autosuficiente se dieron en las fértiles tierras regadas de Mesopotamia y del valle del Nilo, mientras en las zonas semiáridas del Próximo oriente y de Euro-

* Los bóvidos tienen, además, la capacidad de poder aprovechar incluso la celulosa, gracias a unas bacterias que viven en el estómago de los rumiantes y que les permiten alimentarse de la paja.

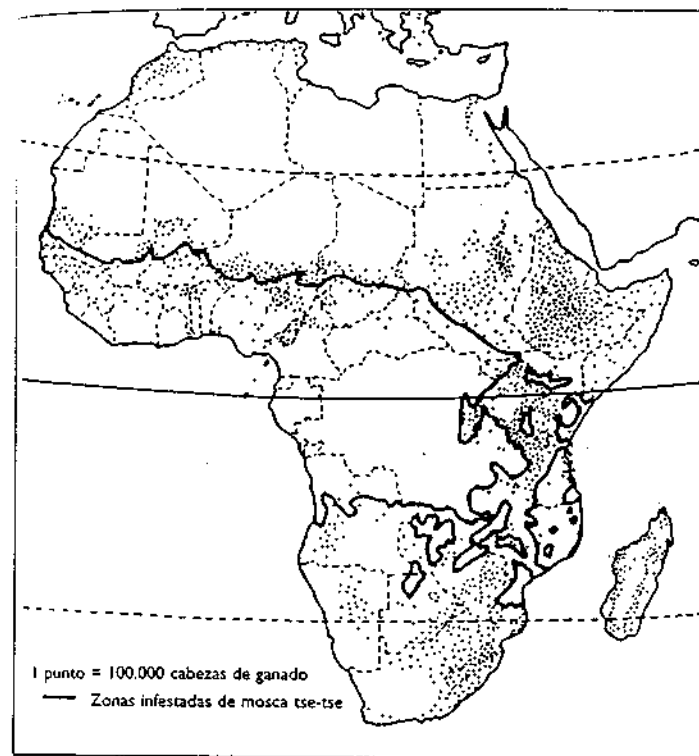
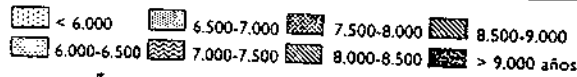
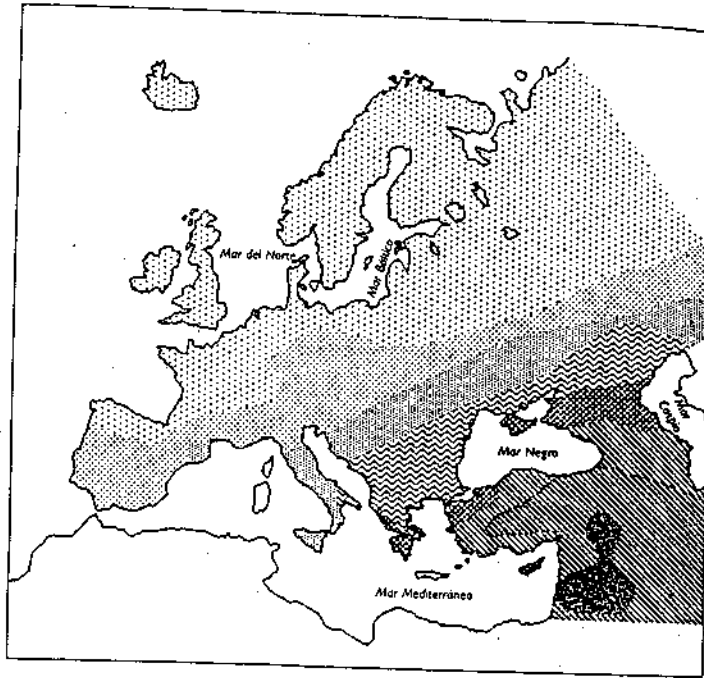


Figura 3.5. La distribución del ganado

pa —por donde se difundió de este a oeste en un recorrido que duró unos tres mil años (figura 3.6), coexistiendo con la recolección y la caza— se desarrolló sobre todo una agricultura itinerante en tierras arrebatadas al bosque, que se abandonaban cuando, al cabo de pocas cosechas, perdían su fertilidad, para talar y quemar una nueva zona del bosque.

La expansión de este sistema llegó a producir la deforestación de las tierras del Mediterráneo y el empobrecimiento de sus cultivos, que pudo ser superado hacia el año mil antes de nuestra era por la aparición de lo que se ha llamado la «revolución agrícola antigua», que combinaba el aprovechamiento de los recursos del «ager» (el campo, que comprendía las tierras más fértiles donde se cultivaban los cereales), del «saltus» (los prados, integrados por las tierras periféricas destinadas a pastos para el ganado) y de la «silva» (el bosque, con sus aprovechamientos forestales). El trigo y la



La difusión de la agricultura en Europa, según A.J. L.L. Cavalli-Sforza (*The diffusion and the genetics of Europe*, Princeton University Press, 1984). En los últimos años investigadores han desarrollado un modelo de expansión que sostiene que la difusión se hizo de forma más lenta, con épocas de estancamiento.

cebada se cultivaban con el arado ligero (figura 3.7), la azada y la pala, porque los suelos de las riberas del Mediterráneo son poco profundos y secos, de modo que bastaba arañarlos con el arado de madera, que se limitaba a abrir el surco para depositar la semilla.

Pero estos suelos pobres no se podían cultivar continuamente. Para que la tierra recuperase los elementos nutritivos que requerían las nuevas cosechas, era necesario dejarla un año sin cultivar, esto es «en barbecho», —labrándola de vez en cuando para eliminar las malas hierbas y para conservar la humedad de las escasas lluvias—* y utilizar el ganado que se alimentaba con la hierba del «saltus» durante el día para llevarlo por la noche a las tierras en barbecho del «ager» con el fin de que, con sus deposiciones, les transmitiera parte de la biomasa que había consumido paciendo. Ésta sería la base de la agricultura de la Grecia clásica, que producía cereales para el consumo propio y cultivaba el olivo, que se podía plantar en las tierras marginales de las laderas de las mon-

tierra desmenuzada por la acción rápida que el agua que se filtra en la tierra suba a la superficie y se evapore.

tañas y que proporcionaba un producto, el aceite, que se comercializaba fácilmente.

El Imperio romano fue la forma política más elevada creada por esta agricultura. Era esencialmente un gran productor de trigo, aceite y vino que se extendió por las orillas del Mediterráneo con el fin de asegurarse los alimentos necesarios. Egipto, por ejemplo, sería su gran proveedor de trigo gracias a un auténtico «puente marítimo» que transportaba cada año unas 150.000 toneladas de grano de Alejandría a Italia; la Península ibérica le proporcionaba aceite y diversas variedades de vino. La baja productividad del trabajo sería para algunos la causa de que esta agricultura recurriese a los esclavos, ya que éstos, que sólo recibían las raciones necesarias para su sustento, producían un excedente mayor que el campesino libre que debía alimentar también a su familia.

Con la agricultura apareció también en el Próximo oriente el alcohol. Las primeras bebidas deben haber procedido de la fermentación de los dátiles; después han surgido la cerveza, producida a partir de la cebada, el vino y, en las tierras del norte de Europa, el aguamiel fermentado. Estas bebidas, que substituían a otros intoxicantes usados desde la prehistoria, como el opio y los derivados del cáñamo, se difundieron con la agricultura y acabaron constituyendo un elemento característico de la civilización europea.

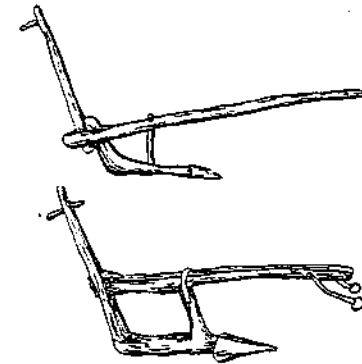


Figura 3.7. Tipos de arado ligero utilizados en la Europa medieval.

3.3. LA NUEVA AGRICULTURA MEDIEVAL

La edad media ha presenciado cómo se desarrollaban en Eurasia dos modelos de crecimiento agrario distintos: dos revoluciones agrícolas. Por un lado, la del mundo islámico, que ha sabido hacer una síntesis entre los sistemas agrícolas asiáticos y la vieja tradición mediterránea: ha introducido nuevos cultivos (arroz, caña de azúcar, algodón, limones, sandías, espinacas, alcachofas) y ha mejorado sus rendimientos con nuevas rotaciones y con unas técnicas de irrigación mejoradas. Esta «revolución» explica la prosperidad de las tierras musulmanas, donde se podían encontrar las ciudades más grandes del viejo mundo, como Bagdad o Córdoba. Sus efectos, no obstante, se limitaron a un área que se extendía tan sólo hasta la Península ibérica, mientras que en las tierras europeas al norte de los Pirineos y de los Alpes surgía otro modelo, también revolucionario.

* El cerdo, que ha sido el principal proveedor de carne en la Europa central durante toda la edad media, es un animal ideal para poblaciones estables, ya que se puede criar en casa o se puede dejar que busque comida en los bosques, muy abundantes en aquel tiempo.

La expansión del cultivo en las tierras del centro y el norte de Europa, donde predominaban los bosques, ha tenido que adaptarse a las condiciones naturales de los suelos y del clima, que eran distintos de los del mundo mediterráneo y que darían origen a una agricultura peculiar. A medida que se talaban los grandes bosques para roturar la tierra, una ganadería más abundante que la del Mediterráneo (cerdos,* rebaños de ovejas y de vacuno, caballos) adquiriría cada vez mayor importancia en relación a la tierra sembrada. Una tierra, por otra parte, más profunda y más fuerte, que debía labrarse con un arado más pesado que el romano: la «carruca», que llevaba un tren delantero con ruedas (figura 3.8).

En torno a esta nueva agricultura se desarrollaron algunos de los grandes avances de la edad media (la herradura, el molino de agua), pero lo esencial, y más revolucionario, que aportó fueron los cambios en la organización del trabajo. La carruca necesitaba una fuerza de tiro considerable, a menudo de más de una pareja de bueyes. Por otra parte, resultaba muy pesado darle la vuelta al final del surco, de forma que convenía hacer los surcos lo más largos posible, desbordando los límites de las pequeñas parcelas de cada propietario. La carruca era una herramienta que exigía la colaboración de los campesinos.

Al hablar de esta época, los historiadores acostumbran a referirse sobre todo al feudalismo, es decir a las relaciones de poder entre los miembros de las clases superiores (las instituciones unidas al feudo y al vasallaje) y a la forma en que estas clases establecieron acuerdos para drenar y repartirse el excedente campesino (la relación entre señores y campesinos). Las imposiciones y contratos del feudalismo son, por otra parte, lo que ha dejado mayor rastro en la documentación escrita, contrariamente a lo que sucede con la regulación de las formas de organización del trabajo campesino, que eran sobre todo de transmisión oral.

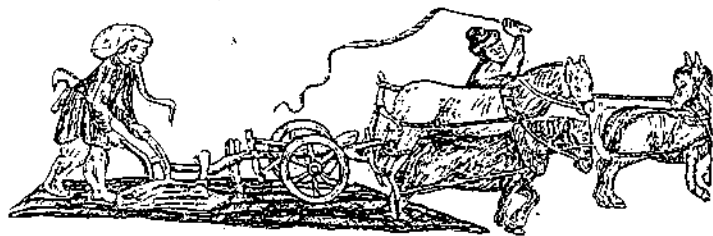


Figura 3.8. Una carruca.

El feudalismo es esencial para entender la organización de la sociedad, pero no para explicar esta «revolución agraria» de los siglos IX al XIII que ha permitido poblar el centro de Europa y que ha creado una red de nuevas ciudades, desde Irlanda hasta Rusia. Este «auge del Occidente medieval» se ha basado sobre todo en el impulso generado por la introducción de nuevas formas de cultivo organizadas colectivamente por los campesinos. Cada pueblo estructuraba el terreno cultivado —a excepción de un entorno inmediato destinado a huertos y viñas— en dos o tres grandes conjuntos de parcelas abiertas que se gestionaban como si fuesen las hojas de una sola explotación (una parte del término se sembraba, la otra se dejaba en barbecho), y que los campesinos cultivaban colectivamente, realizando conjuntamente aquellas tareas para las que uno solo no habría tenido suficiente fuerza de tiro. Cada propietario tenía sus tierras divididas en parcelas esparcidas por el término, de manera que siempre mantenía algunas sembradas y otras que estaban en barbecho. Los campos quedaban abiertos y, cuando se había recogido la cosecha, el ganado podía entrar a pastar en los rastrojos. Para funcionar adecuadamente, este sistema exigía que la colectividad controlase estrechamente el trabajo, y por tanto la vida, de todos los vecinos.

Una de sus ventajas, en estas tierras más húmedas que las mediterráneas, ha sido que ha permitido pasar, con el abono adicional que proporcionaban estos rebaños mayores que pacían en los rastrojos, de la rotación (la alternancia de cultivo y barbecho) biennial que se practicaba desde la antigüedad a otra trienal, cultivando dos años seguidos cada hoja y dejándola en reposo tan sólo en el tercero, sobre la base de no repetir el mismo cultivo en dos años seguidos, sino alternándolo con otro que tuviese un ciclo productivo distinto. De este modo, por ejemplo, se cultivaba primero un cereal sembrado en otoño, como el trigo, que se reemplazaba al año siguiente por otro sembrado en primavera, como la cebada (la tierra, por tanto, estaba en reposo durante el otoño y el invierno), mientras que al tercer año se dejaba en barbecho. De esta forma aumentaba la superficie efectivamente cultivada y disminuía la parte que se dejaba en reposo.

Este sistema se completaba con bosques y pastos colectivos que permitían obtener la leña necesaria y ayudaban a mantener los rebaños que proporcionaban a los campesinos estiércol para abonar la tierra, lana para tejer y fuerza de tiro para los arados y el transporte.

En opinión de Eric Kerridge, la adopción de este sistema de cooperación en los campos abiertos ha sido «uno de los acontecimientos más importantes de la historia del mundo occidental». Al aumentar la producción y crear más excedentes, creció el mercado de productos agrícolas y se tendió a reemplazar los bueyes por los caballos, que eran mejores para el transporte. El uso del caballo llevó, a su vez, a la introducción de dos invenciones trascendentales: el sistema de enjaezarlos con un collar en los hombros (y no al cuello, como se hacía con los bueyes), que permite obtener toda la fuerza de tracción del animal (un invento chino que parece que llegó a Europa hasta el siglo IX) y las herraduras, que eran necesarias para hacer un trabajo duro, y que resultaron totalmente indispensables para las grandes cabalgaduras que se criaban para el uso de los caballeros en la guerra.*

El hecho de que este sistema favoreciera la asociación de la agricultura con la ganadería ha sido fundamental, ya que ha puesto las bases de lo que sería el desarrollo de la agricultura europea en los siglos posteriores. Incluso se ha dicho que esta es la clave que explica la superioridad de Europa sobre culturas que habían sido tecnológicamente más avanzadas, como la de China, pero que vieron limitado su crecimiento por el hecho de haber desarrollado una agricultura que dependía esencialmente de la producción vegetal. Más ganado significaba más abono natural y la posibilidad de unos rendimientos más altos; pero también más fuerza de tracción, más energía, ya que el ganado grande —bueyes y caballerías— era la fuente de energía esencial del mundo medieval. Como ha dicho Alfred Crosby, «en una época en que la fuerza era cuestión de músculos, y no de motores, Europa tenía más músculo».**

3.4. LA PRIMERA REVOLUCIÓN AGRÍCOLA MODERNA

La catástrofe demográfica de la peste negra, asociada a una crisis agraria anterior —responsable de la gran hambruna de principios del siglo XIV a la que nos hemos referido antes—, dio lugar a una considerable despoblación, a una disminución de la demanda de alimentos y, en consecuencia, al abandono del cultivo en muchas tierras que se destinaron a pastos. Esto permitió criar más ganado y abonar más los campos, mejorando sus rendimientos. Sobre esta base empezó en Flandes, en el siglo XVI, una transformación de la agricultura europea que culminaría en Gran Bretaña, en el

siglo XVIII, con el llamado «sistema de Norfolk» y que daría lugar a la primera «revolución agrícola» de los tiempos modernos.

Esta revolución consistió en el desarrollo de rotaciones de cultivos que alternaban los cereales de invierno con los de primavera, y éstos con plantas leguminosas como el trébol, que tienen la propiedad de fijar nitrógeno en la tierra y proporcionan así elementos nutritivos para los cereales que se sembrarán el año siguiente. Esto permitía suprimir totalmente el barbecho, reemplazado por cosechas destinadas sobre todo a alimentar a los animales, lo cual hacía posible criar muchas más cabezas de ganado que en los tiempos anteriores, cuando éstas tenían que mantenerse pastando en los rastrojos y en los prados comunales. Este alimento para los animales (nabos, trébol o alfalfa) tenía, además, la ventaja de que se podía guardar: era un forraje que servía para mantener el rebaño en invierno y que hacía posible conservar vivos todo el año muchos animales que antes había que sacrificar al finalizar el verano, ya que no se los podía alimentar con los escasos pastos disponibles en el invierno. Esto permitió disponer de más abono y aumentar considerablemente los rendimientos de la parte de tierra que se sembraba (por ello este sistema, que asocia estrechamente agricultura y ganadería, se denomina «cultivo mixto»).

La pauta clásica del llamado «sistema de Norfolk» comprende una rotación de cuatro hojas que se aplica por cuartos a toda la finca. En cada cuarto se desarrollan sucesivamente las etapas de una misma rotación: el primer año se hace trigo; el segundo, nabos; el tercero, cebada o avena, y el cuarto, trébol. De esta forma el trigo se siembra cada año en tierra que el año anterior ha sido enriquecida por el nitrógeno aportado por el trébol.

Este nuevo sistema más intensivo no sólo permitía emanciparse del cultivo colectivo, porque era autosuficiente y no necesitaba de las tierras comunales, sino que obligaba a los que lo practicaban a cerrar las tierras, que nunca quedaban en barbecho, para evitar que los rebaños de los vecinos entrasen en los sembrados. Aquellos que lo adoptaban procuraron destruir el viejo sistema comunitario, entre otras razones para hacerse con una parte de las tierras y bosques comunales. Es lo que hicieron en Inglaterra los grandes propietarios, que se valieron de las *enclosures* o autorizaciones parlamentarias para «cerrar» las tierras de todo el término de un pueblo, reagrupándolas y repartiendo de paso las comunales, con lo cual conseguían crear explotaciones viables para el nuevo sistema, pero condenaban a los pequeños propietarios a aban-

* Los griegos no herraban a los caballos, sino que usaban una especie de sandalias de cuero rellenas de paja. Las herraduras —que convertirían el trabajo del herrero en un oficio esencial en el mundo agrícola— se difundieron por Europa a partir del siglo IX.

** Alfred W. Crosby en Del Sweeney, ed., *Agriculture in the middle ages*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1995, pp. 339-340. Crosby sugiere, por otra parte, que la disponibilidad de esta fuerza ha podido llevar a la mecanización. Es cierto que el caballo ha sido una de las primeras fuentes de energía de la industrialización moderna.

donar el cultivo y proletarizarse (figura 3.9). El pequeño campesino que sobrevivía tradicionalmente con un trozo de tierra propio, una vaca que podía paecer en los rastrojos y en los prados comunales, y la leña de los bosques, y que completaba sus ingresos con actividades de hilado y tejido en casa, o trabajando a sueldo para otros propietarios, no tenía recursos para pagar el cercado (que resulta proporcionalmente más caro cuanto más pequeño es el terreno que hay que cercar), y, aunque los hubiese tenido, no habría dispuesto de tierra suficiente para poner en marcha una explotación de este tipo.

La «primera revolución agrícola» de la época moderna, caracterizada por la explotación individual, la asociación de cultivo y ganadería y el aumento de los rendimientos por unidad de superficie, arruinó, primero en Inglaterra y luego en el resto de Europa, una agricultura campesina familiar de propietarios más o menos autosuficientes y polarizó el mundo agrario entre los propietarios medianos y grandes que podían seguir siendo independientes, y los trabajadores sin tierra, buena parte de los cuales, como no eran ya necesarios en el campo —sobre todo al introducirse maquinaria agrícola para las labores que requerían más trabajo— tuvieron que emigrar a las ciudades.

Un estudio sobre la «revolución agrícola» en Inglaterra comparó la situación de 1850 con la de 1500 en estos términos: el año 1500 más de la mitad de la tierra arable de Inglaterra era comunitaria, en 1850 casi no quedaba tierra que no fuese de propiedad particular: entre un 75 y un 80 por ciento de ésta pertenecía a los grandes propietarios que la arrendaban a los agricultores en contratos de corta duración. La inmensa mayoría de los que trabajaban la tierra como jornaleros no tenía propiedad alguna en 1850; el trabajo asalariado en el campo había reemplazado la diversidad

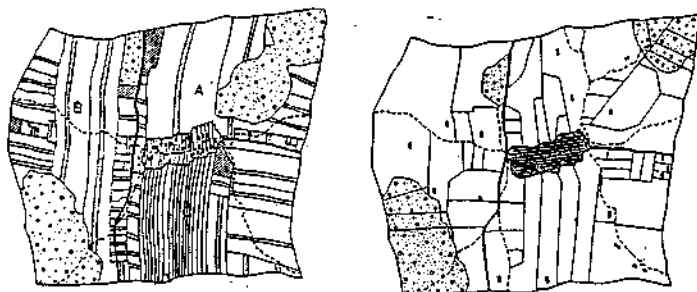


Fig. 3.9. Estos dos gráficos muestran la distribución de la tierra en Prusia antes y después de la introducción del nuevo sistema. En el primer gráfico se ve la división del término en parcelas (rotación trienal) y se ven rayadas las parcelas que pertenecen a un mismo propietario. En el segundo se puede ver cómo se reparten las parcelas, agrupadas y los bosques en común. El segundo refleja la situación después de la «separación», nombre que se da a la reforma introducida en Prusia en el siglo XIX. Las parcelas ahora grandes y compactas, los bosques se han dispersado, una parte de la tierra se ha roturado y el resto se ha dividido individualmente.

de ocupaciones que antes aseguraban la subsistencia de la familia campesina.*

No está claro que el progreso de la agricultura exigiese la eliminación de las explotaciones familiares campesinas. En Francia, donde la dinámica de la Revolución favoreció su continuidad, las investigaciones recientes nos muestran una producción agrícola que evoluciona y crece en el antiguo y en el nuevo régimen, que recurre a un mercado del crédito que actúa a través de los notarios para financiar sus inversiones y que ofrece en conjunto una imagen de dinamismo que contrasta con el tópico del campesino retardatario, que parece ser una invención bastante reciente.**

Por otro lado, como ha explicado E.P. Thompson, está claro que el viejo sistema garantizaba una mejor defensa de la colectividad contra la pobreza. También era menos depredador de los recursos naturales. La apropiación de los bosques, por ejemplo, empobreció a los campesinos, dio lugar a tensiones sociales —a mediados del siglo XIX la mayor parte de los delitos que se juzgaban en los tribunales de muchos países europeos eran «robos de leña»— y produjo una grave deforestación.

3.5. LA «SEGUNDA REVOLUCIÓN»: LA APARICIÓN DE UNA AGRICULTURA COMERCIALIZADA

Hasta ahora todos los esfuerzos de los agricultores se habían centrado en la mejora de los rendimientos por unidad de superficie cultivada: en el aumento del volumen de la producción que se obtenía de este bien escaso que es la tierra. Durante la «segunda revolución agrícola», en cambio, los criterios cambiaron y los propietarios no buscaron aumentar la producción, sino disminuir sus costes.

Para entender esta nueva orientación hay que tener en cuenta, en primer lugar, la magnitud de los aumentos de producción conseguidos (con las rotaciones y el estiércol, primero, y con el uso de abonos minerales, después), que han hecho que se pasase en Europa de unos rendimientos medios de 8 quintales métricos de trigo por ha en 1800 a 42 en 1985: una multiplicación por cinco de los rendimientos que no tiene precedentes en la historia. Esta nueva agricultura que producía casi exclusivamente para la venta había dejado, por otra parte, de ser autosuficiente: los factores de producción y el trabajo no salían ahora del círculo familiar, sino que debían comprarse. Esto vale tanto para los abonos químicos

* Mark Chilton, *Agriculture in England, Cambridge University Press, 1998, p. 104*

** P.T. Hoffmann, *Growth in a traditional society. The French countryside, 1815*, Princeton, Princeton University Press, 1996; G. Postel-Vinay, *La terre l'argent*, Paris, Albin Michel, 1998

y para las herramientas —y en especial para la maquinaria, que se empezaría a utilizar en gran escala en el siglo XIX—, como para el trabajo.

La diferencia esencial entre los dos sistemas residía precisamente en la forma en que utilizaban el trabajo humano. En la producción familiar campesina el trabajo era valorado en términos puramente personales y no como un coste (el trabajo hecho por los miembros de la familia no se pagaba por horas o jornadas). En cambio, en la producción para la venta, que se realizaba en explotaciones de dimensiones lo bastante grandes como para emplear asalariados —en especial para aquellas tareas que debían hacerse con rapidez, como las de la cosecha—, el trabajo era un elemento esencial de los costes y su influencia en el precio de venta podía resultar determinante para el éxito de la empresa agraria.

Lo importante no era, por tanto, que una explotación produjera más, sino que lo hiciera a costes más bajos, lo cual explica que la eficacia de la nueva agricultura no se midiera en términos de rendimientos por unidad de superficie sino de productividad por hora de trabajo empleada: lo que contaba no eran los hl de trigo producidos por ha, sino los kg de trigo por hora de trabajador adulto. Estamos ante una agricultura que actúa con la misma lógica que una industria: compra sus materias primas (semillas, herramientas y abonos), utiliza trabajo asalariado y vende su producción en el mercado.

El proceso de mecanización del trabajo agrícola se inició en Inglaterra en la época de las guerras contra Napoleón. Eran momentos en que la isla padecía un bloqueo de su comercio con Europa, los precios de los productos agrícolas eran altos y los trabajadores, como consecuencia del reclutamiento para la guerra, resultaban escasos. Fue entonces cuando empezaron a introducirse las primeras máquinas en el campo. Cuando acabó la guerra, los precios de los productos agrícolas cayeron, pero los hombres no recuperaron su trabajo; por el contrario, el descenso de los precios hacía todavía más necesarias las máquinas, que permitían abaratar los costes (figura 3.10). Es la época en que grupos numerosos de trabajadores desplazados —los luditas— se amotinaron para destruir las máquinas agrícolas y en que el gobierno británico envió contra ellos ejércitos enteros. Esta etapa de malestar social duraría hasta 1830, con la última revuelta de los trabajadores del campo, conocida como la del «capitán Swing», por el nombre del jefe imaginario que firmaba las proclamas revolucionarias. El remedio vendría como consecuencia de la gran de-

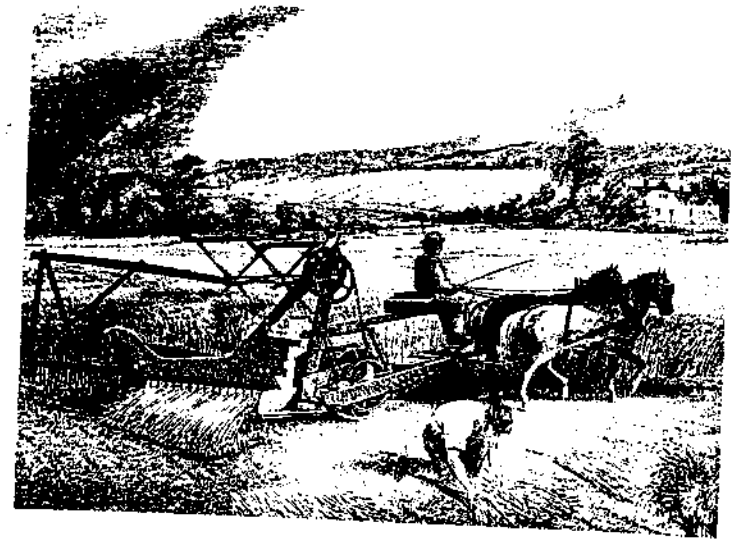


Figura 3.10. Una segadora McCormick de 1862.

manda de trabajo industrial en las primeras décadas del siglo XIX y, sobre todo, gracias a la construcción de los ferrocarriles, que, con sus grandes obras realizadas a pico y pala, daría ocupación a muchos millares de hombres.

Hacia 1880 se produjo un nuevo momento de avance de la «industrialización» de la agricultura, localizado ahora en las tierras puestas nuevamente en cultivo de los países ultramarinos (Canadá, Estados Unidos, Australia, Argentina) y del sur de Rusia. Eran tierras nuevas en las que podían organizarse grandes explotaciones mecanizadas: fábricas de cereales que compitieron muy ventajosamente con la producción europea a partir del momento en que la utilización de grandes barcos de vapor permitió abaratar el coste de transportar los cereales a través del Atlántico (traer el trigo de los Estados Unidos a Barcelona por mar costaba menos que traerlo en tren de Zaragoza a Barcelona) (figura 3.11).

Si valorásemos la nueva agricultura ultramarina con los viejos criterios, nos parecería muy ineficaz. Hacia 1880, por ejemplo, los rendimientos por ha de la producción de trigo eran de 8,5 qm en los Estados Unidos y sólo de 6 en Australia, mientras que en Alemania se obtenían 13, en Inglaterra 17 y en Dinamarca 22,5. Incluso una agricultura como la española tenía unos rendimientos algo mejores que los norteamericanos. Lo que ocurría era que en los países ultramarinos esta producción se obtenía en grandes ex-

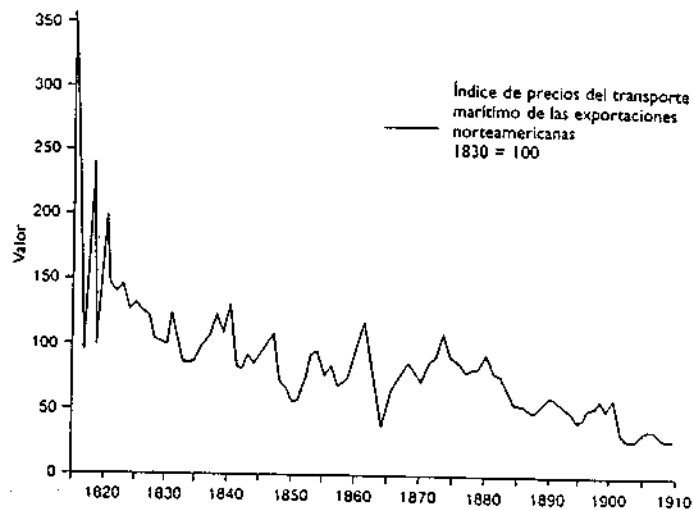


Fig. 3.11. Evolución de los precios de transporte marítimo de las exportaciones norteamericanas (se ve que de 1820 a 1900 se han reducido a menos de la cuarta parte).

plotaciones extensivas cultivadas con maquinaria, con un coste mínimo de trabajo humano. Los rendimientos eran bajos, pero la productividad, en términos de kg por hora de trabajo humano, era muy elevada: en el caso del trigo, por ejemplo, la productividad era en los Estados Unidos, hacia 1880, cinco veces mayor que la española. En estas condiciones estaba claro que el trigo norteamericano se podía vender en España a precios considerablemente más bajos que el de producción local.

3.6. EL FRACASO DEL «CAPITALISMO AGRARIO»

Los hombres que protagonizaron esta «segunda revolución» suponían que la agricultura evolucionaría de forma parecida a la industria y que tendería a concentrar la producción en grandes explotaciones tecnificadas, en «fábricas» agrícolas; pero esta ilusión entró en crisis a fines del siglo XIX. El problema se empezó a vivir en Europa como una consecuencia de su incapacidad de competir con la producción de cereales de los nuevos países productores. Los precios habían caído, mientras los salarios, determinados por la demanda creciente de trabajo de la industria y de los servicios, subían; en estas condiciones la explotación campesina que utilizaba esencialmente fuerza de trabajo familiar (ayu-

dada ahora por la difusión de una maquinaria agrícola que disminuía la necesidad de alquilar brazos para tareas como la siega y la trilla*) estaba en mejores condiciones de afrontar la crisis que la gran explotación «industrializada» que dependía del trabajo asalariado.

Las presiones de los grandes propietarios, por un lado, y la necesidad de frenar el malestar social de los pequeños campesinos, por otro, condujeron a los países europeos a establecer políticas de protección, limitadas inicialmente al aumento de los aranceles que cargaban sobre los cereales importados, con el fin de mantener altos los precios interiores. Pero con esto no se consiguió eliminar los efectos sociales de la crisis, ni se frenó, a la larga, la decadencia de la gran producción.

Las repercusiones sociales de esta crisis serían muy graves en países que conservaban una elevada proporción de población ocupada en la agricultura, y que ahora no tenían, a diferencia de lo que había ocurrido en Inglaterra durante la primera mitad del siglo XIX, ocupaciones alternativas para los campesinos desplazados (la industrialización de fines del siglo XIX y comienzos del XX era muy mecanizada y no necesitaba los ejércitos de trabajadores que requería la de cien años antes).

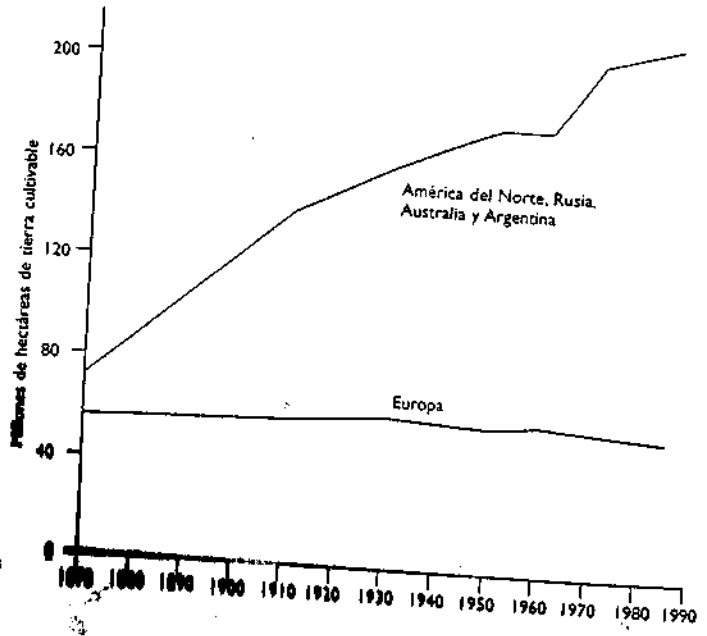
En un primer momento los campesinos se defendieron de la crisis autoexplotándose. Las familias se aferraban a la conservación de su propiedad, aceptando los sacrificios que fuesen necesarios para ello. Arruinadas por la baja de los precios agrícolas, reaccionaron a menudo con una respuesta «perversa» (es decir, contraria a la «racionalidad económica»): si el excedente de la cosecha no bastaba, a los precios más bajos que ahora se pagaban, para cubrir sus gastos y atender los impuestos, cultivaban más tierra para obtener más producto con el cual equilibrar sus cuentas. Pero esta tierra adicional era de peor calidad y el aumento de la producción habían de conseguirlo con una sobrecaplotación del trabajo familiar, hasta llegar al punto de no poder no en que ya no pudieron hacer otra cosa que abandonar la tierra y emigrar.** El resultado sería que millones de campesinos europeos tuviesen que marchar hacia tierras americanas, a trabajar en el campo o en oficios urbanos que tenían todavía un fuerte componente manual.

Las políticas de protección se verían reforzadas en el siglo XX tanto por el miedo a la revuelta campesina (que tuvo un papel decisivo en el triunfo de dos revoluciones: la mexicana y la bolchevique en Rusia), como por un «fundamentalismo agrario» como...

del caso alemán. Mo-
«retorno al campo» se die-
en Inglaterra o en los Esta-
Unidos, donde el presidente
Theodore Roosevelt consideraba neces-
no mantener una numerosa población
americana» en el campo para frenar la
invasión de inmigrantes «incivilizados»
del sur y el este de Europa. La protección
del campesino y de sus «valores tradicio-
nales» ha sido también un elemento fun-
damental en los planteamientos ideológi-
cos de la extrema derecha española o
francesa.

vador, que veía en el campesino una reserva humana esencial para la preservación de la nación o de la «raza» y que pensaba que la supervivencia del pequeño propietario era la mejor garantía contra la amenaza del «socialismo» (ésta fue una de las razones que inspiraron las reformas agrarias de los países del este de Europa, amenazados por el «contagio bolchevique», al término de la primera guerra mundial). El resultado final sería el de ir situando la producción agrícola al margen de las reglas «del mercado», como un sector de la economía protegido con precios de garantía y con subsidios de diversa naturaleza.

No se impidió, con ello, la decadencia relativa de la producción agrícola europea: en 1985 se cultivaba en Europa la misma superficie que en 1860, ciento veinticinco años antes, mientras que en los países nuevos se había multiplicado casi por cinco en el mismo tiempo (figura 3.12). Aunque tampoco la agricultura de estos países nuevos evolucionó satisfactoriamente. La de los Estados Unidos pasó por una grave crisis a causa del *crash* de 1929 y de una terrible sequía, que expulsaron de la tierra un millón de agricultores, y acabó más tarde agonizando como consecuencia de su propio éxito, incapaz de afrontar los bajos precios que obtenía por sus productos.



Europa...
Australia y Argentina...

Si el fracaso del capitalismo agrícola era evidente en los países avanzados, por más que los índices de aumento de los rendimientos y de la productividad lo enmascarasen, todavía resultó peor para los países menos desarrollados. La agricultura respondía, al final de la segunda guerra mundial, a dos modelos básicos. En los países extraeuropeos de colonización (como Nueva Zelanda, Estados Unidos o Australia) dominaba un modelo extensivo de bajos rendimientos por ha y de una elevada productividad. En otros, en los que la industrialización llegó tardíamente, con un exceso de brazos y tierra escasa, se había desarrollado una agricultura de altos rendimientos por unidad de superficie, pero que consumía grandes cantidades de trabajo (como en Taiwán o Japón). Estos dos modelos son los que determinan los dos ejes del gráfico (figura 3.13). Los países que tenían una situación más equilibrada eran los que habían desarrollado una agricultura con valores elevados tanto de rendimientos como de productividad (como Holanda, Bélgica, Dinamarca o Alemania). Pero es fácil ver que había muchos —la inmensa mayoría de los subdesarrollados— que alcanzaban un bajo nivel en los dos ejes: que tenían bajos tanto los rendimientos como la productividad.

Estos países no pueden esperar que su propio proceso industrializador, demasiado débil, absorba los brazos sobrantes en la agricultura (recuérdese que estamos hablando de casos en los que ésta ocupa a más de un 80 por ciento de la población activa),

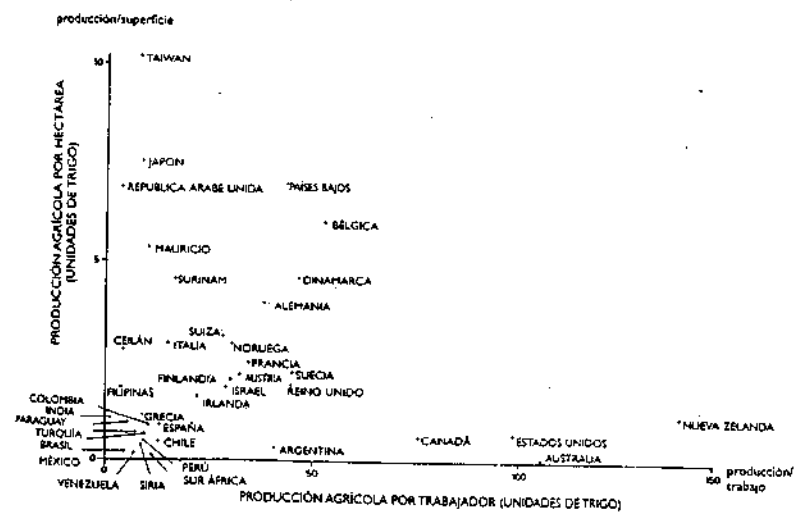


Figura 3.13. El gráfico muestra la agricultura de diversos países (datos de 1957-1962) en relación con los rendimientos por hectárea y la productividad por trabajador. Los datos han sido reducidos a «equivalentes de trigo» para la comparación (de Yujiro Hayami y Vernon W. Ruttan, *Agricultural development. An international perspective*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1971).

como hicieron Gran Bretaña, los Estados Unidos o Francia. Tampoco pueden resolver el problema expulsando la mano de obra sobrante en este sector por la vía de la emigración, como lo hicieron Italia, Alemania o España a fines del siglo XIX y comienzos del XX, porque los países desarrollados no necesitan hoy esta fuerza de trabajo y se esfuerzan en impedir su entrada.

3.7. LA AGRICULTURA Y EL FUTURO DE LA HUMANIDAD

Al término de la segunda guerra mundial la perspectiva de hambre e inquietud social que amenazaba a los nuevos países independientes del llamado «tercer mundo» dio lugar a una gran campaña internacional, patrocinada por los Estados Unidos (en especial por las fundaciones Rockefeller y Ford) y por el Banco Mundial, con el fin de introducir mejoras en las agriculturas de estos países. Los resultados de la llamada «revolución verde» fueron espectaculares: las nuevas especies «milagrosas» de altos rendimientos daban unas cosechas de una abundancia insospechada: entre 1950 y 1990 los rendimientos de los cereales se multiplicaron por 2,5 y la producción mundial se triplicó. Esto se consiguió en buena medida gracias a un uso intensivo de los fertilizantes (entre estas mismas fechas la producción de abonos químicos se multiplicó por diez) y de los pesticidas, que benefició sobre todo a la industria química de los países avanzados.

Pasadas unas décadas, sin embargo, han empezado a aparecer los límites y los riesgos de la revolución verde. El uso de fertilizantes químicos está llevando a los países desarrollados a rendimientos decrecientes, de manera que su consumo ha empezado a retroceder desde 1990. Mucho peor es todavía lo que ha ocurrido con los pesticidas. La aparición de variedades resistentes a los insecticidas ha creado un círculo vicioso que requiere nuevos pesticidas, y cada vez en mayor cantidad, para proteger los cultivos.

Otro gran problema creado por la revolución verde ha sido la pérdida de la biodiversidad, como resultado de la especialización en el cultivo de las variedades «milagrosas» y de la destrucción de las plantas silvestres del entorno. Las mejoras que han permitido obtener nuevas especies de cereales se han hecho utilizando material genético de variedades silvestres. En la «biblioteca genética» de la naturaleza hay muchas posibilidades para el futuro, no sólo para la mejora de las variedades cultivadas, sino para el desarro-

llo de nuevos cultivos. Pero esta «biblioteca» está siendo sistemáticamente destruida (se calcula que en el año 2025 se habrá perdido la cuarta parte de su riqueza actual) y cada especie que desaparece significa una pérdida irreparable.

Por otra parte, el mundo depende para su supervivencia de cuatro o cinco cosechas —trigo, maíz, arroz, cebada, soja— que se dan en climas mediterráneos con largas estaciones secas. ¿Qué sucedería —se pregunta Harlan— si una de éstas fallase? En las condiciones actuales esto parece poco probable, pero tenemos evidencia de que ha habido sequías muy severas a escala continental. Ha sucedido en el pasado: probablemente volverá a suceder en el futuro”.

Hemos conseguido construir un mundo desequilibrado donde los países avanzados tienen más producción agrícola de la que necesitan, la despilfarran y se ven obligados a gastar recursos considerables para arrancar viñas, matar vacas o cerdos y retirar tierras del cultivo,* mientras que en los subdesarrollados hay hambre, especialmente en África, pero no pueden ni comprar los excedentes de los otros —hay que tener alguna cosa que les interese intercambiar a quienes poseen estos excedentes—, ni mejorar la eficacia de su agricultura, porque no pueden asumir las transformaciones necesarias.** Por otra parte, los intentos de promover desarrollo industrial autóctono suelen basarse en estos países en una transferencia de recursos del sector agrícola, lo que agrava su situación y perpetua su atraso (un estudio sobre diecisiete países de África, Asia y América Latina entre 1960 y 1985 muestra que el efecto de estas políticas ha venido a significar una detracción del 30% de lo pagado a los agricultores).

Lo peor, además, son las perspectivas de futuro que presenta la producción de alimentos a escala mundial. En los últimos años, mientras la población del mundo ha seguido creciendo, las cosechas de cereales se han estancado y la disponibilidad de calorías por individuo ha empezado a disminuir. Como ha dicho Lester Brown, “la historia ha presentado el período de cuarenta años que va desde 1950 a 1990 como la edad de oro del aumento de productividad de las tierras de cultivo en el mundo”. Desde 1990, sin embargo, este proceso se ha frenado y no se prevé que pueda haber nuevos crecimientos de una amplitud semejante, lo cual genera unas perspectivas de futuro poco esperanzadoras para aquellos países subdesarrollados cuya población crece con mayor rapidez que su producción agrícola y que dependerán cada vez más de las importaciones de alimentos. Si la situación sigue igual, en muy

* La Política Agraria Común (PAC) europea empezó a funcionar en 1962, defendiendo a los agricultores europeos frente a las importaciones. El resultado fue un enorme excedente de cereales que se exportaron a precios muy bajos. En los años ochenta cambió el enfoque y se fijaron cuotas de producción. En 1988 se declaró que en el futuro se tirase del cultivo el 20 por ciento de la tierra labrantia y se eliminaron los subsidios para favorecer esta política de eutanasia de la agricultura.

pocos años puede ocurrir que el problema del hambre, que hoy sólo tiene proporciones catastróficas en el África subsahariana, se generalice y adquiera unas dimensiones desconocidas desde hace siglos, sin que sea seguro que los nuevos milagros que promete la biotecnología basten para evitarlo.

Como se puede ver, los problemas de la agricultura no sólo eran cosa del pasado, sino que resultan vitales en el presente.

LECTURAS RECOMENDADAS

Blanchard, Marc, *La historia rural francesa*, Barcelona, Crítica, 1978.

Buxó, Ramón, *Arqueología de las plantas*, Barcelona, Crítica, 1997.

Cohen, Mark Nathan, *La crisis alimentaria de la prehistoria*, Madrid, Alianza, 1987.

Duby, Georges, *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval*, Barcelona, Península, 1973.

Dossier, Robert, *Historia del campesinado en el occidente medieval*, Barcelona, Crítica, 1985.

Errabou, R., y J.M. Naredo, eds., *La fertilización en los sistemas agrarios. Una perspectiva histórica*, Madrid, Fundación Argentaria, 1996.

Flügel, L., *Comunidades rurales en el occidente medieval*, Barcelona, Crítica, 1993.

Geertz, Werner, *Los campesinos en la Edad Media*, Barcelona, Crítica, 1990.

Geertz van Bath, B.H., *Historia agraria de Europa occidental, 500-1850*, Barcelona, Península, 1974.

Gombrich, E.P., *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995.

LIBROS MÁS AVANZADOS QUE DEBERÍAN CONOCER:

Cohen, Mark Nathan, *Health and the rise of civilization*, New Haven, Yale University Press, 1989.

Cowan, C.W., y P.J. Watson, eds., *The origins of agriculture. An international perspective*, Washington, Smithsonian Institution Press, 1992.

Ehrlich, Paul R., y Anne H. Ehrlich y G.C. Daily, *The stork and the plow*, Nueva York, Putnam, 1995.

Grigg, David B., *The transformation of agriculture in the West*, Oxford, Blackwell, 1992.

Harlan, Jack R., *The living fields. Our agricultural heritage*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

Harris, David R., ed., *The origins and spread of agriculture and pastoralism in Eurasia*, Londres, University College London, 1996.

Kerridge, Eric, *The common fields of England*, Manchester, Manchester University Press, 1992.

Koning, Nick, *The failure of agrarian capitalism*, Londres, Routledge, 1994.

Mazoyer, Marcel y L. Roudart, *Histoire des agricultures du monde*, París, Seuil, 1997.

Neeson, J.M., *Commoners: Common right, enclosure and social change in England, 1700-1820*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

Thorpe, I.J., *The origins of agriculture in Europe*, Londres, Routledge, 1996.

Tudge, Colin., *Neanderthals, bandits and farmers. How agriculture really began*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1998.

Watson, A.M., *Agricultural innovation in the early Islamic world*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

4

LAS FORMAS DE SUBSISTENCIA: II. TRÁFICOS Y MERCADOS

Uno de los aspectos esenciales de la historia de los seres humanos, sin el cual no se entendería su progreso, es la capacidad que tienen de cooperar a través del intercambio, tal como se manifiesta desde la prehistoria. El intercambio se basó primero en la existencia, en puntos determinados, de recursos naturales, como la obsidiana o la sal,* que eran escasos en otros lugares, pero más adelante tuvo como objeto los productos agrarios que se cultivaban pensando en permutar los excedentes no consumidos (como el vino o el aceite), o las manufacturas (como la cerámica y los tejidos).

Los intercambios tienen como término de referencia el «mercado»: una palabra que designa a la vez el lugar donde los hombres se reúnen para comprar, vender o cambiar; el área territorial en que se realizan intercambios de productos (y así se puede hacer una gradación que va desde los mercados locales hasta un mercado mundial), o el conjunto de las reglas que fijan la forma de estos intercambios, entre las cuales tiene que figurar necesariamente la existencia de unas condiciones institucionales y culturales que garanticen el «trust», la confianza en que los tratos hechos son fiables y duraderos, que es en buena medida lo que justifica que se hable de «sociedades de mercado».

Los pensadores escoceses del siglo XVIII, que vivían la experiencia de una Gran Bretaña en un rápido proceso de crecimiento económico basado en su expansión comercial, convirtieron el mercado en la pieza explicativa central de su visión de la economía, que en muchos aspectos sigue siendo hoy dominante en el pensamiento del liberalismo económico. Para Adam Smith, en *La riqueza de las naciones*, la base del crecimiento económico era la división social del trabajo, que permitía a los hombres especiali-

* La sal empezó a ser esencial para la alimentación humana a partir de la prehistoria, cuando una alimentación basada en carbohidratos la hizo indispensable. Un lugar como Hallstatt debía su existencia a las minas de sal y a la explotación de ellas, que explica que se encuentren allí productos importados de toda Europa. En otros lugares del mundo, y muy especialmente en África, la sal servía de moneda de intercambio incluso por el oro (Jacques Nenquin, *Salt and the rise of economic prehistory*, Bruges, 1961).

capacidad de intercambiar
lugar a la división del trabajo
de esta división ha de es-
limitada por la extensión de
terrestre, o sea, en otras palabras,
la extensión del mercado.» Adam
Smith, *The Wealth of Nations*, I, 3.

zarse en producir lo que podían o sabían hacer mejor para intercambiarlo con lo que hacían otros (y les llevaba, a la vez, a colaborar entre ellos en las diversas operaciones de la fabricación de un producto).* Se trata, como se ve, del principio del crecimiento por especialización, que hemos visto antes en la agricultura, pero extendido ahora al conjunto de la economía, y no sólo en lo que se refiere a los intercambios, sino también a la organización del trabajo productivo. A través de sus efectos sobre la división del trabajo, por tanto, el mercado se convertía en el gran motor del crecimiento económico y del progreso humano.

4.1. COMERCIO Y NAVEGACIÓN EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS

Desde el Paleolítico superior encontramos comunidades europeas que utilizan materiales que proceden de lugares que distan hasta 500 km de su asentamiento, lo que presupone la existencia de un intercambio organizado. Hace 4.000 años empezaba a desarrollarse en el Mediterráneo oriental un tráfico muy activo de vino y aceite, en unas redes de intercambio que se extendían en torno a sus islas. De este origen surgiría el comercio de fenicios y griegos, que llevarían sus productos, y su cultura, hasta el extremo occidental del Mediterráneo.

Este primer comercio a larga distancia era fundamentalmente naval. Para entender sus limitaciones conviene conocer cómo se hacía la navegación en la antigüedad. Todas las embarcaciones derivan de tres tipos esenciales: los troncos vaciados, las almadías o balsas de troncos, bambúes o maderas atadas (el nombre de «balsa» procede del de un árbol americano de madera muy ligera que se utilizaba para hacer este tipo de embarcaciones), y las cestas recubiertas de pieles o de algún otro material impermeable. El tipo más simple es la almadía, que todavía navega en Brasil —las jangadas— o en los puertos fangosos de Taiwan (la embarcación que construye Ulises cuando huye de Calipso es una balsa de veinte troncos). De la abundancia de un material excelente como es el bambú derivan las embarcaciones tradicionales de China, los llamados *juncos*, que pueden llegar a tener 40 m de eslora,** son de fondo plano, sin quilla, y tienen un timón profundo que ayuda a equilibrarlos. En la tradición de la cesta, propia de las zonas sin árboles, se hace primero una armadura interna y se recubre posteriormente con una superficie impermeable (como hacen los esquimales, y como se hacía en Irlanda o en el Éufrates).

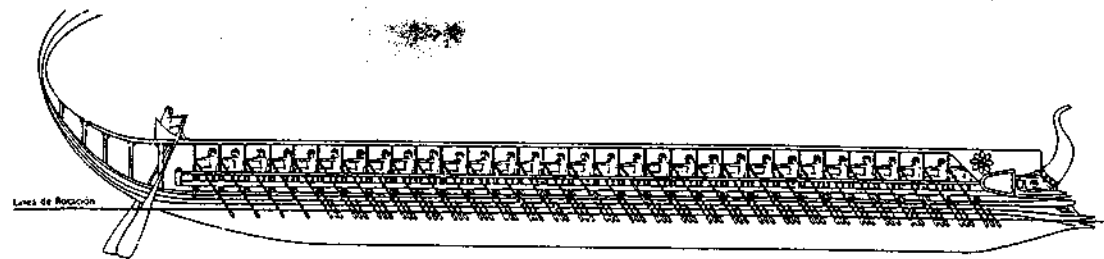
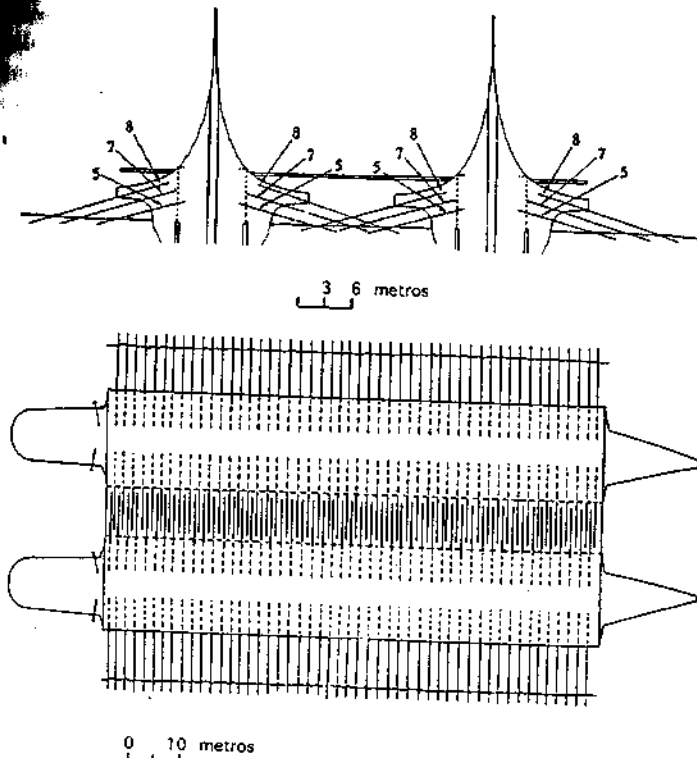


Figura 4.1. Una trirreme vista de perfil.

El tronco vaciado ha dado origen a la canoa, que es poco estable para navegar a vela; necesita entonces, o bien unirse a otra, o bien añadir balancines que la equilibren (catamaranes). De este tipo surgió el barco europeo, elevando a ambos lados del tronco forros de madera sujetados con piezas interiores que dibujaban el casco de la nave.

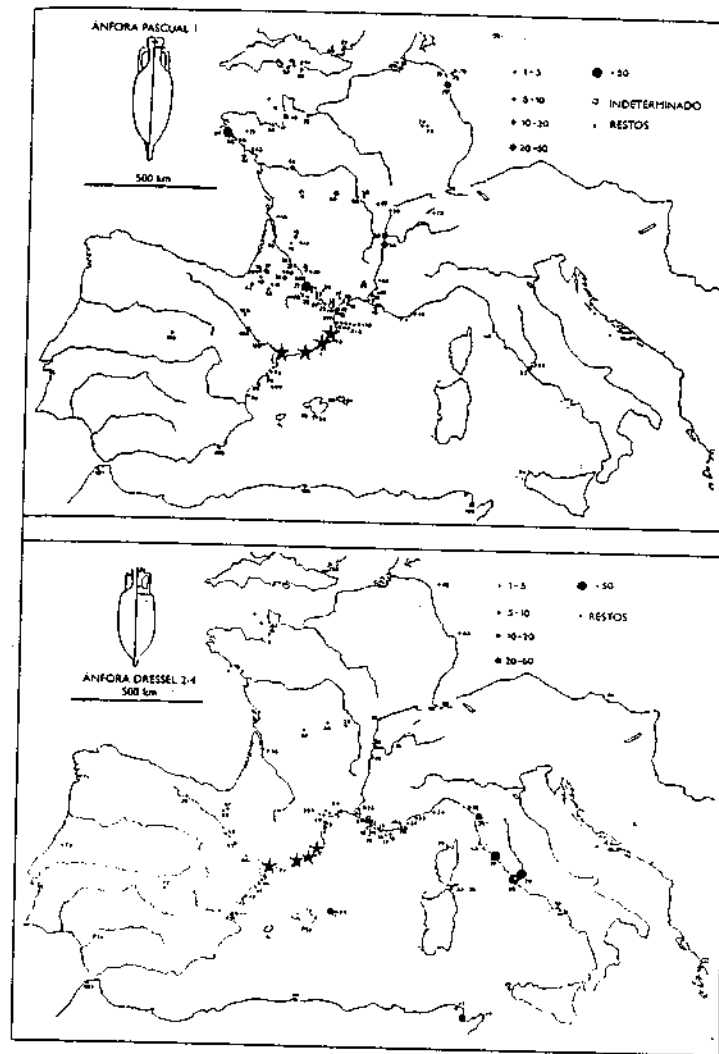
Toda embarcación destinada al mar era en principio de vela. Había otras, en especial las militares, que se movían también a remo, lo que les permitía prescindir de la dirección del viento para maniobrar, pero las condenaba a no ir muy lejos porque necesitaban una gran dotación y, en consecuencia, muchas provisiones, sobre todo agua. La gran realización de la náutica griega fue la trirreme, con tres hileras de remos y unos 170 hombres moviéndolos (figura 4.1), que tenía problemas de manejo porque los remeros debían actuar con mucha conjunción, siguiendo el ritmo que se les marcaba, y esto exigía mucho entrenamiento. Estas embarcaciones usaban la vela tanto como les era posible, y se servían del remo por turnos, sin poner en juego a todos los hombres, excepto en el combate, en que utilizaban toda la fuerza de remo a la vez para ganar un máximo de velocidad. Un caso especial de barco de guerra gigante fue el que hizo construir Ptolomeo IV de Egipto (figura 4.2): era de 127 m de largo (eslora), 17 de ancho (manga) y 22 de altura (puntal). Parece que era de doble casco y se dice que necesitaba 4.000 remeros (a razón de cinco a ocho por cada remo) y 2.850 marineros para manejarlo. Era difícilísimo de maniobrar, de manera que permaneció amarrado en el puerto y nunca hizo servicio activo: era una especie de arma de disuasión.

A diferencia de las naves de guerra, largas y estrechas para alcanzar una velocidad máxima en el combate, las de transporte eran redondas y más pequeñas, y navegaban esencialmente a vela (el espacio que habrían ocupado los remeros se necesitaba para la carga).



La embarcación gigante
de IV.

La navegación a vela dependía de las condiciones climáticas estacionales. Heródoto dice que sólo se puede navegar en los meses de julio y agosto, pero esto es exagerado. Lo normal en el Mediterráneo era hacerlo desde el 10 de marzo al 10 de noviembre como máximo, y la época ideal era la que va de abril a septiembre. Fuera de este tiempo sólo se salía a la mar por motivos excepcionales. La causa de ello no eran sólo las tempestades de invierno, sino los problemas de visibilidad: una navegación que duraba pocos días y que no se alejaba prácticamente de la costa, no necesitaba ningún instrumento (el mapa y el portulano son para la navegación de altura), sino tan sólo capitanes que conociesen bien la costa, las corrientes y los escollos. El hecho de que en invierno hubiese nubes y nieblas que dificultaban la visibilidad era un grave inconveniente para esta navegación.



4.2. LA CONSTRUCCIÓN DE UN MERCADO EUROPEO

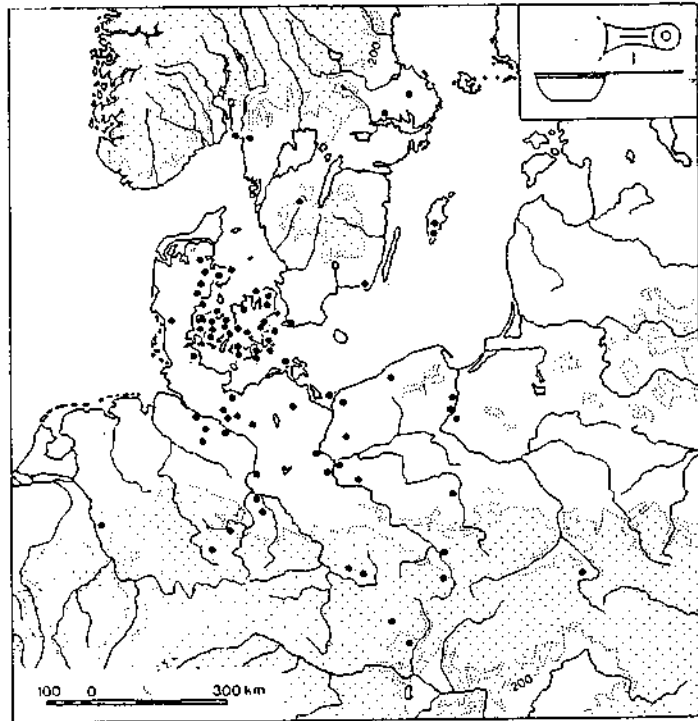
La proliferación de los intercambios hizo nacer la moneda, una pieza de metal (cobre, plata y oro, esencialmente) que tiene un valor fijado y avalado por una determinada autoridad, y que parece

Figura 4.3. Lugares donde se han encontrado restos de ánforas para el transporte de vino producidas en la costa catalana. El primer mapa, el de las ánforas Pascual I, corresponde al reinado de Augusto y muestra la difusión hacia el norte, desde el sur de la Galia hasta Bretaña. El segundo, el de las ánforas Dressel 2-4, permite ver la importancia de las exportaciones hacia Italia durante la segunda mitad del siglo I de nuestra era (de Philippe Leveau, *Campagnes de la Méditerranée romaine*, Paris Hachette, 1993, p. 218).

que hizo su aparición inicialmente en Asia Menor hacia el 600 a.C. (hacia el siglo VI a.C. apareció también en un foco autónomo chino). El Imperio romano, que se edificó sobre los tráficos antiguos del Mediterráneo, ofreciendo a los países que se integraban en él las posibilidades de un gran mercado interior, tendría como expresión de esta unidad la moneda imperial que se extendería no sólo por el ámbito romano, sino también fuera de él.

En este mercado, el trigo iba de Alejandría a Italia en grandes cantidades; el vino y el aceite de Hispania no sólo se destinaban a los mercados italianos, sino también a los de la Galia y del norte de África. Los mapas adjuntos nos muestran cómo se distribuyen los hallazgos de dos tipos diferentes de ánforas hechas en la costa catalana y utilizadas para transportar el vino local a mercados muy diversos (figura 4.3).

Pero el imperio no era un mundo cerrado. Tenía, por una parte, relaciones con la India y con China y, por otra, las mantenía,



4. Distribución de los ánforas de un tipo de pátera romana en el norte de Europa. Obsérvese que se concentran cerca de los estrechos que comunican el mar Báltico con el mar del Norte, por donde pasaba una gran parte de las relaciones.

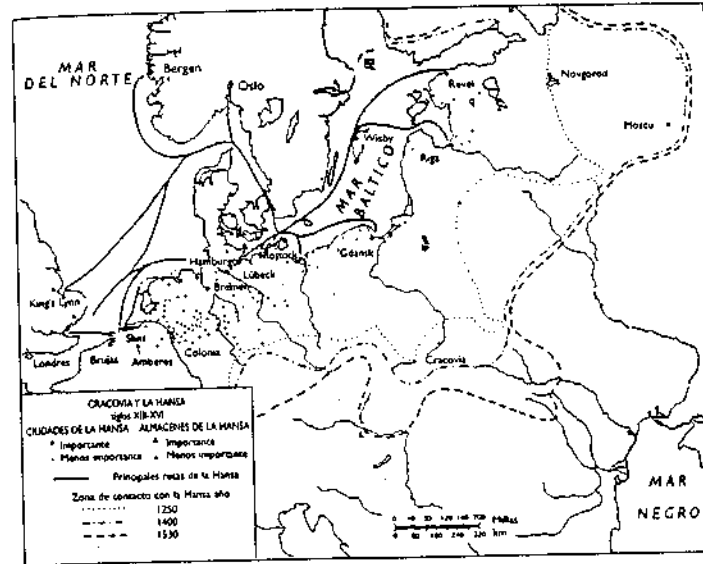
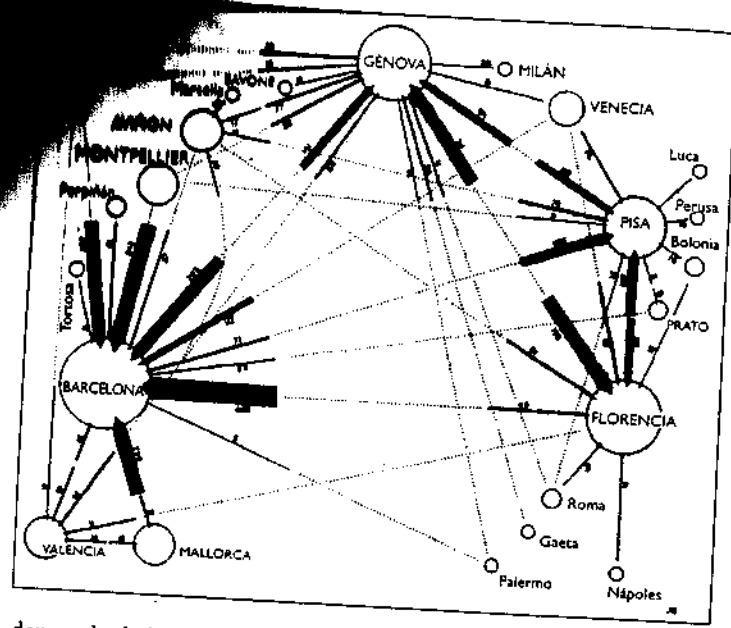


Figura 4.5. Área de expansión del comercio de la Hansa (de F.W. Carter, *Trade and urban development in Poland*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, p. 100).

mucho más activas, con el mundo bárbaro europeo de más allá de sus fronteras, que eran una zona de contacto más que una separación (figura 4.4). Al hundirse el imperio romano de occidente se mantuvieron las relaciones de los pueblos escandinavos con el área del antiguo imperio, a la vez que se abría una nueva vía de intercambio del norte de Europa con Oriente que atravesaba la actual Rusia hasta Bizancio, desde donde iba hacia el Volga y el mar Caspio para comerciar con los árabes de Bagdad. Por lo que se refiere a la moneda, se empezó imitando la del imperio, pero desde el siglo VII comenzaron a aparecer monedas «nacionales» garantizadas por las nuevas monarquías.

Hemos hablado antes de la colonización agraria de la Europa al norte de los Alpes. Esta expansión está estrechamente unida a una conquista global del territorio que se manifestará con la aparición de un gran número de ciudades comerciales en un espacio muy amplio que va desde Dublín hasta Kiev, y que suscitará intercambios tanto entre campo y ciudad, como entre comarcas y regiones diversas. Estudios sobre la Inglaterra medieval sostienen que del siglo XI al XIV se crearon miles de mercados semanales nuevos, aumentaron tanto el comercio como la masa monetaria disponible, y tuvo lugar un proceso de comercialización determinado mucho más por la acumulación de miles de pequeñas transacciones que por la

...circulación de letras de
...Mediterráneo occidental
... Dos siglos más tarde, una
... la plata americana, este
... se establecería entre Génova
... ferias de Risonzone), Amberes y
... lina del Campo (de F. Braudel, *La
... d de Francia*, p. 410).



demanda de los señores eclesiásticos y laicos. Estas transacciones a escala regional se integraron con posterioridad dentro de un conjunto de relaciones y de tráficos de alcance europeo.

Mientras en el norte de Europa crecían las conexiones entre Inglaterra, Flandes, Holanda y la liga de las ciudades de la Hansa, heredera de los tráficos de los vikingos, que controlaba el comercio del Báltico y penetraba hacia el interior de Europa, hasta llegar, a fines del siglo XIV, a Moscú (figura 4.5), en el Mediterráneo venecianos, genoveses y catalanes organizaban imperios marítimos que les permitían establecer contacto con los puertos de Levante, a los que llegaban las mercancías de Oriente, o establecer colonias mercantiles en el mar Negro.

Estos dos circuitos europeos tendrían al principio sus contactos principales en las ferias de la Champaña o en las del sur de Alemania. El crédito, nacido en el Mediterráneo occidental en los siglos X-XII, permitía obviar el inconveniente que representaba una masa monetaria insuficiente y de baja calidad (de plata con aleación de cobre). Desde el final del siglo XIII, la revolución comercial que propició el uso de la letra de cambio (que evitaba tener que desplazar grandes cantidades de monedas para atender las transacciones comerciales), la organización de compañías,* la mejora

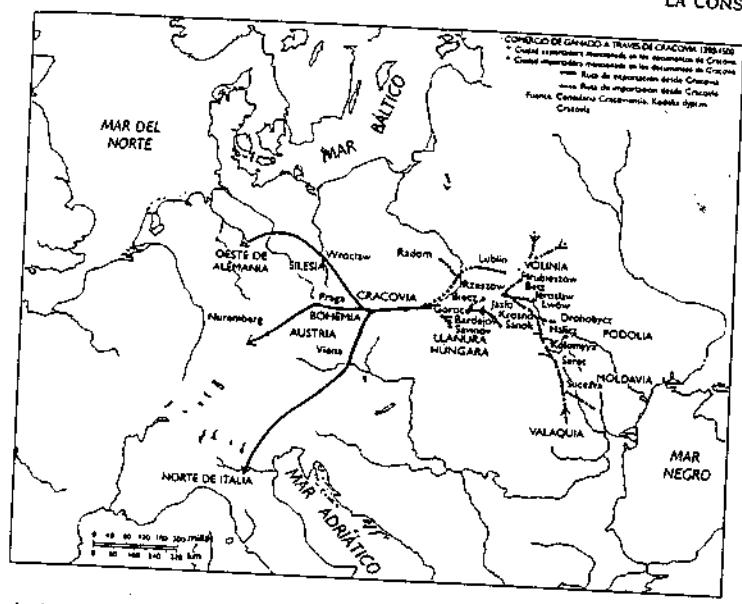


Figura 4.7. El comercio de ganado de la Europa oriental hacia el oeste a través de Cracovia (de Carter, *Trade and development in Poland*, p. 135).

de los métodos contables y el desarrollo de la banca harían todavía más densa la red de relaciones que unía los centros comerciales europeos y desplazaría las ferias al sur, hacia Italia (figura 4.6). Será también a partir de este momento cuando la moneda adquiriera una mayor importancia en la vida cotidiana (es el tiempo en que los campesinos verán conmutadas las entregas de frutos y las prestaciones de trabajo por pagos en dinero). El oro africano y la plata del centro de Europa alimentaron con dificultad estos circuitos, hasta que la llegada de la plata americana los transformó por completo.

La trama de relaciones de la Europa occidental con la del este no se limitaba, sin embargo, a las rutas marítimas del Báltico, donde los holandeses adquirían el trigo que aprovisionaba a media Europa, sino que tenía también una compleja articulación terrestre. Había una corriente de tráfico que llevaba hacia el oeste las pieles de Rusia (cada año llegaban a los mercados de la Europa occidental al menos un millón de pieles que los rusos iban a buscar hasta Siberia), a la vez que el ganado vacuno de Polonia, Bohemia, Hungría y Ucrania (figura 4.7) o los metales (plata y cobre, necesarios para acuñar monedas) de Hungría y Eslovaquia. Como contrapartida de ésta había otra corriente que llevaba del oeste hacia el este tejidos de calidad, vinos y productos metálicos.

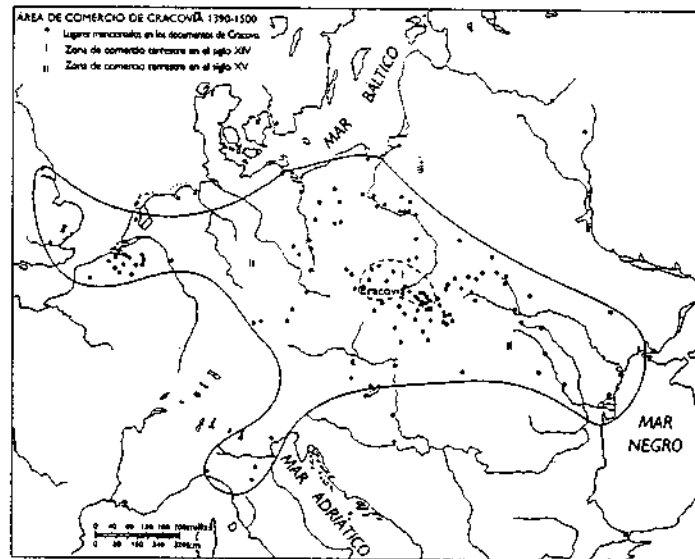


Figura 4.8. El comercio de Cracovia en 1390-1500 (de Carter, *Trade and urban development in Poland*, p. 343).

Una ciudad como Cracovia tenía, en los últimos siglos de la edad media, un área de comercio que iba desde el mar Negro (donde se cambiaban especias de Oriente por tejidos) hasta los puertos del Báltico, Londres o el norte de Italia (comerciantes de Venecia, Génova y Florencia habían llegado a Cracovia por las rutas del mar Negro, se habían instalado allí y habían invertido en minas, tierras e inmuebles) (figura 4.8).

Este mercado interior europeo, donde se combinaba la acción del gran comercio que negociaba en las ferias internacionales (con protagonistas como los Fugger, que tenían negocios muy diversos por toda Europa, desde Polonia a España, que eran lo bastante ricos como para financiar la elección imperial de Carlos V y que llegaron a tener una serie de factorías en la India) con la de los mercados locales en los que tenían lugar los intercambios esenciales entre el campo y la ciudad, y con la pequeña actividad de los buhoneros, que recorrían a pie los caminos con sus mercancías, creció durante la edad media —que nunca fue la época de «economía de subsistencia» que quería el tópico tradicional—, aumentó considerablemente entre 1500 y 1650, alimentado en buena medida por los flujos de la plata americana, que llegaba hasta los puntos más remotos del continente, desfiló un poco en los ciento cincuenta años siguientes, a causa del auge del comercio

marítimo, por un lado, pero también de las dificultades que se derivaban de una época de guerras europeas constantes, hasta llegar al momento, en el siglo XIX, en que la construcción de las líneas de ferrocarril transformó no sólo los intercambios, sino la vida entera de los hombres.

4.3. ASIA Y ÁFRICA EN EL COMERCIO INTERCONTINENTAL

Hemos estado hablando sobre todo del Mediterráneo y de Europa, porque nuestra civilización tiene su origen en los intercambios culturales que han tenido lugar en estos ámbitos. Pero conviene tener en cuenta que en otras zonas del mundo se han producido procesos parecidos, y muy especialmente en torno a un mar que ha sido tanto o más importante que el Mediterráneo para el desarrollo de la cultura humana: el océano Índico. Más adelante, a partir del siglo XVI, el océano Atlántico ha sido el escenario de unos contactos entre tres continentes que han marcado profundamente el desarrollo del mundo contemporáneo, de forma similar a como puede marcarlos en el futuro el sistema de relaciones establecidas en las últimas décadas en el área del Pacífico.

El primero, sin embargo, ha sido el Índico. El espacio marítimo que se extiende desde las costas orientales de África hasta el sureste asiático, y que penetra hacia el Mediterráneo por el mar Rojo y hacia el Próximo Oriente por el golfo Pérsico, ha sido desde los orígenes de la civilización un lugar de frecuentes navegaciones, favorecidas por la regularidad de los monzones que soplan de sur a norte en verano y de norte a sur en invierno, y que hacen posibles recorridos a vela de larga distancia.

Hace por lo menos siete mil años había ya tráfico marítimo en el golfo Pérsico y hace cinco mil que Mesopotamia y la civilización del valle del Indo comerciaban entre sí. En el inicio de nuestra era, hace dos mil años, había en el Índico una densa red de tráficos comerciales que iban desde Madagascar hasta el sur de China, en un amplio mercado en el que se intercambiaban productos de la lejana Europa (en la India se han encontrado objetos y monedas de oro procedentes de Roma), marfil de África, estaño de Malaisia y sedas de China.

Estos intercambios llegaron a tener tanta importancia que se ha podido afirmar que entre 1250 y 1350 se estaba aquí en pleno proceso de formación de un mercado mundial, que difería del que Europa construyó en su provecho a partir del siglo XVI por el he-

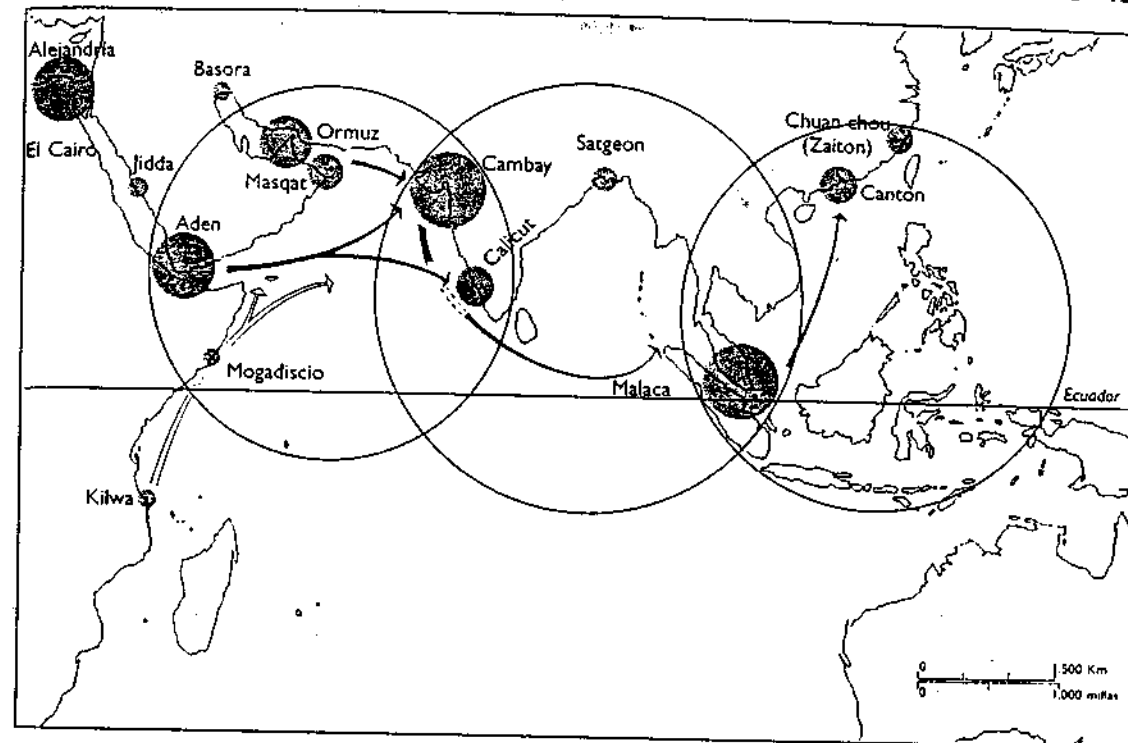
cho de ser un sistema «policéntrico», que no estaba dominado por un solo pueblo, sino que admitía la participación en pie de igualdad de europeos, asiáticos y africanos.

En un extremo de este ámbito estaban las ciudades-estado del este de África, como Kilwa, una población con mezquitas y palacios, habitada por gentes de las más diversas procedencias, que debía su importancia al hecho de controlar la producción de oro del interior africano (del reino de Guruswa o Monomatapa, del cual se conservan las grandes ruinas de Zimbabwe, la «gran casa de piedra»). Los comerciantes de Kilwa llegaban hasta el sureste asiático, donde intercambiaban sus productos con los de China.

En el otro extremo de esta ruta estaba China, donde el viajero musulmán Ibn Batuta nos ha descrito una ciudad comercial que era «la más grande que mis ojos han visto en toda la tierra, con una longitud que equivale a tres días de marcha». Se componía de seis recintos protegidos por una gran muralla exterior: en uno vivían los judíos, los cristianos y los zoroastrianos; en otro, los musulmanes.

Era ésta una época en que China había roto su aislamiento y en que grandes *juncos* que podían transportar hasta 400 pasajeros frecuentaban los puertos del sur de la India, comerciaban con África y quizá llegaron a Australia. Entre 1405 y 1433 la «flota del tesoro», mandada por el almirante eunuco Zheng He, hizo siete grandes viajes hasta el golfo Pérsico y hasta las costas de África. La «flota del tesoro» era un conjunto de naves de carga, de abastecimiento y de defensa que llegó a llevar 28.000 tripulantes, con unas dimensiones globales que no se superaron hasta el siglo xx. «China se podía haber convertido en un gran poder colonial cien años antes de la gran era de la exploración y de la expansión europea. Pero no lo hizo.»* Posteriormente, cuando el comercio chino se replegó, los contactos se harían en los puertos de las ciudades comerciales de Malaisia y de la actual Indonesia, como Malaca, situada en el límite de los monzones, que tenía una población que se ha estimado de 50.000 a 200.000 habitantes y que se abastecía con el arroz que los *juncos* llevaban de Siam, Pegu y Java. En estas ciudades se intercambiaban los productos de China con los que llevaban los comerciantes musulmanes que controlaban el tráfico desde la India hasta las costas orientales de África.**

Entre el siglo xiv y el xvi estos flujos llegaron a su punto máximo, en un ámbito que estaba dominado en buena medida por la cultura islámica. Los tráficos abarcaban incluso mercancías de consumo común —cobre, hierro, arroz o caballos— transportadas en grandes embarcaciones que llevaban también numero-



sos peregrinos: musulmanes que iban a la Meca, hindús que se dirigían a Benarés, budistas en viaje hacia Ceylán e incluso cristianos asiáticos que iban a Etiopía, siguiendo las huellas de santo Tomás (figura 4.9).

Figura 4.9. Estructura del comercio en el Índico antes de 1500.

Aparte de este comercio marítimo había también en Asia unas rutas terrestres que no sólo relacionaban estos países entre sí —la India con China, por ejemplo— sino que cruzaban Asia central y llegaban hasta los puertos del Mediterráneo oriental (el Levante) o del mar Negro, por la ruta conocida como «de la seda», pero por donde circulaban también muchos otros productos (figura 4.10) y que conducía mercancías occidentales en dirección a Oriente (en el siglo xiii los mongoles no sólo importaban tejidos de Occidente sino que instalaron artesanos musulmanes en China para que produjeran brocados de oro). En los puertos occidentales —desde la colonia genovesa de Caffa, en el mar Negro, hasta Alejandría de Egipto, visitada habitualmente por catalanes, italianos y france-

When China ruled
New York, Oxford University
20.

intercambios continua-
más tarde. Frente a las
ha encontrado un
a fines del si-
a Batavia un
de porcelana
holandesas, que

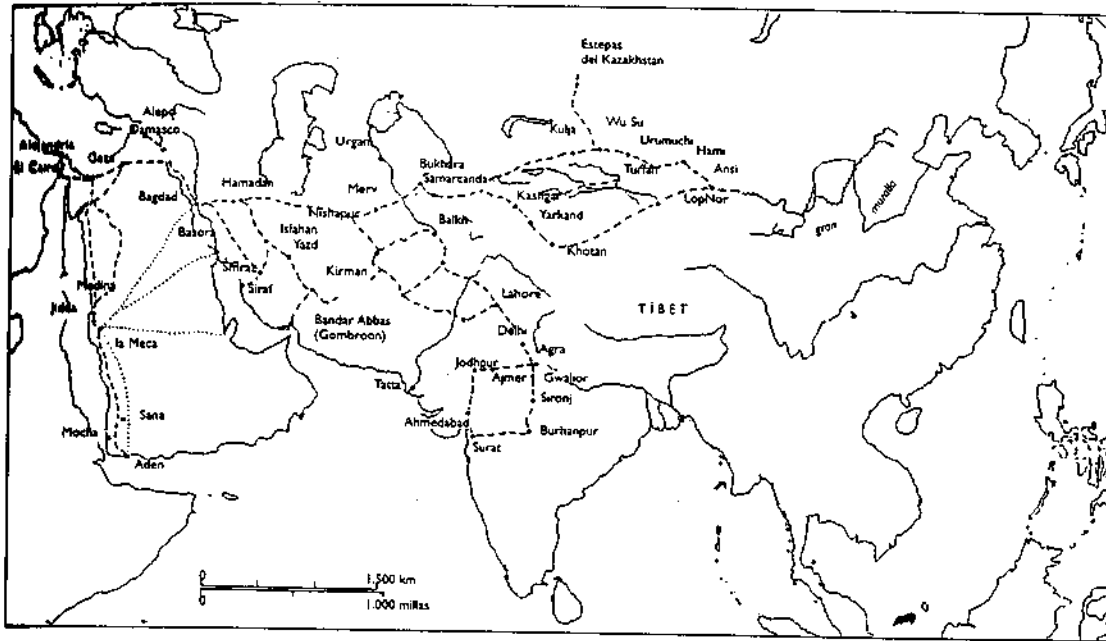
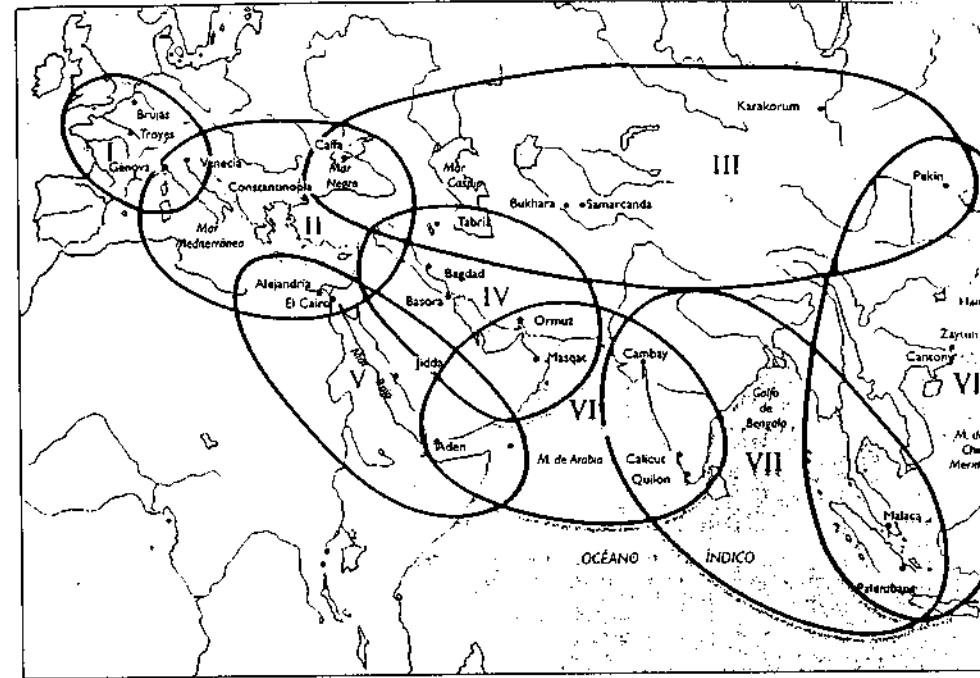


Figura 4.10. Las rutas de las caravanas asiáticas.

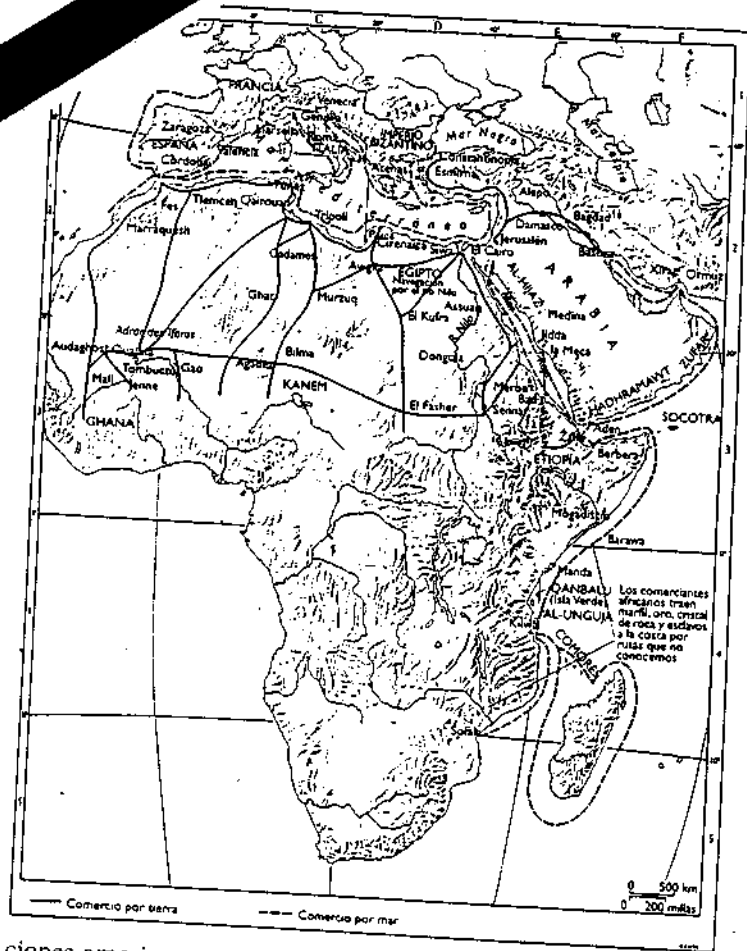
ses— se podían encontrar mercancías de diferentes partes del mundo y esclavos de las más distintas razas y religiones. Un viajero sevillano, Pero Tafur, nos ha dejado una descripción de Caffa hacia 1435. Era una ciudad grande (como dos veces Sevilla, nos dice) y muy próspera, dedicada al comercio de esclavos, de pieles, de especias y de piedras preciosas. «Aquí se venden —dice Tafur— más esclavos y esclavas que en todo el resto del mundo.» Los cristianos tenían bula del papa para comprar y mantener esclavizados a cristianos de muchas naciones «para que no acaben en manos de moros y renieguen de la fe».

Pero estas relaciones entre Oriente y Occidente no se limitaban al recorrido de las caravanas por las rutas del desierto, sino que se asentaban en unas redes comerciales sólidamente establecidas: en las colonias de armenios instaladas en las ciudades (desde Marsella o Amsterdam hasta China) o, en los siglos xvii y xviii, en la diáspora de los comerciantes indios en Irán (donde parece que llegaron a ser miles), en Turan (la tierra de los uzbekos) y en Rusia, con una fuerte implantación en Astrakhán y posteriormente en Moscú (figura 4.11).



Por lo que se refiere a África, lo más parecido a un tráfico intracontinental fue el comercio de caravanas entre la zona al sur del Sahara, de donde procedía el oro de Ghana, y los puertos del Mediterráneo (figura 4.12). Más al sur, en la zona tropical, la falta de animales de tiro y la propia estructura del territorio impedían el desarrollo de unos intercambios terrestres importantes, si exceptuamos los que se daban entre el interior y la costa. Esto explica que el comercio se efectuase sobre todo por mar y que hubiese escasos contactos entre el África oriental, que comerciaba en el Índico, y la occidental, que lo hacía en el Atlántico. De las redes de comercio en el Índico ya hemos hablado. Las del Atlántico eran muy diferentes: en una primera etapa estuvieron dominadas por los navegantes musulmanes que intercambiaban los productos del Sahara con los de Andalucía y del sur de Portugal, hasta que la pérdida de las costas ibéricas abrió este espacio marítimo a los portugueses, primero, y después a otros comerciantes europeos, que venían a buscar sobre todo el oro de Ghana, hasta que, desde el siglo xvii, la demanda creciente de mano de obra de las planta-

Figura 4.11. Este mapa muestra los ámbitos del comercio en el siglo xiii sinteriza la co de los intercambios in muestra sus puntos de



ciones americanas convirtió a los esclavos en la más importante de las exportaciones africanas (desde fines del siglo XIX, después de la prohibición de la «trata», lo serían el aceite de coco y los cacahuetes). A cambio de los esclavos los africanos recibían sobre todo tejidos, productos metálicos, armas y bebidas alcohólicas. Estas importaciones, no obstante, nunca alcanzaron un volumen que pudiese afectar el desarrollo económico africano, ni positiva ni negativamente, y esta situación no cambió hasta la conquista colonial. Es a partir de ésta que se puede hablar de una situación de dependencia que se ha prolongado hasta el presente. África

tuvo un papel importante en el surgimiento del mercado mundial que Europa comenzó a configurar a partir del área del Atlántico, pero no se benefició de él.

4.4. LA CONSTRUCCIÓN DE UN MERCADO MUNDIAL

A fines de la edad media los avances en la navegación hicieron posible que los europeos se arriesgaran en nuevas rutas marítimas mucho más largas. En el Mediterráneo predominaban las embarcaciones de comercio de vela latina o triangular, excelentes cuando el viento es regular y constante, pero poco adecuadas para navegar contra el viento —navegar de bolina— virando la vela con frecuencia (figura 4.13). Para las nuevas rutas del océano se tuvo que utilizar la vela cuadrada, que permitía distribuir la superficie de trapo en unidades más pequeñas y manejables, y disponer, a la vez, de un máximo de extensión de vela al viento (figura 4.14). Las embarcaciones que realizaron los grandes descubrimientos europeos, del tipo de la carabela, con dos o tres palos adaptados para llevar velas cuadradas, eran ligeras* y sencillas, y podían navegar con tripulaciones muy reducidas, condición obligada para hacer viajes largos sin escalas, a causa de la necesidad de llevar suficiente provisión de agua.**

Con todo, la navegación en los grandes espacios marítimos, donde no se podía observar visualmente la costa, resultó durante mucho tiempo dificultosa por el hecho de que los navegantes podían determinar la latitud con sus instrumentos, pero eran incapaces de calcular la longitud, lo cual les podía desviar considerablemente de las rutas deseadas, hasta que a mediados del siglo XVIII un relojero inglés, John Harrison, construyó un cronómetro lo bastante exacto y resolvió de este modo el problema.

Dispuestos a introducirse en el beneficioso comercio de las especias que se hacía por los puertos del levante mediterráneo, y que entonces controlaban los venecianos, los portugueses buscaron una ruta alternativa, que era mucho más larga, pero que tenía la ventaja de permitirles llegar directamente a los lugares de producción y les ahorra intermediarios: en 1498 Vasco de Gama consiguió llegar a la India circunnavegando África. Pero las pequeñas carabelas no parecían adecuadas para el transporte de mercancías en viajes tan largos como el de la India, que duraba aproximadamente un año y medio desde la salida de Lisboa hasta el regreso al mismo puerto. Los portugueses empeza-

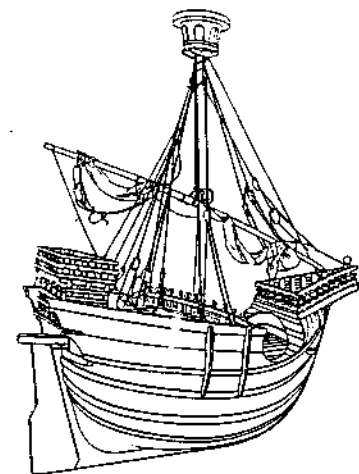
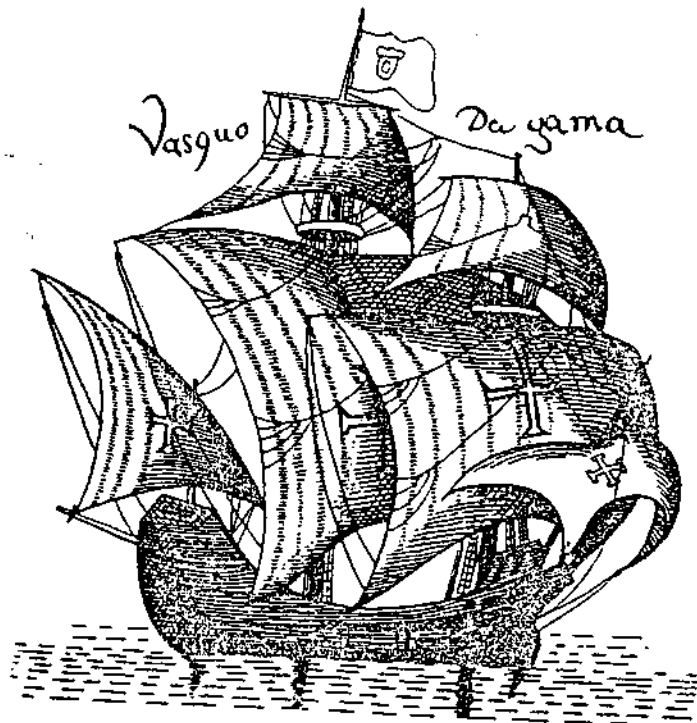


Figura 4.13. La coca de Mataró: modelo de una embarcación catalana de comienzos del siglo XV.

* De las tres embarcaciones que llevaba Colón en el viaje del descubrimiento, la *Santa María* era una nave de unas 100 toneladas (hoy un petrolero alcanza fácilmente las 100.000), la *Pinta* era una carabela con aparejo redondo (de velas cuadradas) y la *Niña*, una carabela latina, cuyo velamen hubo que reformar en Canarias porque no seguía bien la marcha de las otras.

** El problema del agua era muy grave para las naves de remos. Una galera con unos 30 ó 40 marineros y unos 140 remeros necesitaba por lo menos cinco barriles de agua por día, lo cual limitaba la autonomía de la embarcación a dos semanas, en el caso de las más ligeras, y a no más de ocho o nueve días, en el de las grandes. Resulta evidente que habría sido imposible adentrarse en el Atlántico con barcos de remo.



São Gabriel, la nave de Vasco da Gama.

ron a utilizar naves cada vez mayores, que llegaban a llevar de ochocientos a mil hombres, amontonados y en malas condiciones, de manera que en ocasiones moría la mitad de ellos antes de haber llegado a destino.

Hasta hace poco tiempo se hablaba de esta llegada de los europeos al Índico como de un episodio de la «expansión europea». Las cosas son más complejas. Portugueses, ingleses, holandeses y franceses, que empezaron ahora a frecuentar estas aguas, eran pueblos relativamente atrasados en relación con el desarrollo industrial de China o de la India y, si podían hacer negocios en Oriente, era porque vendían sus servicios de transportistas poniendo sus embarcaciones a participar en el comercio asiático, o porque llevaban la única mercancía europea que interesaba realmente en aquellos mercados, y en especial en China: la plata*.

Las nuevas provisiones de plata que hicieron posible que creciera el comercio de los europeos en Oriente eran el resultado de

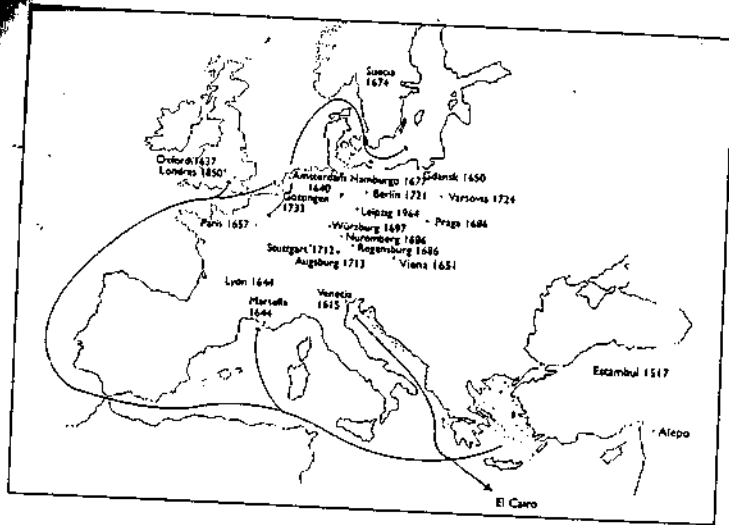
otra empresa de exploración europea. Los castellanos buscaban también una ruta hacia las especias asiáticas, y lo intentaron dando la vuelta al mundo con el fin de llegar a las Indias por el oeste. En ese intento, como es sabido, encontraron América por el camino y esto hizo surgir unas nuevas condiciones que transformaron por completo el volumen y la naturaleza de los intercambios intraeuropeos (crearon un circuito de la plata entre Medina del Campo, Amberes y el norte de Italia y dieron lugar a una «revolución de los precios», causada por el aumento repentino de la masa monetaria y también los de los europeos con otros continentes, ya que permitieron articular un auténtico mercado mundial, alimentado por la circulación de grandes cantidades de plata americana que los españoles obtenían a bajo precio porque podían utilizar el trabajo esclavo o mal pagado de grandes masas de indígenas. La plata pasaba de ellos al resto de los europeos y permitía mantener un comercio mucho más activo con Oriente, donde era la mercancía ideal para adquirir unos productos que en Europa tenían buen mercado: las especias, primero, y más adelante, al disminuir la demanda de éstas, el té y los tejidos de seda y de algodón.

Este comercio asiático se lo apropiaron desde el siglo XVII los holandeses y los ingleses, que no siguieron los sistemas de monopolio estatal del comercio que se habían establecido en España y Portugal, sino que negociaban a través de compañías por acciones, que eran más eficientes, por un lado, y permitían, por otro, movilizar grandes capitales colocando las acciones en los mercados financieros de Londres y de Amsterdam. Para valorar su éxito basta decir que las exportaciones holandesas de plata se multiplicaron por 2,5 entre 1600 y 1780, y las de la compañía inglesa de la India lo hicieron por cuatro desde mediados del siglo XVII a mediados del siglo XVIII.

Podemos ver la naturaleza de este tráfico a través de unas cifras (en miles, expresados en millones de pesos) que nos muestran cuáles fueron las mercancías coloniales más importantes que Holanda y Gran Bretaña trajeron de Asia y de América en 1751-1752:

Asia:	tejidos	6,7
	pimienta	1,1
	té	2,8
América:	azúcar	8
	tabaco	3,7

* Las minas americanas eran de una riqueza excepcional, de modo que no habría sido rentable trabajar con millones de europeos asalariados. Lo que resultaba excepcional era que tanto en China, Perú y en México, había millones de hombres que vivían en sus aldeas organizadas y que se podían encontrar en mucha dificultad en un trabajo forzado como consecuencia de sus propias tradiciones sociales.



Las especias, como la pimienta, tienen ahora un papel secundario, superadas con mucho por los tejidos. Había además dos nuevas mercancías cuya demanda aumentaría rápidamente en Europa, el té y el café (figura 4.15), y lo más importante fue que éstas hicieron a su vez necesaria la importación de otra que se convertiría en el principal motor del comercio mundial: el azúcar. Para producir las grandes cantidades de azúcar que necesitaba el consumo europeo de té y de café, y para obtenerlas a precios asequibles, hubo que organizar en América una economía de plantación que utilizaba el trabajo de esclavos traídos de África. La razón por la cual la esclavitud africana alcanzó sus cifras más elevadas en el siglo XVIII y a principios del siglo XIX fue el desarrollo de un mercado mundial que no era ya de mercancías de lujo (sedas y porcelanas de China) como en el pasado, sino que se basaba en productos de consumo de masa.

Pero este crecimiento no podía seguir fundamentado en la plata, cuya producción no crecía al ritmo que exigía el desarrollo del comercio mundial. Los ingleses, asentados en la zona de Bengala, donde se producían los tejidos de algodón estampados (indianas), se dieron cuenta de que éstos no sólo eran apreciados en Europa, sino que tenían grandes posibilidades de venta en todos los mercados tropicales del mundo.

Controlaron primero la producción de la India, hasta que, más tarde, decidieron que era mejor producir ellos mismos los tejidos

en Gran Bretaña. Para esto necesitaban fibra y la obtuvieron en sus plantaciones de América del norte, donde hubo que llevar todavía más esclavos africanos. Hacia fines del siglo XVIII el gran negocio británico no era tanto la industria, contra lo que pretende la visión tópica de la revolución industrial, como una actividad compleja que unía el tráfico de esclavos africanos, las plantaciones de América, diversas operaciones financieras y el comercio internacional.* Así surgió el llamado «comercio triangular»: las embarcaciones europeas llevaban productos diversos (tejidos, armas, etc.) a África, allí adquirían esclavos que llevaban a América y volvían a Europa con algodón, azúcar y otras mercancías «coloniales».

En el mercado de China, en cambio, la única mercancía alternativa a la plata que podían usar los comerciantes ingleses para aumentar sus intercambios era el opio, que cultivaban en la India, y cuando el gobierno chino intentó prohibir su venta, por razones humanitarias, los ingleses le obligaron a aceptarlo a cañonazos, en las dos «guerras del Opio».**

4.5. LA FORMACIÓN DE LOS MERCADOS NACIONALES

Deslumbrados por el papel milagroso que habitualmente se asigna a la tecnología, la utilizamos como explicación de la mayor parte de los grandes cambios económicos y culturales. La base económica del Antiguo régimen europeo habría sido transformada por el impacto de la máquina de vapor, por la mecanización del hilado y, finalmente, por el ferrocarril. No han sido, sin embargo, las máquinas las que han cambiado la sociedad, sino el cambio social el que ha hecho posible la difusión de las máquinas: la tecnología ha tenido un papel instrumental; ha acelerado las transformaciones, pero no es su causa.

En el origen de los desarrollos económicos que han hecho posible la integración de «mercados nacionales» con una amplia división social del trabajo están los cambios políticos e institucionales, que reflejan un nuevo equilibrio de poder en la sociedad. En la Inglaterra de fines del siglo XVII y comienzos del XVIII la formación de un mercado nacional se vio favorecida por el asentamiento de un sistema político estable, con unas instituciones representativas que garantizaban los derechos de la propiedad y la fiabilidad de los contratos. Como ha dicho Hilton L. Root: «La capacidad de una economía para alentar la inversión necesaria para

* Conocemos, por ejemplo, los negocios de una compañía formada por seis comerciantes británicos que empezaron dedicándose a importaciones diversas y pasaron después al tráfico de esclavos, construyendo naves y comprando, en 1748, la isla de Bance, en el río Sierra Leona, donde reyzelos y príncipes africanos les proveían de hombres para la venta. Allí mismo los vendían a los traficantes europeos y americanos, aunque se reservaban los mejores para sus propias plantaciones en Jamaica, Virginia y Florida. A esto añadían las ganancias por los préstamos que hacían a los plantadores americanos que les compraban esclavos, y otros negocios financieros. El más importante de estos comerciantes, Oswald, abasteció a los ejércitos ingleses que luchaban en Europa durante la guerra de los Siete Años y en 1782 fue enviado a París para intervenir en las negociaciones de paz con los Estados Unidos (era amigo de Benjamin Franklin, con quien había hecho negocios).

** El cultivo y la venta del opio proporcionaba unos ingresos considerables al gobierno británico, a la compañía de la India y a los comerciantes, especialmente a Jardine Matheson and Co. (que todavía existe hoy y es una empresa importante en el comercio del sureste de Asia). Jardine consideraba que el del opio era un negocio de caballeros y Matheson acabó su vida siendo diputado y viviendo en un castillo. Hay que tener en cuenta, por otra parte, que en el siglo XIX el opio se consumía en Europa occidental y en América del Norte «como hoy la aspirina, por lo menos». En 1860, Gran Bretaña importaba 127.000 kg de opio al año, sobre todo de Turquía, que lo producía de mejor calidad que la India. Se usaba en muchas medicinas, en especial en los jarabes que las madres trabajadoras daban a sus hijos pequeños para que durmiesen mientras ellas estaban en la fábrica; pero también lo consumían los propios trabajadores como un estimulante para olvidar las miserias de su vida (Martin Booth, *Opium. A history*, Londres, Simon and Schuster, 1996).

on I. Root, *The fountain of privilege*, Berkeley, University of California Press, 1964, p. 213.

sostener un crecimiento económico a largo plazo depende en última instancia de la fiabilidad de los contratos políticos. Si cada nuevo príncipe o ministro cambia los contratos de su predecesor, una sociedad sólo podrá sostener inversiones a corto plazo y el crecimiento económico resultará asfixiado».*

Este clima social no sólo favoreció a los grandes negociantes que se dedicaban al comercio exterior, sino que estimuló también los intercambios interiores y ayudó a que se produjera lo que se ha denominado la «revolución del consumo», basada en el aumento de una demanda de masa que se manifestaría sobre todo en las compras de tejidos y de productos para el menaje del hogar. Los objetos implicados en estos tráficos eran a menudo muy modestos, pero la generalización de su uso revela que se habían producido grandes cambios en las formas de vida y en los hábitos de la gente común. Ha sido esencial, por ejemplo, la buena aceptación de los utensilios de cocina y de mesa de peltre (una aleación de estaño con plomo o zinc, que era como la plata de los pobres) y, en un nivel superior, la de la cerámica, revolucionada por uno de los genios de la industrialización, Wedgwood, que entendió mejor que nadie los móviles de compra de los consumidores.

Había en Europa una pasión por la porcelana de China, un producto que sólo estaba al alcance de las grandes fortunas, pero tan codiciado que en diversos países se construyeron fábricas —Sèvres (Francia), Meissen (Sajonia), Buen Retiro (España)—, destinadas sobre todo a atender la demanda de los palacios de los soberanos. Wedgwood supo crear una cerámica en que lo fundamental era una decoración elegante, adecuada a los gustos de la época (una mezcla de modernidad y clasicismo, que se reflejaba incluso en el nombre de su fábrica, Etruria), y acertó a hacer la publicidad que convenía para dar prestigio a sus productos: no vendía calidad, sino diseño.

Muy importante ha sido también la comercialización de la moda femenina. Se imitaría por primera vez el vestido de la aristocracia y se pondría al alcance de un mercado de consumidores muy amplio, gracias a cosas tan elementales como las muñecas planas de cartón a las cuales se sobreponen vestidos de papel impreso y, sobre todo, a las revistas de modas: antes de acabar el siglo XVIII ya había en Inglaterra una docena de almanaques y anuarios de modas (en 1771 *The ladies magazine* publicaba el primer figurín en color).

La difusión de la moda, con la utilización de nuevos tejidos y



Figura 4.16. La red de turnpike roads en la Inglaterra de 1770. Un estudio reciente calcula que entre 1690 y 1770 el transporte por carretera en Inglaterra multiplicó su productividad de dos veces y media a cuatro veces.

nuevos diseños y con su exigencia de renovación del vestuario de acuerdo con los gustos del momento, ha sido un estímulo decisivo para el progreso de la industria textil. Si las cualidades del tejido de algodón explican su éxito en los mercados tropicales, ha sido la brillantez de los estampados de las indianas lo que ha hecho que se vendan también en los mercados europeos.

Este aumento de la demanda interna ha originado un proceso que se ha ido alimentando a sí mismo y que ha ganado velocidad progresivamente, hasta llegar, en un momento dado, a generar suficiente volumen como para pasar a la mecanización de la producción y a la fábrica. Ha sido la demanda la que ha estimulado el desarrollo y la implantación de nueva tecnología, y no la tecnología la que ha creado la demanda.

Este proceso ha ido acompañado, además, de una transformación total de los transportes. La velocidad normal de un viaje por tierra era, hasta el siglo XVIII, de treinta a cuarenta km al día (hacia 1775, por ejemplo, el viaje de Madrid a Barcelona, en vehículos tirados por caballerías, duraba catorce días). Pero las necesidades de un comercio interior creciente obligaron a mejorar las rutas y los medios de transporte. En Inglaterra, por ejemplo, se empezó a construir, a fines del siglo XVIII, una extensa red de *turnpike roads* o carreteras de peaje, que permitió que el transporte se multiplicase por dos entre 1765 y el final del siglo y que se volviese a duplicar entre 1800 y 1820, (figura 4.16), a la vez que se construían canales que permitían desplazar mercancías pesadas como el carbón. El ferrocarril culminó esta transformación.

4.6. LA REORIENTACIÓN DEL COMERCIO MUNDIAL

De 1800 a 1880 Europa concentraba de un 70 a un 80 por ciento de todo el comercio mundial (y Gran Bretaña sola, de un 25 a un 30 por ciento). Este era sobre todo un comercio de los países europeos con el resto del mundo (intercambiaban sus manufacturas con las materias primas y los productos agrícolas de las zonas menos desarrolladas), que fue estimulado por la disminución de los precios del transporte que hicieron posible los ferrocarriles y los barcos de vapor con casco de hierro (los fletes a través del Atlántico cayeron a la mitad entre 1869 y 1900).

Se pensaba que esta división del trabajo, que reproducía a escala internacional la que había tenido lugar en el interior de los países que se habían industrializado, cumpliría las previsiones que sostenían que la especialización basada en las ventajas comparativas de los diversos participantes en el comercio mundial produciría el enriquecimiento de todos.

Pronto se vio, sin embargo, que este sistema engendraba desigualdad. Los países desarrollados, favorecidos por el crecimiento de su producción industrial, que se veía potenciada por las ventas al exterior, podían mejorar su tecnología y progresar cada vez más en relación con los otros, condenados a renunciar a una industrialización propia, a menos que, como harían los Estados Unidos, protegiesen sus industrias nacientes de la competencia exterior imponiendo unos aranceles elevados a las importaciones. La ilusión del crecimiento general en un mercado global unificado se mantuvo hasta la primera guerra mundial. Al acabarse ésta, el 60

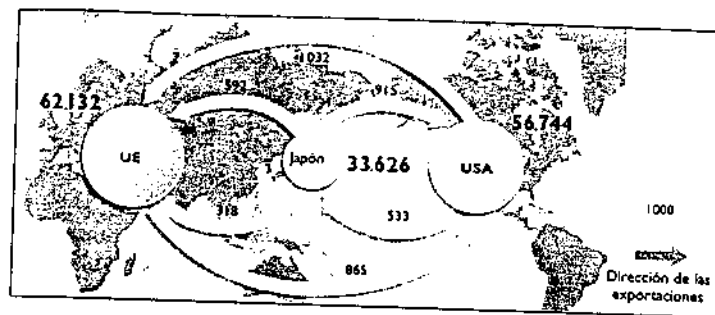


Figura 4.17. Comercio intraglobal (las cifras indican los valores en centenas de millones de dólares norteamericanos).

por ciento del comercio internacional lo integraban alimentos y materias primas que o bien habían aumentado excesivamente su producción (entre 1914 y 1929 la de trigo creció más que la población del mundo) o bien fueron víctimas de los cambios en la demanda. El exceso de oferta de productos agrarios y de materias primas llevaría a una acumulación de stocks invendidos y a una caída de sus precios en relación con los de los productos industriales. A ello se añadieron los efectos de la crisis de los años treinta, que hizo disminuir el comercio internacional hasta el punto que en 1933 su valor era la tercera parte del de 1929. Las economías de los países subdesarrollados que estaban más vinculados a los mercados internacionales pagaron las consecuencias de esta contracción. Los sueños de un crecimiento económico conjunto con las potencias industriales se desvanecieron y la nueva situación creó graves problemas sociales.

La segunda guerra mundial y la etapa inmediatamente posterior de reconstrucción reanimaron el comercio internacional, pero éste adoptó ahora una nueva estructura: ya no se trataba de intercambios entre países productores primarios y países industrializados, sino que el comercio se desarrollaba cada vez más entre los mismos países avanzados (figura 4.17). Se ha producido, por un lado, la sustitución de algunas materias primas naturales por otras sintéticas y, por otro, los excedentes de cereales de los Estados Unidos, Canadá y Australia han convertido a estos países en los principales proveedores agrarios de un mundo subdesarrollado en que el crecimiento de la población y el aumento de la agricultura de exportación, a costa de la de subsistencia, han hecho aparecer la necesidad de importar cereales.

Hemos consolidado un modelo de comercio internacional que se basa cada vez más en los intercambios entre los países ricos (el

año 1993 los Estados Unidos, la Europa occidental y los países industrializados de Asia reunían un 87 por ciento de todo el comercio internacional, pero el suyo era sobre todo un comercio realizado entre ellos mismos), y que prescinde casi por completo de los países pobres (de los años ochenta hasta 1995 la participación de África en el comercio mundial ha pasado de un 4 por ciento del total a poco más de un 2 por ciento), ya que no los necesita ni como consumidores, del mismo modo que se ha visto que en el interior de los países desarrollados se puede prescindir de un sector de la propia sociedad que se empobrece progresivamente —durante los últimos veinticinco años, por ejemplo, la desigualdad ha aumentado considerablemente en los Estados Unidos, con el resultado de que en 1995, en una etapa de crecimiento económico y con unas tasas de paro muy bajas, la oficina del censo reconocía que más de 36 millones de norteamericanos (uno de cada siete aproximadamente) vivían en condiciones de pobreza— sin que esto obstaculice el aumento de la riqueza global.

Lo peor para los productores primarios es, además, que su posición desfavorable en el mercado mundial se ha visto todavía agravada por su endeudamiento. Desde comienzos del siglo XX los países desarrollados han exportado más capitales que mercancías, a menudo en forma de préstamos, que han llevado a un endeudamiento creciente de los países subdesarrollados, que aunque destinan buena parte de los ingresos que obtienen por sus exportaciones a pagar sus deudas (en Camboya el valor total de las exportaciones es inferior al monto del servicio de la deuda), están cada día más endeudados. De 1980 a 1994 el volumen total de la deuda de los países «en vías de desarrollo» se ha triplicado. Necesitados de obtener recursos con los que pagar, se ven obligados a orientar su producción de acuerdo con las demandas de los países compradores, y están sujetos a las fluctuaciones de unos precios sobre los que tienen escasa capacidad de incidencia.*

En las últimas décadas, por otra parte, las mercancías han perdido importancia a medida que los flujos internacionales han tomado gradualmente un carácter especulativo y están configurando una «economía simbólica» desacoplada de la vieja «economía real», que se articulaba sobre el flujo de bienes y de servicios. «Lo que caracteriza la situación económica actual —ha dicho el economista japonés Shigeto Tsuru— es que el centro y el foco de la economía capitalista se ha desplazado de la producción de bienes y servicios a la compra, venta y multiplicación, de activos financieros.» Así se explica que en 1989 el volumen neto de las tran-

sacciones de cambio exterior ascendiera, en los cuatro mercados mundiales más importantes, a una suma que era 22 veces el volumen total del comercio internacional en el mismo año: la compra y venta de divisas no estaba relacionada con las necesidades de adquirir bienes y servicios, sino que se había convertido en un objeto por sí misma. En este clima se explica que se creasen fondos dedicados a la pura especulación, como el LTCM (Long Term Capital Management) norteamericano, al que dos premios Nobel de economía llevaron al desastre como consecuencia de una apuesta fallida por la convergencia de tipos de interés, o que incluso compañías cuya finalidad es la producción de bienes colocasen sus reservas en operaciones de derivados que eran casi un juego de azar: Procter and Gamble, por ejemplo, perdió 102 millones de dólares en una operación de *diff swap*, una apuesta acerca de la rapidez con que convergirían las tasas de interés de Alemania y de los Estados Unidos, mientras el grupo alimentario japonés Yakut Honsha perdió el equivalente de 125.000 millones de pesetas apostando a una subida de los tipos de interés que no se produjo.

Todo esto sucede en un mundo donde se han producido grandes cambios, donde especuladores como Georges Soros, con su Quantum Fund, registrado en la isla de Curacao, pueden hacer tambalear la moneda de un país y donde se habla de una fantasmagórica «revolución invisible» de la «propiedad social del capital» para referirse a la importancia que han adquirido como inversores los fondos de pensiones (resultado de la privatización de los seguros sociales, como consecuencia de la quiebra del estado del bienestar), que en 1994 tenían unos activos que sumaban 10 billones de dólares, equivalentes al valor de mercado de todas las compañías cotizadas en las tres bolsas mundiales más importantes, pero que no está claro que tengan capacidad para revolucionar gran cosa.*

Los efectos de esta era de tráfico mundial** bajo las reglas de un liberalismo sesgado en favor de los más ricos han sido precisamente los contrarios de los que profetizaba la teoría y han conducido a una polarización del crecimiento que ha aumentado la distancia entre los países ricos y los pobres. Un informe de las Naciones Unidas revela que de 1960 a 1993 la diferencia entre la renta por cápita de los países industrializados y la de los subdesarrollados se ha triplicado.***Pero lo más grave es que este empobrecimiento no es sólo relativo (no se trata únicamente del hecho de que los ricos se enriquezcan), sino que en muchos casos se está produciendo en términos absolutos: en seten-

* Es el mundo de lo que se llama el "capitalismo gris" en que "todavía oímos hablar mucho de las empresas multinacionales siendo así que éstas tienen menos activos que los fondos de pensiones y de seguros, y en algunos aspectos cruciales dependen de ellos y de sus gestores". Unos gestores que, por el volumen de los recursos que manejan, tienen una considerable influencia en los mercados (Robin Blackburn, "The new collectivism: Pension reform, grey capitalism and complex socialism", en *New left review*, 233, 1999, pp.3-65.

** Un tráfico, por otra parte, en rápido crecimiento. En la década de los noventa el comercio mundial ha crecido a tasas mucho mayores que las del aumento de la producción.

*** La fortuna de 358 multimillonarios es superior a la suma de los ingresos de 2.300 millones de las personas más pobres, es decir, de casi la mitad de la especie humana. Comentando el hecho de que la población de los Estados Unidos, que representa el 6 por ciento de la del mundo, consume el 40 por ciento de las materias primas, Allen Ginsberg escribe: «Si el 6 por ciento consume el 40 por ciento de la madera, la carne, el uranio, el cromo y el petróleo del mundo, ¿a qué puede aspirar el 94 por ciento restante? ¿A una prosperidad igual?» («America again», 1989).

ta países diferentes los ingresos medios son hoy inferiores a los de hace treinta años; en treinta países los Indicadores de Desarrollo Humano de 1994 eran inferiores a los de 1993 y en veintinueve de éstos la esperanza de vida al nacer había retrocedido (mientras en los países más desarrollados la esperanza de vida supera los 75 años, en Sierra Leona no llega a los 34 y en Ruanda es de menos de 23).

Contra las ilusiones de Adam Smith, el desarrollo del mercado no ha significado un progreso general, sino que ha hecho más ricos a algunos y más pobres a todos los demás.

LECTURAS RECOMENDADAS

- Berg, Maxine, ed. *Mercados y manufacturas en Europa*, Barcelona, Crítica, 1995.
- Kindleberger, Charles P., *Historia financiera de Europa*, Barcelona, Crítica, 1988.
- López, Robert S., *La revolución comercial en la Europa medieval*, Barcelona, El Albi, 1981.
- Parry, J.H., *El descubrimiento del mar*, Barcelona, Crítica, 1989.
- Polanyi, Karl, et al., *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Barcelona, Labor, 1976.
- Spartaco, Peter, *Dinero y moneda en la Europa medieval*, Barcelona, Critica, 1991.
- Subrahmanyam, S., *Vías de Comercio*, Barcelona, Crítica, 1998.

ALGUNOS LIBROS MÁS AVANZADOS QUE CONVIENE CONOCER:

- Anderson, B.L., y A.J.H. Latam, eds., *The market in history*, Londres, Croom Helm, 1986.
- Brewer, John, y Roy Porter, eds., *Consumption and the world of goods*, Londres, Routledge, 1993.
- Britnell, R.H., y B.M.S. Campbell eds., *A commercialising economy. England 1086 to c.1300*, Manchester, Manchester University Press, 1995.
- Carter, F.W., *Trade and urban development in Poland. An economic geography of Cracow, from its origins to 1795*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

- Casson, Lionel, *The ancient mariners, seafarers and sea fighters of the Mediterranean in ancient times*, Princeton, Princeton University Press, 1991.
- Casson, Lionel, *Ships and seamanship in the ancient world*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1995.
- Curtin, Philip D., *Cross-cultural trade in world history*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.
- Dale, Stephen Frederic, *Indian merchants and Eurasian trade, 1660-1750*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.
- Day, John, *The medieval market economy*, Oxford, Blackwell, 1987.
- Engerman, Stanley L., ed., *Trade and the industrial revolution, 1700-1850*, Cheltenham, Elgar, 1996, 2 vols.
- Fontaine, Laurence, *Histoire du colportage en Europe, XVI-XIX siècles*, Paris, Albin Michel, 1993.
- Grashy, Richard, *The business community of seventeenth-century England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.
- Hodges, Richard, *Primitive and peasant markets*, Oxford, Blackwell, 1988.
- Hodges, Richard, *Dark age economics. The origins of towns and trade, AD 600-1000*, Londres, Duckworth, 1989/2.
- Hourani, George F., *Arab seafaring in the Indian ocean in ancient and early medieval times*, revisada y ampliada por John Carswell, Princeton, Princeton University Press, 1995.

- Hugill, Peter J., *World trade since 1431*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1993.
- Hutchinson, Gillian, *Medieval ships and shipping*, Londres, Leicester University Press, 1994.
- Irwing, Douglas A., ed., *Trade in the pre-modern era, 1400-1700*, Cheltenham, Elgar, 1996, 2 vols.
- Jeannin, Pierre, *Marchands du Nord. Espaces et trafics à l'époque moderne*, Paris, Presse de l'École Normale Supérieure, 1996.
- Liu, Xinru, *Ancient India and ancient China. Trade and religious exchanges, AD 1-600*, Delhi, Oxford University Press, 1994.
- McPherson, Kenneth, *The Indian ocean. A history of people and the sea*, Delhi, Oxford University Press, 1993.
- Parker, W.N., y E.L. Jones, eds., *European peasants and their markets*, Princeton, Princeton University Press, 1975.

- Randsborg, Klavs, *The first millennium BC in the Mediterranean and the Black Sea*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.
- Root, Hilton L., *The fountain of knowledge. The discovery of markets in Old World and New World*, Berkeley, University of California Press, 1994.
- Smith, Robert C., *Vanguard of civilization in the age of Columbus*, University Press, 1993.
- Tangheroni, Marco, *Commercio e cultura*, Roma, Laterza, 1996.
- Tracy, James D., ed., *The rise of distance trade in the early modern world*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.
- Vile, Simon P., *Transport and the development of the European economy, 1750-1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

Aunque los orígenes de nuestra concepción del desarrollo pueden rastrearse en la antigüedad clásica, con la identificación del mundo social con el de la naturaleza, fueron los pensadores escoceses de la Ilustración los primeros que plantearon una visión de la historia que veía la evolución de las sociedades humanas como una sucesión progresiva de etapas de crecimiento que se definían por los «modos de subsistencia», en una secuencia de cuatro estadios: caza, ganadería, agricultura y comercio. A cada uno de estos cuatro estadios le correspondían concepciones diferentes de la propiedad y de la organización social, que daban lugar a instituciones y marcos legales diversos y que imprimían una profunda huella en la cultura. En el siglo XIX Marx modificó este esquema, organizándolo en función de las relaciones que se establecían entre los hombres en cada etapa de su desarrollo histórico, y propuso un conjunto de «modos de producción» que se desarrollaban en una sucesión que, partiendo de la sociedad primitiva, pasaba progresivamente por el esclavismo antiguo, el feudalismo medieval y el capitalismo moderno, aunque había un «modo de producción asiático» que no correspondía a esta secuencia y que dejaba abierta la posibilidad de pensar líneas de evolución alternativas.

En nuestro tiempo, no obstante, la preocupación por el crecimiento económico —que nos hace dividir el mundo en países desarrollados y subdesarrollados— ha llevado a una visión de la historia marcada por un gran corte determinante, el de la «revolución industrial», que habría inaugurado la época del «crecimiento económico moderno» (de hecho se suele identificar «crecimiento» e «industrialización»), en función de lo cual se echa

Costumbres en co-
lon, 1995, p. 32.

todo lo anterior al pozo de lo «preindustrial», un rótulo que unifica abusivamente, como decía E. P. Thompson, a «tejedores del oeste de Inglaterra, plateros persas, pastores de Guatemala y bandidos corsos». Como máximo, se llega a dividir el curso de la historia en tres etapas, separadas por dos revoluciones: la revolución neolítica, que pone fin a la época de los cazadores-recolectores e inicia la de los agricultores, y la «revolución industrial», que marca el comienzo de los tiempos modernos.

Estas interpretaciones asignan un papel crucial a la «revolución industrial», un concepto del cual nos ocuparemos más adelante, y han pretendido deducir de su estudio un juego de reglas que puedan servir de receta para suscitar el crecimiento económico en los países subdesarrollados actuales. Fracasadas, como veremos, estas ilusiones, hoy se tiende a ver estos procesos de forma menos simplista, como el resultado de largas y complejas evoluciones que han tenido cursos muy diversos, sin que haya, como se pensaba, una sola secuencia de crecimiento económico de validez universal. Que aquí hagamos referencia casi exclusiva a la evolución de la economía europea obedece al hecho de que ésta es la que ha sido estudiada de forma más coherente, ya que, cegados por la globalización de la economía, los historiadores han tendido a transponer esta realidad al pasado, como si en él no hubiera habido más líneas de evolución que la europea.

5.1. EL CRECIMIENTO ECONOMICO EN EL PASADO

Las interpretaciones que imaginaban un mundo productivo poco menos que inmóvil hasta el momento en que la industrialización habría desencadenado el «crecimiento económico moderno», son hoy discutidas por historiadores que nos ofrecen la perspectiva de un crecimiento mucho más continuado y duradero, con fluctuaciones y recuperaciones, y que empiezan a tomar en consideración el hecho de que otras culturas, como la de China, la del sudeste asiático o la islámica, han tenido evoluciones diferentes, que las han llevado a ir por delante de Europa en muchos momentos del pasado (figura 5.1).

Para Graeme Donald Snooks, la historia del crecimiento económico moderno empezó hace más de diez mil años en el Próximo Oriente —en una primera etapa en que las ciudades dependían del campo—, experimentó un cambio esencial entre el 1000 y el 1200 de nuestra era, y registró una nueva etapa de ascenso ha-

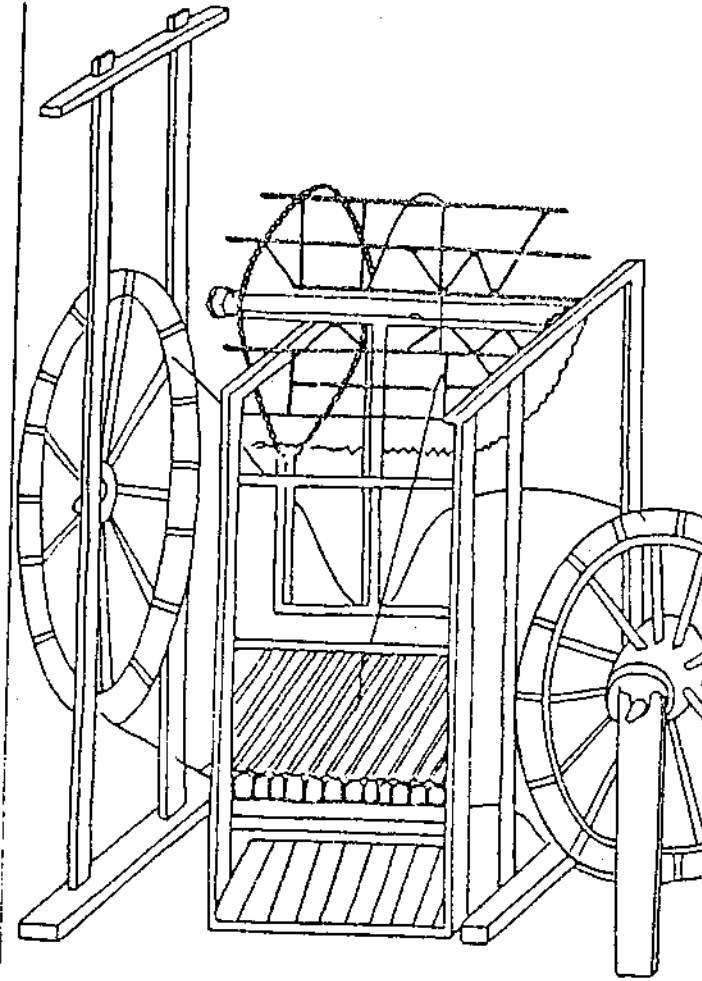


Figura 5.1. Frente a la importancia que los estudiosos de la «revolución industrial» han dado tradicionalmente a la tecnología, quizá convenga recordar que la de China ha ido por delante de la europea durante mucho tiempo. Este grabado nos muestra, por ejemplo, una máquina de hilar china movida por la fuerza del agua, que data de 1313, es decir, de quinientos cincuenta años antes que las primeras que se construyeron en Inglaterra.

cia 1500, como consecuencia del estímulo de un comercio internacional creciente. La fase siguiente, la que denominamos revolución industrial, no se diferenciaría de las anteriores más que por el hecho de haberse basado en tecnologías esencialmente urbanas que darían un papel protagonista a las ciudades. Pero todo el proceso sería inexplicable sin el milenio de crecimiento anterior, que asentó las relaciones de mercado que estimularon la introducción de cambios tecnológicos. La economía inglesa, por ejemplo, ha-

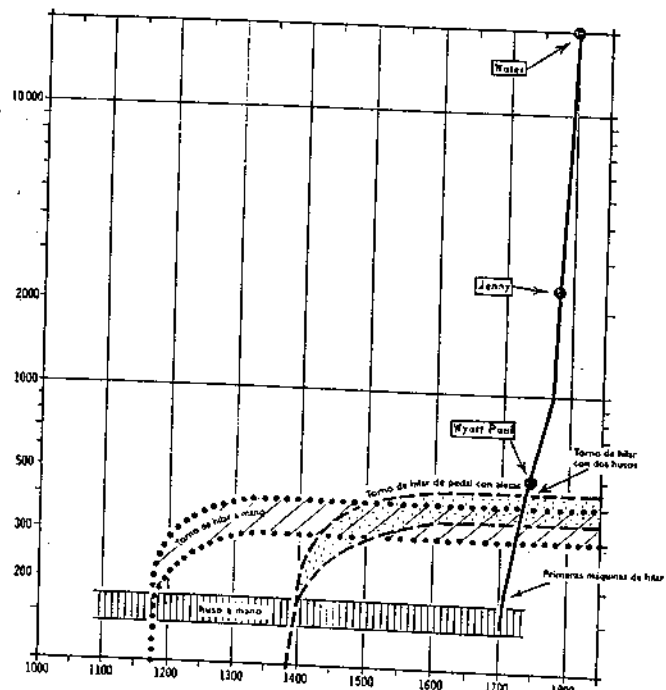


Figura 3.2. Las revoluciones del hilado, según Endrei (producción en metros por hora y por persona).

bría crecido entre 1086 y 1760 a un ritmo no muy diferente del que experimentó entre 1760 y 1801, las décadas en que se supone que se produjo el salto hacia adelante de la revolución industrial. De hecho, en los seis siglos anteriores a 1780 habría habido etapas (sobre todo la de los años 1492 a 1561) en las que las tasas de crecimiento habrían sido más elevadas que las de cualquier momento de la edad contemporánea, salvo los años excepcionales de recuperación de la segunda guerra mundial, entre 1950 y 1973.

Está claro que en una época de población y trabajo predominantemente agrarios la mayor parte del crecimiento tenía que proceder de mejoras en la agricultura, pero en la edad media europea ha habido también una serie de transformaciones tecnológicas en el terreno de la industria, como la difusión del molino de agua (en el año 1084 había cerca de seis mil en Inglaterra), la aplicación de la rueda hidráulica a los batanes o molinos pañeros (que sería el inicio de los futuros perfeccionamientos de ruedas y turbinas hi-



Figura 3.3. La Revolución Industrial (la usaban en el siglo XVIII). Los «inventos» de los ingenieros calificados de «maestros» permitían su realización (Maurice Dumas).

dráulicas), el telar horizontal, la rueca (que ha permitido aumentar considerablemente la productividad del trabajo en el hilado), la fragua catalana (que, potenciada por los martinetes hidráulicos, ha hecho posible el aumento de la producción de hierro), o el complejo de cambios técnicos de las llamadas *new draperies*, que transformaron la producción de tejidos de lana en la mayor parte de Europa (figura 5.2).

La causa profunda de este crecimiento económico anterior a la industrialización habría sido el desarrollo del mercado con sus correlarios de aumento de la demanda y de especialización productiva, y el origen de la industrialización no habría que ir a buscarlo, como se hace en muchas ocasiones, ni en los inventos de los ingenieros del Renacimiento (figura 5.3), ni en las grandes manufacturas estatales del absolutismo, sino más bien en la movilización de la mano de obra campesina, que hizo posible lo que denominamos la «protoindustrialización».

5.2. LA INDUSTRIA ANTES DE LA INDUSTRIALIZACIÓN

Según la visión tradicional la industria europea antes de la «revolución» habría tenido dos vertientes: la producción urbana y la rural, que serían de características muy diferentes. La industria urbana estaba en manos de unas corporaciones profesionales, los gremios, que controlaban la producción con reglas muy estrictas, vigilando su calidad y tratando de evitar que unos se enriquecieran compitiendo con los otros (vendiendo más barato o haciéndose propaganda). El mercado era limitado y los gremios se lo repartían, garantizando su estabilidad con reglas estrictas que impedían introducir nuevas tecnologías que rompiesen el equilibrio.*

La industria rural, en cambio, era de carácter doméstico y ocupaba a artesanos que trabajaban individualmente en sus telares o herrerías, al margen de cualquier corporación. El ámbito de su actividad era local, ya que intercambiaba sus productos con los excedentes de los agricultores de la propia comarca, directamente o vendiéndolos en el mercado más próximo. Rural también, pero de carácter distinto era la «Montanindustrie», dedicada sobre todo a actividades de minería o metalurgia, que tenía que instalarse cerca de los lugares donde obtenía las materias primas que utilizaba: en el caso de las fraguas, por ejemplo, cerca del mineral de hierro y del carbón vegetal, sin olvidar la necesidad de una corriente de agua para mover los martinetes (figura 5.4).

* La noción tradicional del gremio como estructura de control del trabajo dominada por los maestros ha dejado paso hoy a una visión más realista de un mundo en que la gente se agrupaba en gremios y cofradías con el fin de negociar. Más adelante, el gremio no sólo no ha sido un obstáculo para la industrialización, como a menudo se dice, sino que ha servido para representar socialmente los intereses de los empresarios y ha dado origen a agrupaciones profesionales y patronales.

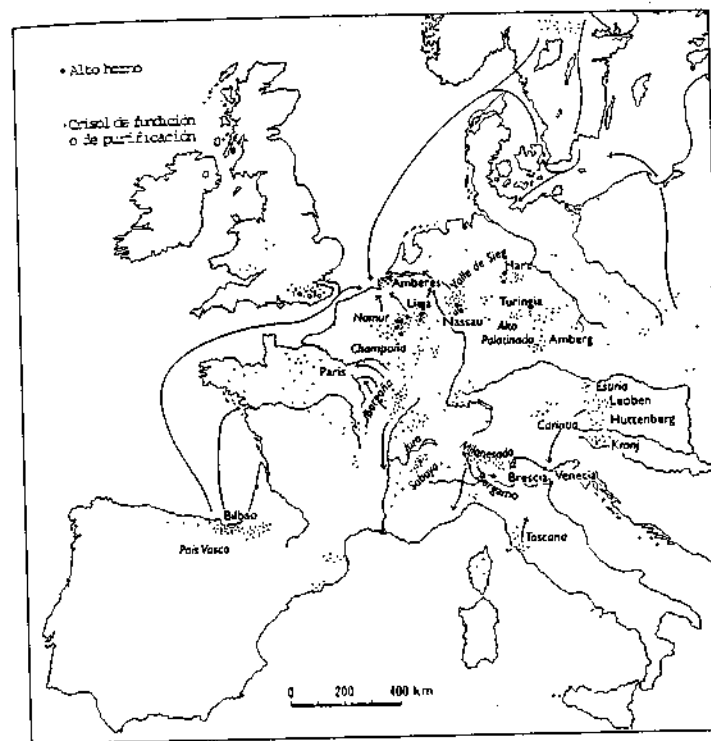


Figura 5.4. Cerca de sus centros de producción, la industria tenía un carácter disperso (ver capítulo XVI).

Este panorama de gremios urbanos y telares locales es demasiado simplista. En muchas zonas europeas, y sobre todo en las más pobres, los campesinos hacían tareas industriales por cuenta de otros en su tiempo libre. En época de lluvia o en invierno, cuando no se puede trabajar en el campo, no había hogar campesino en que la mujer y la hija no hilaran, ayudadas por el marido o por los hijos, que les preparaban las fibras. Producían más hilado del que necesitaban para la ropa de consumo personal y lo vendían a los «pelaires» (los «preparadores», que reciben en algunos casos los nombres de «señores de los paños» o «fabricantes de paños») o a los comerciantes que iban de casa en casa para recogerlo.

En principio el hilado era una operación doméstica que hacían las mujeres y las hijas, de dedos más ágiles que los hombres. Pronto, sin embargo, se le añadió el tejido, hecho en pequeños telares manuales caseros. Con fibras caras, como la lana, que a menudo

se tenía que comprar muy lejos y que, antes de hilar, necesitaba una preparación (lavar, peinar, etc.), los hiladores dependían de sus proveedores, ya que difícilmente habrían podido adquirir la materia prima.

Era lógico que en la promoción de esta actividad destacaran, además de los comerciantes, los pelaires o «preparadores» de la lana. La parte de la producción que les correspondía, y en especial las operaciones finales de teñir y de acabar las telas, era la única que requería unas instalaciones y un utillaje costoso, como los molinos pañeros. Eran también los que al final tenían en las manos el producto acabado para vender al público (hiladores y tejedores sólo obtenían un producto intermedio, semielaborado). Muy pronto estos pelaires se convirtieron en una clase de empresarios que compraban la lana o el lino, lo daban a hilar a unos, a tejer a otros, lo acababan en sus instalaciones y lo vendían. A este sistema se le da el nombre de *putting out* (producción dispersa).

Los productos del *putting out* estaban destinados normalmente a venderse en las ciudades cercanas, pero cuando se dispuso de un volumen mayor de producción se empezó a llevarlos más lejos, y los promotores, convertidos progresivamente en empresarios externos (sin fábricas ni trabajadores fijos), fueron abandonando sus trabajos y acabaron dedicándose sólo a pagar las operaciones, a controlar su realización y a vender el producto final, como lo harían los comerciantes que entraban en este mismo negocio. Esto ocurrió sobre todo donde había grandes bolsas de trabajo rural que garantizaban una producción abundante y regular, y donde éste era barato, porque, a falta de otra ocupación asalariada, la familia no tenía posibilidades alternativas de emplearlo: el trabajo de estos campesinos-manufactureros tenía un coste de oportunidad muy bajo.* Por otra parte, ésta era una actividad que no requería inversiones de capital: se hacía en casa del campesino con un utillaje sencillo y barato. Los salarios bajos explican que los empresarios prefiriesen encargar una parte del trabajo —todo el hilado y al menos el tejido de baja calidad— en este medio rural en lugar de hacerlo a los productores urbanos.**

Por esta vía ha nacido lo que llamamos protoindustrialización, un sistema de producción de base rural, en que los trabajadores son artesanos-campesinos que combinan el trabajo de hilar o de tejer con el cultivo de la tierra, y cuyo producto se vende normalmente en un mercado lejano, por cuenta de empresarios que lo comercializan. El desarrollo de estas actividades industriales habría estimulado, en las zonas cercanas, el de una producción agrícola

* El coste de oportunidad es el valor de la mejor alternativa posible a aquella en que se utilizan unos recursos. Cuando, como en este caso, no hay demanda de trabajo alternativo que lo valore más, el coste de oportunidad es bajo y lo que se paga a los campesinos muy poco.

** Jaime Torras ha estudiado una familia de «fabricantes sin fábrica» de Igualada: hacían las operaciones previas en su «tienda», daban la fibra a las hiladoras, que trabajaban en casa a destajo y se la llevaban una vez hilada. Los «fabricantes» entregaban luego el hilo a tejedores que trabajaban también a destajo (a destajo la pieza). Las operaciones de teñido y de acabado las realizaban en instalaciones propias: un tinte y un molino pañero. La parte final, y esencial, era poner el tejido en las tiendas (tenían participación en ellas) para venderlo. Para todo esto era necesario disponer de capital suficiente.

para vender a esos campesinos-artesanos que no cosechaban lo suficiente para su consumo, y habría favorecido de este modo el desarrollo del mercado local.

La protoindustrialización se ha dado sobre todo en lugares donde había pobreza, una demografía elevada o unas reglas de reparto de la herencia que fragmentaban la propiedad y hacían que las familias campesinas tuvieran explotaciones que no les bastaban para mantenerse: en Flandes, en el Languedoc, en Silesia o en Cataluña. En Irlanda del norte (en el Ulster) se desarrolló en torno al hilado y tejido del lino: hacia 1770 había unos 42.000 telares familiares que debían ocupar a unas 200.000 personas, o sea a la cuarta parte de la población total de la zona.

La protoindustrialización, que ha preparado técnicamente a la población que había de trabajar más tarde en las fábricas, ha precedido en muchos lugares —en Flandes o en Cataluña, por ejemplo— a la industrialización, pero no siempre ha sido así, como en el Languedoc, lo que obliga a explicar los diferentes casos atendiendo a las circunstancias históricas concretas de cada lugar.*

Esta tipología de formas diversas, rurales y urbanas, de la industria antes de la industrialización resulta, sin embargo, engañosa. No se trata de formas de actividad que se desarrollaran por separado, sino que eran complementarias en muchos aspectos. El elemento unificador fundamental eran precisamente los comerciantes o pelaires, que no sólo encargaban trabajo en el campo, sino que lo hacían también en la ciudad, y que eran los que organizaban globalmente la producción. Un estudio sobre Toledo nos muestra, en primer lugar, que la actividad industrial no se daba sólo en la ciudad, sino en una serie de poblaciones situadas en un radio de unos cuarenta km a su alrededor, que formaban con Toledo una especie de «pequeña nebulosa textil». No había una contraposición entre la industria urbana y la de los centros menores, sino que, al contrario, ambas se combinaban en una actividad coordinada por los comerciantes, que conseguían así una auténtica división del trabajo: el campo aseguraba el hilado, las industrias locales el tejido y las operaciones de acabado y teñido se hacían en la capital.**

Que la iniciativa de la producción estuviese en manos de los comerciantes explica en buena medida las diferencias de su evolución en unos u otros lugares. En Castilla, donde el comercio con América atraía productos textiles de toda Europa, los comerciantes locales encontraron más provechoso actuar como intermediarios en el negocio colonial que arriesgarse invirtiendo en la pro-

* Habría sido en las zonas rurales, donde la aparición de la protoindustria antes de la industrialización resulta, sin embargo, engañosa. No se trata de formas de actividad que se desarrollaran por separado, sino que eran complementarias en muchos aspectos. El elemento unificador fundamental eran precisamente los comerciantes o pelaires, que no sólo encargaban trabajo en el campo, sino que lo hacían también en la ciudad, y que eran los que organizaban globalmente la producción. Un estudio sobre Toledo nos muestra, en primer lugar, que la actividad industrial no se daba sólo en la ciudad, sino en una serie de poblaciones situadas en un radio de unos cuarenta km a su alrededor, que formaban con Toledo una especie de «pequeña nebulosa textil». No había una contraposición entre la industria urbana y la de los centros menores, sino que, al contrario, ambas se combinaban en una actividad coordinada por los comerciantes, que conseguían así una auténtica división del trabajo: el campo aseguraba el hilado, las industrias locales el tejido y las operaciones de acabado y teñido se hacían en la capital.**

** Julián Morán, *La protoindustria en Castilla: un estudio de la protoindustria en Castilla*, tesis doctoral, Universidad de Sevilla, 1977. (Argentina) a muestran la industria campesina en compleja: miles de campesinos se dedican sobre todo a la producción complementaria de la deducción a o hacen de arte que el Gil Mont producción de de la provincia glo XIX, en pp. 197-222)

ducción, lo que explica que una industria textil potente como la de Segovia y Toledo acabase languideciendo. En la Inglaterra del siglo XVIII, al contrario, la demanda creciente del mercado interior y la posibilidad de hacer grandes beneficios con los productos industriales en el comercio triangular del Atlántico estimuló a los hombres de negocios, no sólo a seguir actuando como empresarios externos a la producción, sino a invertir directamente en ésta a través de la fábrica.

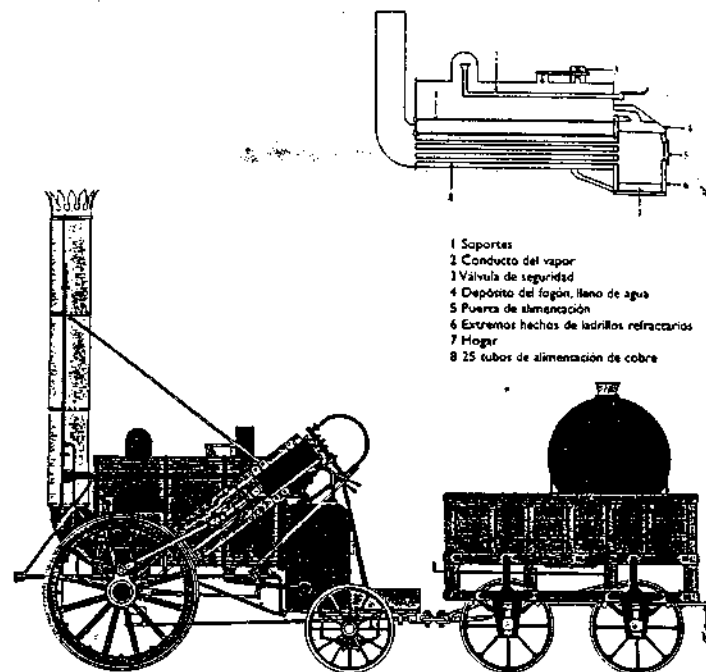
Se ha podido decir que el período que arranca de fines del siglo XVII y cubre la totalidad del XVIII fue en Europa «la edad de oro de la industria rural», con una gran expansión de la producción industrial en el campo. En algunos casos empezaron a aparecer manufacturas para realizar determinadas operaciones, pero las más intensivas en trabajo se siguieron confiando a la esfera doméstica: era el primer paso que había de llevar hacia la fábrica.

5.3. LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

La explicación tradicional del crecimiento económico moderno sostenía que el momento decisivo de ruptura se produjo en Gran Bretaña a mediados del siglo XVIII en lo que se dio en llamar la «revolución industrial»: una aceleración que se explicaba como una consecuencia de los progresos tecnológicos en la industria textil y en la siderurgia: de la máquina de vapor, la mecanización y el ferrocarril (figura 5.5).

A ello se añadiría más adelante la existencia de un marco institucional estimulante, por un lado, y de un ahorro y una capacidad de movilización de los capitales para afrontar las inversiones, por otro. Estos serían los criterios de la interpretación establecida, que, consecuente con una visión lineal de la historia humana, proponía el modelo de la industrialización británica —la «revolución industrial» por excelencia— como el único camino que podía conducir, en cualquier tiempo y lugar, al crecimiento económico moderno.

En los últimos años esta visión simplista ha sido reemplazada por otras más matizadas que ven el crecimiento industrial inglés como un proceso largo y complejo, que se ha iniciado en una producción de escala a menudo doméstica, con máquinas elementales y sin que el vapor haya aportado mucho. Porque las máquinas iniciales de la industrialización, las que han revolucionado realmente la producción británica, eran manuales o funcionaban con



- 1 Soportes
- 2 Conducto del vapor
- 3 Válvula de seguridad
- 4 Depósito del fogón, lleno de agua
- 5 Puerta de alimentación
- 6 Extremos hechos de ladrillos refractarios
- 7 Hogar
- 8 25 tubos de alimentación de cobre

la fuerza de los caballos (o, como máximo, con un pequeño salto de agua) y estaban destinadas a una utilización doméstica y no a la fábrica. La producción textil, por ejemplo, que había avanzado considerablemente con la lanzadera volante, se veía frenada por la baja productividad del hilado manual, que hacían sobre todo las mujeres, hasta que Hargreaves inventó la *spinning jenny* —o sea «Jenny la hiladora», nombre que puso en honor a su esposa—, que era una máquina manual gracias a la cual con un solo volante se hacían funcionar a la vez varios husos. Esta «era de las manufacturas», como la ha denominado Maxine Berg, es una época de aumento del trabajo doméstico, con una participación creciente de las mujeres y de los niños, que ha sido posible por el hecho de que la máquina simplificaba y facilitaba las operaciones.

La primera fase de la industrialización no sólo no tuvo por protagonista al vapor, sino que hizo un uso muy limitado de él. A principios del siglo XIX, cuando Inglaterra ya había dado bastantes pasos en el nuevo camino, el número de máquinas de vapor aplicadas a la industria era insignificante (figura 5.6). Lo

Figura 5.5. La *Rocket* de Stephenson. En 1807 había circulado el primer tren para el transporte de pasajeros, arrastrado por caballos. En 1825 se utilizó por primera vez una locomotora de vapor para hacer marchar un tren en un tramo llano; pero lo normal era utilizar máquinas estacionarias que ayudaban a los trenes a subir las pendientes arrastrándolos con un cable como un funicular. En 1830, finalmente Robert Stephenson inauguraba el primer ferrocarril «integral», el Manchester-Liverpool, en que la totalidad del trayecto se hacía con tracción móvil de vapor; gracias a la construcción de una locomotora más potente, la *Rocket*, y a que se procuró que el recorrido no tuviese muchos desniveles.

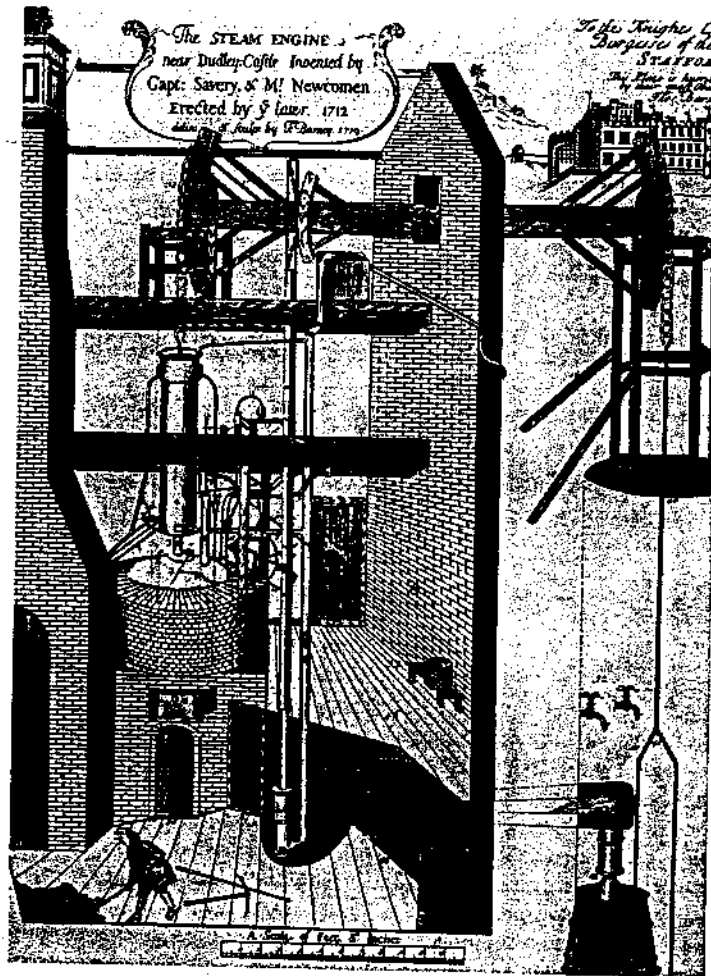


Figura 5.6. Una máquina de vapor de Newcomen. Las máquinas de vapor empezaron a utilizarse a principios del siglo XVIII para bombear agua de las minas. La primera había sido patentada en 1698 por Savery y fue perfeccionada, más adelante, por Newcomen (Watt no lo fue, sino el «inventor de la máquina de vapor», sino uno de sus perfeccionadores), con tanto éxito que en 1742 había 167 máquinas de Newcomen funcionando en Inglaterra y se podían encontrar también en otros países europeos. La mayor parte de las máquinas de vapor de fines del siglo XVIII estaban en las minas y no en las fábricas.

cual se explica por el hecho de que las industrias inglesas más importantes no eran en estos momentos la siderurgia ni la construcción de máquinas, sino las de la lana, la construcción, la piel y la cerveza. Con estas, pero detrás suyo, crecía la del algodón, donde empezaría a mecanizarse el hilado, mientras que el tejido seguiría durante bastante tiempo como una actividad artesana y manual.

Las cosas cambiaron más adelante con la aparición de nuevas

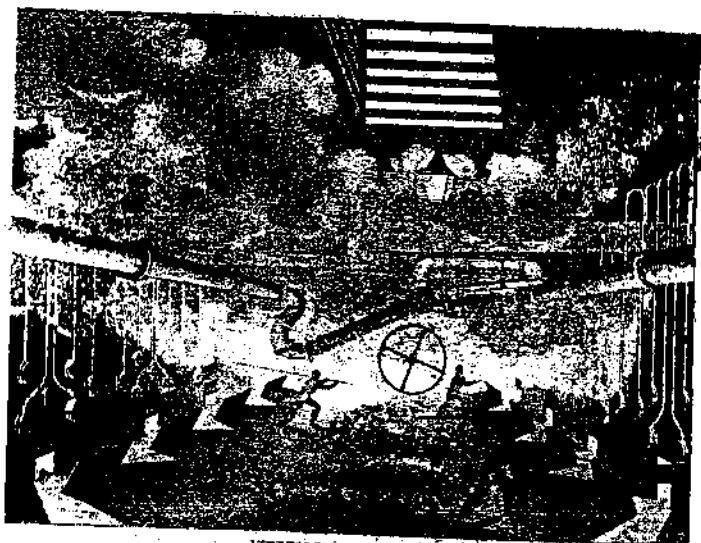
tecnologías que necesitaban inversiones de capital que estaban más allá de las posibilidades de la unidad doméstica, sobre todo cuando había que recurrir a la máquina de vapor, que sería el elemento indispensable para entrar en la fase de predominio de la siderurgia (estrechamente relacionada con la difusión del ferrocarril) y que transformaría también la vieja industria de bienes de consumo, al hacer posible un crecimiento cuantitativo que no habría podido realizarse tan sólo con el uso de la energía orgánica.*

El rasgo distintivo más importante de esta segunda fase de la industrialización es la aparición de la fábrica: la gran unidad centralizada y muy especializada, con unos instrumentos de producción propiedad de un empresario, que utiliza el trabajo de obreros asalariados y potencia la división de las operaciones de fabricación, transformando al viejo artesano, que hacía un producto entero, en el obrero, que se limita a realizar unas tareas parciales determinadas, y que pasa, por este motivo, de cobrar por piezas a hacerlo por horas trabajadas.

Se suponía tradicionalmente que la fábrica era una exigencia de las nuevas condiciones (equipamientos más costosos, necesidad de dividir más las operaciones de producción, etc.), pero algunas revisiones recientes lo muestran de otro modo. Un economista norteamericano, Stephen Marglin, fue el primero en afirmar que la fábrica no había nacido por necesidades de una mayor eficacia productiva, sino para asegurar al patrón el control de la fuerza de trabajo y la apropiación del excedente producido por el obrero.

La fábrica no habría sido, pues, una consecuencia de la máquina. Si nos atenemos tan sólo a sus dimensiones, su modelo serían las grandes manufacturas reales de los siglos XVI al XVIII, que concentraban a muchos trabajadores pero que no consiguieron una ordenación eficaz de la producción. Pero si nos fijamos en la organización del trabajo, su modelo más inmediato es la *workhouse*: el taller en el que los pobres que recibían asistencia de la parroquia eran obligados a trabajar, penalizándolos para que se animasen a prescindir de la caridad parroquial. La *workhouse* y la fábrica tienen, a su vez, mucho que ver con la prisión, y se explica que los artesanos intentasen mantenerse al margen de éstas, y que no aceptasen sujetarse a la disciplina de las «siniestras fábricas satánicas», según las palabras de William Blake, más que cuando se vieron obligados a ello por la necesidad (figura 5.7).

* En la economía industrialización... ma instancia de... no sólo los alimen... mas, sino la ener... tracción la propo... (a finales del si... 750.000 en Ingl... necesitaba para la... de los metales pro... carbón vegetal, q... mo). Toda la pri... trización se ha... energías «orgáni... posibilidades de... bría podido pasa... ducción mucho... bía unos límites... agotaban los bos... emplazarlos), y... muchos más cab... sario dedicar den... tos, sacrificando... na). El salto... producción indus... se pudo pasar a... la energía se obte... ral disponible en... carbón mineral)... primas no orgáni... vidrio o el hierro



INTERIOR OF A GAS WORKS.

Drawn by Arthur Blake

London, Published by William (The Illustrated) from April 1833

Figura 5.7. Una fábrica inglesa de gas 1833.

La fábrica permitía, por un lado, sujetar y controlar mejor al trabajador; y hacía posible, por otro, eliminar la competencia del pequeño productor independiente o cooperativo, que no podía adoptar la tecnología cada vez más costosa que imponían los fabricantes, quienes, contra lo que sostiene el mito, pocas veces han surgido de abajo; en su mayor parte procedían de la burguesía, con un predominio de banqueros y comerciantes, y una aportación menor de tenderos, menestrales y campesinos acomodados.

Sabel y Zeitlin han ido todavía más lejos, reemplazando el viejo relato que contrapone un antiguo régimen de control gremial y producción manual artesana a una modernidad marcada por la libertad del mercado, la mecanización y la fábrica, por otro muy distinto. En la etapa final del antiguo régimen podríamos advertir «la modernidad de la tradición», que estaba permitiendo mecanización y progreso tecnológico dentro del marco institucional vigente. A ésta le sucedería, de mediados del siglo XIX a la primera guerra mundial, una nueva etapa de «batalla de los sistemas», que vería la coexistencia de una industrialización de fábrica, con empresas integradas verticalmente que utilizaban sus costosos equipos para producir objetos estandarizados, y otra de unidades menores, capaces de cooperar entre sí dentro

de un marco de instituciones y de reglas que aseguraban la colaboración, orientada hacia una especialización flexible (como la seda de Lyon, los cuchillos de Solingen, los relojes de Suiza...). La tercera etapa de este proceso, que puede fecharse de 1920 a 1970, habría sido la del triunfo de la modernidad de la producción de masa, pero la crisis de los años setenta del siglo XX ha abierto una «nueva batalla de los sistemas» como consecuencia del estancamiento de los centros clásicos de producción de masa, bloqueados por su tradicionalismo.

El planteamiento de Sabel y Zeitlin —que rechazan como anihistoria la separación de lo tradicional y lo moderno, de lo político y lo económico— tiene la virtud de reemplazar la vieja visión simplista que lo interpreta todo en función del progreso tecnológico, por otra completamente abierta, en que los hombres tienen la opción de seguir caminos distintos y toman decisiones optando por uno o por otro de los diversos «futuros posibles». Por lo general la opción de la producción fabril estandarizada se toma cuando una economía es estable. En cambio, cuando el entorno es «volátil» resulta mucho mejor organizar cada escalón de la producción como una empresa independiente, colaborando en un marco en que los adecuados arreglos institucionales garantizan la seguridad de los tratos para realizar una producción flexible que hará posible que sobrevivan a los cambios desfavorables de su entorno. De este modo Sabel y Zeitlin nos llevan a la crisis iniciada en los años setenta de nuestro siglo y nos ayudan a entender algunas de las paradojas que presenta la recuperación económica de los países desarrollados en los últimos años, en que el aumento de las cifras de producción industrial no ha ido acompañado, como en las fases de auge del pasado, por el de la productividad.

Un análisis de la situación actual en los Estados Unidos llega a la conclusión de que nos encontramos ante una demanda que exige variedad, calidad y una renovación constante, y formula una previsión que encaja a la perfección con el análisis de Sabel y Zeitlin: «Se diría que la economía moderna puede estar volviendo a una versión en alta tecnología de una economía artesanal, basada en la habilidad del trabajador, las ideas y la capacidad inventiva, más que en el empuje de las grandes fábricas y las cadenas de distribución». Tal vez nos convenga, por consiguiente, abandonar los viejos esquemas interpretativos del progreso tecnológico y analizar la evolución del proceso industrializador del pasado con modelos más ricos y flexibles, con el fin de entender mejor la situación a que hoy nos enfrentamos.

* Jeff Madrick, «Computers for the revolution», en *New York Times Book Review*, 26 marzo 1998, pp. 1-2.

5.4. LA EXPANSIÓN DE LA INDUSTRIALIZACIÓN MODERNA

Hasta mediados del siglo XVIII las industrias de China o de la India eran probablemente superiores a la mayor parte de las de Europa y es incluso posible que el PNB *per capita* y el nivel de vida fuesen también más altos en aquellas tierras asiáticas. Las cosas comenzaron a cambiar desde la primera mitad del siglo XIX como consecuencia del desarrollo de la industrialización de fábrica, que se inició en Gran Bretaña y se extendió en los siglos XIX y XX a otros países europeos, a los Estados Unidos y Japón.

Esta expansión no fue, sin embargo, una mera repetición del proceso que se había desarrollado en las Islas Británicas. La razón esencial de ello es que entre la situación que encontraron los que comenzaron primero (*first-comers*) y la que tuvieron que afrontar los que llegaron más tarde a la industrialización (*late-comers*) había diferencias importantes, especialmente por lo que se refiere a los mercados disponibles y al volumen de capital que se necesitaba.

La producción inglesa tuvo la gran ventaja de llegar en primer lugar a una serie de mercados coloniales importantes, y de contar con uno excepcional, el de la India. Los que venían detrás tenían más difícil competir en un mercado mundial ya ocupado, de manera que tuvieron que depender en buena medida de sus propios mercados interiores («nacionales»), oportunamente protegidos de la competencia inglesa por los aranceles. Que estos mercados interiores pudiesen crear una demanda lo bastante grande como para estimular la industrialización dependía no sólo de sus dimensiones, esto es del número de los consumidores potenciales, sino de la capacidad adquisitiva de éstos, que era consecuencia, a su vez, de factores muy diversos, y muy en especial de las características de su agricultura. En Francia, por ejemplo, una agricultura de pequeños y medianos propietarios, con unos ingresos ampliamente repartidos, aseguró un crecimiento industrial de ritmo más lento que el británico, pero sostenido y continuo. En los Estados Unidos la expansión agraria por tierras nuevas, el desplazamiento de la «frontera» hacia el oeste, favoreció un proceso de industrialización que se produjo en dos fases: comenzó con la producción textil de Nueva Inglaterra, en la primera mitad del siglo XIX, y prosiguió, a fines del mismo siglo, con la industria metalúrgica, estimulada por la construcción de los ferrocarriles, que transportaban los excedentes agrarios del interior a la costa. Estos encadenamientos que



Figura 5.8. Una obligación española.

favorecían la industrialización no se dieron en economías como la española, con una agricultura poco eficaz y de ingresos concentrados en pocas manos.

Más conocidas son las diferencias que nacen del volumen de capital necesario para la industrialización, que era muy distinto en el caso de los que llegaron primero y en el de los que lo hicieron más tarde. Los que inician una rama de producción nueva pueden hacerlo con un equipamiento elemental, que va progresando en la misma medida en que la aparición de nuevos productores que compiten con ellos les lleva a ir mejorando gradualmente la tecnología, reinvertiendo parte de sus beneficios. Los que pretenden entrar en esta misma actividad al cabo de unos años, cuando ya ha experimentado una primera fase de desarrollo, tienen que hacerlo en el nivel tecnológico y organizativo en que se encuentra en aquel momento, lo que implicará que tengan que invertir un capital mayor para producir en condiciones competitivas. Las primeras fábricas de automóviles eran pequeñas instalaciones casi artesanas; hoy no se puede pensar en entrar en este ramo sin unas grandes inversiones que permitan disponer de la compleja tecnología necesaria para competir con las grandes marcas.

Un razonamiento parecido sirve para los países en su conjunto. Los primeros que llegaron pudieron industrializarse sin contar

con mucho más que los capitales privados de los fabricantes y los créditos que recibían de los comerciantes o de la banca. Esto ha sido, sobre todo, el caso inglés.

Más adelante, sin embargo, el volumen de recursos necesario para industrializarse era cada vez mayor, ya que había que empezar con una tecnología cada vez más avanzada, y más cara. Los capitales no podían salir ahora de las fortunas personales, sino que había que reunirlos colectivamente a través de la emisión de acciones y obligaciones, que eran colocadas en la bolsa (tal se han financiado buena parte de los ferrocarriles franceses o españoles) (figura 5.8) o tenían que proceder de inversores con un volumen extraordinario de recursos, como los bancos (esto habría sido el caso alemán). Cuando el momento de entrada era todavía más tardío, y el atraso con respecto a los países que ya se habían industrializado resultaba mayor, ni siquiera bastarían los capitales de la banca, sino que sería necesario que el estado interviniere desviando recursos hacia la industria con subsidios y pedidos. Esto sería, por ejemplo, el caso de Japón, que inició su proceso de industrialización a fines del siglo XIX, y que consiguió un éxito considerable con esta fórmula.*

Un paso más allá lo representarían las industrializaciones de los denominados países «socialistas» en el siglo XX. La necesidad de hacer un rápido salto adelante para competir con los países capitalistas avanzados, partiendo como lo hacían de condiciones muy desfavorables, les llevó a buscar fórmulas de industrialización con una planificación centralizada, en que el estado no sólo financiaba y estimulaba el proceso, sino que lo protagonizaba directamente y destinaba a él todos los recursos necesarios, incluyendo el trabajo forzado de millones de personas. En un caso concreto, el de la Unión Soviética, este método obtuvo, aunque fuese con unos costes sociales muy elevados, unos resultados espectaculares en su primera fase, como lo demostró su capacidad de resistencia al ataque alemán durante la segunda guerra mundial (contra lo que pensaban los dirigentes nazis, la industria rusa podía producir más tanques y más aviones que la alemana), pero acabó fracasando ante su incapacidad para aumentar la productividad del trabajo. En otro caso, el del llamado «gran salto» de la China maoísta, la industrialización «estatal» no consiguió nada positivo y condujo al país a uno de los mayores desastres que se hayan conocido en la historia humana, desperdiciando los recursos empleados y haciéndose responsable de millones de muertos por hambre.

5.5. INDUSTRIALIZACIÓN Y DESARROLLO

Las visiones del crecimiento económico que dan un papel fundamental a la tecnología resultan sencillas y esperanzadoras: si el progreso económico depende de la tecnología, se puede pensar que será permanente, ya que la capacidad del hombre para el progreso técnico parece ilimitada. El auge de este optimismo se produjo al término de la segunda guerra mundial, cuando todos los profetas anunciaban que, con la energía barata que proporcionaría el átomo y con la automatización industrial, tendríamos un mundo en que la prosperidad general se conseguiría con jornadas más cortas, que harían que el único problema del hombre en el año 2000 fuese el de encontrar en que ocupar su ocio.

Este proceso podía, además, extenderse al conjunto del mundo para sacar a los países atrasados de su pobreza y llevarlos a la plenitud del «desarrollo». Esta idea se formuló en el «punto cuarto» del discurso inaugural del presidente Truman de 20 de enero de 1949. Junto al apoyo a las Naciones Unidas, el Plan Marshall y la creación de la OTAN, Truman propuso a los norteamericanos embarcarse «en un nuevo y vigoroso programa para hacer accesibles los beneficios de nuestros avances científicos y nuestro progreso industrial para la mejora y crecimiento de las áreas subdesarrolladas». El objetivo era «ayudar a los pueblos libres del mundo, a través de sus propios esfuerzos, a producir más alimentos, más vestidos, más materiales de construcción y más fuerza mecánica para aligerar sus cargas». Este discurso, el primero en que se interpretó el problema de la pobreza en términos de «subdesarrollo», inauguró un período de cerca de cincuenta años de mesianismo desarrollista: lo que Rist llama la doble utopía del «estado del bienestar» para los países del norte y de los programas de desarrollo para los países del sur.

La identificación de industrialización y desarrollo la culminó en 1960 W.W. Rostow en *Las etapas del crecimiento económico*, un libro que convertía una visión esquemática de la industrialización británica en un programa de política económica para los países pobres. El proceso industrializador pasaba, según Rostow, por cinco etapas, la principal de las cuales era el *take-off* o despegue: el impulso inicial que permitía pasar al «crecimiento autosostenido» (en Gran Bretaña, en concreto, el *take-off* habría tenido lugar entre 1783 y 1802), y las condiciones esenciales para alcanzarlo eran el aumento de la inversión y la existencia de un marco político «liberal».

* Un trabajo reciente discute el protagonismo de la banca en la financiación de la industria alemana, señalando la fuerte participación que el estado ha tenido en algunas de las iniciativas más costosas, como el ferrocarril. No siempre es fácil advertir cuál ha sido la participación del estado. En España, por ejemplo, las líneas férreas —a excepción de las catalanas, que se hicieron con capital local— han sido construidas sobre todo por compañías francesas, que emitían acciones y obligaciones en la bolsa de París (por esta razón la obligación que hemos reproducido tiene el texto en castellano y francés), pero el estado ha aportado garantías y subvenciones muy importantes.

* Immanuel Wallerstein reinterpretó la historia del crecimiento económico moderno como la de una economía integrada sustancialmente por las naciones del centro, que serían las que conseguirían crecer, y por las de la periferia, explotadas por las primeras.

Estos planteamientos simplistas fueron criticados por los «dependentistas» latinoamericanos, que sostenían que el crecimiento económico moderno implicaba una polarización —esto es, que los países desarrollados habían progresado a costa de los demás— y por la doctrina de la «autoconfianza» de Julius Nyerere, presidente de Tanzania, quien en la «declaración de Arusha», de 1967, proclamaba la necesidad de que los africanos luchasen contra la pobreza con sus propias armas, desarrollando sobre todo su propia agricultura de subsistencia, sin dar demasiada importancia a una industrialización para la que carecían de recursos. A esta línea crítica se sumaron en términos generales los «países del sur» organizados en el bloque de los «no alineados», que en la Carta de Argel, también de 1967, formulaban sus agravios contra los países industriales, pero que acabaron en 1974, en una «Declaración para el Establecimiento de un Nuevo orden Económico Internacional», limitándose a pedir más ayuda de los países industriales y un aumento del comercio internacional, lo que significaba volver al redil del «desarrollismo».

Esto sucedía, sin embargo, cuando la era de la expansión económica de posguerra tocaba a su fin. Las ilusiones que habían suscitado en los países avanzados las dos décadas de crecimiento prodigioso se desvanecieron. Lo que se había interpretado como una aceleración permanente de los ritmos de crecimiento resultó ser un episodio transitorio, y previsiblemente irreplicable en un futuro próximo. Las tasas de crecimiento del PIB *per capita* de los países desarrollados, que habían alcanzado máximos históricos en el período 1950-1973, se redujeron en el de 1973-1992 a cifras semejantes a las de los años 1870-1913, al tiempo que se agudizaba en ellos el paro y crecía una llamada «nueva pobreza», que no era mejor que la vieja:** la parte de la utopía que corresponde al «estado de bienestar» comenzó a entrar en crisis y sigue hoy desguazándose día a día.

Peor ha sido el caso de los países atrasados, que no sólo no han alcanzado el crecimiento que les prometía el desarrollismo, sino que han visto en 1973-1992 reducirse dramáticamente sus tasas de crecimiento, hasta llegar a convertirse en negativas en el caso de África. Fracasaron la mayor parte de los países que habían intentado repetir los modelos industrializadores avanzados, y que acabaron descubriendo que la receta no daba los mismos resultados en contextos diferentes. Pero no salieron mejor parados los que probaron vías alternativas. El hundimiento —primero económico y político después— de los países europeos del llamado «socialis-

mo real» arruinó las esperanzas que muchos habían depositado en este modelo de industrialización, y tampoco las terceras vías dieron resultado: tras la experiencia del «socialismo africano», Tanzania tiene en la actualidad un Indicador de Desarrollo Humano de 0,357, por debajo de los de Nigeria o Bangladesh. Medio siglo después de que, con el fin de la segunda guerra mundial, se iniciase lo que pretendía ser una nueva época de prosperidad general, el 20 por ciento de la población más rica del mundo tiene un 85 por ciento de la riqueza total, mientras que el 20 por ciento más pobre sólo tiene un 1,4 por ciento.

De acuerdo con las cifras del Banco Mundial, en 47 de los 133 países para los que se nos ofrecen datos el PNB *per capita* descendió entre 1985 y 1995, lo cual afecta a un total de unos 800 millones de hombres y mujeres, uno de cada siete de los habitantes del planeta. Estas cifras van a agravarse, además, en los próximos años como consecuencia de la crisis asiática (en Indonesia, por ejemplo, se ha calculado que cien millones de habitantes se encuentran ya por debajo de los niveles de pobreza).

Estos problemas se entienden mejor si los examinamos en el largo plazo, desde comienzos del siglo XIX hasta nuestros días. Se puede ver entonces que el proceso de divergencia gradual entre los países que siguieron la vía de la industrialización moderna —los que hoy llamamos países desarrollados— y los demás se inició entonces y no ha hecho más que proseguir y acentuarse con el paso del tiempo. Según los cálculos de Bairoch, en 1860 el PNB *per capita* de los países desarrollados no llegaba a ser el doble que el de los subdesarrollados; en 1913 era ya más del triple y en 1950 era cinco veces mayor. Las ayudas y los programas de desarrollo de las décadas siguientes no cambiaron esta tendencia: en 1970 era siete veces y en 1994 más de diez veces mayor.

En los últimos años la atención se ha desplazado del crecimiento económico propiamente dicho a una nueva valoración de la situación de los diversos países en términos de los Indicadores de Desarrollo Humano, que no sólo toman en cuenta los datos económicos sino el bienestar colectivo medido a través de la esperanza de vida y del acceso a la educación. Pero si estos nuevos índices han venido a poner de relieve la magnitud del problema de la pobreza en el mundo, no parecen haber servido para mejorar las cosas.

A los países subdesarrollados se les predica ahora la nueva fe de la «globalización» que sostiene que el crecimiento económico sólo se puede conseguir dentro de las reglas de una economía de

** Los estudios sobre la distribución de la riqueza en los Estados Unidos muestran el progresivo aumento de la desigualdad. En 1995 el 20% de las familias con mayores ingresos ganaban casi tanto como el 80% restante; desde 1970 el porcentaje de familias que están por debajo del límite de la pobreza está creciendo (los pobres son un 13,8% de la población total, pero llegan a ser un treinta por ciento entre los negros y los hispanos). Y si bien la mayoría de la población se siente como formando parte de la «clase media», «los Estados Unidos tienen hoy un porcentaje mayor de sus ciudadanos en prisión o viviendo en las calles, y más niños abandonados, que ninguna de las naciones con que pueden compararse adecuadamente» (Andrew Hacking, *Money, Who has How much and Why*, Nueva York, Scribner, 1997, p.240).

* Mientras el Banco Mundial pondera la bondad de sus recetas, los observadores independientes sostienen que a medio plazo los países que han adoptado estos programas de ajuste estructural han salido peor parados que aquellos que no lo han hecho (Walden Bello, *Dark victory The United States, structural adjustment and global poverty*, Londres, Pluto Press, 1994).

** Paul Krugman ha demostrado en su libro, *El internacionalismo moderno. La economía internacional y las mentiras de la competitividad* (Barcelona, Círculo, 1997), la inconsistencia de los intentos de comparar una economía nacional con una empresa; intentos que no proceden de economistas solventes, sino de políticos a la búsqueda de argumentos para justificar actuaciones estatales restrictivas.

*** No se trata sólo de las mafias y el gangsterismo. La economía rusa está hoy controlada por unos pocos magnates de los negocios que hicieron inmensas fortunas con las fórmulas de privatización instituidas por Yeltsin en 1995 (Mikhail Khodorkovsky, por ejemplo, compró por 168 millones de dólares el 79% de una empresa petrolífera que da unos beneficios anuales de 3.000 millones). Estos magnates controlan los principales medios de difusión, tienen cuerpos de seguridad privados (alguno de ellos con más de diez mil hombres) y ejercen una influencia considerable sobre la política. En contraste, han reaparecido en Rusia enfermedades que parecían haber desaparecido y la mortalidad ha aumentado (la esperanza de vida de los rusos pasó de 65 años en 1991 a 57 años en 1994), a la vez que la fertilidad caía de 2,2 nacimientos por mujer en 1987 a 1,3 en 1996.

mercado —olvidando que el mercado está muy lejos de ser un terreno neutral, sino que funciona con un sesgo en favor de quienes tienen en él una posición dominante y favorece tan sólo el enriquecimiento de los que ya son ricos—, sin restricciones ni intervención estatal, tal como la imponen los recetarios de ajuste estructural del Banco Mundial*, con dogmas irracionales como el de la «competitividad»** y con un código moral que santifica la libre iniciativa y la lucha por la supervivencia, y que no ha conducido, por ahora, a otra cosa que a «la globalización de la pobreza».

Cuán dudosa sea la validez de estas reglas lo muestra, por una parte, el hecho de que los únicos países subdesarrollados que habían conseguido «desarrollarse» después de la segunda guerra mundial eran los nuevos países industriales asiáticos, que lo hicieron con fórmulas que implicaban una fuerte intervención estatal, siguiendo el modelo de la industrialización japonesa. Sin olvidar que, incluso en este caso, el reciente colapso de sus economías ha puesto de relieve cuán frágiles eran las bases de su prosperidad. Lo muestra también, por otra parte, lo que ha sucedido en el caso de las viejas economías de «planificación centralizada», que, como la rusa, han adoptado las reglas salvadoras del mercado, y que se encuentran hoy en una situación caótica.***

La globalización de la economía tiene además otros aspectos preocupantes. Hasta ahora hemos vivido en un mundo de estados-nación, regidos por gobiernos que se supone que representan la voluntad mayoritaria de la población y que controlan la actividad económica que tiene lugar en su marco y le fijan unas reglas: jornada máxima de trabajo, salarios mínimos, seguros sociales... ¿Qué ocurrirá en un mundo en que las entidades políticas nacionales están inmersas en una actividad económica global: en que «la propiedad de los negocios y de la banca comercial (controlada por unas 750 corporaciones) trasciende las fronteras económicas»? Se calcula que las trescientas empresas multinacionales mayores controlan hoy una cuarta parte de los activos mundiales y los fondos de pensiones y de seguros están empujándose como un nuevo protagonista en este panorama. ¿Quién nos protegerá de unas corporaciones que ya son más poderosas que muchos estados? ¿De qué nos valen doscientos años de lucha por las libertades políticas y por el gobierno representativo, si lo fundamental para nuestros vidas puede depender en el futuro de unos consejos de administración y de unos gestores sobre los cuales se puede ejercer muy poco control social?

Parece evidente que el tejido económico real, donde la producción ha pasado a tener un papel secundario al lado del intercambio y la especulación, es hoy demasiado complejo para seguir analizándolo en los términos de los viejos modelos de la industrialización y el desarrollo.

LECTURAS RECOMENDADAS

- Basalla, George, *La evolución de la tecnología*, Barcelona, Crítica, 1991.
- Berg, Maxine, *La era de las manufacturas*, Barcelona, Crítica, 1987.
- , ed., *Mercados y manufacturas en Europa*, Barcelona, Crítica, 1995.
- Carreras, Albert, *Industrialización española: estudios de historia cuantitativa*, Madrid, Espasa, 1990.
- Chandler Jr., Alfred D., *Escala y diversificación. La dinámica del capitalismo industrial*, Zaragoza, Prentice-Hall, 1996, 2 vols.
- Deane, Phyllis, *La primera revolución industrial*, Barcelona, Península, 1991.
- Kriedte, P., H. Medick y J. Schlumbohm, *Industrialización antes de la industrialización*, Barcelona, Crítica, 1986.
- Landes, David S., *Progreso tecnológico y revolución industrial*, Madrid, Tecnos, 1979.
- Maddison, Angus, *La economía mundial 1820-1992. Análisis y estadísticas*, París, OCDE, 1997.
- Mokyr, Joel, *La palanca de la riqueza*, Madrid, Alianza, 1993.
- Naciones Unidas, *Estudio económico y social mundial*, 1998, Nueva York, Naciones Unidas, 1998.
- Nadal, Jordi, *El fracaso de la revolución industrial en España, 1814-1913*, Barcelona, Ariel, 1975.
- Pollard, Sidney, *La conquista pacífica. La industrialización de Europa, 1760-1970*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1991.
- Pounds, N.J.G., *Historia económica de la Europa medieval*, Barcelona, Crítica, 1987.
- Rule, John, *Clase obrera e industrialización*, Barcelona, Crítica, 1990.
- Taylor, A.J., ed., *El nivel de vida en Gran Bretaña durante la revolución industrial*, Trabajo, 1985.
- White, Lynn T., *Tecnología medieval*, Barcelona, Paidós, 1973.
- Wrigley, E.A., *Cambio, continuidad y crisis*, Crítica, 1993.
- ALGUNOS LIBROS MÁS AVANZADOS QUE CONVIENE CONOCER
- Braun, Rudolf, *Industrialisation and the working class*, Cambridge University Press, 1993.
- Brewer, J., y R. Porter, eds., *Consumption and the social order. The history of goods*, Londres, Routledge, 1993.
- Cotterell, B., y J. Kamminga, *Medieval technology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
- Crouzet, François, ed., *Capital and the industrial revolution*, Londres, Methuen, 1966.
- Daumas, Maurice, *Le cheval de Césaire. Les révolutions techniques*, Paris, Éditions du Seuil, 1991.
- Duplessis, Robert S., *Transitions to modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
- Endrei, Walter, *L'évolution des techniques du tissage du moyen âge à la révolution industrielle*, Paris, Mouton, 1968.
- Hasan, Ahmad Yusuf, *Islamic technology and the industrial revolution*, Cambridge University Press, 1993.
- Hudson, Pat, *The industrial revolution*, Oxford, Basil Blackwell, 1992.
- Mokyr, Joel, *The economics of the industrial revolution*, Cambridge University Press, 1993.

n, 1983.

World civilization, Oxford,

*The industrial revolution in
and the USA*, Cambridge,
Press, 1996.

*than a hundred men. A his-
ter wheel*, Baltimore, The
y Press, 1983.

te, eds., *Technology and the
y of Chicago Press*, 1997.
development, Londres, Zed

Sabel, Charles F. y Jonathan Zeitlin, *World of possibili-
ties. Flexibility and mass production in western in-
dustrialization*, Cambridge. Cambridge University
Press, 1997.

Smil, Vaclav, *Energies*. Cambridge, Mass., M. I. T. Press,
1999.

Snooks, Graeme Donald, ed., *Was the industrial revolu-
tion necessary?*, Londres, Routledge, 1994.

Weatherill, Lorna, *Consumer behaviour and material
culture in Britain, 1660-1760*, Londres, Routledge,
1988.

6

LAS FORMAS DE ORGANIZACIÓN COLECTIVA: I. LA SOCIEDAD

Si quisiéramos estudiar las formas de organización humana más primitivas, las asociaciones del tipo de la banda tal como debían existir entre los grupos de cazadores-recolectores de la prehistoria, tendríamos que hacerlo partiendo de la etología, del estudio de la conducta de los animales en lo que se refiere a la formación de grupos y al establecimiento de unas relaciones de dominación en su interior. Los antropólogos acostumbraban a pintarnos la vida de estos grupos primitivos como igualitaria y relativamente feliz: «la gente compartía los alimentos, no había pobres ni ricos; tomaban las decisiones colectivamente; algunas personas eran más influyentes que otras, pero no había jefes poderosos». Pero, como veremos al hablar de la guerra, esta imagen idílica de una humanidad inocente es harto discutible.

Estas serían, en todo caso, las sociedades de la prehistoria. Lo que nos interesa son las formas de organización propias y características de la historia, que no se refieren tanto a la relación entre el individuo y el grupo, como a formas más complejas, y más extensas, de dominación colectiva —de un grupo sobre otros grupos—, basadas en algún tipo de legitimación de la desigualdad: la raza, el género, la casta, el estamento o la clase.

6.1. SEXO, GÉNERO Y FAMILIA: LA HISTORIA DE LA MUJER

El sexo es una realidad biológica, el género es la definición cultural del comportamiento que se establece como apropiado para cada sexo en una sociedad y en un momento determinados: un conjunto de papeles sociales. Que la mujer sea la que pare los hijos es consecuencia del sexo, pero que se vista de una forma dife-

En la India los salarios reales de las mujeres son hoy poco más de la mitad que los de los hombres (un 51 por ciento). Una investigación efectuada en España sobre la base de los salarios pagados en 1993 a 1996 en la industria y en los servicios muestra que las mujeres cobran un 27 por ciento menos que los hombres por el mismo trabajo y que la diferencia es todavía mayor en el caso de quienes tienen titulación universitaria, donde la diferencia llega a ser del 54 por ciento.

** En los poemas homéricos se nos muestra tejiendo no sólo a Helena, Andrómaca y Penélope, sino incluso a Calipso y Circe, a pesar de su condición divina.

rente al hombre o que cobre un salario menor en el trabajo* es consecuencia del género: de la función que la sociedad asigna a cada uno de los sexos.

En la etapa de los cazadores-recolectores la mujer era sobre todo la encargada de la recolección y de las primeras etapas de la agricultura, mientras que el hombre se encargaba de la caza y de la ganadería. Con el desarrollo de la agricultura, y con la implicación de los hombres en el trabajo de la tierra, una de las actividades principales de la mujer pasó a ser la de hilar y tejer**, que alcanzó una considerable importancia al convertirse los tejidos en objeto esencial de comercio.

La situación dominante de los hombres en la sociedad, el patriarcado, aparece con el estado arcaico y tarda unos 2.500 años en configurarse: en determinar las actitudes de género necesarias para su sostenimiento. Los estados arcaicos, dice Gerda Lerner, se organizaron sobre la base de la familia patriarcal y aprendieron a someter a otros pueblos gracias a la práctica de someter a sus propias mujeres, culminada con la institucionalización de la esclavitud, que habría empezado por la esclavización de las mujeres de los pueblos vencidos. Así como las diferencias de estatus entre los hombres se basaban en su relación con las fuentes de riqueza, las diferencias entre las mujeres se basaban en su asociación dependiente de los hombres. La separación entre mujeres respetables y no respetables (el origen de la distinción entre «señoras» y «mujeres») se marcaría desde muy pronto con el uso del velo para cubrir el cuerpo de las que eran consideradas respetables.

Durante mucho tiempo las mujeres siguieron teniendo un papel importante en la esfera de la religión, unido a su poder de dar vida. Eran sacerdotisas, sibilas, videntes, adivinatoras, curanderas... Poco a poco, con el establecimiento de monarquías fuertes, las diosas fueron siendo postergadas y se convirtieron en simples esposas del dios masculino. El monoteísmo hebreo arrinconaría incluso a estas diosas de la fertilidad. El Génesis atribuye la capacidad creadora a un dios masculino y asocia la sexualidad femenina que no esté directamente destinada a la reproducción dentro de la familia a las ideas de pecado y de mal.

En el mundo clásico la mujer estaba subordinada; en Grecia era mantenida en una posición inferior por la convicción de que su «naturaleza», sometida a los impulsos físicos, la incapacitaba para funciones más responsables que el hogar y la procreación. De hecho, Aristóteles las consideraba como seres incompletos y defectuosos: pensaba que tenían menos dientes que los hombres y ni

siquiera las veía como el agente principal de la reproducción, sino como una especie de incubadora que se limitaba a albergar la fuerza generativa del hombre. En Atenas las mujeres no tenían derechos de ciudadanía, sino que eran consideradas, desde este punto de vista, como los esclavos o los extranjeros. Si en Grecia se practicaba el abandono de las niñas, en el mundo romano el padre estaba autorizado a matarlas.

El cristianismo, que había recibido del judaísmo un legado de hostilidad hacia las mujeres, no tuvo dificultades para asumir los valores de la sociedad romana. Sólo los grupos gnósticos y algunas «herejías» que predicaban el rigor moral harían una valoración mayor de las mujeres, liberadas del papel «sucio» que se les atribuía en la relación sexual.

La sociedad cristiana «ortodoxa» apartaba a la mujer de las funciones religiosas —lo sigue haciendo hoy— y confirmaba su subordinación, considerada como un hecho natural, que estaba corroborado por la debilidad de Eva. La mujer desaparecería ahora de la historia, donde se convertiría en poco menos que invisible, limitada a los papeles de esposa virtuosa o de virgen pura, por una parte, y de prostituta o de bruja, por otra.

Se consolidaba, a la vez, la diferencia entre las señoras —damas o monjas— y las mujeres, que tenían una función esencial en la sociedad agraria, tanto por su trabajo como por su condición de transmisoras de la cultura, y que en las ciudades podían ser también prostitutas, en una actividad condenada pero tolerada. San Vicente Ferrer aceptaba que hubiese «burdeles generales», pero quería que estuviesen «en un extremo de la ciudad», para que las mujeres públicas no contagiasen su bajeza al resto de la sociedad.

En la Sevilla del siglo XVI, una ciudad en que muchos de los maridos se habían ido a las Indias y donde los burdeles estaban en casas de propiedad de los canónigos, las mujeres eran muy importantes: había muchas monjas y muchas prostitutas, las dos funciones que el género asignaba a las que no podían convertirse en madres de familia; una para las ricas y otra para las pobres. Había un motivo para la abundancia de monjas: la dote de casamiento de una hija de buena familia podía ascender a unos 40.000 pesos, mientras que por 4.500 se la podía colocar en un convento, en una celda especial y con una o dos criadas esclavas. Conocemos el caso de un miembro de la familia Sandoval que tenía nueve hijas: casó a una hija «como era debido» y fundó un convento para colocar a las otras ocho (y además a su suegra): era mucho más económico que casarlas a todas.

hacen algo más importante que esto: es en sus rodillas donde se forma lo que de mejor hay en el mundo: un hombre honrado y una mujer honrada». Esta era su única función intelectual. La fundadora de la orden de la Asunción, una mujer sabia, diría en 1841 que «la instrucción no es importante para las mujeres». Michelet había escrito que «toda mujer es una escuela». Pero, ¿qué tipo de escuela? De las dos partes de la moral que Tocqueville señalaba, la que se ocupa de los asuntos privados y la que se refiere a los públicos, las señoras debían limitarse a la primera a causa de la inferioridad de su educación. En Francia la ley Falloux de 1850 sólo reconocía como necesaria para las mujeres la educación primaria. Cuando se organizó un bachillerato para chicas, se hizo en escuelas que se mantenían con la retribución que abonaban los padres, lo cual limitaba el acceso a las clases acomodadas, y enseñando en ellas un bachillerato distinto (por ejemplo, sin latín).

Tampoco las mujeres de las capas populares salieron bien libradas de esta época de cambios. El papel que habían tenido en la agricultura tradicional, tanto por su trabajo en el campo como por las actividades de elaboración y venta de productos, se vio seriamente amenazado por las transformaciones de la «revolución agrícola». Lo mismo sucedió con su actividad en la producción industrial, que había sido fundamental en la doméstica (los gremios habían procurado, en cambio, impedir que compitiesen con los hombres en las actividades que regulaban). En el trabajo asalariado la posición de las mujeres siempre había sido inferior. Tradicionalmente cobraban de un tercio a la mitad que los hombres, de acuerdo con la suposición de que el salario de la mujer debía cubrir sólo su subsistencia, mientras que el del hombre debía mantener también a su familia. En la fábrica, la especialización de las ocupaciones favoreció que el trabajo femenino fuese degradado a una categoría inferior y justificó que sus ganancias fuesen más bajas, lo cual la condenaba, por otra parte, a la disciplina familiar, ya que un salario industrial pensado para asegurar una manutención individual no bastaba para la de una madre soltera.

Nuestras imágenes sobre la condición femenina, formadas a partir de los modelos de las señoras, ignoran la importancia que ha tenido el trabajo de la mujer en el crecimiento económico moderno. A fines del siglo XIX las mujeres españolas se ocupaban sobre todo en los oficios del vestir (hilado, tejido, teñido, sastrería, zapatería) y trabajaban en jornadas de 12 y 13 horas en las fábricas y los talleres, pero había 2.500 en la minería y 821.000 en la

agricultura. En La Coruña cargaban y descargaban en el muelle y acarreaban escombros y tierra de los desmontes, por salarios que acostumbraban a ser la mitad que los de los hombres; en Asturias transportaban carbón en las minas; en Santander o en el Ferrol eran peones de albañil; en Valencia se dedicaban a hacer baldosas y cerillas, y en Vizcaya cargaban los minerales de hierro y el carbón en la ría de Bilbao. El 98 por ciento de ellas eran analfabetas.

Pero la ocupación dominante de las mujeres en el siglo XIX era el servicio doméstico (en Francia, al final del siglo, había cerca de un millón de criadas), hasta que, en el transcurso del siglo XX, prefirieron la seguridad y la libertad de la fábrica y se produjo una crisis del servicio doméstico que favoreció la mecanización de las tareas del hogar, encargadas ahora a la «señora», con la posible ayuda ocasional de una mujer que la ayudaba a horas.

La vida de las mujeres de las capas populares estaba originalmente mucho menos regulada por las convenciones que la de las señoras. En el caso de Inglaterra, por ejemplo, encontramos costumbres como la subasta de esposas —que E.P. Thompson nos ha explicado que solía ser una forma encubierta de divorciarse y de permitir que la mujer pudiese rehacer su vida con otro hombre— al lado de una actitud comprensiva hacia el hecho de que la esposa complementase los ingresos familiares con la prostitución. La homogeneización de la sociedad burguesa exigía, sin embargo, eliminar estas excepciones e imponer un modelo de familia patriarcal, que reservaba a la mujer una función subordinada, vinculada al servicio del marido, a la realización de las tareas del hogar y a la crianza de los hijos. La iglesia católica recordaría en 1880 en una encíclica que «el hombre es el cabeza de familia» y que la mujer le debe sumisión y obediencia, mientras que la ley civil la sometía a la tutela de un hombre (el padre, el marido, el juez), como confirmación de su inferioridad.*

El siglo XX ha visto cambios importantes en la situación femenina en los países desarrollados. En los años que siguieron a la primera guerra mundial las mujeres obtuvieron el voto en algunos países y reivindicaron la imagen de una «mujer nueva», liberada del papel que se le había asignado y autosuficiente (en contraste, el fascismo intentaría volver las cosas a su orden tradicional, exaltando al guerrero y devolviendo a la mujer a su función subordinada). Cambió también su apariencia: abandonó el corsé y adoptó vestidos más simples, que permitían adivinar un cuerpo moldeado ahora por la práctica de ejercicios deportivos.**

* La naturaleza de género del poder familiar la revela con claridad la expresión «llevar los pantalones» y, sobre todo, la frecuencia de la violencia física como forma de afirmación de la autoridad marital. Un estudio sobre Francia en los siglos XIX y XX muestra que la mayor parte de las mujeres maltratadas sufrían su situación sin protestar, aceptándola como natural, y que, cuando la brutalidad daba lugar a una denuncia ante la justicia, era frecuente que los maridos argumentaran que pegaban a su mujer para corregirla, que tenían derecho a hacerlo y que pensaban seguir haciéndolo.

** Chanel introdujo en la moda femenina elementos tomados del vestido masculino, del trabajo o del deporte; pero la gran revolución que iba a universalizar este nuevo estilo se produciría después de la Segunda guerra mundial con la invención del «prêt-à-porter», que ha permitido industrializar la moda.

hombre blanco. Pretensión desmentida no sólo por la historia —por hechos como la dedicación de Newton a la astrología—, sino por la irracionalidad cotidiana que domina nuestro mundo (el gobierno norteamericano ha mantenido durante veinte años un programa de investigaciones paranormales con fines militares, con un coste de millones de dólares y, como es lógico, sin ningún resultado práctico).

De la deducción de que los otros son inferiores, una especie de ser intermedio entre el hombre y la bestia, nace la justificación de la esclavitud, que es una de las instituciones humanas más antiguas, ya que existe desde el neolítico, y más persistentes. Los primeros documentos legales conocidos hacen referencia a la venta de esclavos. La primera mención escrita de la esclavitud aparece en el Ur-Nammu, el más antiguo de los códigos conocidos, y en el de Hammurabi los hombres se dividen en libres, dependientes y esclavos, con reglas y leyes diferentes para cada uno de estos grupos. La esclavitud es un fenómeno casi universal en las sociedades organizadas: los únicos que no la conocen son los cazadores-recolectores, como los indígenas australianos. Los griegos y los romanos la encontraban normal —a los griegos les encantaba ir a contemplar el espectáculo de la tortura de esclavos—, era abundante en Asia y muy importante en África, donde era la forma normal de propiedad, en lugar de serlo la de la tierra (los esclavos eran, además, necesarios para el transporte, a causa de la falta de animales de tiro).

¿Qué es un esclavo? La respuesta más sencilla es: un hombre propiedad de otro. Pero esta es una definición insuficiente porque hay una gran cantidad de matices entre el libre con plenitud de derechos y el esclavo: hay muchas formas de dependencia. Una teoría formulada por Nieboer decía que la esclavitud se produce allí donde abundan los recursos de libre disposición y no hay otra forma de explotación posible que la sujeción directa de los hombres. Cuando los recursos productivos están controlados —por ejemplo allí donde la tierra es propiedad de unos pocos—, se puede dominar a los hombres a través de sus medios de subsistencia, con la servidumbre, que ata al hombre a la tierra, sin necesidad de esclavizarlo.

La distinción que se hace con mayor frecuencia en el estudio de la esclavitud es la que existe entre la doméstica (el esclavo como sirviente de la casa) y la productiva (el esclavo como trabajador forzado en una plantación, mina o manufactura). Pero esta distinción es más formal que real, porque se puede pasar de una

condición a otra con facilidad (la imagen amable de la vida de los esclavos domésticos norteamericanos que nos ofrecen la literatura y el cine sirve para ocultar la realidad de la vida en la plantación).

Ya hemos dicho que los esclavos eran abundantes en Grecia y Roma. Siguió habiéndolos con el cristianismo, que no tenía mala conciencia por ello: hay textos en las cartas de San Pablo que no sólo la admiten, sino que dicen: «Esclavos, obedeced a vuestros amos». Y san Agustín escribe: «La causa primera de la esclavitud es el pecado que ha sometido al hombre al yugo del hombre, y esto no se ha hecho sin la voluntad de Dios, que ignora la iniquidad y ha sabido repartir las penas como pago de los culpables».* Si bien la manumisión era considerada como una acción piadosa, la Iglesia era uno de los más grandes propietarios de esclavos. En la España visigoda, por ejemplo, el concilio XVI de Toledo decía que una iglesia rural no podía mantener un cura a tiempo completo si no tenía como mínimo diez esclavos a su servicio (y con tan sólo diez se la calificaba de «paupérrima»). El 46 por ciento de las leyes que se conservan de los visigodos entre el año 567 y el 700, desde Leovigildo a Égica, se refieren a esclavos. La ley sálica fijaba la compensación por el robo de un esclavo en la misma suma que se pagaba por un buey, pero menos que por un caballo. Las leyes determinaban que un hombre cayese en la esclavitud por deudas, cuando no podía devolver lo que se le había prestado, y permitían que los padres vendiesen a los hijos como esclavos hasta los 14 años (después de esta edad era necesario el consentimiento del hijo para la venta).

La esclavitud rural, que era predominante en el mundo antiguo, desapareció hacia el año 1000, reemplazada gradualmente por la servidumbre, que ataba el campesino a la tierra. Seguía, sin embargo, habiendo esclavos, sobre todo urbanos: domésticos o utilizados como trabajadores de oficios. La mayor parte de los que se vendían en la Europa medieval eran denominados «eslavos» (es ahora cuando se difunde la forma *sclavus* para designar lo que en latín se denominaba *servus*), como reflejo de sus lugares de procedencia, que solían ser las colonias genovesas y venecianas del mar Negro, pero no eran sólo eslavos, sino también turcomongoles o caucasianos.

En los siglos XV y XVI cambió la procedencia fundamental de los esclavos y se vendieron en Europa grandes cantidades de negros africanos. En el norte de África había tantos negros que los europeos creían que todos sus habitantes lo eran (por este motivo

* De civitate Dei, XIX, 15.

* Además, una parte del precio de los esclavos se ha pagado a los africanos en «caurís», unas conchas de las islas Maldivas usadas como moneda en los mercados africanos. Los europeos, una vez instalados en África como colonizadores, inundaron los mercados de otras conchas más baratas, provocando una inflación que redujo el valor de las anteriores, y acabaron negándose a aceptarlas como moneda, con lo cual se esfumó una parte de las ganancias que habían hecho los africanos con las exportaciones de esclavos.

** La historia de la esclavitud moderna es también la historia de las revueltas de los esclavos. La primera insurrección la protagonizó en 1522, en Santo Domingo, un grupo que pertenecía a Diego Colón, hijo del descubridor; fueron vencidos y la mayor parte de los supervivientes, ahorcados. Desde este momento las fugas y las revueltas nunca cesarían. Algunas condujeron a instalar asentamientos independientes, «quilombos», el más famoso de los cuales sería la «república negra» de Palmares, en Pernambuco (Brasil), que duró casi todo el siglo XVII.

*** Los culís eran trabajadores contratados a quienes se había avanzado el precio de su viaje, pero lo más normal era que no llegaran a recibir ningún sueldo, ya que el descuento del viaje y de sus gastos de mantenimiento sobrepasaba el valor de sus salarios, por lo menos en las cuentas de sus patronos. Como no eran esclavos, los gobiernos no podían perseguir legalmente su comercio — el llamado «comercio de cerdos» — que se efectuaba en condiciones similares al de los esclavos, con mortalidades — por malos tratos, enfermedades o suicidio — que podían llegar al 40 por ciento de los hombres transportados. Una comisión china enviada a Java en 1873 descubrió que ocho de cada diez culís entrevistados declaraban haber sido empujados o secuestrados, y que, una vez llegados a Cuba, habían sido vendidos si no fueron esclavos.

del océano), pero también los plantadores e incluso los consumidores, que gracias a la «trata» han podido tener más algodón, café y tabaco a buen precio.*

La «trata» se abolió oficialmente a principios del siglo XIX, después de la conmoción producida por la gran revuelta de los esclavos haitianos,** pero sobrevivió más o menos clandestinamente durante varias décadas (de 1821 a 1852 se llevaron de África a las plantaciones del Brasil 1.100.000 esclavos). Que se aboliese la «trata» no significa, sin embargo, que se suprimiese la esclavitud. España prohibió oficialmente la «trata» en 1817 (aunque la siguió tolerando para proveer de mano de obra los ingenios cubanos), pero mantuvo la esclavitud durante muchos años. Francia la abolió en 1792, la restableció en 1802 (por obra de Napoleón) y la volvió a prohibir en 1848, pero toleró la existencia de esclavos en sus colonias africanas hasta el siglo XX.

Para suplir la «trata» se creó un nuevo comercio de hombres procedentes de China y del sudeste asiático: los «culís», que embarcaban en teoría como trabajadores contratados, pero en unos términos que les condenaban a largos períodos de trabajo forzado en Australia, California, Canadá, Perú (donde morían rápidamente como consecuencia del trabajo de recogida del «gummi», que servía de fertilizante a la agricultura europea), Cuba (donde, ante la desesperación de los plantadores, los miembros de la «raza malvada» de los chinos se suicidaban a menudo) o en África oriental y del sur. Se calcula que en el transcurso de un siglo, de mediados del siglo XIX a mediados del XX, se han extraído de Asia entre un mínimo de 12 y un máximo de 37 millones de culís.***

La esclavitud ha desaparecido legalmente hace muy poco tiempo. En 1944, en la «26ª Conferencia Internacional del Trabajo» se proclamó: «El tráfico de esclavos y la esclavitud en todas sus formas serán prohibidos y suprimidos». En 1948 la Naciones Unidas asumieron este principio en la Declaración de Derechos del Hombre y en 1954 constituyeron un comité para vigilar que se cumpliera. Arabia Saudí la abolió oficialmente en 1962 (aunque se tienen noticias de peregrinos que han ido a la Meca llevando esclavos como cheques de viaje) y los sultanatos de Mascate y de Omán lo hicieron en 1970, pero parece seguir subsistiendo hoy en el Sudán (no sólo en África, sin embargo: hace pocos años una mujer de Detroit vendió a su hijo a los traficantes de droga para pagarles una deuda de mil dólares).

La verdad es que, más que abolida, la esclavitud ha sido reemplazada en el siglo XX por formas de peonaje y de retención

por deudas que se siguen practicando y, sobre todo, por modalidades de explotación de las mujeres y los niños, que no se diferencian mucho de la servidumbre, y que han permitido hacer grandes beneficios a las marcas de ropa y de calzado deportivo que se aprovechan del bajo precio de este trabajo.

El racismo ha servido también para justificar formas muy diversas de discriminación en el seno de las propias poblaciones europeas, como en el caso de los judíos o de los moriscos en la Península Ibérica, que no fueron expulsados por no ser cristianos —no hay motivos para dudar de la buena fe de la mayoría de ellos— sino por ser distintos. Conversos y moriscos (descendientes de judíos y de musulmanes convertidos) seguían pareciendo extraños y peligrosos, aunque fuesen cristianos. En la baja edad media los «cristianos viejos» sentían repugnancia por los judíos porque cocinaban con aceite de oliva en lugar de hacerlo con grasa de cerdo, y sostenían que esta «cocina mediterránea» era repulsiva. No importa que entre los descendientes de judíos conversos haya gente como Luis Vives o como Santa Teresa de Jesús, o que entre los «marranos» exiliados se encuentren grandes figuras intelectuales como Spinoza: la convicción de la superioridad racial del «cristiano viejo» durará hasta el siglo XX.

Con los moriscos convertidos ocurrió una cosa parecida. El problema tampoco era su religión. A comienzos del siglo XVII Cervantes les acusaba sobre todo de trabajar y ahorrar demasiado: «Todo su intento es acuñar y guardar dinero acuñado; y para conseguirle trabajan y no comen». Y pedía su expulsión —que efectivamente se produjo, y en condiciones inhumanas—, porque consideraba que «España cría y tiene en su seno tantas víboras como moriscos». Cuál fuese la naturaleza del problema lo muestra el hecho de que hasta 1833 se exigiese en España un expediente de «limpieza de sangre» —es decir, un certificado de que no se tenía ningún antepasado judío o musulmán— para aspirar a una plaza de maestro de escuela: lo importante no era la religiosidad del individuo, sino la «sangre» que pudiese haber heredado.

En el siglo XIX los argumentos raciales serían utilizados para legitimar las diferencias sociales en Europa y, en especial, para justificar la superioridad de la aristocracia, que se suponía que estaba integrada por los descendientes de una raza superior de conquistadores (los normandos en Inglaterra, los germanos en Francia), dominadores naturales de una población racialmente distinta e inferior (los sajones en Inglaterra, los galos en Francia). La decadencia de los imperios y de las civilizaciones era explicada pre-

cisamente por la mezcla de sangres que, con la hibridación, conducía a la degeneración de las razas creadoras.

Estas ideas raciales serían el fundamento mismo de la política nazi que llevó al exterminio de más de cinco millones de judíos, gitanos, homosexuales, comunistas y otros «seres inferiores», en nombre del principio de que pertenecían a especies distintas al ario germánico superior, y reinventó las reglas de la esclavitud en las fábricas alemanas que empleaban trabajadores forzados y en los campos de concentración.* Siempre que se cae en la tentación de suponer que los hombres no sólo son diferentes —que lo son, evidentemente, no sólo por el color de la piel, sino por la cultura o la educación—, sino que lo son fatalmente, y que la inferioridad de algunos es hereditaria, abrimos paso a todas las aberraciones que justifican la explotación esclavista.

Por otra parte, el racismo del siglo xx está muy lejos de limitarse a los nazis. En el período que siguió al término de la primera guerra mundial —una época que vio el auge del Ku Klux Klan, con más de dos millones de afiliados— se practicó en Estados Unidos una política de esterilización de «variedades biológicas [humanas] socialmente inadecuadas»** y se puso en marcha una política de restricciones a la inmigración destinada a «mantener pura la sangre de América», favoreciendo la entrada de individuos de «raza nórdica» y dificultando la de gentes de los pueblos mediterráneos, de eslavos, judíos y otras razas inferiores.

En nuestra misma época hay un retorno de las actitudes racistas dirigidas contra los inmigrantes en muchos países europeos, e incluso una nueva «ciencia racista», que tiene una vigencia especial en los Estados Unidos, donde sirve para justificar la marginación de los estratos sociales más pobres,*** a los que se considera incapaces de mejorar, lo cual justifica la supresión de los programas de bienestar. No se trata, en este caso, tan sólo de la actitud de grupos extremistas como el de la Nación aria —que sostiene que los judíos son satánicos y los negros subhumanos—, sino que hay también científicos financiados por fundaciones como el «Pioneer Fund» (que gasta un millón de dólares al año para la promoción de estudios sobre raza y eugenesia) que están difundiendo una nueva visión del racismo, que puede suscitar protestas en el mundo intelectual, como sucedió en 1994 con la publicación de *The Bell Curve*, pero que se traduce en la realidad por la implantación de medidas legales que limitan los derechos sociales de los hijos de los inmigrantes, sin que en este caso haya tantas protestas.

* Tadeus Borowski, recordando su experiencia de trabajador forzado en Auschwitz, diría: «Ahora me doy cuenta del precio que se pagó por construir las civilizaciones antiguas ... Cuánta sangre se debe haber derramado en los caminos, en los baluartes y en las murallas de Roma.»

** Tan sólo en el estado de Virginia se han esterilizado más de 7.500 personas entre 1924 y 1980: débiles mentales, pero también prostitutas, madres solteras, delinquentes menores de edad y niños con problemas de conducta.

*** La coincidencia entre raza y marginación se da también en América Latina. En México el porcentaje de población por debajo de la línea de la pobreza es de un 80,6 por ciento para los indígenas y de un 17,9 por ciento para los no indígenas. En Perú las cifras son de un 86,6 por ciento y un 53,9 por ciento respectivamente.

6.3. CASTAS, ESTAMENTOS Y CLASES

Una de las formas más antiguas de organizar la desigualdad social es la casta, que tiene elementos del racismo y de las concepciones de una sociedad estamental. Un sistema de castas se define como una organización jerárquicamente ordenada de unidades endogámicas (es decir, de grupos cuyos miembros sólo se casan y reproducen entre ellos), la pertenencia a las cuales es hereditaria y permanente. Su justificación acostumbra a ser religiosa y a basarse en motivos de pureza. El más conocido es el sistema de castas de la India, que comprende cuatro castas o *varna* («color» en sánscrito) principales: los *brahmanes* (que pueden o no ser sacerdotes y esto marca una división adicional dentro de ellos), los *kshatriya* (que son fundamentalmente los guerreros), los *vaishya* (agricultores, ganaderos, comerciantes, artesanos, hombres de oficio: los productores, en su nivel medio) y los *shudra* o intocables (los parias). Este es el esquema esencial, aunque hay muchas mezclas intermedias y grupos que quedan al margen del sistema.

Según el hinduismo la división en castas emana de los dioses y es inmutable: todos los hombres habrían salido de Manu: los *brahmanes*, de la cabeza; los *kshatriya*, de los brazos; los *vaishya*, del muslo, y los *shudra*, de los pies. Es posible que este sea el origen de las concepciones europeas que ven la sociedad como un cuerpo humano, cuyas partes son distintas por sus funciones y dignidad, pero dependen unas de otras, y también el de la idea que preside la ordenación de la sociedad en estamentos.

Shudra parece que era en principio un nombre genérico para toda una serie de castas inferiores, la mayor parte de cuyos miembros pertenecían a los pueblos conquistados, no arios, que habitaban anteriormente en la India. Las otras tres castas, por contra, representarían a la población aria, organizada según la división trifuncional tradicional: los que rezan, los que luchan y los que trabajan. Puesto que la fundamentación religiosa de la casta se asocia a un criterio de pureza, se entiende que el *shudra* sea considerado «sucio», «impuro», y que no sólo no pueda tocar al *brahman*, sino que existan reglas que fijan a qué distancia de él debe mantenerse para no contaminarlo. No ha de extrañar que los *shudra* integren una gran parte de los grupos más pobres de la sociedad india.

Los manuales de sociología hablan de sociedades de castas, sociedades estamentales y sociedades de clases. Ya hemos visto cómo es la sociedad de castas. La de estamentos es la que encon-

tramos en la edad media europea y que ha durado hasta la crisis de lo que se denomina el Antiguo régimen. La base de este sistema es una especie de división social del trabajo que se presenta como una forma de organización impuesta por Dios. Según esta ordenación, los hombres tienen tres funciones esenciales en la sociedad: unos rezan a Dios para obtener su ayuda (son los clérigos), los otros cumplen el papel de defender a la sociedad de sus enemigos internos y externos (son los caballeros o militares) y los terceros, que forman la gran masa, trabajan para sustentarse a sí mismos y para mantener a los demás (a los que rezan por ellos y a los que los defienden).

Como se puede ver este es un esquema bastante parecido al de la sociedad india de castas, que podría completarse si consideramos que en la Europa del Antiguo régimen la casta inferior de los parias estaba integrada por los marginales, los judíos y los esclavos. Se ha podido afirmar, por ello, que esta concepción de la sociedad medieval europea —los tres órdenes del feudalismo—, que se nos quiere presentar como una derivación de ideas cristianas, procede en realidad de esta antigua concepción «indoeuropea» de la trifuncionalidad social.

De acuerdo con el esquema estamental, la sociedad se organiza en unas capas —órdenes, estamentos o estamentos— que, como las castas, son en buena medida endogámicas y hereditarias (la condición de noble se hereda). Pero si, en apariencia, los grupos sociales eran tres en la sociedad estamental, en la realidad eran más bien dos, el de los privilegiados y el que incluía todo el resto de la sociedad, ya que aunque los cargos de la jerarquía eclesiástica no eran hereditarios —a los clérigos no les estaba permitido casarse— acostumbraban a recaer esencialmente en miembros del estamento nobiliario, que era en buena medida impermeable, ya que los casamientos mixtos eran casi inexistentes.* De hecho la idea misma de aristocracia —palabra griega que significaba «gobierno de los *aristoi*» o sea «de los mejores» — se basa en la suposición de que los aristócratas son de una especie diferente y superior y que, en consecuencia, sus hijos son mejores por nacimiento (son «de sangre azul», se dice todavía).

De acuerdo con esta ordenación, cuando en los estados europeos se organizaban cortes, se dividían normalmente en tres brazos, estados o estamentos: brazo eclesiástico, militar y real («real» equivalía en esta terminología al resto de la sociedad: los no privilegiados) y las resoluciones de estas cortes, que con la aprobación del rey se convertían en leyes, se votaban por estamentos y

debían presentarse por acuerdo de los tres (hubo casos, sin embargo, en que el rey aceptó propuestas que sólo tenían el asentimiento de los dos estamentos «superiores»). Hay excepciones a este sistema. En Inglaterra el parlamento tenía, y tiene, dos cámaras: la de los lores y la de los comunes (la primera, que reunía nobleza y jerarquía eclesiástica, era hereditaria, por lo que se refiere a los nobles laicos, y tenía la facultad de vetar las propuestas hechas por la de los comunes). En Suecia y en algún otro sitio había cuatro estamentos, porque los campesinos formaban el cuarto (en el siglo XX ha sido frecuente usar la expresión «cuarto estado» para referirse a los trabajadores asalariados).

Una de las características básicas de la sociedad estamental era que los dos estamentos principales tenían una serie de privilegios ante la ley, además del importantísimo de no pagar las cargas impositivas de carácter personal. En castellano esta distinción se señalaba con las palabras hidalgo (el noble como hijo de alguien de valor) y pechero (que designa a quien paga pechos, o sea impuestos personales). Pero llegó un momento en que no se podía seguir sosteniendo la vieja legitimación de los privilegios: los ejércitos europeos no estaban ya integrados por los señores y por los hombres de armas que les seguían, sino por soldados profesionales y de leva, de manera que los plebeyos dejaron de encontrar justificado el hecho de que los nobles estuviesen exentos de pagar impuestos y recibiesen una serie de ingresos en nombre de la teoría que hacía de ellos los defensores de todos. Una de las causas iniciales de la Revolución francesa fue el descontento de los miembros del tercer estado, que incluía a la burguesía, por verse marginados del gobierno del país (figura 6.2.).

Lo que reclamaban los burgueses en Francia era el reconocimiento legal de un hecho, la jerarquía de la fortuna, que ya había sido señalado por Fernando Álvarez de Toledo en 1602 al decir: «Tres estados se consideran en la República: el uno de ricos, el otro de pobres, y el otro de los que tienen moderado caudal con que pasar».*

La sociedad que reemplazará a la estamental será en teoría una sociedad igualitaria, en la medida en que no se basa en los privilegios hereditarios: una sociedad de «ciudadanos», miembros iguales de una comunidad nacional. Pero será una sociedad estratificada en función de la riqueza. Cuando llega el momento de votar, se teme el voto de los pobres, porque se piensa que actuarán en función de sus intereses y, siendo más que los ricos, podrán subvertir las reglas de propiedad que les marginan del bienestar,

* La guía de confesores de Azpilcueta, publicada en el siglo XVI, señalaba, en el caso hipotético de un hombre que hubiese seducido a una doncella prometiéndole el casamiento y no lo hubiese cumplido, que no había obligación de cumplir la promesa si el hombre era un caballero y la mujer era plebeya, porque ella tenía que saber que un casamiento de esta índole era antinatural, y no se podía considerar engañada.

* Que una significación que y conflictos «legitimadora» mentos. Del que esta fu abandonado ciudad de clu yan liquidad lores, como de una arist tancia, en In los lores».



Figura 6.2. Los tres estados en una representación revolucionaria francesa. Los que empezaron a querer cambiar la situación no fueron, sin embargo, los campesinos, como el que figura en el grabado, sino los burgueses, menos oprimidos pero mal avenidos con el orden estamental. Un predicador inglés del siglo XIV había dicho: «Dios ha hecho al clero, a los caballeros y a los trabajadores; pero el demonio ha hecho a los burgueses y a los usureros.»

de modo que se decide que sólo puedan ser elegidos los más ricos y que sólo puedan votar los que tienen unos mínimos de propiedad o de riqueza. Es lo que se denomina voto censitario, que divide a los hombres en dos grupos: los propiamente ciudadanos, que son los que tienen derechos políticos y civiles, y los habitantes, que sólo tienen derechos civiles (y que, lógicamente, son la inmensa mayoría).

Es entonces cuando el doble juego de términos de la clasificación estamental y de la basada en la fortuna acaba cuajando en una sola gradación de «clases», que mezcla criterios descriptivos con otros relacionados con la índole de la riqueza, como puede verse en un teórico inglés que a mediados del siglo XVIII describe la sociedad como integrada por cinco clases: la nobleza, los pro-

pietarios agrarios, los negociantes, los hombres de oficio y los campesinos.

Las definiciones de clase son muy diversas, pero todas tienen en común el reconocimiento del hecho de que en una sociedad basada en la riqueza el elemento diferenciador es la naturaleza de la que se posee. Karl Marx, que utilizaba los conceptos y el lenguaje de su tiempo, definió tres clases principales, no únicas, según cuál fuese la base de su riqueza y la naturaleza de sus ingresos: la de los burgueses (propietarios de capital que obtienen el beneficio de éste), la de los terratenientes (propietarios de la tierra de la cual obtienen la renta) y la de los proletarios (que no tienen otra propiedad que su fuerza de trabajo y obtienen de ella el salario).

La mayor parte de las tipologías sociales construidas posteriormente acentúan el aspecto descriptivo y establecen una serie de gradaciones que atenúan las diferencias internas. De la burguesía se separa, muy pronto, una «pequeña burguesía» diferenciada de la grande; en la «clase obrera» se hacen distinciones entre «obreros especializados» y «obreros no especializados», y se habla de una «aristocracia del trabajo». Se recurre, sobre todo, a dibujar un amplio espectro de «clases medias» que rompen la imagen de enfrentamiento que aparece a menudo asociada a la idea de clase (figura 6.3).

Porque, al margen de clasificar a los hombres, la noción de clase ha servido desde su origen para expresar unas solidaridades, y en especial la de los asalariados, que se pueden traducir en enfrentamientos con otras clases (en este caso con la de los empresarios burgueses). De hecho la concepción moderna de «burgués» no es una invención intelectual, sino que ha nacido de una experiencia vivida (o, si se quiere, «sentida») de los trabajadores. Esta palabra, que originariamente sólo quería decir «habitante del burgo o ciudad», empezaron a utilizarla con un sentido nuevo los trabajadores franceses del siglo XVIII, antes de la Revolución, para designar a su patrón como «el burgués», sin tener en cuenta si era ciudadano o campesino, noble o plebeyo. Lo que querían expresar con esta denominación era la polaridad que relacionaba —y enfrentaba— al empresario y al asalariado.

De esta base nace una concepción de clase que la interpreta como una relación dinámica, histórica, entre grupos humanos. Es la que E.P. Thompson ha enunciado con estas palabras:

Por clase, entiendo un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados, tanto por lo

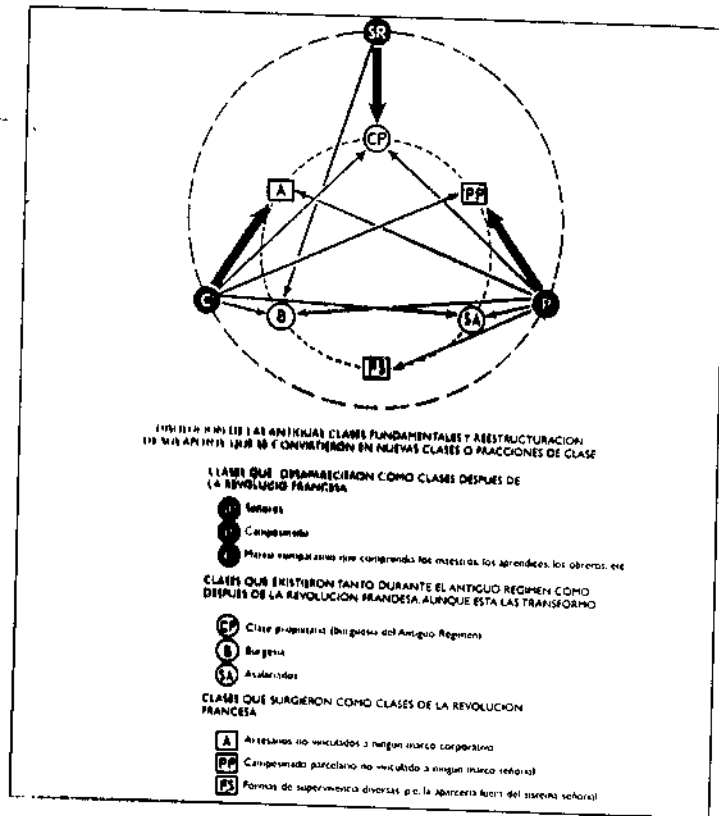


Figura 6.3. Un esquema de clases para la Francia de los tiempos de la Revolución, según Régine Robin

que se refiere a la materia prima de la experiencia, como a la conciencia. Y subrayo que se trata de un fenómeno histórico. No veo la clase como una «estructura», ni siquiera como una «categoría», sino como algo que tiene lugar de hecho, y se puede demostrar que ha ocurrido, en las relaciones humanas. La clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultados de sus experiencias comunes, heredadas o compartidas, sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos (y habitualmente opuestos a) los suyos.⁶

De la contraposición entre empresarios y trabajadores asalariados ha nacido el movimiento obrero, que aunque tiene su ori-

⁶ E.P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989, I, pp. XIII-XIV. Por eso se entiende que el mismo Thompson haya podido hablar de «lucha de clases sin clases», al referirse a la sociedad inglesa del siglo XVIII.

gen en las asociaciones de oficio del Antiguo régimen que defendían los intereses de los oficiales frente a los muestros de los premios, adquiere unas características nuevas en el sindicalismo moderno.

Los sindicatos nacieron en la primera mitad del siglo XIX como organismos de defensa de los trabajadores especializados (sólo mucho más tarde aceptaron a los trabajadores sin especializar y a las mujeres). Los sindicatos ingleses, tras la decepcionante experiencia del «cartismo» (en que lucharon en vano por la democratización del estado), pasaron a preocuparse esencialmente por negociar con los patronos los salarios y las condiciones de trabajo.

Frente a este sindicalismo despolitizado surgiría otro que cuajó en la Primera Internacional (AIT), fundada en Londres en 1864, que proclamaba que la emancipación de los trabajadores debía ser obra de ellos mismos y que sólo la conseguirían si tomaban el poder político. Planteaban también la socialización de los medios de producción, incluida la tierra, de manera que el *Times* denunció que el mundo se encontraba ante una amenaza parecida a la de la invasión de los bárbaros, que podía poner en peligro la civilización misma. La primera realización de estas ilusiones pareció producirse con la experiencia de la Comuna, que en sus dos meses de gobierno en París disolvió el ejército permanente y la policía (reemplazándolos por el pueblo en armas), creó organismos integrados por representantes elegidos que eran permanentemente responsables y podían ser revocados, separó la Iglesia del Estado e intentó agrupar a los trabajadores en cooperativas. El precio que los revolucionarios pagaron por este atrevimiento fue el fusilamiento, la prisión o el exilio de unos cien mil *communards*. En pleno terror represivo, en junio de 1871, un revolucionario escondido en París, Eugène Pottier, escribió la letra de *La Internacional*, un himno que convocaba a la tarea de una transformación social a los condenados de la tierra y a los forzados del hambre, y que expresaba la esperanza de un mundo nuevo donde no habría «ni dios, ni César, ni tribuno». El objetivo de la lucha de clases, tal como la planteaban esos hombres, era precisamente la abolición de las clases: la eliminación del fundamento en que se basaba la sociedad burguesa.

El próximo intento en esta dirección, el del estado soviético llegado al poder por medio de la revolución bolchevique de 1917, no hizo realidad estas esperanzas, pero suscitó un reflejo de miedo en la sociedad burguesa que explica su rechazo de cualquier concepción social que reconozca la existencia de divisiones y enfrenta-

Para hacer frente a las limitaciones de esta visión estática presenta para el estudio de la historia, se han buscado soluciones a medio camino, como la de la teoría newberiana del «entramiento» (interlocking), que se basa en los esfuerzos de los diversos grupos sociales para asegurar una posición privilegiada a costa de los demás.

mientos internos. La visión dinámica de la sociedad sería así reemplazada por otra estática, que multiplicaba las gradaciones y valoraba sobre todo las relaciones de interdependencia funcional entre los diversos grupos.*

No parece, sin embargo, que las experiencias de polaridad y de enfrentamiento sean cosa del pasado. En una sociedad como la actual, que lejos de tender a la igualdad está viendo crecer cada año las diferencias que existen en su seno, y donde se están perdiendo los que parecían ser logros permanentes de la lucha sindical (estabilidad en el trabajo, seguros sociales), parece poco razonable querer eliminar los conceptos que expresan e interpretan esta situación. Otra cosa es que tales conceptos deban afinarse para adecuarlos a las realidades presentes, en las que, por ejemplo, el viejo patrón ha sido a menudo reemplazado por la dirección gerencial de la empresa, que puede no tener participación en la propiedad de ésta, o tenerla muy pequeña (mientras los accionistas «propietarios» tienen cada vez menos poder directo sobre la gestión).

Pero será difícil prescindir del concepto de «clase social» mientras nuestra sociedad siga siendo, como lo es hoy, una sociedad compuesta por grupos a los que divide y enfrenta una desigualdad creciente. Si Margaret Thatcher proscribió la idea misma de «lucha de clases», a la vez que la practicaba aplastando la huelga de los mineros, la derecha norteamericana trata de diluir el problema de la desigualdad con el concepto de *underclass*, un inmenso grupo marginal donde se agruparía la masa creciente de los pobres, con la idea de atribuir su situación a algún tipo de inferioridad «natural» (biológica o cultural) y de exculpar a la misma sociedad de cualquier responsabilidad por la pobreza y la marginación de los desarraigados.

LECTURAS RECOMENDADAS

Amelang, J., y M. Nash, eds., *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1990.

Anderson, B.S., y J.P. Zinsler, *Historia de las mujeres*, Barcelona, Crítica, 1991, 2 vols.

Cavalli-Sforza, L. y F., *Quiénes somos. Historia de la diversidad humana*, Barcelona, Crítica, 1994.

Duby, G., *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Barcelona, Petrel, 1980.

Finley, M.I., *Esclavitud antigua e ideología moderna*, Barcelona, Crítica, 1982.

Heers, Jacques, *Esclavos y sirvientes en las sociedades mediterráneas durante la Edad Media*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1989.

Klein, Herbert S., *La esclavitud africana en América Latina y el Caribe*, Madrid, Alianza, 1986.

Lerner, Gerda, *La creación del patriarcado*, Barcelona, Crítica, 1990.

Pérez de la Riva, Juan, *El barracón. Esclavitud y capitalismo en Cuba*, Barcelona, Crítica, 1978.

Vázquez García, Francisco, y Andrés Moreno Mengíbar, *Poder y prostitución en Sevilla*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1996, 2 vols.

ALGUNOS LIBROS MÁS AVANZADOS QUE CONVIENE CONOCER

Blackburn, Robin, *The making of New World slavery*, Londres, Verso, 1997.

Bush, M.L., ed., *Social orders and social classes in Europe since 1500: Studies in social stratification*, Londres, Longman, 1992.

Bush, M.L., ed., *Serfdom and slavery. Studies in legal bondage*, Londres, Longman, 1996.

Hannaford, Ivan, *Race. The history of an idea in the West*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1996.

Herlihy, David, *Women, family and society in medieval Europe*, Providence, Berghahn Books, 1995.

Hudson, Pat, y W.R. Lee, eds., *Women's work and the family economy in historical perspective*, Manchester, Manchester University Press, 1990.

Hufton, Olwen, *The prospect before her. A history of wo-*

men in the south, 1800-1900.

Inkot, J.P., *Trade effects in Africa*, 1998.

Klein, Martin, *Africa. Culture*, 1998.

Lerner, Gerda, *New York*, 1998.

Lovejoy, Paul E., *Slavery in Africa*, Press, 1981.

Martin-Fugier, Annie, *Le féminisme a Paris*, 1998.

Mukherjee, Pradipati, *Novels in India*, New Advanced Study, 1998.

Piguet, Marie-Françoise, *La conception des phylaxia-tauration*, Lyon, Press, 1996.

Simonton, Deborah, *A history of work, 1700 to the present*, 1996.

Sohn, Anne-Marie, *Chrysanthème (1816-1817)*, Paris,bonne, 1996, 2 vols.

Valenze, Deborah, *The first in York*, Oxford University Press, 1996.

7

LAS FORMAS DE ORGANIZACIÓN COLECTIVA: II. ESTADO Y NACIÓN

Nos enfrentamos ahora a unos conceptos, los de estado y nación, que acostumbran a engendrar todo tipo de confusiones. Procederemos gradualmente, empezando por el de estado, siguiendo por el de nación y acabando con ese híbrido equívoco que es el estado-nación.

7.1. ORÍGENES DEL ESTADO

¿Qué es un estado? Un estudio del Banco Mundial da la siguiente definición: «Estado se refiere, en su sentido más amplio, a un conjunto de instituciones que poseen los medios de coerción legítima, y los ejercen en un territorio definido y sobre su población. El estado monopoliza la fijación de reglas en su territorio por medio de un gobierno organizado».

Una definición más académica distingue tres características fundamentales del estado: 1) una población que habita en un territorio definido y que reconoce un órgano supremo de gobierno que le es común, 2) este órgano es servido por personal especializado: funcionarios civiles para ejecutar las decisiones y fuerzas militares que las hacen cumplir, si es necesario, y que protegen a los miembros de esta asociación de otras parecidas y 3) esta entidad es reconocida por otras, constituidas de forma similar, como independiente en lo que se refiere a su actuación sobre la población que habita en su territorio, es decir, sobre sus súbditos. Este reconocimiento representa su «soberanía» internacional.*

Pero estas condiciones no se han dado siempre de manera tan clara. Muchos estados del pasado tenían territorios mal definidos,

* S.E. Finer, *The history of government from the earliest times*, Oxford, Oxford University Press, 1997, I, pp. 2-3.

* Entre las cuales hay por lo menos trece que no llegan a los cien mil habitantes. Una, la República de Palau, que tiene 10.000 y otra, Tuvalu, con 9.400 habitantes, incluyendo al primer ministro y a sus 33 policías.

** En el diccionario castellano de Covarrubias, impreso en 1611, se usa generalmente la palabra *república*. Pero en la voz *estado*, y después de la acepción principal que es la de estamento, se añade: «En otra manera se toma por el gobierno de la persona real y de su reino», y se añaden expresiones como «materia de estado: todo lo que pertenece al dicho gobierno», o se señala que el «Consejo de Estado» es el que se ocupa de las cuestiones de paz y de guerra.

*** El concepto de ciudad-estado, entendida como un «pequeño estado con base territorial e independencia política, caracterizado por estar compuesto por una ciudad con un entorno económica y socialmente integrado», en que la unidad que forman ambos «es relativamente auto-suficiente desde un punto de vista económico y se percibe como étnicamente distinta de otros sistemas semejantes» se aplica hoy a lugares y momentos muy diversos, desde la antigua China hasta la América precolombina (Véase D.L. Nichols y T.H. Charlton, eds., *The archaeology of city-states. Cross-cultural approaches*, Washington, Smithsonian Institution Press, 1997, cita de p.1).

órganos de gobierno poco diferenciados y el reconocimiento de su «soberanía» era irregular e intermitente. De hecho, ni siquiera en la actualidad deben estar las cosas muy claras, como lo muestra el hecho de que nadie sea capaz de decir cuántos estados existen en el mundo: en la *Enciclopedia Británica* aparecen 194 «naciones del mundo»,* la ONU —que se llama «Organización de naciones» pero que en realidad agrupa estados—, tiene hoy 185 miembros y el ministerio de asuntos extranjeros alemán cuenta 281.

Definir el concepto de estado de acuerdo con las realidades políticas de nuestro tiempo y transportar la definición hacia atrás no sirve de nada, porque el estado ha tenido formas distintas en culturas y momentos diversos. Tampoco ayuda investigar la historia del vocablo —que en esta acepción parece datar del siglo XVI—, porque la realidad que designa ha sido conocida con anterioridad bajo otras denominaciones, como la de «república».** Por tanto, si queremos entender las ambigüedades que rodean este concepto, necesitamos analizarlo históricamente.

El estado, entendido como la forma de organización civil de las colectividades humanas estables, es muy antiguo y nace cuando grupos de hombres más numerosos que los que componen una tribu o una jefería se coordinan bajo un mando único. En el mundo antiguo conocemos las ciudades-estado de Mesopotamia (donde la jerarquización social que consolidaba la desigualdad y ponía la violencia legal en manos de un jefe parece haber surgido hace unos ocho mil años) y de Grecia, el imperio egipcio, el de Alejandro, el imperio romano... Todos estos son estados: en cada caso hay un territorio con unos límites —no exactamente una frontera, que es un concepto más moderno— (figura 7.1), y un poder que controla con sus reglas, de modo más o menos efectivo, al conjunto de personas que viven en él.

La forma predominante de la autoridad en los estados del Próximo Oriente antiguo era la realeza, que los sumerios decían que había aparecido, «venida del cielo después del diluvio», en la ciudad de Kish: el primer soberano realmente documentado sería precisamente En-Mebaragesi, rey de Kish. El rey tenía autoridad en materia política, militar, judicial o económica, pero la realeza estaba asociada sobre todo a la religión, ya fuese porque ésta le otorgaba un carácter divino, como en el Egipto faraónico, ya porque estaba unida a funciones sacerdotales, como en el caso de los emperadores romanos.

Para los griegos, que conocían como forma normal de organización la ciudad-estado,*** como Atenas o Esparta, la voz estado

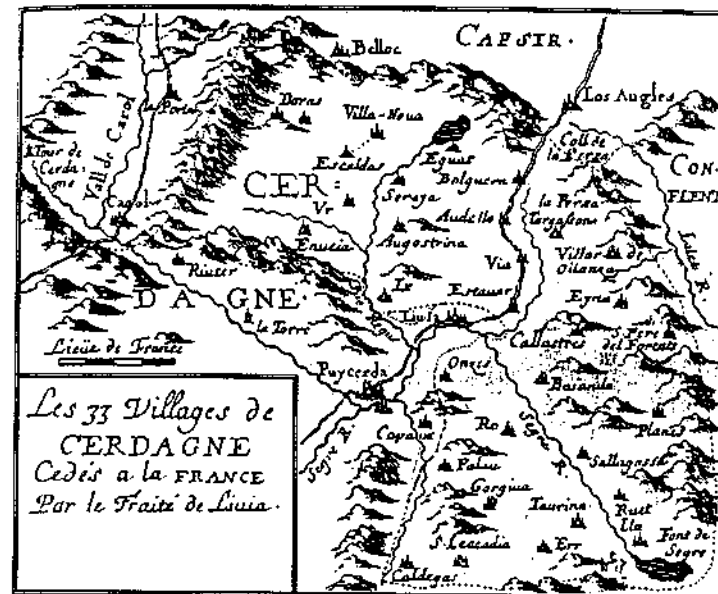


Figura 7.1. Mapa de Cerdaña (territorio europeo que fue la que pasó a España (territorio que tenían los dos estados) frontera que en la visión actual es «natural» pensar las cosas acostumbradas de 1679, que Cerdaña era la frontera que no existía. Sahlins, *Bo*, France and Berkeley, U.

se confundía con la que designaba la ciudad, «polis», de la que deriva «política» como el arte y la práctica de regir el estado. Las formas de gobierno se caracterizaban de acuerdo con su naturaleza: podían ser monarquía (gobierno de uno solo), aristocracia (gobierno de los nobles), o democracia (gobierno del pueblo). La Atenas de Pericles se consideraba una democracia, aunque no tenía derecho a voto más allá de un diez por ciento de los habitantes del Ática. El suyo era, en cambio, un sistema de gobierno directo, en que las decisiones fundamentales, como la de declarar la guerra, las tomaba en asamblea el conjunto de los ciudadanos con derecho a voto; no era un sistema representativo como los modernos, en que se elige a quienes toman las decisiones en nombre y representación de todos.

Al lado de este universo fragmentado de las comunidades griegas había, sin embargo, un estado de tipo muy distinto, el imperio persa: una organización monárquica que llegó a regir un territorio inmenso (de Asia central a Nubia, y del Indo al Danubio) por medio de los sátrapas o gobernadores, que procuraban que los diversos pueblos unidos al imperio —sometidos por conquista o asociados voluntariamente— pagaran tributos y proporcionasen soldados. El imperio persa combinaba esta estructura unitaria

con un cierto respeto por la autonomía de los diversos pueblos, cuyas clases dominantes se integraban en la jerarquía imperial en un «pacto dinástico» que asociaba los intereses del gran rey y los de los grupos dirigentes locales. Alejandro Magno no hizo mucho más que conservar la estructura del imperio persa, reservando los mandos militares a sus generales.* Este modelo sería en alguna medida el punto de partida del imperio romano, que no era tanto una estructura centralizada de poder como una federación en que los romanos gobernaban de acuerdo con las oligarquías locales, con las que compartían unos intereses comunes, y les dejaban una amplia autonomía.

La sociedad cristiana medieval, que heredó la concepción romana del estado en la forma en que la habían reelaborado las reformas de Diocleciano y de Constantino, propugnaba el establecimiento de una monarquía universal sometida a una cadena de poderes que tenía su origen en Dios, de quien procedía toda autoridad, y que pasaba sucesivamente por el papa, por el emperador y por los reyes, y de éstos a sus subordinados.** En la realidad, sin embargo, esta cadena implicaba una fragmentación de la capacidad de gobernar. Los poderes supremos del papa y del emperador no pasaban de teóricos, y los reyes, que eran la máxima autoridad en sus territorios, ejercían el gobierno por medio de otros poderes que les estaban teóricamente subordinados, pero que sólo se sometían efectivamente cuando la relación de fuerzas era favorable al soberano.

Desde el punto de vista de los recursos, por ejemplo, el rey era poco más que un gran señor como los otros, que vivía de los ingresos de su «dominio». Cuando quería emprender alguna acción extraordinaria tenía que pedir a sus súbditos que le concediesen recursos en forma de donativos o de «servicios», generalmente temporales. El rey hacía su petición a una representación de la sociedad en unas cortes de delegados de los estamentos o brazos, que pactaban con él las concesiones legales que querían a cambio de los recursos que le cedían. En el transcurso de la baja edad media las necesidades de la guerra obligaron a los reyes a reunir cada vez más a menudo cortes y parlamentos (durante el siglo XIV el de Inglaterra se convocó 151 veces), lo que facilitó la consolidación de un sistema representativo, basado en las concesiones políticas hechas por los soberanos.

Este tipo de estado, en el que el poder estaba fragmentado y donde la administración y el tesoro público se identificaban con la casa del rey y con su caja,*** implicaba una considerable división

* Véase sobre esto Pierre Briant, *Histoire de l'empire perse*, París, Fayard, 1996.

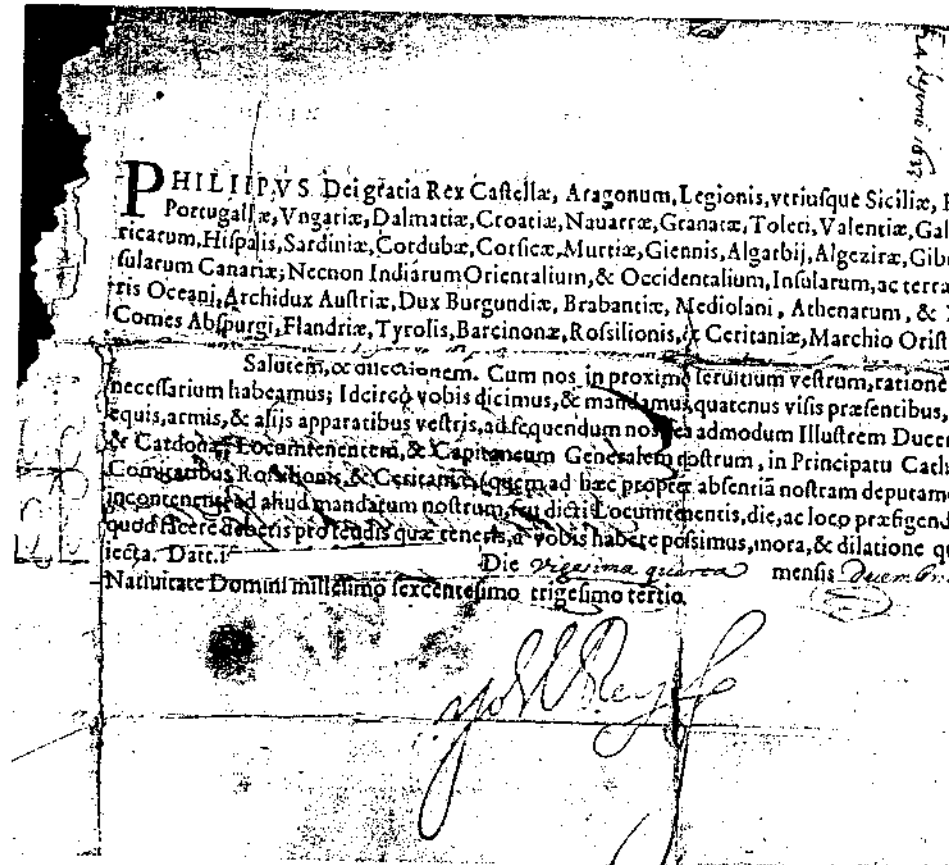
** Una idea parecida del origen celestial del poder era la que servía para legitimar el imperio chino o el poder de los *gaghans* de los jazaros. Los soberanos se consideraban como los únicos gobernantes legítimos del mundo y veían a todos los que no se les sometían como rebeldes a los mandatos del cielo.

*** En Inglaterra el organismo financiero central de la monarquía era, en el siglo XIV y en la primera mitad del XV, el *Exchequer* real, donde se conservaban los libros de cuentas y las pertenencias valiosas de la corona.

de funciones: los nobles y la iglesia, que recibían directamente una elevada proporción de los recursos que se obtenían de los súbditos (en forma de derechos, diezmos, etc.), se encargaban de una parte de las tareas que hoy atribuimos habitualmente al estado: la defensa del país correspondía en buena medida a los nobles, que iban a la guerra con sus soldados (figura 7.2.), y la asistencia social y la enseñanza, a la iglesia.

Pero en la edad media existió también otra forma distinta de estado, la islámica. La identificación de religión y política que se da en el islam —donde el elemento determinante es la *shariah* o ley divina revelada y la función del estado se limita a facilitar su cumplimiento—, explica que el poder se atribuyese a los «califas»

Figura 7.2. Como supervivencia de este documento de un caballero a ir



(sucesores de Mahoma y comendadores de los creyentes), que gobernaban como soberanos universales del mundo islámico, con el auxilio de los visires en la administración central y de los emires en las provincias. El califato se mantuvo, con las dos dinastías de los omeyas y los abasíes, hasta la conquista de Bagdad por los mongoles en 1258.

Tras la desaparición del califato,* el estado islámico se organizó en torno al sultán, que ejercía el poder de coerción necesario para mantener la estabilidad social, y que era auxiliado por los ulemas en la función de interpretar la *shariah*. El sultanato llegó a su culminación con el imperio otomano, que se consolidó a partir de Mehmet II (1451-1481) como una réplica del imperio bizantino (dos de los visires de Mehmet II pertenecían a la familia imperial bizantina de los Paleólogos). El imperio era una monarquía hereditaria basada en el poder militar, con un ejército permanente formado por esclavos y por niños reclutados entre las poblaciones no musulmanas que, después de convertidos al islam, integraban el nuevo ejército o *yeni cheri* (denominación que da origen a la de «jennizaro»). Tenía una estructura administrativa bien organizada, que combinaba una institución aparentemente feudal como la del «timar»** con un sistema judicial centralizado, que aplicaba conjuntamente la ley islámica (la *shariah*) y el *kanun* secular codificado por los sultanes. Su hacienda, que se confundía con la fortuna personal del sultán, se nutría con los ingresos de las tierras del soberano, con los tributos que tenían que pagar los miembros de las comunidades no islámicas y con impuestos indirectos diversos. Uno de los aspectos más importantes del sistema era que estructuraba buena parte de la sociedad en colectividades (regionales, religiosas o funcionales) unidas por su lealtad al soberano. Los patriarcas ortodoxo y armenio y el gran rabino judío, por ejemplo, residían en Constantinopla, donde recibían su investidura de manos del sultán, y eran reconocidos como jefes religiosos de sus comunidades en todo el imperio. Esta estructura hizo posible que un conglomerado de pueblos con religiones, lenguas y culturas diversas pudiese convivir hasta que la introducción del concepto europeo de estado-nación condujo a luchas étnicas sangrientas.

7.2. LA FORMACIÓN DEL ESTADO MODERNO

En los comienzos de la edad moderna las grandes conmociones sociales y las guerras de religión crearon una situación de inseguridad

que hizo sentir a las clases dirigentes la necesidad de un poder central más fuerte. Las monarquías del occidente de Europa aumentaron entonces sus atribuciones políticas, recortando las de la nobleza feudal en lo que se refiere al nivel superior del gobierno del estado, pero dejando que siguiese disfrutando plenamente de los privilegios y derechos que le aseguraban la obtención de una parte del excedente de los campesinos.

Fue entonces cuando, partiendo de la nueva teoría laica del estado iniciada por Maquiavelo, que dejaba de lado las formulaciones teológicas para ocuparse de la práctica real del gobierno,* se enunció la doctrina del poder absoluto de los monarcas, haciéndola derivar del principio de derecho romano que sostenía que «lo que place al rey tiene fuerza de ley». De este poder absoluto se exceptuaba, según los teóricos políticos de la época, todo lo que se refería a los derechos de propiedad, ya que sólo los déspotas y los tiranos podían invadir este terreno. Más adelante, en el siglo XVII, Thomas Hobbes legitimaría —en el *Leviathan* (1651)— el poder absoluto como derivado de un contrato social que los hombres habrían hecho con los soberanos para preservar sus vidas.**

La suposición de que el «estado moderno» haya surgido con las monarquías absolutas de los siglos XVI al XVII es discutible. Para empezar, estas monarquías no acostumbraban a tener mucho poder efectivo sobre el conjunto de sus súbditos. Vicens Vives señaló que en los estados de los siglos XVI y XVII se podían distinguir tres zonas estratificadas de poder: «La más amplia de todas correspondía al gobierno directo de las masas campesinas por los delegados de los propietarios jurisdiccionales»; la monarquía absoluta sólo obtuvo «el acatamiento de los grandes señores y de los propietarios eclesiásticos a trueque del reconocimiento, primero, de esa jurisdicción particularista». La segunda zona la «forma el grupo de las jurisdicciones autónomas dentro del ámbito reservado a la autoridad directa del príncipe. Corresponde a los cuerpos, organismos y colegios privilegiados... El príncipe no dispone del dinero, de la milicia y de la justicia sino a través o mediante la aquiescencia de tales cuerpos, estén o no representados en la institución de las cortes, parlamentos o estados generales». La tercera es la que engloba el nivel mismo del poder del príncipe y de su entorno.***

Una monarquía de derecho divino, como lo eran todas antes de los regímenes constitucionales, sólo estaba limitada en teoría por la existencia de unas reglas —generales, como la del respeto a la propiedad de los súbditos, que ya hemos mencionado, al lado de otras más concretas, pactadas con las instituciones representati-

* Los descendientes de los abasíes, refugiados en la corte de los mamelucos de Egipto, conservaron el título de califa sin otra función política que la de legitimar el poder de sus protectores, hasta que Egipto cayó en manos de los turcos. Los sultanes turcos no se atribuyeron el título de califa, sin embargo, hasta trecientos cincuenta años más tarde, en el siglo XVII, alegando entonces que el último descendiente de los abasíes, al-Muttawakkil III, lo había cedido al morir al sultán Selim I. El califato fue abolido en 1924, al crearse el nuevo estado laico de Turquía. Lo reivindicaron después, sin ningún efecto práctico, otros soberanos, como el rey de Transjordania, basándose en su ascendencia tribal, ya que un *hadit* o dicho de Mahoma decía que sólo podían gobernar y ser califas los miembros de la tribu de los quraishitas, que era la del profeta.

** El «timar» implicaba la concesión de los ingresos de un territorio a cambio de servicio militar. Pero, a diferencia de lo que ocurría con el feudo europeo, no era hereditario, no tenía capacidad judicial ni implicaba la sujeción de los campesinos, que eran libres. La propiedad del estado seguía siendo, además, dominante.

* «Siendo mi deber... les a quienes... do más conveniente... verdad efectiva... ginación de ella... tas cosas, añado... rían ser, y no con... quiera guiar por... a la ruina. Este... acuse hipócrita... falta de escrúpulo... gleses, por ejemplo... forma de «Old Nic... colás», al diablo».

** Hobbes sostiene que los hombres quieren tener un poder que garantice la capacidad de gobernar los bienes y asegurarlos contra las apetencias de los otros. En esta situación les llevaría a la guerra de todos contra todos, que es la naturaleza de la humanidad. El peligro de muerte en guerra, los hombres pactan un contrato que garantiza el respeto a la propiedad de cada uno, lo que garantiza la autoridad del príncipe. Transfiriendo la autoridad a un príncipe, encima de ellos queda el poder acordado. De aquí surge el estado y la justificación del poder. Este miedo a la muerte es el origen del contrato social. Este miedo es mutuo, ya que cada hombre teme a la muerte de su prójimo.

*** J. Vicens Vives, *La estructura administrativa estatal en la Coyuntura económica burguesa*, Barcelona, 1941.

A esta forma de gobierno le correspondía otra teoría del contrato social, la de John Locke, que, en los *Dos tratados sobre el gobierno civil* (1690), sostiene que los hombres vivían en paz en el estado de naturaleza, pero que aceptaron someter sus libertades individuales a un poder superior para proteger sus propiedades. «La finalidad máxima y principal que buscan los hombres al reunirse en estados o comunidades, sometiéndose a un gobierno, es la de salvaguardar sus bienes.» Pero este contrato, a diferencia del de Hobbes, tenía unos límites: el estado establecido para salvaguardar las libertades y el bienestar de los súbditos no podía intentar controlarlos; por esta razón debía ser regulado y controlado por los representantes del pueblo.

** No se trata sólo de la cuestión del «trust», de la confianza en el mantenimiento de las reglas que es necesaria para que se emprendan proyectos a largo plazo. Powelson sostiene que el progreso económico se ha producido tan sólo en sociedades en que las reglas e instrumentos de política e intercambio han sido definidos «por negociación entre las partes interesadas: agricultores, terratenientes, productores y comerciantes». A través del equilibrio de poder entre los diversos grupos de interés se ha constituido aquí una «sociedad trabada». Donde las reglas e instrumentos «fueron dirigidas o formuladas principalmente por el soberano, usando el peso de su mayor poder y de su autoridad militar», tenemos hoy, por contra, «las zonas subdesarrolladas» (John P. Powelson, *Centuries of economic endeavor*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1997).

*** Pierre Goubert, *Le siècle de Louis XIV*, Paris, Editions de Fallois, 1996, p. 189.

vas y que tenían fuerza de ley—,* pero lo estaba sobre todo, en la práctica, por su fuerza real. Había lugares, como en Castilla, donde la monarquía había conseguido debilitar el poder de las cortes y legislaba directamente (aunque debía seguir haciendo concesiones para la obtención de algunos tributos, como los *millones*). En otros casos, como en Francia, el rey había podido imponer su administración directa a algunas provincias, pero debía tolerar en otras la continuidad de las cortes y de los privilegios. En Inglaterra, en cambio, la confrontación entre la monarquía y el parlamento la ganó éste en el siglo XVII, y se pudieron asentar los principios de un gobierno representativo que permitía que los grupos vinculados a los intereses económicos dominantes negociasen sus problemas en el parlamento e impusiesen una seguridad en el mantenimiento de las reglas que favoreció la inversión y, en consecuencia, el crecimiento económico moderno.**

Pero ni siquiera donde los soberanos legislaban personalmente sin ninguna oposición se puede decir que tuvieron un poder absoluto, ya que, careciendo de una administración adecuada, no tenían capacidad para controlar el territorio mucho más allá de la corte. De la corona de Castilla se ha dicho que era «una federación de municipios». En todo caso era, como toda monarquía absoluta, una federación de poderes. El ejemplo extremo de esto era Polonia, calificada habitualmente como una «república de nobles», donde la corona no era hereditaria sino electiva, y el poder estaba de hecho en manos de los señores feudales, algunos de los cuales eran mucho más ricos y poderosos que el rey.

Pierre Goubert nos muestra la realidad del poder monárquico supuestamente absoluto en la Francia de Luis XIV, en que casi todas las provincias tenían sus privilegios y seguían sus propias costumbres jurídicas, a las que se añadían los derechos y privilegios de diversos grupos sociales. «Las órdenes venían de Versalles a la velocidad máxima de un caballo al trote, y dependía de las autoridades locales, y sobre todo de los curas, que se daban a conocer a sus administrados en la lengua del lugar, que en dos de cada tres casos no era el francés. El pueblo, además, vivía según sus tradiciones ancestrales y locales, que asumían la edad de oro en el pasado, y sufría mal toda novedad, vista a menudo como escandalosa, si no impía. Finalmente, con su larga experiencia, este pueblo desconfiado, desde el momento mismo en que se sentía amenazado por una nueva carga, buscaba los medios más adecuados para salvarse de ella: la pasividad, la ignorancia simulada, el silencio y el fraude» (figura 7.3).***



Figura 7.3. el reparto de modalidades de un tributo de 1789.

Una de las consecuencias más graves de la debilidad del poder estatal era la que se refería a la hacienda. El período que va de 1689 a 1815 ha sido calificado como «la segunda guerra de los cien años» por la frecuencia y la importancia de los conflictos armados entre los países europeos. La guerra, por otra parte, se había hecho más cara, de modo que a mediados del siglo XVIII el gasto militar directo e indirecto de las monarquías absolutas llegaría a ser más del 75 por ciento del total del gasto estatal. La necesidad de hacer frente a esta carga económica obligaba, por un lado, a aumentar la presión tributaria y, por otro, a organizar una estructura eficaz de hacienda, que no sólo fuese capaz de recaudar los ingresos ordinarios, sino que pudiese obtener otros extraordinarios por medio de la deuda pública cuando fueran necesarios. En este terreno de la hacienda, los estados que habían conservado y modernizado sus mecanismos representativos, como ocurría en Holanda y sobre todo en Inglaterra, actuaron con mucha mayor

eficacia que las monarquías absolutas, como Francia o España, que fracasaron por completo.*

La incapacidad de estas monarquías absolutas de adaptarse a las exigencias políticas, financieras y militares de los nuevos tiempos las llevó a su ruina. Aplastada por su situación financiera, y por el rechazo de los estamentos a aceptar nuevas cargas sin un cambio político sustancial, la monarquía francesa se hundió en 1789, con la Revolución, y dejó paso a un estado representativo de tipo moderno que tomó la forma de un estado-nación.** La monarquía española seguiría el mismo camino durante la primera mitad del siglo XIX, forzada de igual forma por su crisis financiera, mientras que las de otros países europeos, habiendo aprendido la lección, hicieron una especie de revolución controlada desde arriba que les permitió transformarse en estados-nación, conservando lo más posible del viejo orden social.

Las sociedades europeas del antiguo régimen funcionaban dentro de unas estructuras de poder que se superponían y se entrecruzaban, y que regulaban la vida de la gente no tanto por la fuerza como por el consentimiento colectivo: por la aceptación general de un orden de cosas que la mayoría consideraba justo.*** Este orden de cosas no se refería tan sólo a la relación entre gobernantes y gobernados, sino también a la subordinación que existía en el interior de la familia (entre hombres y mujeres o entre padres e hijos), a las normas comunitarias de la sociedad campesina, a la reglamentación del trabajo dentro de los gremios, etc. En cada una de estas regulaciones había a la vez elementos de subordinación y de reciprocidad, lo que explica que su aceptación resultase más fácil.

Este sistema de relaciones interdependientes, que no se puede reducir a la teórica cadena lineal en que toda autoridad emana del rey, sería de la mayor importancia. En los lugares en que fue posible que se desarrollasen las formas de asociación «horizontales» de los ciudadanos (gremios, sociedades de oficio, de ayuda mutua, culturales, etc.) y se reforzó el tejido de la sociedad civil, las instituciones de gobierno local resistieron las presiones de la monarquía absoluta y se pudo asentar y consolidar el estado representativo. Por el contrario, donde dominaban las relaciones verticales de jerarquía y deferencia, el tejido de la sociedad civil resultó más débil, el absolutismo real logró imponerse, y las formas políticas representativas tardaron mucho más en aparecer y su asentamiento resultó difícil y precario****.

7.3. LA NACIÓN

Si aclarar qué es el estado resulta difícil, definir la nación lo es todavía mucho más, como lo demuestra el hecho de que se haya dedicado a este tema una bibliografía tan inmensa como insatisfactoria, que aumenta cada día con algún libro que expone una nueva teoría o sintetiza las viejas.

Muy a menudo se confunde la nación con el estado. En la *Encyclopédie* encontramos esta definición de «nación»: «vocablo colectivo que se usa para expresar una considerable cantidad de gente que habita una extensión de país, cerrada dentro de ciertos límites y que obedece al mismo gobierno», lo que implicaría identificarla con el estado.

En una enciclopedia actual de las ciencias sociales se nos da la definición de nacionalismo, pero no la de nación, con el argumento de que «hay muchas dificultades para especificar qué es una nación», tarea en que el autor se conforma con las siguientes vaguedades: «una cierta cultura común es indispensable y una lengua compartida, muy deseable». La cuestión de la lengua la había señalado ya Turgot en 1751, al sostener que un estado era un conjunto de hombres reunidos bajo un mismo gobierno, y una nación, una reunión de hombres que comparten una misma lengua materna. Pero en Suiza hay cuatro, y los países americanos hablan las de las metrópolis de las que se independizaron.

Si resulta difícil entender qué es «nación», no cuesta en cambio identificar el «nacionalismo». De hecho, Gellner sostiene que es el nacionalismo el que produce la nación: o sea que lo sustantivo es el nacionalismo y la nación es una consecuencia del mismo. James Anderson ha escrito: «El nacionalismo es una de las fuerzas más poderosas del mundo moderno y una de las más problemáticas. Como un camaleón, cambia su complexión para ajustarse a entornos políticos muy diferentes.» El nacionalismo es, efectivamente, una fuerza que nace de la adhesión de los hombres a una idea. Pero una fuerza es, en principio, neutral: no es ni buena ni mala. Que sea una cosa u otra depende de la finalidad a la que se aplique; es como un martillo, que puede usarse como una herramienta para construir o como un arma para matar. Del nacionalismo nace el impulso que lleva a los serbios a oprimir a bosnios o kosovares, pero también el que ha inspirado las guerras de liberación en Argelia o en Vietnam. Son objetivos diferentes para una misma fuerza: tareas distintas para una misma herramienta.

monarquías absolutas no consi-
contribuir a los privilegia-
so apoyo dependían, lo que las
haber recaer las cargas sobre
los campesinos, y creaba las
para su revuelta. Fallaron
el terreno, decisivo para la fi-
de una guerra, de la obten-
Un hacienda controlada
parlamento donde estuvieran re-
los intereses económicos do-
como eran las de Holanda e In-
ofrecía más garantías a los
de deuda pública que las de los
absolutos, que cuando se veían
suspendían los pagos y de-
aban a sus acreedores. La conse-
sería que los gobiernos represeñ-
que podían colocar los títulos
unas ahorradores que confiaban en
obtuviesen crédito a intere-
mucho más bajos que las monarquías
absolutas, que tenían que tratar con gru-
financieros poderosos que les obliga-
a pagar intereses muy elevados.

Un estado que correspondía a la
nueva teoría del contrato social republi-
cario que había expuesto Jean-Jacques
Rousseau en *Du Contrat social* (1762). El
pacto no se establecía en este caso, como
en Hobbes y en Locke, entre la sociedad
y el soberano, sino entre los miembros
mismos de la sociedad, que acordaban:
«Cada uno de nosotros pone en común
su persona y todo su poder bajo la supre-
ma dirección de la voluntad general, y
nosotros recibimos corporativamente a
cada miembro como parte indivisible del
todo».

La revuelta se producía, por tanto,
cuando los miembros de estas sociedades
consideraban que se habían vulnerado
las reglas del pacto social. E.P. Thomp-
son ha explicado muy bien estos meca-
nismos en «La economía 'moral' de la
multitud en la Inglaterra del siglo XVIII»
en *Costumbres en común*, Barcelona,
Ariel, 1995, pp. 213-394).

Este párrafo sintetiza, muy esque-
matizadamente, las ideas de los libros de
Putnam y de Ertman que se citan en la
bibliografía.

Otra confusión frecuente es la que identifica el «nacionalismo», que implica una voluntad de participación del individuo en los proyectos de actividad colectiva del grupo, con el «patriotismo», que es un sentimiento primario de lealtad al grupo que suele manifestarse en la defensa de su prestigio en relación con otros y que en el pasado podía centrarse en la figura del rey como jefe de la nación en la lucha contra los extranjeros.

Hay visiones étnicas del origen de las naciones, y es evidente que hay casos en que la etnia puede proporcionar lo fundamental de una conciencia nacional, como ha ocurrido en muchos pueblos colonizados (pero en algunos casos los independizados no eran de una misma etnia, como ocurre en Sri Lanka o en Ruanda). Existe el peligro, además, de que esta visión étnica degenera en racista, como sucede con frecuencia (figura 7.4).

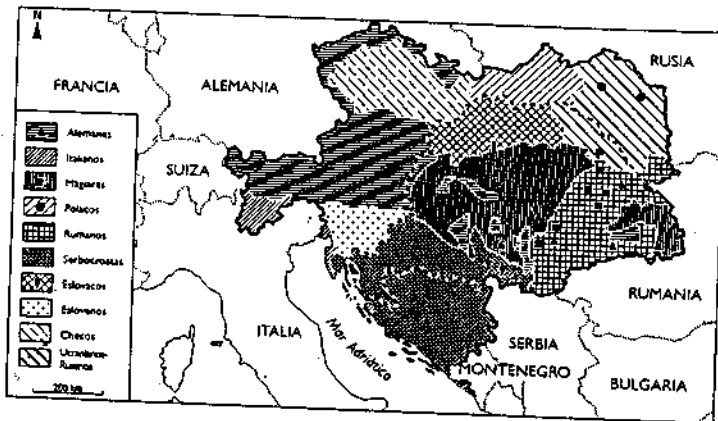
Se considera en general que la existencia de un pasado cultural compartido —la lengua, las costumbres, una visión común de la historia— es una condición necesaria para la nacionalidad. Pero estos signos de identificación son «históricos»: han nacido de una evolución y pueden cambiar, desaparecer o recuperarse en determinados momentos. La recuperación de las lenguas de la Europa central y oriental en el siglo XIX fue consecuencia de un impulso político nacionalista, que no las creó, pero las hizo renacer y orientó su desarrollo.*

Que este sustrato cultural sea contingente no significa que no tenga importancia. Cuando se dice que la nación es un invento moderno, posterior a la Revolución francesa, se está confundiendo con el estado-nación. La nación es un fenómeno más antiguo y

más complejo. Nace de unos elementos culturales que suelen ser muy anteriores y de la historia, entendida como el resultado de una evolución acumulada (una tradición política, una especialización del trabajo, unos comportamientos demográficos, una opción religiosa, etc.), que se refleja en las realidades sociales que rodean a los hombres. Pierre Vilar habla de «los hechos estructurales: geografía, uso social de la lengua, continuidad de los contactos internos, sin las cuales una nacionalidad no podría renacer; es imposible hacer que renazca lo inexistente».

Todo esto forma la materia sobre la cual se puede edificar una conciencia nacional, pero no basta para que aparezca. Es necesario que una colectividad reivindique estos rasgos de identidad, que otras muchas han olvidado por completo, y esto lo hace cuando un conjunto suficientemente grande de sus miembros siente que merece la pena recuperar esos signos distintivos, que les unen entre sí y les separan y diferencian de otros, porque tienen un proyecto colectivo: el programa de construcción de una sociedad que el grupo cree que sólo puede realizar con su libertad e iniciativa. El ejemplo de los países americanos es significativo. Nacieron sobre fronteras que no eran históricas y no sólo no querían reivindicar el pasado de los pueblos colonizados, lo que habría podido conducir a una división entre los nativos y los descendientes de los conquistadores, sino que se proponían crear nuevas solidaridades colectivas. Nacían sin una lengua ni una cultura propias, ya que las compartían con sus dominadores; pero tenían un proyecto político que sólo podían realizar independizándose de la metrópoli y se vieron obligados a reforzar su nacionalismo, reciente y casi inventado, para asimilar a las grandes masas de inmigrantes que acudieron posteriormente a estos países y que lo hacían con el deseo de integrarse en su nacionalidad.

La nación nace de una voluntad colectiva: hay una nación cuando un grupo suficientemente numeroso de hombres y mujeres deciden que ellos forman una nación; que creen tener rasgos en común que los hacen parecidos entre sí y los diferencian de otros (puede haber, por tanto, colectivos que, a pesar de tener un origen común, estén divididos por su conciencia nacional). Para Lucien Febvre el estado es una «máquina» que no tiene otro objeto que realizar sus fines, normalmente por la fuerza, mientras que la nación es «la toma de conciencia de un pasado tradicional por parte de grupos reunidos, de forma voluntaria o a la fuerza, en un mismo marco y que experimentan la acción cohesionadora cotidiana de la vida en común».*



* El conde István Széchenyi era un noble ilustrado que no hablaba el húngaro hasta que hacia 1820 descubrió la realidad de su país y fue el primer miembro de la dieta de Pressburg que utilizó la lengua húngara en ella, en lugar del latín, que era el idioma político oficial. La unificación de las lenguas de los eslavos del sur, por otra parte, debió mucho a la acción de un serbio y de tres croatas que en 1850 firmaron en Viena un acuerdo para unificar la lengua y la ortografía serbobosnios, con la única particularidad de que los serbios escribirían en alfabeto cirílico y los croatas en alfabeto latino. El proceso, que exigió que los croatas adoptasen como lengua estándar literaria un dialecto hablado también por los serbios, tenía unos móviles claramente políticos (Sobre estas cuestiones, Pierre Caussat et al., *La langue source de la nation. Messianismes séculiers en Europe centrale et orientale, du XVIIIe au XXe siècle*, Lieja, Mardaga, 1996).

Figura 7.4. Las nacionalidades en el imperio austrohúngaro en 1914. Buena parte de los conflictos actuales de la Europa central del este, que se venían para condenar el nacionalismo, nacido de los errores cometidos por los políticos vencedores de la primera guerra mundial al dibujar un mapa de nuevas naciones europeas de fronteras rígidas, que provocó desde el primer momento guerras y desplazamientos de millones de personas, en lugar de inspirarse en una concepción más pluriétnica, que reconociera los factores dominantes en la cultura tradicional.

* Lucien Febvre, *La civilización del Renacimiento*, Perrin, 1996.

7.4. EL ESTADO-NACIÓN

De la conmoción de la Revolución francesa salió un nuevo modelo de estado que recogía y modernizaba los principios de los sistemas representativos, con una constitución escrita que definía las reglas del juego político (los ingleses, que llegaron antes a la consolidación de la representatividad, no tienen todavía hoy una constitución escrita).

El rasgo más importante de esta nueva forma de estado era el hecho de que se identificaba con la nación y basaba el pacto social en la pertenencia del conjunto de sus miembros a una colectividad con una cultura, una historia y una lengua comunes. Para evitar las confusiones que crea la identificación del estado-nación con la nación conviene ver cómo ha nacido.

No se trata del resultado de la actuación de un grupo de hombres que, sintiéndose miembros de una nación común, han construido un estado. En general ha sucedido al revés. Son los viejos estados del absolutismo los que, al ver erosionarse el consenso de las monarquías de origen divino en que se fundamentaban, han optado por transformarse, convirtiéndose en naciones. Por esta razón los estados-nación de la Europa contemporánea han nacido en la mayoría de los casos sobre las fronteras de las viejas monarquías que amalgamaban naciones diferentes, cuyas personalidades han sido ahora homogeneizadas en una conciencia unitaria cultural predicada e impuesta desde arriba en un proceso de etnogénesis.

En la nueva sociedad «nacional» los hombres, que se han convertido en iguales ante la ley, dejan de definirse por el hecho de ser súbditos de un soberano —súbditos que, en el pasado, cambiaban de una forma de territorialidad a otra en función de las bodas, los tratados o las herencias de los soberanos— para ser miembros iguales de una colectividad de ciudadanos «eterna», porque se basa en la historia.

Para reforzar este sentido de identidad se inventaron los himnos «nacionales», las banderas (que hasta entonces sólo tenían una finalidad militar),* y toda la retórica del patriotismo: en el Diccionario de la Academia Española de 1791 «patria» sólo significaba «el lugar, ciudad o país en que se ha nacido». El nuevo sentido no aparece hasta 1884, cuando no sólo se habla de la patria como nación, sino de *lengua nacional*, que es la oficial de un país, siendo las otras calificadas de *dialectos*, no por razones filológicas sino por una definición política.

Pasar de la vieja a la nueva conciencia, de súbdito de un rey a ciudadano de una nación, no era difícil en los casos en que el estado coincidía con un marco cultural relativamente homogéneo, como en Portugal, Holanda o Dinamarca. Pero en los otros casos, que son la mayoría, se daban dos situaciones diferentes: la de los estados plurinacionales y la de las naciones sin estado.

Cuando un estado plurinacional, como eran la mayoría de los europeos, quería transformarse en nación, tenía que «fabricar» una nacionalidad englobante que correspondiese a los límites del estado —basándose normalmente en los elementos que le aportaba la que era dominante en él—, y se esforzaba en convencer al conjunto de los ciudadanos de que esta nación era la de todos ellos. En Gran Bretaña este proceso de asimilación se produjo desde comienzos del siglo XVIII respecto de Escocia, gracias al hecho de que el sistema parlamentario permitió unificar los intereses de los grupos dominantes y facilitó la absorción de las clases superiores escocesas (a fines del siglo XVIII el gaélico había dejado prácticamente de hablarse en Escocia). Fue precisamente un escocés, James Thomson, quien en 1740 escribió el que posiblemente sea el primer himno patriótico moderno, el *Rule Britannia*.

Francia, en cambio, tuvo que forzar el proceso después de la revolución de 1789, construyendo una nación francesa que coincidiese con los límites del territorio heredado de la monarquía (el hexágono), sobre la base de perseguir las lenguas locales para imponer el francés, hacer una división provincial que rompía los viejos marcos históricos, e inventar una serie de mitos de la nación francesa (Clodoveo, Juana de Arco, etc.). Pero un país no se hace sólo con centralización administrativa y mitos. La nación francesa se construyó sobre todo con un proyecto político complejo y ambicioso: con la articulación de los intereses de los grupos dominantes, con el refuerzo de los vínculos económicos dentro de un mercado interior («nacional») y con un gran esfuerzo de educación en la escuela pública.

En España, en cambio, los gobiernos del siglo XIX no fueron capaces de formular un proyecto colectivo que unificara los intereses de sus grupos dominantes. El modelo industrializador de los catalanes, y más adelante de los vascos, contrastaba con el proyecto de los exportadores de productos agrícolas. Tampoco se hizo un esfuerzo suficiente de nacionalización cultural a través de la escuela pública. Los gobernantes se contentaron con centralizar el gobierno y utilizar la guardia civil —el ejército en casos extre-

* Su uso principal era en la guerra naval con el fin de distinguir los barcos amigos de los enemigos. En el siglo XVIII había cinco estados europeos regidos por miembros de la familia de los Borbones, que tenían en común una bandera blanca con el escudo correspondiente a cada rama de la familia, es decir, con muy pequeñas diferencias, que sólo se podían advertir observando con detenimiento los cuarteles del escudo, lo que solía resultar difícil desde una embarcación situada a distancia. Esta razón movió a Carlos III de España a escoger un diseño de colores contrastados, que al principio serviría sólo para la identificación naval. Más adelante se convertiría en la bandera española.

mos— para mantener el orden social. Les preocupaba más reforzar el estado que construir la nación.

El caso más singular es quizá el de Suiza, que no se consolidó como estado-nación hasta fines del siglo XIX. Los inicios de su unificación parten de un tratado firmado en 1848 entre 29 naciones soberanas que empezaron creando el franco federal, suprimiendo fronteras interiores y unificando sus sistemas postales (salvo el estado de Schaffhausen, que prefirió seguir unido a los sistemas de correos privados alemanes). En 1874 hubo que crear un ejército para evitar que franceses y alemanes circularan libremente por su territorio, y en 1891 se inventaron unos antecedentes independentistas de 1291, con el fin de poder celebrar el oportuno centenario, y se les asoció el mito del ballestero Guillermo Tell.

Italia era, en cambio, una nación sin estado (o, mejor dicho, con demasiados estados). La unidad era una reivindicación ampliamente compartida, reforzada por la hostilidad respecto de los poderes extranjeros que controlaban buena parte del territorio. La unificación política del reino de Italia, basada en una alianza oportunista de los latifundistas del sur con los industriales del norte, muestra todavía hoy, sin embargo, la precariedad de su cimentación, debido a las diferencias que existían entre un norte con un sociedad civil fuerte, basada en solidaridades horizontales, y un sur de jerarquías verticales que ha pasado del absolutismo a la mafia y al caciquismo.

Tenemos, por otra parte, los casos de naciones sometidas a un estado foráneo que aspiran a construir uno propio. La interpretación de Hroch, basada en la historia de los movimientos nacionalistas europeos de los siglos XIX y XX, sostiene que el despertar nacionalista se produce en tres fases: en la primera unos grupos intelectuales se interesan por la vieja cultura, la historia y las tradiciones de la nación; en la segunda ya no se contentan con estudiarla, sino que empiezan a difundir la cultura nacional entre la población, y en la tercera el resultado es una agitación nacionalista de masas.

Uno de los problemas más graves que ha creado una mala comprensión de la naturaleza y génesis del estado-nación ha sido el que ha causado la aplicación precipitada del modelo, que había surgido en la Europa occidental en unas condiciones de asimilación política previa que facilitaron la «compactación» de las nacionalidades preexistentes, a países como los de los Balcanes y del este de Europa, donde la mezcla de pueblos en un mismo territorio —que es posiblemente el estado «natural» de las sociedades—

ha hecho imposible, o muy difícil, la etnogénesis. El fallido intento de crear una nación yugoslava, «serbianizando» a la fuerza a croatas, eslovenos, bosnios o kosovares, es una muestra elocuente de las consecuencias de este error.

Hay dos aspectos del estado-nación que conviene examinar: el de la autonomía del estado y el de la igualdad política de los ciudadanos. Calificar al estado de «autónomo» significa que se supone que es una entidad neutral, sin implicaciones en los intereses de ningún grupo social concreto: un árbitro por encima de todos ellos. Los textos legales se presentan habitualmente como decisiones dictadas por los gobernantes sin otra preocupación que la de conseguir el beneficio del conjunto de los ciudadanos, o por lo menos el del mayor número posible de ellos. Pero la realidad muestra que no siempre es así. El estado habla en nombre de todos, pero sirve muchas veces a los intereses de determinados grupos sociales y perjudica a otros. Y acostumbra a ocurrir que los beneficiarios de su actuación sean las clases dominantes, o bien porque los miembros de la «clase política» comparten sus intereses, o al menos su visión del mundo, o porque no se atreven a enfrentarse a ellas. Esto ha conducido a una visión crítica del estado como una trampa al servicio de los grupos dominantes. Las dos visiones extremas, la del estado autónomo y la que lo presenta como un fraude, son exageradas.

Tomemos el caso de la corrupción. En las historias de las instituciones medievales o en los estudios sobre la venta de cargos de las monarquías absolutas no se acostumbra a encontrar la palabra «corrupción». Los negocios que los particulares hacían a costa del país y de la corona parecían entonces lícitos: en la Inglaterra del siglo XVII se consideraba normal pagar a un juez para que acelerase un proceso o comprar un cargo al que lo ocupaba anteriormente (no al estado).

La corrupción parece teóricamente incompatible con los principios que legitiman el estado-nación, pero el mantenimiento de la autonomía no siempre resulta posible. El periódico de la Trilateral decía en 1976 que las funciones del estado eran «la promoción externa e interna de los intereses básicos del modo de producción dominante y el mantenimiento de la armonía social». Estos dos objetivos tienen mucho de contradictorio, de modo que la necesidad de mantener la paz social lleva normalmente a ocultar al gran público los sesgos políticos que se hacen en beneficio de determinados grupos, justificados como necesarios para favorecer «los intereses básicos del modo de producción dominante».

Esta interferencia entre lo público y lo privado es vista como algo normal por los grupos dominantes. Refiriéndose a la corrupción, un estudio reciente del Banco Mundial sostiene que la hay de dos tipos: la normal y aceptable, en que, según las palabras de un empresario «pagas el precio acordado y obtienes lo que quieres», y aquella otra, totalmente inaceptable, en que no tienes seguridad alguna de recibir el favor o servicio por el que has pagado.*

El segundo aspecto a considerar es el de la igualdad política. El principio básico del estado-nación se identificaba con el programa de las revoluciones liberales: libertad, igualdad y propiedad. Pero el hecho de considerar la propiedad como la base del ordenamiento social hacía ilusoria la igualdad y limitaba la libertad, ya que se acabaría decidiendo que la posesión de propiedad era una condición necesaria para disfrutar de la plenitud de los derechos políticos.

Para participar en el proceso electoral, como candidato o como votante, se debían acreditar unos mínimos de fortuna. Hasta 1850 en la mayoría de los países europeos no podía votar más allá de un 5-6 por ciento de la población; en 1885 tan sólo un 9 por ciento de los ingleses podía votar (era, más o menos, la misma proporción que en la Atenas clásica). Hasta el siglo xx, además, el voto les fue negado sistemáticamente a las mujeres.

El miedo al sufragio universal —basado en la suposición, desmentida después por la experiencia, de que, siendo los pobres la mayoría, votarían unos gobiernos que les fueran favorables— hizo que se propusieran formas alternativas de organización del voto, como el de las democracias denominadas «orgánicas», que no aceptaban el voto individual del ciudadano, sino que querían hacerlo pasar por filtros diversos que permitieran controlarlo. Resultaba mucho más eficaz, sin embargo, mantener la ilusión del sufragio universal y falsear los resultados electorales.** La corrupción electoral ha sido eliminada de los estados democráticos a medida que aumentaba la conciencia de los electores, por un lado, y que, por otro, el juego político iba pasando a las manos de grandes partidos, que no podrían actuar con posibilidades de éxito, si se enfrentasen abiertamente al orden establecido.

Los protagonistas de la vida parlamentaria han sido siempre los partidos políticos. Nacidos como simples agrupaciones de candidatos que se presentaban individualmente a los electores, fueron constituyéndose gradualmente en organizaciones con afiliados, programas aprobados colectivamente y una dirección elegida. En

el siglo xix y en las primeras décadas del xx los partidos españoles eran todavía simples agrupaciones de notables, sin organización. El primer partido «moderno» fue el PSOE, que sería el único que adoptase las nuevas formas organizativas antes de la segunda república española. Por esta misma época en Alemania el partido nazi, que llegó a tener cerca de un millón y medio de afiliados antes de subir al poder, podía crear una potente maquinaria sobre la base de los recursos aportados por éstos.

La evolución de las elecciones en las décadas posteriores a la segunda guerra mundial, con la gran importancia que han adquirido los medios de comunicación social como elementos de formación de opinión, ha cambiado las cosas. Ningún partido que carezca de un amplio apoyo de estos medios (prensa, radio y, sobre todo, televisión) puede esperar conseguir resultados satisfactorios en las elecciones. Y estos medios de comunicación están condicionados por el hecho de pertenecer a empresas privadas que representan los intereses económicos dominantes, y de depender para su subsistencia de la publicidad de otras empresas similares. Los partidos han perdido contacto con sus bases y han dejado de expresar las opiniones y los intereses de sectores sociales bien definidos: sus aparatos se han profesionalizado, las afiliaciones han bajado y los dirigentes intentan captar los votos adaptando sus mensajes, poco diferenciados por lo que se refiere a los aspectos esenciales que antes les enfrentaban, a los intereses sociales dominantes.* El crecimiento de las ONG, de las asociaciones de vecinos o de las organizaciones barriales, toleradas porque no participan en el juego electoral de manera directa, revela la necesidad de crear nuevas formas organizativas que expresen las necesidades y las reivindicaciones colectivas.

7.5. IMPERIOS Y COLONIAS

El estadio superior del estado-nación moderno ha sido el imperio, entendido no ya como una reunión de territorios bajo un mismo dominio personal, como eran los imperios del pasado, sino como un proyecto destinado a favorecer el crecimiento económico de la metrópoli con la explotación de unas colonias que la proveen de materias primas y consumen sus manufacturas. La historia de este imperialismo moderno se desarrolla en el siglo que va de 1850 a 1950, y su edad de oro se sitúa entre 1880 y 1914.

El ejemplo inglés, en que la industrialización pareció recibir un

* Banco Mundial, *The state in a changing world*, Nueva York, Oxford University Press, 1997, p. 34.

** En la España de fines del siglo xix y principios del xx se usaban procedimientos elementales y groseros de manipulación de las elecciones, como la compra de votos, la intimidación de los votantes, el recurso de introducir en el censo a los muertos de los cementerios (que siempre daban apoyo al gobierno) o la falsificación de las actas (el «pucherazo»). Ha habido países donde, en pleno siglo xx, la adulteración se ha practicado todavía de forma más eficaz: en Nicaragua el general Somoza dejó en una ocasión votar en libertad y, una vez escrutados los votos, atribuyó el candidato que patrocinaba los que había recibido el opositor (que eran muchos más) y asignó a éste los de su candidato.

* El resultado de esta desconfianza es la falta de interés de unos votantes que se sienten representados por otros. En las elecciones norteamericanas de 1994 votó un tercio de los que podían hacerlo, particularidad de que los votantes con ingresos superiores a los de los que lo hicieron en una proporción de un por ciento, los negros, del 19 por ciento y los «hispanos», del 19 por ciento. El tema político norteamericano se describe como una orgía de dinero de los impuestos de los contratistas, que parte de lo recibido en frías contribuciones a las campañas. *The seven deadly sins of Paris*, Seuil, 1998).

fuerte apoyo gracias al hecho de disponer del mercado de la India, y que vio prosperar grandes colonias de población en América (Canadá) y Oceanía (Australia, Nueva Zelanda), sirvió de estímulo a otros países europeos para fundar sus propios imperios. Francia lo construyó en África y en el sudeste asiático (Indochina), Holanda contaba sobre todo con las islas de las Indias orientales (la actual Indonesia), Bélgica «nacionalizó» el estado libre del Congo (arrebátandose al rey de los belgas, que lo había explotado despiadadamente como un negocio personal). Los que llegaban con retraso al reparto del mundo, convencidos de que disponer de un imperio era una condición necesaria para convertirse en una gran potencia, se lanzaron a disputarse las migajas que quedaban. Alemania llegó a tener un extenso e improductivo imperio africano (con añadidos en Asia y Oceanía), Italia intentó establecerlo partiendo de sus colonias de Libia y de Etiopía, y España quiso reconstruir el suyo en el norte de África, para compensar la frustración de haber perdido en 1898 los últimos restos del viejo (Cuba, Puerto Rico y Filipinas) a manos de los norteamericanos.

Toda la operación estaba montada sobre un engaño colectivo. No se trata tan sólo de que los imperios de los que llegaron tarde al reparto fueran económicamente inviables, sino que incluso los grandes imperios de ingleses y franceses no resultaron rentables para el conjunto de las sociedades metropolitanas. Los estudios que se han hecho sobre los costes y los beneficios del imperio británico muestran un balance final negativo, lo que ha llevado a concluir que fue el resultado de una equivocación de gobernantes y gobernados.

Pero hay una explicación más razonable, a la que se llega cuando no se considera el balance entre beneficios y costes a escala global del país, sino en su incidencia sobre los diversos grupos sociales. Entonces se ve que el imperio lo ha pagado el conjunto de la población a través de los impuestos, pero que los beneficios que ha proporcionado han recaído sobre todo en los grupos dirigentes de la política y la economía, quienes han recibido de él, a través sobre todo de sus inversiones, mucho más de lo que han aportado para su mantenimiento. La investigación sobre el imperio británico realizada por Davis y Huttenback acaba con esta conclusión: «parece que el imperialismo se puede ver como un mecanismo para transferir ingresos de las clases medias a las altas»: era algo que pagaban entre todos para el beneficio de unos pocos.

Al margen de las ganancias, reales o soñadas, está la otra cara de la ilusión imperial, tal como la experimentaba el ciudadano

medio: la de verlo como una condición de grandeza y de potencia. El orgullo colectivo se exaltaba ante las manchas de color «nacional» (rojo para los británicos, azul para los franceses) que dominaban los mapas del mundo. Como dijo Lytton Strachey: «El imperialismo es a la vez una fe y un negocio.»

La legitimación del imperio se basaba en la idea de que lo que los pueblos avanzados se proponían era civilizar a los atrasados para ponerlos en el camino del desarrollo moderno. Es lo que afirmaba el famoso poema de Rudyard Kipling, *La carga del hombre blanco*, que celebraba la generosidad de los «blancos» que atendían las necesidades de los hombres de «color» sin esperar recibir de ellos otra cosa que ingratitud.

Pero lo cierto es que el tipo de desarrollo económico que los colonizadores fomentaron no tenía otro objetivo que producir mercancías para la exportación, desentendiéndose por completo del sector que producía alimentos y bienes para el consumo interno de los habitantes de las colonias. Lo que estos países necesitaban, por el contrario, era que se aumentara la productividad en el sector interior, y ésta era tan baja que se hubiera podido conseguir con muy pequeñas inversiones de mejora del utillaje, obras de regadío, etc. En lugar de esto, las inversiones de las metrópolis se destinaban a grandes obras para facilitar las exportaciones (puertos y carreteras) o a grandiosos y fracasados proyectos de agricultura comercial. En 1911 Jaurès lo denunció, refiriéndose a Indochina, al decir en la cámara francesa: «Les habéis robado sus recursos; habéis hecho, no los trabajos modestos útiles para ellos: trabajos de regadío para sus arrozales, caminos para sus comunicaciones personales o para sus pobres vehículos; habéis hecho grandes ferrocarriles que han dado lugar a préstamos rentables y a negocios desvergonzados. ¿Por qué? Porque habéis partido del falso principio de que desde el primer momento las colonias fueron para las metrópolis tierra de ganancia».*

Cuando se pudo ver que la explotación económica de los países coloniales en las condiciones vigentes después de la segunda guerra mundial —que obligaban a atender las expectativas salariales de los trabajadores y la demanda de servicios sociales del conjunto de la población— había dejado de ser rentable, las metrópolis europeas les dieron la independencia para que se las compusieran por sí mismos. Les dejaban con una «modernización» de la producción que sólo podía funcionar dentro de los mercados mundiales, de manera que podían seguir sacando provecho de ellos a través de los intercambios, sin tener que asumir «la carga del

* Paul Bairoch ha mostrado cuál resultado de este juego: las metrópolis han ganado poco y las colonias han perdido mucho. (*Mythes et paradoxes de l'histoire économique*, París, La Découverte, 1999, p. 104).

formación del estado, Barcelona, Alianza, 1992.

¿una nación?, Madrid, Alianza, 1992.

teorías del nacionalismo, Barcelona, Alianza, 1976.

Orígenes medievales del estado, Ariel, 1986.

El capital y los estados europeos, Alianza, 1992.

El absolutismo, Barcelona, Crítica, 1992.

El estado local, señores, reformistas, Alianza, 1992.

La monarquía hacia finales del Antiguo Régimen, Universidades de Sevilla y Alianza, 1992.

AVANZADOS

EL ESTADO:

El origen de la modernidad, Nueva York, Basic Books, 1986.

El estado en un mundo cambiante. World Politics, New York, Oxford University Press, 1992.

X.M. Núñez, eds., *Nationalism in the present*, Santiago de Compostela, 1994, 2 vols.

Nettelbladt, eds., *Visions sur le développement de l'Europe*, Roma, École Française de Rome, 1992.

J. J. Linz, *Political systems and state formation*, Cambridge University Press, 1995.

Power, money and the state, Londres, Unwin Hyman, 1992.

British imperialism. I: Innovation 1875-1914. II: Crisis and decline 1914-1945, Londres, Longman, 1993,

Cooper, Frederick, *Decolonization and African society*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

Davis, Lance E., y Robert A. Huttenback, *Mammon and the pursuit of empire: The political economy of British imperialism, 1860-1912*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

Earle, Timothy, *How chiefs come to power. The political economy in prehistory*, Stanford, Stanford University Press, 1997.

Ertman, Thomas, *Birth of the Leviathan. Building states and regimes in medieval and early modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

Genet, J.P., ed., *L'état moderne: genèse, bilan et perspectives*, París, C.N.R.S., 1990.

Henshall, Nicholas, *The myth of absolutism*, Londres, Longman, 1992.

Hroch, Miroslav, *Social preconditions of national revival in Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

Marseille, Jacques, *Empire colonial et capitalisme français. Histoire d'un divorce*, París, Seuil, 1989.

Nairn, Tom, *Faces of nationalism. Janus revisited*, Londres, Verso, 1997.

Putnam, Robert, R. Leonardi y R.Y. Nanetti, *Making democracy work: civic traditions in modern Italy*, Princeton, Princeton University Press, 1993.

Rassler, K.A., y W.R. Thompson, *War and state making. The shaping of global powers*, Boston, Unwin Hyman, 1989.

Reinhard, Wolfgang, ed., *Power elites and state building*, Oxford, Clarendon Press, 1996.

Smith, Anthony D., *Nations and nationalism in a global era*, Cambridge, Polity, 1995.

Tilly, Charles, ed., *The formation of national states in Western Europe*, Princeton, Princeton University Press, 1975.

Young, Crawford, *The African colonial state in comparative perspective*, New Haven, Yale University Press, 1994.

8

LOS FUNDAMENTOS DE LA POLÍTICA: VIOLENCIA Y PODER

Al hablar del estado, Lucien Febvre lo calificaba como «una máquina forjada en vista de los resultados que obtiene en parte por la fuerza, y que impone en todo caso por la fuerza: fuerza material, fuerza política, fuerza armada, gendarmes, policías, militares, jueces». Entre las características del «estado moderno» se ha señalado siempre como fundamental la de ser detentor del monopolio de la violencia, tanto hacia fuera, en la defensa contra los enemigos exteriores con la guerra, como hacia dentro, actuando contra los enemigos del orden social establecido con la policía y la justicia. En este último terreno la acción del estado combina la defensa de los súbditos contra la delincuencia (mediatizada por el hecho de que es al estado a quien corresponde en última instancia definir qué se debe considerar como delincuencia), con la protección de los grupos dominantes de la sociedad contra la «subversión» a la que se podían sentir tentados los dominados, porque, como dijo Maquiavelo, «el pueblo no desea ser mandado ni oprimido por los grandes y los grandes desean mandar y oprimir al pueblo». Sin conocer la forma en que se ejerce esta violencia no se pueden entender los fundamentos mismos de la actuación del poder político.

8.1. EL ORIGEN DE LA GUERRA

Un viejo tópico sostenía que la vida del hombre primitivo había sido pacífica y feliz, y que la guerra sólo había aparecido con la apropiación de la tierra y la formación de los estados. El antropólogo Lawrence H. Keeley nos ofrece, por contra, una imagen de las sociedades primitivas que desmiente el mito del «salvaje pací-

hombre blanco». Lo peor vendría cuando las viejas metrópolis dejasen de necesitar los productos «coloniales», y los nuevos países independientes se encontrasen sin los ingresos de las exportaciones y con una economía interior desarticulada, incapaz de asegurar la subsistencia de una población en rápido crecimiento.

7.6. APOGEO Y CRISIS DEL ESTADO

El estado-nación asumió a partir del siglo XIX nuevas tareas y nuevas responsabilidades. Ejercía, por una parte, una función de arbitraje entre los intereses contrapuestos de los diversos grupos sociales. Resultó necesario, por ejemplo, que impusiera normas que controlaran la explotación de los trabajadores asalariados (prohibición del trabajo de los niños, fijación de la jornada laboral, salario mínimo), si se quería conseguir que éstos aceptasen las reglas del juego económico. Y comenzó a proporcionar, por otra parte, una serie de servicios sociales (sanidad, educación, sistema de pensiones, etc.) a la población más desfavorecida, utilizando para ello los ingresos que obtenía de una tributación progresiva, en que se suponía que todos debían pagar en relación con su fortuna, sin exenciones ni privilegios, lo que implicaba realizar cierto grado de redistribución de la riqueza. Para hacerse cargo de estas responsabilidades crecientes, el estado necesitó disponer de más recursos. En 1875 los impuestos representaban en Europa entre un 1,5 y un 9 por ciento del producto bruto de los diversos países; en 1975, cien años después, entre un 16,5 (en Italia) y un 29,2 (en Suecia).

Este crecimiento del estado llegó a su punto máximo en los años que siguieron al término de la segunda guerra mundial, no sólo como consecuencia del desarrollo del llamado «estado del bienestar», sino por el avance en los países industrializados de un tipo de economía mixta que implicaba una política de nacionalizaciones y una fuerte participación del estado en la actividad económica. Como consecuencia de ello, de 1960 a 1995 el gasto de los gobiernos de los países avanzados se multiplicó por dos, acercándose a un 40 por ciento de su producto interior bruto. En la medida de sus posibilidades, los nuevos gobiernos establecidos en los países coloniales que accedían a la independencia imitaron este mismo modelo de actuación.

Esta situación comenzó a entrar en crisis a partir de 1975, con las dificultades económicas de los países industrializados, la inca-

pacidad de los menos avanzados para hacer frente a las grandes deudas contraídas para financiar su crecimiento económico y el abandono del «desarrollismo» como programa para el progreso de los más atrasados, que no sólo han experimentado graves retrocesos en sus niveles de bienestar, sino que en algunos casos —Afganistán, Cambodia, Liberia, Ruanda o Somalia— han visto producirse el colapso de sus estados.

Desde los años ochenta se ha pasado a una visión minimalista del estado, que lleva a la privatización de muchas de las actividades económicas a su cargo y a dismantelar buena parte de los servicios sociales que proporcionaba. El programa de cambios que el Banco Mundial propone para «el estado en un mundo en transformación» insiste en reducir su papel al de «sentar las bases de los fundamentos institucionales adecuados para los mercados».

Una de las razones de este cambio reside en el hecho de que, por primera vez desde 1789, «el modo de producción dominante» no tiene que temer ninguna amenaza global. En estas condiciones, la «armonía social» importa mucho menos y no es necesario seguir pagándola al elevado precio que costaba en los años de la «guerra fría». Basta con predicarla desde la escuela, la política y los medios de comunicación, que se esfuerzan por convencernos de que vivimos en el mejor de los mundos posibles —que es, además, el único mundo posible—, de modo que hay que abandonar toda esperanza de cambiarlo sustancialmente. El estado tendrá que inventar un nuevo discurso legitimador para sobrevivir, por una parte, al descrédito en que ha caído entre unos ciudadanos a los cuales está dejando de proteger, y por otra, a las amenazas de un «liberalismo» que está dispuesto a desmontarlo casi por completo porque piensa que puede privatizar las pocas funciones que le convienen y obtenerlas a un coste más bajo.

LECTURAS RECOMENDADAS

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

Chabod, Federico, *La idea de nación*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

Gellner, Ernest, *Encuentros con el nacionalismo*, Alianza, 1995.

Hobsbawm, E.J., *Naciones y nacionalismo desde 1914*, Barcelona, Crítica, 1991.

Kedourie, Elie, *Nacionalismo*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1983.

fico» y revaloriza la vieja versión del hombre en guerra constante contra el hombre que nos había dado Hobbes.

Comparando los testimonios prehistóricos con las observaciones hechas por los antropólogos, Keeley sostiene que el primitivo vivía en medio de una violencia constante.* La guerra era muy frecuente antes de la civilización porque, en un mundo violento, la paz implicaba para un grupo humano más riesgos que el enfrentamiento, que permitía asegurar los propios recursos y hacía posible ganar otros. En estos conflictos participaba una proporción muy grande de la población y sus tasas de mortalidad debían ser más elevadas que las de la guerra actual, porque el combate era más frecuente y la conducta de los combatientes más despiadada. «La guerra primitiva y prehistórica —concluye— era tan terrible y efectiva como su versión histórica y civilizada.»

La aparición de los estados antiguos, con sus abundantes recursos agrícolas, permitió reunir ejércitos más numerosos y mejor organizados, que pudieron acabar convirtiéndose en permanentes. Aunque la domesticación del caballo significó un avance esencial, ya que daba al jinete una gran ventaja de movilidad sobre el combatiente de a pie, la guerra de los imperios de la antigüedad sería protagonizada sobre todo por masas de infantería muy coordinadas (con la falange, llevada a la perfección por los macedonios, o con la legión romana, dividida en grupos más pequeños y más móviles), en combinación con cargas de caballería. Se ha dicho que el arte de la guerra llegó a un punto máximo en Roma, para decaer después, del siglo IV al XVIII de nuestra era, y que no volvió a recuperar la misma eficacia técnica —la misma capacidad de matar— hasta la época napoleónica.**

8.2. LA GUERRA DE LOS CABALLEROS

La superioridad en el combate de los jinetes sobre los hombres que luchaban a pie llegó a ser decisiva en la edad media, en que los ejércitos eran mucho menores que los de los imperios antiguos, y esto hizo que se concediera al caballero un trato de privilegio y que se le proporcionaran tierras para que se mantuviese él y mantuviese sus caballos, lo que iba a servir de base para una reestructuración de la sociedad. El poder social de la caballería nació de su capacidad militar, estrechamente unida a las técnicas del armamento y del combate. El uso progresivo de arqueros en la guerra —la iglesia intentó prohibir, en los concilios de 1139 y

* Lo podemos comprobar en el caso de los primitivos actuales: los bosquimanos del Kalahari, a quienes se representa normalmente como gente pacífica, y los esquimales del norte del Canadá han tenido en las últimas décadas tasas de homicidio que son muy superiores a las de los países europeos (de veinte a ochenta veces superiores).

Richard A. Gabriel y Kares S. Metz, *From Sumer to Rome. The military capabilities of ancient armies*, Westport, Greenwood Press, 1991.

1215, que los arcos se utilizaran contra los cristianos, pero no lo consiguió—, obligó a los caballeros a reforzar cada vez más sus defensas (pasando de la malla a la armadura, mucho más pesada, entre 1250 y 1350) y a disponer de caballos más fuertes, criados especialmente para la guerra, que eran capaces de actuar en el campo de batalla con una pesada carga, ya que a menudo las cabalgaduras llevaban también protecciones metálicas.* El otro elemento fundamental de esta etapa de la guerra serían los castillos, que cubrieron Europa entre los siglos X y XIII y se convirtieron en la máxima expresión del feudalismo, con su doble función de defensa de la tierra y de instrumento de explotación de sus habitantes, lo que los convierte, por lo que se refiere al uso de la violencia, en una especie de prefiguración del estado moderno.

La proliferación de los castillos —hacia el año 1100 había quinientos tan sólo en Inglaterra—, que convirtió la guerra en «un uno por ciento de batallas y un noventa y nueve por ciento de sitios», restó importancia a los caballeros (la pasó del guerrero armado al propietario del castillo), y las armas de fuego individuales los hicieron prácticamente inútiles. Pero fue precisamente cuando empezaba su decadencia militar, cuando el estamento de los caballeros, es decir la nobleza, reforzó su legitimación creando el mito de la caballería —los libros de caballerías son, sobre todo, de estos momentos de decadencia—, con su mezcla de valores nobiliarios y eclesiásticos que las clases privilegiadas conservaron porque les daban los argumentos ideales para justificar que una minoría «superior» se impusiera a las masas.**

La caballería siguió utilizándose como arma de combate en la guerra, sostenida por la artillería en la realización de la «carga», hasta que la primera guerra mundial, con las alambradas y las ametralladoras, la hizo totalmente inútil (salvo para el transporte).

8.3. LA «REVOLUCIÓN MILITAR»

Entre 1500 y la Revolución francesa ha habido en Europa una etapa caracterizada por lo que se ha denominado la «revolución militar», que tiene una estrecha relación, como antes hemos dicho, con el refuerzo, primero, y con la crisis, después, del estado absolutista y con el surgimiento de la hacienda moderna.

Los siglos XVI y XVII han sido los más agitados de la historia europea. Había una nueva guerra cada tres años y muy poco tiempo de paz. La llamada «revolución militar» ha sido una consecuencia

* Entre el coste de estos dos especialmente para el caballero tenía normalmente la vida corriente— y el de la vida armada, el uso de la guerra medieval, escaso como caro.

** No es extraño, por tanto, que Hitler, que se sentía fascinado por el mito de la guerra medieval, se hizo pintar como un caballero medieval y envió a Otto Rahn a las fortalezas de la Edad Media. Himmler, por su parte, se rodeó de una aristocracia rafernalia caballeresca. La mitología medieval sigue siendo un elemento importante de la ideología de los grupos neofascistas.

del perfeccionamiento de la artillería, que cambió por completo las condiciones en que se combatía. Los cañones eran primero de bronce, un material de coste muy elevado, y por tanto escasos (de ahí que se tendiese a convertirlos en auténticas obras de arte). Pero se consiguió hacer cañones de hierro colado que, si bien a veces explotaban y mataban a los soldados que había alrededor, eran mucho más baratos, lo que significaba que se podían construir muchos más con los mismos recursos. Al fin y al cabo, lo que podía decidir la suerte de una batalla era el hecho de disponer de una potencia de fuego mayor que la del enemigo, mientras que unas cuantas vidas más o menos cambiaban poco las cosas. Por otra parte, el aumento del número de cañones y su eficacia creciente obligó a construir fortificaciones de un estilo nuevo, mucho mayores y más costosas (la guerra de Granada, a fines del siglo xv, había demostrado que las viejas murallas medievales no podían resistir la fuerza de la artillería).

Los ejércitos se fueron haciendo cada vez mayores. Si recordamos las batallas del final de la edad media, con cifras muy modestas de combatientes y con muy pocas bajas,* comprenderemos lo que significaba que Carlos V pudiese movilizar un ejército de 100.000 hombres, el mayor que hasta entonces había visto el mundo. Y esto sólo era un inicio, porque la frecuencia y el agravamiento de los conflictos europeos hizo que al final del siglo xvii Francia tuviera un ejército de 400.000 hombres y que a principios del siglo xix el de Napoleón llegase a los 600.000 (en octubre de 1813, en la llamada «batalla de las naciones», en Leipzig, participaron 560.000 combatientes) (figura 8.1). Los costes de la lucha habían aumentado todavía más que los efectivos militares, ya que el gasto por hombre en pie de combate se triplicó en estos años, y la guerra, al adquirir una dimensión universal (la de los Siete Años —1756-1763— se desarrolló en tres continentes), fue dando cada vez más importancia a la lucha en el mar, que resultaba todavía más costosa que la terrestre.

Los hombres que hacían la guerra eran en su mayoría «soldados», es decir profesionales a sueldo:** vivían sobre el terreno robando y destruyendo, y dejaban detrás suyo un rastro de hambre y peste que explica que fuesen odiados por los campesinos (es decir por la mayoría de los hombres), que no distinguían entre soldados amigos y enemigos, porque unos y otros actuaban de forma parecida con respecto a ellos. No es extraño que los artistas de estos siglos de hierro hayan representado con frecuencia la cabalgata conjunta de los cuatro jinetes del Apocalipsis: muerte, hambre, guerra y peste (figura 8.2).

* En la batalla de Anghiari, que los florentinos consideraron tan importante como para querer que la pintaran Leonardo y Miguel Ángel, murió un solo hombre, y parece que fue, según dice Maquiavelo, de una caída de caballo.

** Entre los profesionales más numerosos y más valorados figuraban los suizos. Todos los ejércitos europeos los contrataban como mercenarios, porque eran hábiles en el arte de la guerra y fieles a quienes les pagaban. En el ejército español había muchos (fueron, por ejemplo, los protagonistas principales de la batalla del Bruc) y sigue habiéndolos hoy como soldados del Vaticano.

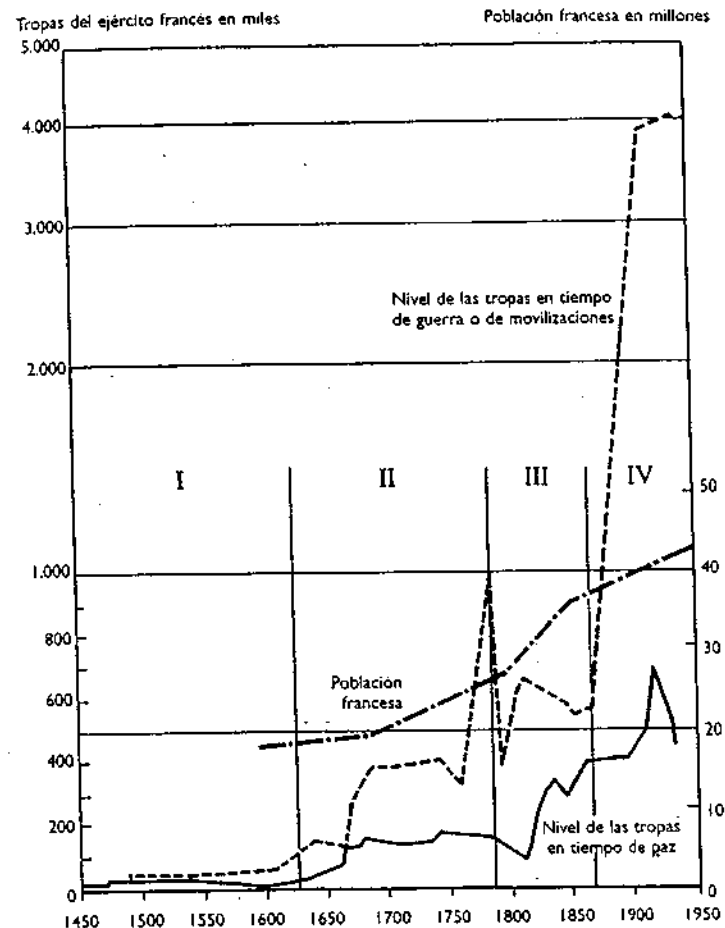


Figura 8.1. Tropas del ejército francés, en tiempo de guerra, entre 1445 y 1950.

Dedicados a guerras constantes entre sí, los europeos desarrollaron en estos siglos la tecnología de las armas y del combate muy por encima del resto del mundo, y transformaron especialmente la guerra naval con los cañones, que daban una gran potencia destructora a sus naves. Será precisamente esto lo que explique que acaben imponiéndose militarmente y que consigan el dominio del mundo extraeuropeo.

En la medida en que resultaba cada vez más cara, la guerra se iba convirtiendo en un problema de dinero. El dinero es el nervio



Figura 8.2. Los cuatro jinetes del Apocalipsis.

de la guerra, dice una frase que se va repitiendo al menos desde la época del imperio romano (y que cada época vuelve a inventar). En el siglo XVII se le añadió un matiz: la guerra la gana quien tiene la última moneda para gastar en ella. El gasto militar llegaría a ser, como antes hemos dicho, la mayor parte del gasto público, y ello obligaría a crear una estructura de hacienda que hizo posible la aparición del «estado fiscal», cuya eficacia dependía, por

otra parte, de que la recaudación no impidiera el crecimiento económico. La capacidad militar, ha dicho Jeremy Black, se basaba en una combinación financiero-militar, en la intersección del capitalismo y el estado.

8.4. LAS GUERRAS NACIONALES Y MUNDIALES

La Revolución francesa hizo aparecer, a la vez que uno de los primeros estados-nación, el primero de los ejércitos nacionales. Los soldados, que ahora no peleaban en las guerras del rey sino en las de la patria, no eran profesionales, sino que procedían o del voluntariado o, en su mayoría, del reclutamiento por quinta (que significa literalmente el sorteo de uno de cada cinco). Era «la nación en armas», integrada, como dice «la Marsellesa», por los «hijos de la patria», que nutrían esos grandes ejércitos de centenares de miles de hombres de los nuevos tiempos.

Napoleón supo utilizar estas grandes masas con un nuevo y más agresivo sentido de la movilidad —sus soldados decían que les obligaba a hacer la guerra con las piernas más que con las bayonetas— y obtuvo victorias por toda Europa, a costa de grandes pérdidas de vidas humanas (sus guerras mataron a uno de cada cinco de los franceses nacidos entre 1790 y 1795), hasta que fue derrotado por enemigos que habían aprendido a aplicar sus mismos métodos.

Esta guerra de masas presentaba graves problemas de transporte y de equipamiento, que se resolvieron con el ferrocarril, por una parte, y con el desarrollo de una industria capaz de producir las grandes cantidades de armas y municiones necesarias, por otra. Quienes primero aprendieron a usar el ferrocarril en la guerra fueron los prusianos, que lo adaptaron a una nueva forma de combate: la guerra de movimiento.

El secreto de este sistema residía en usar el ferrocarril para conseguir un desplazamiento más rápido de las tropas, lo que exigía una cuidadosa organización de todo el proceso de movilización y de transporte. Lo importante no era cuántos hombres podía movilizar un ejército a la larga, sino cuántos podía poner en el campo de batalla en los primeros momentos del conflicto, que podían resultar decisivos si se conseguía una gran victoria. Y en este aspecto quien tenía la mejor organización de transporte contaba con una gran ventaja. Los triunfos militares prusianos se produjeron gracias a la *blitzkrieg*, la guerra-relámpago, que se fundamen-

taba en su capacidad para poner en el campo de batalla una gran masa de hombres y de armas antes de que el enemigo hubiese podido movilizar todo su potencial. Así ganaron la guerra a Austria, primero, y derrotaron después a Napoleón III en Sedán, durante la guerra franco-prusiana.

Después de obtener esta victoria sobre los franceses, los prusianos prepararon los planes para un futuro enfrentamiento contra Francia y contra Rusia, que debía asegurarles la superioridad en el continente europeo. El plan Schlieffen había calculado los horarios de ferrocarril y los movimientos de tropas necesarios para atacar primero a Francia, a través de Bélgica, derrotarla rápidamente, como habían hecho cuarenta años antes en Sedán, y lanzarse después contra Rusia.

Esta vez, sin embargo, las cosas no salieron como los generales alemanes habían previsto. El conflicto, que hubieran querido limitado, acabó convirtiéndose en la primera guerra mundial, y los ejércitos, tras haberse desplazado con rapidez por ferrocarril, quedaron inmovilizados sobre el terreno en una interminable guerra de trincheras, sin poder sacar provecho de su movilidad. El resultado fue una lucha sangrienta e insensata de desgaste, en la que se inmolaron centenares de miles de soldados en los hoyos de barro de Flandes o en los campos de Francia, sin ganar un palmo de terreno o volviendo a perder rápidamente lo que se había ganado con mucho esfuerzo, sometidos al castigo implacable de una artillería que causó un 70 por ciento de todas las muertes en combate. Se luchaba con tácticas del pasado contra armas del presente: la caballería resultaba inútil en unos campos cubiertos de alambradas (pero los generales se empeñaban en preparar la gran batalla que había de decidirse con una carga de caballería), y las ametralladoras exterminaban a la infantería cuando intentaba asaltar las posiciones enemigas a la bayoneta, conforme mandaban los reglamentos.

La segunda guerra mundial, que también comenzaron los alemanes como una *blitzkrieg* —esta vez con mayor éxito inicial, al encontrarse con una Francia mal preparada y que quizá no tenía la misma voluntad de resistir que había mostrado veinticinco años antes—, tendría como características esenciales la importancia de la aviación y el sufrimiento infligido a las poblaciones civiles. Los rasgos más característicos de la guerra serían los grandes e insensatos bombardeos de las retaguardias (que no tenían efecto sensible sobre la producción de guerra, pero causaban muchas víctimas y aterrorizaban a la población civil: el de Dresde de 1945

causó 200.000 muertos) y los campos de concentración donde murieron millones de judíos, comunistas, gitanos, etc. (Sin olvidar los campos de concentración aliados en que, terminada ya la guerra, desaparecieron muchos soldados alemanes de forma poco explicable). De hecho la guerra acabó con los bombardeos de las poblaciones japonesas de Hiroshima y Nagasaki (con un resultado total de unas 280.000 muertes).

8.5. LAS CUENTAS DE LA GUERRA

Estudiar históricamente la guerra no es fácil. Hay que analizar con precaución los testimonios en un terreno en que la exageración y la mentira son la regla.* No sólo es que las cifras de bajas de una batalla acostumbren a ser radicalmente divergentes según los testimonios de cada uno de los bandos implicados, sino que en muchas ocasiones resulta incluso difícil decir quién la ha ganado. La mayoría de las veces la cuestión se decide al final: quien ha ganado la guerra se puede decir que ganó las batallas.

Estas imprecisiones e inexactitudes no son cosa exclusiva de un pasado cuyos testimonios documentales resultan escasos o poco fiables. Una guerra reciente, seguida por la televisión, como fue la denominada «guerra del Golfo», mostró al mundo una imagen de eficacia tecnológica que era ficticia y escondió cuidadosamente la importancia de las bajas producidas por el «fuego amigo» (es decir, las que se deben a las armas del mismo bando).**

Por otra parte, las estimaciones sobre los muertos causados por la guerra acostumbran a limitarse a las pérdidas de los ejércitos combatientes (que habrían pasado de menos de un millón en la guerra de los Treinta Años a más de ocho millones en la primera guerra mundial), y no suelen tomar en cuenta las defunciones posteriores al combate, ni los muertos civiles causados directa o indirectamente por la guerra (masacres, hambre, epidemias). Las deficiencias de la medicina explican la elevada mortalidad de los heridos: hasta la primera guerra mundial habría habido de dos a tres veces más muertos en los hospitales que en el campo de batalla; desde 1914 esta proporción bajó mucho, con la consecuencia de que aumentarían los mutilados que sobrevivían a sus heridas. Hay que añadir todavía los efectos de las enfermedades, de las «epidemias militares», que han sido muy importantes en las guerras europeas hasta el siglo XVIII y en las guerras coloniales con posterioridad. Por lo que se refiere a las muertes de civiles, las ma-

* El mariscal de Francia duque de Villars (1653-1734) informaba en una ocasión que se había enfrentado a 3.000 enemigos en una batalla y aseguraba, en el mismo escrito, que había matado a 4.000.

** En 1983, durante la invasión de la isla de Granada, en el Caribe, los norteamericanos llevaban mapas tan inexactos que uno de los ataques aéreos que hicieron, guiándose por un sistema de coordenadas diferente al del mapa que llevaban los soldados de tierra, dirigió su fuego contra éstos. Para un análisis de las defunciones que sufren las noticias sobre la guerra, véanse *Las mentiras de una guerra. Desinformación y censura en el conflicto del Golfo*, Barcelona, Deriva, 1991, y Lucrecia Escudero, *Malvinas: el gran relato*, Barcelona, Gedisa, 1996.

tanzas han sido siempre importantes en las guerras de religión, pero los efectos más graves los han provocado el hambre y las epidemias que los soldados llevaban consigo.

Uno de los aspectos más perturbadores de la evolución de la guerra ha sido precisamente el aumento progresivo de la proporción de las muertes de civiles. Mientras en las guerras napoleónicas sólo uno de cada tres muertos era un civil, en la primera guerra mundial se equilibró la proporción, y en la segunda fueron más los civiles que los militares, aunque su muerte no se debiera ya, como en el pasado, al hambre y la enfermedad, sino a la extensión deliberada de la violencia a la retaguardia. Las cifras más fiables de que disponemos son precisamente las de la segunda guerra mundial, en que el total de muertos se eleva a unos cincuenta millones, con una proporción de 22 millones de militares por 28 de civiles. De estos 28 millones de civiles, 12 murieron en campos de concentración y un millón y medio como consecuencia de los bombardeos.*

8.6. LA CRIMINALIZACIÓN DE LA SOCIEDAD

El estado no ejerce sólo la violencia contra sus enemigos exteriores, sino también contra los interiores. El hecho de que se reforzase el poder real entre los siglos XVI y XVIII trajo aparejado un cambio radical en los mecanismos de represión social, que llevó al endurecimiento de las penas, a un refuerzo de la persecución de los delincuentes y a convertir los castigos, y en especial las ejecuciones, en ceremonias públicas de glorificación del poder del estado, hasta el punto de que estos siglos han podido ser caracterizados como «el tiempo de los suplicios».

Hubo en este viraje represivo una voluntad de acabar con la violencia y la venganza privadas y de transferir a la esfera pública el castigo de las ofensas y de los delitos, lo que reforzaría la imagen benéfica del poder del soberano y ayudaría a crear un sentimiento de colectividad entre quienes presenciaban unos actos de castigo que se justificaban como necesarios para la defensa de la sociedad, con el fin de que los espectadores se convirtiesen en participantes.

Pero había también, aunque no se confesara públicamente, una actitud nueva de temor ante unas capas subalternas que empezaban a mostrarse menos dóciles que en el pasado. Mientras los reyes medievales se dedicaban a controlar las fechorías de los ri-

cos y los poderosos, los monarcas de los siglos XVI y XVII se preocupaban sobre todo de afianzar el orden social contra las protestas y revueltas de los de abajo. Las clases dominantes estaban obsesionadas por el miedo al pueblo común.

La intención «social» de este endurecimiento de las regulaciones penales aparece con toda claridad en la importancia que se da a todo lo que tiende a reforzar los derechos de propiedad. Los castigos por robos de un volumen insignificante, fruto muy a menudo de la pobreza y del hambre, eran brutales, y mucho más duros que los que sancionaban la violencia contra las personas. En Inglaterra la prisión estaba destinada en buena medida a los deudores, y los falsificadores de documentos, que atentaban contra la «confianza» en que se debía basar la vida comercial, eran condenados a muerte. El resultado aparentemente paradójico de este proceso sería, en el conjunto de Europa, la disminución gradual de los delitos violentos y el aumento paralelo de los que implicaban ataques a la propiedad (figura 8.3.).

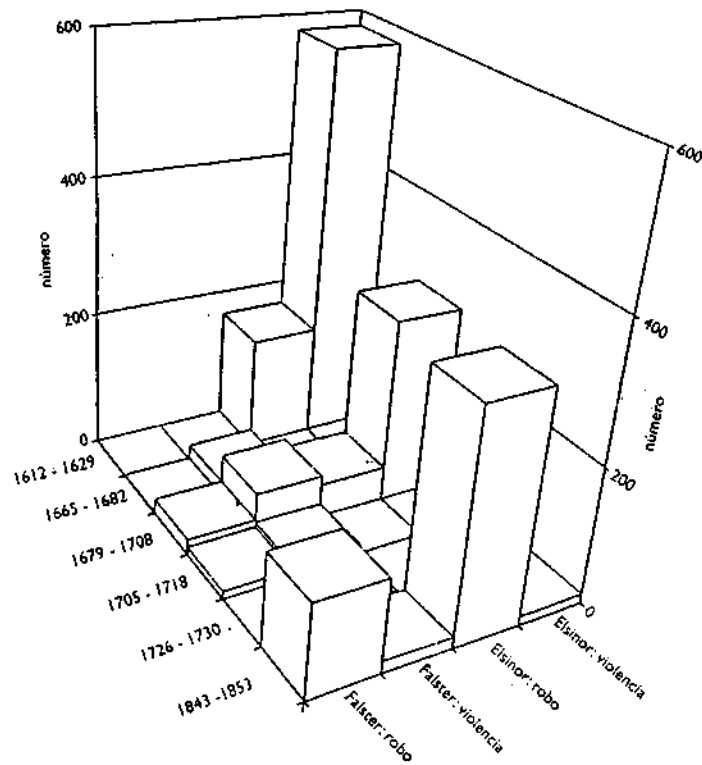
Esta criminalización destinada a proteger la propiedad resulta especialmente evidente en el campo, donde la eliminación de las viejas reglas de la propiedad comunitaria convirtió a buena parte de los campesinos europeos en ladrones. Establecer qué es un robo depende de la definición de propiedad vigente en una sociedad, de modo que cuando esta definición se modifica —cuando algunos la modifican según sus intereses— se suscitan una serie de problemas entre quienes interpretan una apropiación como legítima, de acuerdo con las nuevas reglas, y los que la consideran una usurpación, porque siguen considerando válidas las viejas.

La privatización de los prados y los bosques que antes eran de uso común hizo que durante cerca de dos siglos los robos de leña y la caza furtiva,* delictivos de acuerdo con las nuevas reglas, fueran uno de los grandes problemas de los que tuvo que ocuparse el sistema represivo. En Inglaterra la cuestión empezó en el siglo XVIII con leyes brutales como la *black act*, que condenaba con la muerte los «delitos» de caza furtiva y de recogida de leña en los bosques. En Francia la lucha de los campesinos para preservar sus derechos tradicionales condujo a protestas y revueltas desde 1789 hasta 1851 (en el departamento de Var la mitad de los delitos juzgados entre 1826 y 1837 eran contravenciones a las leyes de bosques y de caza). En Prusia, en 1836, el 75 por ciento de las demandas presentadas en los juzgados se referían a violaciones de bosques comunales privatizados,** mientras que en Italia los robos campestres eran tan abundantes en el siglo XIX que los pro-

* Aunque intervinieron en la guerra cerca de treinta países, cinco de ellos acumularon el 90 por ciento de los muertos: la URSS (20 millones), China (10 millones), Alemania (6,5), Polonia (4,1) y Japón (2,3).

* Hay que tener en cuenta que la caza legal o furtiva era un asunto complejo. En Inglaterra, para cazar una liebre en terrenos propios, había que se tenían unos impuestos que se reservaba a los propietarios.

** El hecho de que decidiese convertir un delito tipificado que una dureza especial fue que movieron al joven a reflexionar sobre el significado de propiedad.



ción de los delitos
en dos puntos
de Falster y la
de principios del
del siglo XIX
de Hovnsborg).

pietarios se escandalizaban por el hecho de que en su mayoría no fueran castigados y que, cuando lo eran, «quien ha sido culpable del delito no queda deshonrado ante la conciencia pública».

Como decía un juez español en 1840: «Allí donde el estado anual de culpabilidad marca nuevo delito, cometido repetido número de veces, allí hay trastorno repentino del orden social». El trastorno lo habían creado las clases dominantes, que habían criminalizado las viejas reglas y castigaban la infracción de las nuevas con una dureza extrema, en una pedagogía de violencia. Para el campesino la vulneración de las nuevas reglas no era un delito, sino una forma de protesta. Y cuando se sentía especialmente agraviado, y no tenía otra forma de defenderse contra los que tenían en sus manos los mecanismos de la justicia, recurría al fuego: al incendio de casas, pajares o mieses.*

8.7. EL SISTEMA PENAL DEL ANTIGUO RÉGIMEN

Lo que acostumbra a impresionarnos más del sistema penal europeo del antiguo régimen es su aparente barbarie: la crueldad de los castigos públicos, de la tortura legal y de las ejecuciones convertidas en una ceremonia casi festiva. Hoy hemos aprendido que todo esto tenía menos que ver con la barbarie —que sigue vigente en nuestro sistema represivo con la tortura, que se utiliza en muchos lugares en la práctica, aunque se haya eliminado de los textos de las leyes— que con el desarrollo del estado moderno.

Una de las grandes diferencias que advertimos en la vieja legislación penal respecto de la nuestra es la falta de reglas que fijen qué castigo corresponde a cada delito. No hay proporción ni correspondencia entre la falta y el castigo: los mismos delitos reciben sanciones muy diversas según sean el inculpaado, el momento y el juez. En la España del primer cuarto del siglo XIX encontramos no sólo que una misma falta puede castigarse, en los mismos días pero en lugares y con personas diferentes, desde con unos meses de prisión hasta con pena de muerte, sino que se imponen condenas por delitos que la propia sentencia declara «no suficientemente probados».

La ventaja de este sistema era que permitía matizar y orientar el ejercicio de la represión de acuerdo con los fines que se querían conseguir en cada momento. Las durísimas condenas por robos insignificantes que encontramos en la Inglaterra de los siglos XVIII y XIX* respondían a un propósito de educación social que parecía conveniente en momentos en que estaba aumentando la población pobre de las ciudades.

Esto explica también que se prefirieran los castigos públicos a las penas de prisión. En el antiguo régimen la prisión tenía un papel secundario. O se aplicaban castigos corporales, que podían ir de la picota a la muerte, o la sociedad se deshacía del delincuente alejándolo mediante una condena a galeras o con la deportación.

La pena más frecuente era, en los siglos XVI y XVII, la de remar en las galeras, que se conservaría en muchos lugares hasta fines del siglo XVIII (la marcha de los galeotes encadenados por los caminos cumplía una función de ejemplaridad).** Cuando las galeras perdieron importancia, se les hizo trabajar en los astilleros o incluso en las fábricas. Pero como las galeras sólo eran aptas para el Mediterráneo, esta solución no resultaba adecuada para los países atlánticos que recurrieron a la fórmula de enviar a las colonias a los delincuentes deportados, cediéndolos como

* Por ejemplo: David Ledham, de 12 años, condenado a siete años de deportación por haber robado un trozo de tocino que valía 2 peniques; John Eardley, de 17 años, y James Bailey, de 20, condenados a muerte, conmutada por deportación, por el robo de un pan.

** Francia enviaba a galeras cada año a unos cuantos centenares de hombres (entorno a un millar al año en algunos períodos).

trabajadores forzados a los colonos que los quisieran alquilar. Hacia 1770 el tribunal más importante de Londres enviaba un 70 por ciento de los condenados a las colonias americanas, sin contar los condenados a muerte que habían visto su ejecución conmutada por la deportación. El problema fue que la independencia de los Estados Unidos impidió seguir enviándolos a América, lo que condujo a que se colonizase Australia, en una experiencia «que nunca se había intentado antes y no se repetiría después: un continente inexplorado se convertiría en una cárcel»: de 1788 a 1867 se deportaron de Gran Bretaña unas 150.000 personas. Algunos estados alemanes, que no tenían colonias, buscaron lugares para enviar sus deportados; colocaron una tanda en Siberia, en 1802, con permiso del zar, y mandaron otros a Brasil, pero cuando estos países se negaron a seguir aceptándolos, enviaron un número considerable de condenados violentos a Estados Unidos, con documentos falsos que los hacían aparecer como emigrantes normales en busca de trabajo.

En Inglaterra las prisiones servían para retener a los acusados hasta el juicio (o mientras esperaban la aplicación de la pena), para la reclusión en muy pocos delitos, y, sobre todo, para los deudores: en 1775 de 4.000 reclusos que había en las prisiones, 2.500 lo eran por deudas. ** El acreedor podía hacer encerrar al deudor si pagaba los gastos de su mantenimiento. El deudor estaba en la cárcel acompañado por su familia, que podía entrar y salir de ella, y recibía todo tipo de visitas. La prisión era un espacio bastante abierto, dentro del cual se alquilaban locales, de modo que había tabernas, burdeles, clubs de bebida e incluso sociedades musicales. No estaba separada físicamente del mundo exterior, pero sí administrativamente: los carceleros, que no eran funcionarios sino explotadores de un servicio, tenían el mando absoluto. No se salía de la cárcel, ni habiendo sido declarado inocente, si no se les pagaba. Eran, por otra parte, auténticas escuelas del crimen, en las que se podía entrar por primera vez a los 8 o 9 años para empezar a hacer la carrera.

Las penas propiamente dichas empezaban con castigos como la exposición en la picota, reservada para faltas menores como la de hacer trampas en el juego, o por delitos sexuales (en los que, en algunos casos, como los de abusos con niños, la multitud podía acabar matando al reo a pedradas). Para delitos más graves se usaban los latigazos, normalmente durante dos horas, hasta que el cuerpo sangraba. Pero el gran castigo ejemplar, la clave del sistema, era la pena de muerte.***

8.8. LA PENA DE MUERTE

La muerte era un castigo que se aplicaba a quienes se apartaban de la norma social y amenazaban con ello el orden establecido. Se ejecutaba por herejía o por desviación sexual como algo natural, pero también por un gran número de infracciones que se referían simplemente a las reglas del juego social impuestas por las clases dominantes. La pena de muerte ha sido, dice Evans, «un instrumento de la política estatal, tanto o más que de la política penal». Era, por un lado, una facultad del soberano, que servía para confirmar su autoridad suprema, mientras que, por otra, se usaba para crear cohesión social, a través de su doble función de disuadir y educar.

La disuasión se conseguía a través del endurecimiento de los castigos, orientados a reforzar los objetivos sociales que se quería inculcar. La *Constitutio criminalis carolina*, promulgada por el emperador Carlos V en 1532, castigaba con la muerte en la hoguera la blasfemia, la brujería, la falsificación de moneda, el envenenamiento o la sodomía, y con penas brutales otros delitos menores (se cortaban las orejas a las mujeres inmorales, los dedos o las manos a los ladrones, etc.). En la Inglaterra del siglo XVII se aplicaba la pena de muerte a 50 delitos, pero a fines del siglo XVIII la cifra había subido a 225. En España, Felipe V condenó con la muerte cualquier robo, por insignificante que fuera, que se realizase en Madrid o en su entorno: se trataba de resolver el problema de la delincuencia urbana con el terror (pero a fines del siglo XVIII se decía que «en medio del día no pueden ir las gentes» por la calle). En 1783 Carlos III pensó en aplicar una intimidación similar a los gitanos, a quienes se había decidido «abolir», pero que al parecer se resistían a desaparecer. Un texto legal de este año dirá: «Al que use el traje, gerigonza, estilo o malas costumbres de los que fueron llamados gitanos, y de quienes hasta el nombre se ha abolido, se le deben sellar en las espaldas las armas de Castilla con un hierro ardiente, y amonestarle para que haga vida civil y cristiana, imponiéndole después, en caso de reincidencia, y reconocido el sello, la pena de muerte».

Pero al lado de la disuasión, y estrechamente unida a ésta, había una pretensión educativa. Esta justicia feroz iba acompañada de frecuentes conmutaciones de la pena de muerte y, en los casos en que era aplicada, se procuraba convertir la ejecución en un espectáculo público en el que participaba la multitud, a la que se trataba de convencer de que la pena era justa haciéndola tomar

* Robert Hughes, *The fatal shore. A history of the transportation of convicts to Australia, 1787-1868*. Londres, Harvill Press, 1996.

** El ejemplo inglés no puede, sin embargo, generalizarse. Los países que no practicaban la deportación —España enviaba algunos reclusos a los «presidios» del norte de África, pero no a las colonias americanas— empezaron a desarrollar cárceles cerradas de un nuevo estilo.

*** Para percatarse de cómo se combinaban estos castigos, podemos ver las penas a que fue condenada una banda de salteadores en la Barcelona de 1771: once hombres fueron ahorcados (e «hicieron cuatro cuartos de cada uno y los pusieron por los caminos públicos de Cataluña»); cuatro sufrieron la pena de azotes y se les marcó con un hierro candente, otros cuatro fueron desterrados a Cartagena (es decir, se les envió a trabajos forzados a los astilleros), cuatro fueron desterrados a Orán y otros tres se vieron expulsados del Principado; finalmente hubo ocho mujeres «desterradas a galera».

parte en el ritual de oraciones, últimas palabras, etc. que daba todo su sentido al acto.

Tenemos una excelente descripción de una ejecución pública en Barcelona en el libro de Raimon Casellas *Les multituds*, publicado en 1906. La gente va a ver cómo «hace la mueca» el condenado y «si tiene tantos riñones como dicen»; los padres llevan a sus hijos «para que sepan el triste fin a que lleva obrar mal»,* pero también hay quien busca simplemente diversión. Se vende el romance de los *Horrorosos crímenes y la sentencia del Llarg* y un monaguillo pasa pidiendo «por el alma del que van a ajusticiar». Durante la espera se oyen risas cuando alguien dice que el condenado ha tenido un desfallecimiento al salir. Por fin llega el reo, acompañado de un cura que le exhorta, en medio de una procesión de seglares, monaguillos, penitentes con capirote y cirios, un Cristo y los cantos correspondientes. El condenado puede caer en gracia si se le ve desenfadado y valiente; caerá mal si parece que tiene miedo. Cuando un soldado trae una carta en la punta de una bayoneta y los espectadores temen que pueda ser el indulto, hay un movimiento colectivo de indignación. Pero no lo es. El condenado se sienta ante el garrote, se oye el crujir de sus huesos y muere sin decir una sola palabra. El espectáculo ha terminado y los espectadores se van a pasear o a la taberna.

Aunque la pena de muerte se conmutara con frecuencia, las condenas eran tantas que los muertos acabaron también siendo muchos: en Inglaterra se dictaron 35.000 penas de muerte entre 1770 y 1830, y se ejecutaron unas 7.000; más de un centenar al año, muchas más que en cualquier otro país de Europa.

Cuando el clima social empezó a cambiar comenzó a verse que la ejecución pública podía resultar contraproducente. El 27 de mayo de 1789, un mes y medio antes de que estallara en Francia la revolución, se ejecutó en Barcelona a cinco hombres y una mujer como responsables de los «alborotos del pan» (un motín de protesta contra el encarecimiento del pan, que la gente atribuía a manejos de especuladores protegidos por el capitán general). En esta ocasión los ciudadanos de Barcelona eran contrarios a esas condenas, y no sólo no fueron a contemplar la ejecución, sino que «casi no se veía a nadie por las calles, porque todas las casas tenían las puertas cerradas, y hacía un gran duelo toda aquella quietud que parecía el jueves y viernes santo».

La pena de muerte, que se mantendría en pleno vigor durante el siglo XIX, ha ido desapareciendo en muchos países en el siglo XX, pero vuelve hoy a reaparecer con fuerza en algunos, como en

los Estados Unidos, donde en 1993 se realizaron 37 ejecuciones y donde en la actualidad hay 2.500 presos, casi la mitad de ellos negros, en las celdas en que esperan su ejecución.

8.9. «CLASES PELIGROSAS» Y POLICÍA

Una sociedad que temía a las clases subalternas desconfiaba sobre todo de los pobres. En la edad media la pobreza se consideraba como una virtud; pero desde el siglo XVII se comenzó a verla como un peligro social. En la mayor parte de los países de la Europa occidental se produjo lo que se ha llamado «la gran reclusión». En Francia se encerraba a los pobres en hospitales generales, donde rezaban y trabajaban. En Holanda se les anunciaba para alquilarlos. En España se les enviaba forzados a remar o a trabajar en la marina real, si eran aptos (para eso no era necesario haber cometido otro delito que el de ser pobre). En Inglaterra se creó un sistema de leyes de pobres que encomendaban su asistencia a la parroquia, que podía llevar al pobre a una *workhouse* o «casa de trabajo», sucia y triste, donde haría tareas irracionales e inútiles. El guarda de la *workhouse* los podía alquilar a quien los quisiera y se embolsaba su sueldo a cambio del mantenimiento, de manera que sólo los que eran realmente inútiles quedaban internados. En la *workhouse* se experimentaría el tipo de control disciplinario del trabajo propio de la fábrica, que sería su hija directa. En 1834 la nueva ley de pobres limitaba la asistencia a los viejos y a los inválidos, y determinaba que cualquier hombre físicamente apto debía ser obligado a trabajar en la *workhouse*, donde las condiciones eran mucho peores que las del trabajo en la calle, con la intención de que sólo se acudiese allí en caso de extrema necesidad. La trilogía de las instituciones «domesticadoras» de la nueva sociedad industrial británica la integraban la *workhouse*, la fábrica y la cárcel, a las cuales se añadiría más adelante la escuela.

En Francia el sistema represivo del antiguo régimen estaba integrado por los *hôpitaux généraux*, los *dépôts de mendicité* y las galeras. Los *hôpitaux* tenían una función mixta de prisión, hospital y asilo. En los dos más grandes de París, Bicetre para los hombres y La Salpêtrière para las mujeres, había presos y sifilíticos a la vez, aunque los presos estaban en una parte más vigilada. Los *dépôts de mendicité* acogían a los pobres y los trataban mal. Una muestra de la función social que la represión tenía en Francia —y una prueba de su aceptación social— nos la dan las *lettres de cachet*,

por medio de las cuales el rey, a petición de los familiares, encerraba a un hombre o a una mujer de vida irregular en la cárcel con el fin de que se corrigiera, sin investigación preliminar ni juicio. Antes se creía que este era un sistema empleado exclusivamente por las buenas familias, que enviaban los hijos descarriados a la Bastilla —donde fue a parar Sade, por ejemplo—, pero se ha visto que incluso los pobres lo usaban para encarcelar a los parientes molestos.

Mientras los franceses empezaron, con Napoleón, a organizar una policía que se encargaba del mantenimiento del orden público, los ingleses intentaron conservar el viejo sistema represivo, que era más barato y parecía más respetuoso con la libertad privada. El código sanguinario inglés de principios del siglo XIX, con su multiplicación de los delitos que podían castigarse con la muerte, sería un último intento de alternativa represiva «liberal» y antiestatal.

Pero desde mediados del siglo XVIII resultaba evidente que el estado británico era incapaz de contener a los delincuentes. El contrabando, estimulado por unos aranceles muy elevados, se practicaba con una flota de 120 grandes embarcaciones (que llevaban hasta 100 hombres y 24 cañones) y de doscientas menores, con la colaboración de grupos de hombres armados que aseguraban el desembarco mientras los funcionarios lo contemplaban impotentes. En el siglo XVIII, Londres era una ciudad sin ley donde florecía el crimen y donde la captura de los delincuentes se encargaba a «cazadores de ladrones» venales. Tan frecuentes eran los robos que Jonathan Wild montó un negocio en gran escala: asesoraba a los ladrones, tenía bandas enteras a su servicio, arreglaba el arresto y la ejecución de quienes iban por libre y les hacían la competencia, y vendía los productos del robo a los mismos robados. «Aquí los robados buscaban audiencia del único que les podía prometer la restitución; aquí los ladrones se reunían como trabajadores en una fábrica para recibir la paga por el trabajo hecho». Empezó a actuar en 1715; en 1717 se dictó una ley que condenaba a muerte a quienes hiciesen de intermediarios entre las víctimas y los delincuentes, pero Wild siguió hasta 1725, fecha a la que fue condenado por haber cometido el error de proteger a un bandido. En las ciudades había además refugios que permitían mantenerse fuera del alcance de la ley: cuando en 1723 se suprimió la prisión por deudas de menos de 50 libras, miles de personas salieron del barrio de Londres donde se habían refugiado y se vieron caravanas de carros, de caballos y de gente a pie, como el éxodo de una tribu de Israel.*

Un refugio especial era el que determinaba en la ciudad de Roma la inmunidad de la embajada de España, que se extendía al barrio de su alrededor. Un tratado de Belli celebra el fin de esta inmunidad que permitía que «le puttane de Spagna» estuviesen veraneando en el balcón con un cojín «a la italiana» y «a la cuccagna». Ahora los cuccagnos habían mejorado, dice, y «se iban por lo caso a la sordina».

Pronto se advertiría cuáles eran los riesgos de esta falta de control de la población urbana: en 1780, con motivo de las revueltas Gordon contra los católicos, Londres quedó durante dos semanas en manos de asaltantes y saqueadores, hasta que se pudo enviar al ejército a restablecer el orden. No es extraño que, venciendo sus propios prejuicios «liberales», los ingleses empezaran a crear un sistema de policía «a la francesa», parecida a los que se crearían en otros países de Europa después de 1814, primero con finalidades de política contrarrevolucionaria, pero dedicados muy pronto a vigilar y combatir lo que la sociedad burguesa definiría como las «clases marginales», integradas sobre todo por los que se consideraban criminales difíciles de integrar, de acuerdo con unos estereotipos que pretendían convertir el delito en un hecho biológico: criminales natos, rostros patibularios, una vestimenta peculiar y, muy en especial, este elemento siempre sospechoso, por diferente, que es el extranjero.*

8.10. LAS NUEVAS FORMAS DE LA REPRESIÓN

En el paso del antiguo al nuevo régimen cambiaron la naturaleza del derecho penal (a partir de la influencia ejercida por la obra de Beccaria *Dei delitti e delle pene*, 1764) y de la cárcel. Se consideró que se debía establecer una relación fija y declarada entre los delitos y las penas que los castigaban, y que la reclusión debía cumplir una función educativa y correctora. La nueva prisión era administrada por funcionarios a sueldo del estado, estaba cerrada y pretendía mantener a los reclusos constantemente vigilados: de ahí los proyectos de «panóptico» o prisiones modelo radiales, en las que desde el centro se podía vigilar todo. Para evitar la corrupción de los más jóvenes —en 1872 encontramos en Inglaterra a un niño de doce años condenado a un mes de trabajos forzados por haber robado dos conejos— los presos deberían quedar totalmente aislados. Un aislamiento que se reforzaba con el silencio a que se les obligaba, con las separaciones que impedían que se vieran, y con las máscaras que les obligaban a llevar para que no se reconocieran en los escasos momentos en que estaban juntos. El trabajo forzado llegaría ahora a su extremo más inhumano con la rueda, que se hacía girar con los pies, a un ritmo de cincuenta pasos por minuto, hasta diez horas diarias, en turnos de veinte minutos de trabajo seguidos de otros veinte de reposo. A veces la rueda servía para moler grano o para subir agua, pero la mayoría de

* En Prusia, entre 1910 y 1914 se condenó a 10 personas por cada 100.000 de lengua alemana; pero a 24 por cada 100.000 de lengua polaca. En la misma época, los jurados condenaron a un 7,5 por 100.000 de franceses y a un 1,5 por 100.000 de extranjeros. El inmigrante criminal sigue siendo un estereotipo en la sociedad europea actual. Por ejemplo, de ser discriminado sin necesidad de ser extranjero: en los Estados Unidos, en 1995 uno de cada tres presos de la población encarcelada eran negros, aunque éstos representan un 6 por ciento de la población total (en 1995 uno de cada tres presos negros norteamericanos de veintidós años de edad estaba en libertad condicional).

las veces «molía el aire», y se consideraba que su misma inutilidad aumentaba su naturaleza de castigo, y por la misma razón, su función educativa. Estas cárceles educadoras habían sido creadas por la insistencia del humanitarismo, pero su resultado, en lugar de ser el de preparar a los hombres para que se reintegraran a la disciplina de la fábrica, fue con mucha frecuencia la locura.

Las cárceles contenían ahora muchos más reclusos, no porque hubiese más delitos, sino porque había más miedo y, con éste, más vigilancia.* En 1840 más de la mitad de los presos británicos eran vagabundos, cazadores furtivos, autores de pequeños robos, borrachos y perturbadores del orden: gente que no había encajado bien en la nueva disciplina social victoriana.

La situación no es esencialmente distinta hoy. Hablando de los problemas que presenta la prevención y el castigo del crimen en los Estados Unidos, un policía experto señala que el hecho de que la criminalidad aumente en la misma medida que lo hace la población encarcelada (se ha pasado de 200.000 reclusos en 1970 a un millón en 1994) se explica por la situación social en que se han formado y viven los delincuentes. «Lo que la América blanca quiere ignorar es que ha creado unas condiciones tan horribles que hacen que la escapada hacia el crimen, las drogas y la violencia sea una consecuencia inevitable de la vida actual en los guetos. Devolver a los presos liberados a los mismos pantanos que los produjeron asegura su rápido retorno al crimen».**

Al margen de la represión de la delincuencia, el siglo xx ha visto numentar otras formas de violencia gubernamental —el gulag, el holocausto, la actuación criminal de las dictaduras americanas del cono sur con sus masas de «desaparecidos», las limpiezas étnicas de los Balcanes, etc.— hasta el punto que se ha calculado que de 1900 a 1987 estas víctimas civiles de «muerte por el gobierno» han podido ascender a unos 169 millones.

* Había también efectos paradójicos del progreso. Por ejemplo, con la mejora de la iluminación pública por la introducción del alumbrado de gas, aumentaron en las ciudades las condenas por delitos contra la moral, no porque fuesen más, sino porque se veían con mayor facilidad.

** Tony Bouza, *The decline and fall of the American empire. Corruption, decadence and the American dream*, Nueva York, Plenum Press, 1996, p. 238.

LECTURAS RECOMENDADAS

Parker, Geoffrey, *Guerra y sociedad en Europa*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1990, 5 vols.
 Polla, Carlo M., *Cañones y velas en la primera fase de la expansión europea*, Barcelona, Ariel, 1967.

Contamine, Philippe, *La guerra en la edad media*, Barcelona, Labor, 1984.
 Melossi, Dario, *Cárcel y fábrica. Los orígenes del sistema penitenciario, siglos XVI-XIX*, México, Siglo XXI, 1987.

Parker, Geoffrey, *La revolución militar*, Barcelona, Crítica, 1990.
 Regan, Geoffrey, *Historia de la incompetencia militar*, Barcelona, Crítica, 1989.
 Roldán, Horacio, *Historia de la prisión en España*, Barcelona, PPU, 1988.
 Serna, Justo, *Presos y pobres en la España del siglo XIX*, Barcelona, PPU, 1988.

ALGUNOS LIBROS MÁS AVANZADOS QUE CONVIENE CONOCER:

Black, Jeremy, *War and the world. Military power and the fate of continents, 1450-2000*, New Haven, Yale University Press, 1998.
 Briggs, John, et al., *Crime and punishment in England. An introductory history*, Londres, University College, 1996.
 Chaliand, Gérard, comp., *The art of war in world history from antiquity to the nuclear age*, Berkeley, University of California Press, 1994.
 Corvisier, André, ed., *Dictionnaire d'art et d'histoire militaires*, París, Presses Universitaires de France, 1988.
 Cru, Jean Norton, *Du témoignage*, París, Allia, 1997.
 Delbruck, Hans, *History of the art of war within the framework of political history*, Westport, Greenwood Press, 1975-1982, 3 vols.
 Delbruck, Hans, *Medieval warfare*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1990.
 Delbruck, Hans, *The dawn of modern warfare*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1990.
 Dülmen, Richard van, *Theatre of horror. Crime and punishment in early modern Germany*, Cambridge, Polity, 1990.
 Emsley, Clive, *The English police. A political and social history*, Hertfordshire, Harvester Wheatsheaf, 1991.
 Evans, Richard J., *Rituals of retribution. Capital punishment in Germany, 1600-1987*, Oxford, Oxford University Press, 1996.

Gatrell, V.A.C., *The hanging tree*, Oxford, Oxford University Press, 1996.
 Hay, Douglas, y F. Snyder, eds., *Policing authority in Britain, 1750-1850*, Oxford, Clarendon Press, 1990.
 Howard, Michael E., *War in European history*, Oxford University Press, 1976.
 Ignatieff, Michael, *A just measure of pain. Torture in the industrial revolution, 1750-1850*, New York, Columbia University Press, 1980.
 Johnson, Eric A., y E.H. Monkkenon, eds., *The evolution of crime. Violence in town and country in the Middle Ages*, Urbana, University of Illinois Press, 1996.
 Keeley, Lawrence H., *War before civilization*, New York, Oxford University Press, 1996.
 Lynn, John A., *Tools of war. Ideas and innovations in warfare, 1445-1871*, Urbana, University of Illinois Press, 1990.
 McNeil, William H., *The pursuit of power. War, armed force, and society since A.D. 1000*, Oxford, Blackwell, 1982.
 Muchembled, Robert, *Le temps des stupides. L'obéissance sous les rois absolus*, París, Armand Colin, 1992.
 Parker, Geoffrey, ed., *The Cambridge illustrated history of Warfare. The triumph of the West, 1600-1713*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.
 Pick, Daniel, *War machine. The rationalization of slaughter in the modern age*, New Haven, Yale University Press, 1993.
 Rasler, Karen A., *War and state making. The evolution of the global powers*, Boston, Unwin Hyman, 1989.
 Rogers, Clifford J., ed., *The military revolution, 1500-1700*, Boulder, Westview Press, 1995.
 Spierenburg, P.C., *The prison experience. Institutions and their inmates in early modern Europe*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1987.
 Tobias, J.J., *Crime and police in England, 1600-1800*, Dublin, Gill and Macmillan, 1979.

9 LAS IDEAS: I. CREENCIAS Y RELIGIONES

Al pasar de las otras dimensiones de la vida de los seres humanos a su universo mental nos encontramos ante una serie de campos difíciles de definir. Nos hemos acostumbrado a pensar, por ejemplo, que hay dos terrenos separados, el del conocimiento y el de las creencias. Al primero pertenecería la ciencia; al segundo, las ideas religiosas. El terreno de la ciencia se distinguiría del de la religión por su racionalidad y por el hecho de ser universal (hay matemáticos cristianos, musulmanes o budistas, pero las matemáticas que utilizan son las mismas: no hay matemáticas cristianas, musulmanas o budistas).*

Pero las cosas no son tan sencillas como podría hacer pensar esta división entre lo que consideramos racional y lo que calificamos de irracional. Una curiosa teoría —que contiene algunos elementos útiles para la reflexión— lo puede ilustrar. Julian Jaynes sostiene que hace más de tres mil años la mente humana no actuaba como la nuestra. Los hombres no tenían conciencia subjetiva y aquello que iba más allá de lo que era común y cotidiano, y a lo que no se podían enfrentar con los procedimientos a los que estaban habituados, sino que les exigía que tomaran nuevas decisiones, les producía una tensión que les hacía creer que oían voces externas a ellos —las de los dioses— dándoles consejo y guía (de forma parecida a las voces que oyen los esquizofrénicos sometidos a una gran tensión). Esta mente «bicameral» habría durado hasta que los hombres tuvieron que enfrentarse a una crisis de mayor gravedad, hace unos tres mil años, en una situación ligada a catástrofes naturales (como la explosión del volcán de Thera) y a los grandes movimientos de pueblos que invadieron el Próximo Oriente y Grecia. Pensaron entonces que los dioses les habían fallado y que no podían seguir haciendo caso de sus voces

* Sin embargo, el estalinismo distinguía la «ciencia burguesa» de la «socialista», el nazismo separaba la «judía» de la «aria» y el «postcolonialismo» pretende hoy distinguir entre matemáticas imperialistas, las de la ciencia moderna de Occidente, y étnicas.

interiormente estaban obligados a reflexionar y a decidir por su cuenta. Las divinidades, que hasta entonces habían sentido próximas a ellos, residiendo físicamente en el templo local, subieron al cielo, la tierra se pobló de ángeles y de demonios y los hombres tuvieron que habituarse a la reflexión. De la vieja mente bicameral nos quedaría hoy tan sólo la herencia de todo lo que corresponde al dominio de los hechos religiosos.*

El mayor problema que se nos presenta en el estudio histórico de las religiones, que es el primero de los campos de las ideas que examinaremos, es que la imagen que tenemos de las del pasado está elaborada sobre la de las grandes religiones universales tal como hoy las conocemos, después de haber sufrido una evolución milenaria. Las religiones primitivas eran muy diferentes. En algunos casos no pasaban de la idea vaga de un dios o de una fuerza poderosa y de la creencia en contactos con los muertos, que se sustentaba que llevaban una especie de vida misteriosa y oscura bajo tierra o en alguna región lejana.** Era normal pensar que había espíritus, o seres sobrehumanos, que correspondían a aspectos diversos de la realidad o que eran los protectores de los diferentes pueblos. Antes del predominio de las religiones universales cada pueblo tenía sus dioses, que consideraba que eran los mejores y que le aseguraban la superioridad sobre los otros. El monoteísmo ha nacido generalmente del proceso de convertir en un dios único el que antes era considerado como el principal y más grande.

Somos víctimas además de síntesis simplificadoras de la realidad, basadas en las visiones formalizadas de los dirigentes, e ignoramos qué tipo de religión vivían los hombres y las mujeres corrientes —lo que a menudo recibe el nombre de «religión popular»—,*** que era normalmente una mezcla y superposición de la «religión del estado», de otros cultos locales, de ritos supersticiosos y de creencias mágicas.

Pero lo que nos interesa en nuestro contexto no es la historia de las religiones por ellas mismas, sino el papel de las religiones en la historia, de manera que nos limitaremos a considerar las que han tenido una influencia mayor y, muy en especial, las dos dominantes en el mundo contemporáneo: el cristianismo y el islam.

9.1. LAS GRANDES RELIGIONES DE ORIENTE

Una de las grandes religiones antiguas que han llegado hasta el presente es el hinduismo, que es también una de las que presen-

tan mayor diversidad interior. Sus textos sagrados más antiguos, los Veda («saber»), contienen himnos que datan al menos de unos mil quinientos años antes de nuestra era y que se refieren a los dioses de los indoeuropeos, como el dios del cielo Dyaus Pitar, que es el Zeus de los griegos y el Júpiter de los romanos (el nombre proviene de una voz que significa «luz celestial» y que ha dado lugar también a nuestra palabra «día»). Pero el hinduismo sufrió un gran cambio con la introducción de las ideas de reencarnación, liberación y yoga entre el 800 y el 400 antes de nuestra era, en una época caracterizada por un nuevo conjunto de textos sagrados, los Upanishads o «enseñanzas secretas», y complementó el corpus inicial de los Veda, escritos en una lengua que se había vuelto incomprendible para los fieles, con textos de una gran diversidad que van desde códigos como las *Leyes de Manu* a las dos grandes epopeyas del *Mahabharata* y el *Ramayana*, o la vasta literatura de los *Purana*, dedicados generalmente a dioses concretos y a sus mitos particulares.

En el hinduismo había una gran multiplicidad de dioses —se dice que hasta 330 millones—, entre los cuales se distinguían tres figuras principales —Brahma (el Creador) y sus dos manifestaciones complementarias Vishnu (el Preservador) y Shiva (el Destructor)— con sus respectivas diosas consortes, concebidas como manifestaciones personales de fuerza creativa (el pensamiento indio consideraba a la hembra como activa y al macho como más pasivo). Los dioses podían tomar diversos nombres (así Vishnu sería en diversos «avatares» o encarnaciones Rama o Krisna) y aparecer en numerosas variantes locales, de manera que el hinduismo puede interpretarse como un politeísmo extremo o como una especie de panteísmo que venera, más que dioses distintos, formas diversas de la divinidad.*

El budismo se basa en la vida y las enseñanzas de Siddhartha Gautama (siglo VI a.C.), llamado Buda o Iluminado, que enseñó la forma de superar la miseria de la existencia y de llegar a un estado de iluminación por medio de un proceso de purificación moral e intelectual. Estrictamente considerada, la enseñanza de Buda, transmitida de forma oral y recogida más tarde en los textos de la «triple cesta» o «tripitaka», no es una religión —no contiene la idea de un dios o ser supremo que controle el universo—, sino una regla de vida que enseña la forma de liberarse de las bajezas y miserias de la condición humana por medio de la renunciación al deseo, que permite romper el ciclo de la reencarnación y escapar del sufrimiento de la existencia a la extinción o nirvana.

* En la India hay también, además del budismo y del islam, otras dos grandes religiones autóctonas: el *jainismo*, fundado por Mahavira en el siglo VI a.C., que hoy tiene unos tres millones de seguidores, partidarios de la no-violencia, austeros y puritanos, y los *sikhs*, localizados sobre todo en el Punjab, que siguen las enseñanzas de Guru Nanak (1469-1504), veneran un dios único e intemporal y se apartan del ritualismo hindú.

* La identificación cultural de los cingaleses con el budismo ha dado lugar, con la independencia de Sri Lanka, a un renacimiento religioso y nacional que ha provocado el enfrentamiento con la población tamil, de religión hindú.

El hecho mismo de que el budismo no tenga un dogma ni una autoridad religiosa —Buda no dejó ningún sucesor personal—, ha dado lugar a que su expansión se haya producido de acuerdo con modalidades diferentes. En Sri Lanka se mantuvo en su mayor pureza el budismo Theravada, que estableció lo que se ha llamado un «misticismo sin dios» en que se utilizan técnicas de vaciado de la mente parecidas a las de los contemplativos islámicos o cristianos para llegar a un estado de liberación personal.* En la India, en cambio, se desarrolló, a partir del siglo VII de nuestra era, el llamado budismo Vajrayana o Mantrayana, que ponía el énfasis en ritos mágicos y sacramentales, y en la recitación de «mantras» o fórmulas sagradas. Esta modalidad, que en la India fue asimilada gradualmente por el hinduismo (lo que explica que el budismo acabara desapareciendo allí), fue la que se difundió en Nepal y el Tibet, donde, tras el enfrentamiento armado entre dos facciones religiosas, acabó constituyendo una teocracia que desplazó a la monarquía y dio el poder político y religioso a los catorce Dalai Lamas que se han sucedido desde Gedun Truppa (1391-1475) hasta Tenzin Gyatso (nacido en 1935). La expansión por China, Vietnam, Corea y Japón ha hecho que el budismo se asociara en estos países a otras tradiciones religiosas y diera nacimiento a corrientes originales, como el zen japonés.

China se describe habitualmente como «la tierra de las tres religiones», refiriéndose al confucianismo, el taoísmo y el budismo. Sin embargo, el confucianismo no es propiamente una religión,** sino una norma social y de conducta, aunque incluya manifestaciones de culto, en especial a los antepasados. No tiene dogmas, ni clérigos, ni templos, ni monasterios, lo que explica que se confunda con la cultura tradicional china. El taoísmo religioso, que no debe confundirse con el filosófico, es una religión popular con una jerarquía clerical, liturgia, textos sagrados y un panteón de dioses y de santos. En principio no tiene una organización ni un credo unificados, sino que se presenta como una especie de federación de comunidades, en su mayor parte laicas, que tienen una especial importancia en Taiwan y en Hong Kong. El budismo, que se difundió en China a partir del siglo segundo de nuestra era, lo hizo en variantes eclécticas próximas en la práctica al taoísmo. La religión popular, lo que más propiamente se puede calificar como la «religión china», se ha formado con un conjunto de ideas y de prácticas que proceden tanto del taoísmo, como del budismo y de la «religión de estado», convencionalmente denominada confucianismo (una combinación normal sería, por ejemplo, la de tomar

** Fueron los misioneros europeos los que inventaron el nombre de «confucianismo» en el siglo XVII, para asimilarlo a las otras religiones que combatían.

las normas del confucianismo como guía de la vida cotidiana, recurrir al taoísmo para los ritos de purificación y los exorcismos, y al budismo para la celebración de los funerales).

Queda todavía el shintoísmo japonés, que no es otra cosa que una amalgama de religiones tradicionales anteriores a la llegada del budismo y que ha vivido largamente asociado a éste, ya que la doctrina budista y el culto shintoísta eran compatibles. La restauración Meiji de 1868 quiso convertirlo en una religión nacional, unida al culto del emperador, pero tuvo que acabar aceptando la coexistencia de las «tres religiones» (shintoísmo, budismo y cristianismo) y persiguiendo las sectas extremistas y las nuevas religiones. El emperador fue «desdivinizado» en 1945, como consecuencia de su derrota en la segunda guerra mundial, pero los japoneses siguen participando en las fiestas y ritos del shinto como en actos de una cultura que les es propia.

9.2. LAS RELIGIONES DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

La visión más coherente de la religión de los griegos nos la proporciona el poema de Hesíodo que denominamos *Teogonía*. En él se nos muestran dos edades distintas de la historia de los dioses: una primera de desorden, en la que reinaba el Caos, padre de la Oscuridad y de la Noche, que a su vez engendró hijos como el Destino, la Muerte y el Sueño, o como las Parcas, que hilan la suerte de los humanos. De Gaya, la Tierra, nacieron Urano (el cielo), las montañas y Pontos (el mar), y de sus ayuntamientos con ellos surgirían los Titanes, los Ciclopes y los monstruos de cien manos. Como Urano quería evitar que los hijos saliesen del vientre de Gaya, uno de los titanes, Cronos (el tiempo, conocido por los romanos como Saturno), cortó los testículos de su padre con la guadaña que le dio la propia Gaya. Cronos, a su vez, sabiendo que uno de sus propios hijos le derrotaría, como él había hecho con su padre, los devoraba al nacer, pero la madre, Rea, salvó a uno de ellos, Zeus, y lo escondió en Creta, donde creció y se hizo fuerte y, armado con el rayo, derrotó a Cronos y a los titanes después de una larga lucha, obligando después a su padre a que vomitase todos los hermanos suyos que había devorado. Se iniciaría entonces una nueva etapa de la historia de los dioses, con Zeus en el Olimpo, rigiendo sin disputa la suerte del Universo y, por consiguiente, la de los hombres. Los dioses destronados por Zeus no recibirían culto normalmente, excepto en períodos muy especiales (Cronos,

por ejemplo, lo recibía en el intervalo «carnavalesco» entre el final de un año y el comienzo de otro).

La obra de Hesodo refleja el momento en que la religión griega parece haber reestructurado globalmente el conjunto diverso de sus mitos locales, a imagen y semejanza de lo que habían hecho los pueblos del Próximo Oriente, que habían integrado la diversidad de sus dioses en panteones comunes y habían transformado sus mitologías en visiones globales del cosmos, de su origen y funcionamiento. De modo semejante los griegos han procedido a la «reorganización de sus prácticas religiosas y, sobre todo, de su bagaje mitológico», enlazando las diversas figuras de su panteón con relaciones de parentesco e integrando este mundo divino en una cosmogonía, lo que permitió posteriormente a los filósofos reinterpretar el universo, asimilando los mitos a fuerzas naturales y a principios abstractos, mientras los historiadores verían los mitos heroicos como un reflejo de hechos reales del pasado e iniciarían con ellos sus relatos de la historia del mundo.*

El gran acierto de los romanos consistió en generalizar esta ordenación de la mitología, transformando su religión en un sincrismo en que los dioses de los diversos pueblos eran admitidos como variantes de los de la religión romana y se identificaban con ellos, o se añadían al panteón sin ningún tipo de discriminación (parece que Alejandro Severo quiso edificar un templo a Jesucristo para incluirlo en la religión oficial). Este mosaico de religiones vinculadas al orden establecido tenía un ritual que daba al emperador una dimensión religiosa, como heredero de las funciones sacerdotales de los senadores y como sacrificador. Muchos de los templos egipcios que asociamos a la época faraónica fueron embellecidos o reconstruidos por los romanos (Trajano aparece representado como un faraón en el templo de Khnum y en el de Luxor hay un altar con una inscripción de Constantino). Los romanos no tenían una iglesia organizada, con una casta sacerdotal: la religión era para ellos una parte de su sistema político.

9.3. LAS RELIGIONES DE SALVACIÓN

La religión de Zoroastro, que nació en Irán, quizá antes del 1000 a.C. (de la cual quedan hoy tan sólo unos 130.000 practicantes, los más conocidos de los cuales son los parsis de la India) ha aportado al mundo de las religiones dos grandes ideas nuevas: la de la existencia de un principio del bien y un principio del mal enfren-

tados (lo que se denomina habitualmente dualismo, que, a través del maniqueísmo, llegará a muchas herejías cristianas), y la creencia de que al término de la vida hay un juicio en que se pesan todas las acciones de los hombres y que, como consecuencia de este juicio, todos los que lo merecen tienen un cielo y los que no, un infierno; al final del mundo habrá, además, un juicio general y una resurrección. Estas ideas, que significaban un cambio radical respecto de las creencias anteriores sobre la supervivencia fantasmal de los muertos, pasaron al judaísmo y, a través de éste, al cristianismo.

La historia del judaísmo es difícil de seguir ya que los textos en que nos basamos, los del denominado por los cristianos Antiguo Testamento, han sido compilados y corregidos muy tarde, entre el 600 y el 100 a.C. Su religión parece que tenía inicialmente un dios supremo, El, hasta que los seguidores de Moisés conquistaron la tierra de Canaán en nombre de un nuevo dios supremo llamado Iahvé, una divinidad de la tempestad. El reino de Israel fue unificado por David hacia el 1000 a.C., y su hijo Salomón construyó en la capital, Jerusalén, un templo en honor al dios supremo Iahvé, lo que no impedía que también fueran venerados otros dioses, hasta que, hacia el 600 a.C., apareció el movimiento que haría de Iahvé el dios único. No sería hasta después del exilio de Babilonia que la religión de los judíos incorporaría las ideas de la salvación y de un apocalipsis al cual sucedería un mundo en paz: ideas de raíz zoroástrica, que se desarrollaron en los grupos de Qumran y entre los cristianos, y que pasarían a formar parte de nuestro caudal de creencias. Un aspecto importante de la evolución religiosa de los judíos sería la confrontación entre el conservadurismo del clero del Templo y la actuación crítica y renovadora de los profetas.

La derrota de la resistencia judía a la dominación romana inició la larga etapa del judaísmo rabínico en que una religión centrada en el estudio de la Torah (la Biblia hebrea, y en especial sus cinco primeros libros, el Pentateuco, atribuidos a Moisés) y en la oración iba a convertirse en el signo de identidad y el rasgo de unión de las comunidades judías, que reforzaron por este motivo la observancia de los ritos y de las normas jurídicas compiladas en el Talmud.

La diáspora que dispersó a los judíos dividió la cultura rabínica europea en dos grandes ramas, la de los askenazies, en el centro y este del continente, y la de los sefardíes, en la Península ibérica,* que contribuyeron en gran medida al florecimiento místico de la cábala que, tras la expulsión de los sefardíes de España en 1492, ali-

* Las comunidades judías no estaban integradas tan sólo por descendientes de los judíos palestinos. Por el contrario, el papel de las conversiones ha sido decisivo, no sólo en casos como el de los jázaros, en que el núcleo dirigente del estado, de origen turco, adoptó la religión judía, sino en el nacimiento de grupos como el de los sefardíes, que Paul Wexler sostiene que se ha formado con una mínima proporción de judíos étnicos que han servido como catalizadores, y con una masa de árabes, bereberes y nativos de la Península ibérica.

Mediterráneo, pp.

mentó las corrientes de esperanza mesiánica que culminaron, en el siglo XVII, con la aparición en Turquía de un hombre nacido en Esmirna en 1626, Sabatai Zevi, que se proclamaba el Mesías esperado y que conmocionó las juderías europeas.

Tras el fracaso del «sabatismo» —el pretendido Mesías fue obligado por los turcos a convertirse al islamismo— las ilusiones apocalípticas que éste había alimentado se conservaron en un subtrato cabalístico-sabatista que influyó en las dos corrientes divergentes del hasidismo pietista y puritano (nacido en Europa del este, y que tiene hoy sus grupos más representativos en Nueva York) y del «frankismo», que combinaba el gusto por los aspectos esotéricos del cabalismo con una preocupación ilustrada (con personajes como Moses Dobruska, un sabatista que militó con los jacobinos en la Revolución francesa y fue guillotinado con Danton en 1794).

En el transcurso de los siglos XIX y XX las corrientes modernizadoras transformaron en buena medida el judaísmo europeo en una dirección secularizadora que culminaría con el nacimiento del sionismo, en que la vieja esperanza mesiánica se había transformado en la voluntad política de la refundación de un estado de Israel.

9.4. EL CRISTIANISMO

El cristianismo antiguo tiene dos etapas históricas claramente diferenciadas. Hubo una primera fase en que se difundió por las comunidades judías de Asia Menor y de Egipto y en que «incluía una gran variedad de voces, un extraordinario abanico de puntos de vista». En Siria y en Egipto convivía con sectas judías diversas, antes de la fase de predominio del gnosticismo, en que la doctrina se impregnó de rasgos del pensamiento oriental y del paganismo grecorromano. Era lógico que las diferencias doctrinales no les parecieran decisivas a grupos que compartían la creencia de que el fin del mundo estaba próximo. Este componente escatológico, heredado de la tradición apocalíptica que florecía en Palestina en los tiempos de Cristo, será un elemento fundamental del cristianismo hasta alrededor del año 200, cuando, en vista de que el final no llegaba, los cristianos volvieron a la vida normal.* Desde este momento las posturas extremas sobre el ascetismo se conservaron tan sólo entre los grupos más radicales del cristianismo oriental. En la cristiandad ortodoxa la norma de la castidad absoluta quedó para los «padres del desierto» —los ascetas egipcios o los eremitas de Siria o Capadocia—, de quienes la tomaron los

monjes, y sólo gradualmente, y mucho más tarde, se generalizó entre el clero secular.

La segunda etapa de la historia del cristianismo antiguo es la de su asociación con el poder político del imperio romano, que lo transformó en «un gobierno eclesiástico paralelo al secular», con el que colaboraba en el cumplimiento de los decretos imperiales. Su carácter plural y comunitario desapareció. El cristianismo se transformó en la Cristiandad, que se veía a sí misma como una comunidad unitaria y jerarquizada* que aspiraba a incluir a todos los hombres y a extender su control a todas sus actividades.

Desde el primer momento el emperador Constantino dio un sentido político a su alianza con el cristianismo. La iglesia sería uno de los apoyos esenciales del imperio cristiano que sobreviviría en oriente hasta el siglo XV. En Occidente, donde la estructura imperial se hundió mucho antes, la iglesia intentó restablecerla con la coronación de Carlomagno en Roma, o con el papado imperial, que llevaría a los pontífices romanos a tratar de reunir en su persona el poder político y la función sacerdotal, como herederos del imperio.

En la nueva situación creada por el reconocimiento político del cristianismo no podía seguir subsistiendo la convivencia pacífica de las diversas corrientes; era menester eliminar a los disidentes: herejes y cismáticos. Los primeros disidentes perseguidos, los donatistas del norte de África, no discrepaban en la doctrina, sino que se oponían a la alianza del cristianismo con el poder político; se consideraban los auténticos herederos de la iglesia de los mártires y condenaban a los que se aliaban al imperio y se valían de la fuerza de éste para imponerse en las divergencias entre los cristianos. Algunos fieles optaron por soluciones personales que no amenazaban a la iglesia jerárquica y que ésta aceptaba, como los anacoretas, que se retiraban al desierto, o los monjes, que se encerraban en monasterios para hacer vida en común.

La «oficialización» del cristianismo no se debe confundir con la cristianización del imperio, que se produjo a largo plazo y en una serie de etapas. El siglo IV fue un tiempo de convivencia pacífica en que la vieja religión seguía abriendo templos, recibía subsidios del estado y regulaba el paso del tiempo con sus fiestas. Tras la fugaz restauración del paganismo por Juliano, las cosas empezaron a cambiar con Teodosio I, que tomó el partido de establecer la unidad religiosa a la fuerza: cerró los templos paganos y condenó los sacrificios como actos de alta traición.

A pesar de las medidas represivas, los sacrificios se hacían de forma clandestina. Serían necesarias persecuciones y campañas

* El cristianismo romano en la antigüedad era una religión que sólo se da en forma de sectas, es su carácter respecto a las otras religiones como el islam sunní, etc.

* Esta creencia se basaba en una afirmación de Jesús reproducida por los evangelistas: «Aquí hay algunos que no morirán antes de ver al Hijo del Hombre aparecer en el esplendor de su reino» (Mateo, 16, 28; de forma muy parecida, en Marcos, 8, 39 y Lucas, 9, 27). Desde entonces hasta nuestros días diversos grupos milenaristas e innumerables sectas «adventistas» han ido reinterpretando estas palabras con el fin de deducir de ellas el momento en que debía producirse la «segunda venida» de Cristo, reajustando las previsiones cada vez que pasaba la fecha en la que habían vaticinado que debía tener lugar.

militares para acabar con las últimas comunidades paganas, lo cual parece que no sucedió hasta el siglo IX (los paganos tendrían ahora mártires como Hypatia, una maestra de filosofía que fue apedreada y descuartizada en Alejandría por los secuaces del obispo). Ante esta situación, los últimos filósofos paganos empezaron a huir hacia Mesopotamia, donde establecieron una comunidad que conservó la cultura griega y la transmitió al mundo islámico.

La de Roma no era la única iglesia cristiana. Había, para empezar, la de Oriente, es decir, la que siguió asociada al imperio (a lo que nosotros llamamos Bizancio) y que, después, lo estuvo a los nuevos poderes que lo reemplazaron: el sultán turco o los soberanos de cada país en las diversas iglesias nacionales. Hubo también una cristiandad asiática muy importante, que en el siglo XIII se extendía desde Egipto al mar de China, con núcleos relevantes en Mesopotamia, Armenia, el Cáucaso y Siria, y con conversos en el Asia central, entre los pueblos turcos y mongoles.

La mayor de las iglesias cristianas asiáticas fue la nestoriana. Su origen se remonta a la iglesia persa, que se independizó en 424, rompiendo sus lazos con Bizancio. Su jefe, el *catholicos*, residía en Ctesifonte, pero la actividad misionera por la ruta de las caravanas creó comunidades cristianas desde Java hasta Azerbaiján. En 1009 los *kerait*, el mayor y más culto de los pueblos mongoles de Asia central, se convirtieron al cristianismo nestoriano. Más tarde serían dominados por Gengis Khan, que respetaba las religiones de los pueblos que se habían integrado en su imperio, y no faltaron entre sus sucesores quienes mostraron simpatías por los cristianos.

Los mongoles fueron durante un tiempo la gran esperanza del cristianismo de Occidente. En 1258 organizaron una cruzada que reconquistó Alepo y Damasco, donde las tropas vencedoras entraron en 1260 con un general nestoriano mongol a la cabeza, acompañado de un príncipe armenio y de un cruzado occidental. Pero no encontraron apoyo ni en los cruzados de Jerusalén ni en el papa de Roma, que prefería la aniquilación de los herejes al triunfo de un cristianismo plural (de forma parecida, los cristianos de Occidente permanecieron más tarde indiferentes ante la toma de Constantinopla por los turcos).

Mientras se producía el gran movimiento de cierre y de intolerancia que, de 950 a 1250, convirtió Europa en una sociedad represora (con la persecución de los judíos, la segregación de los grupos minoritarios, el establecimiento de la Inquisición y el uso

de la tortura judicial), empezaba una gran etapa de florecimiento de las herejías, que culminó en los siglos XII y XIII, y duró hasta el XV. Era una consecuencia de la crisis de la iglesia y de la voluntad de reforma que había surgido entre el clero y entre los fieles.

Uno de los puntos centrales de disensión con la jerarquía era la pretensión de la iglesia de imponer al conjunto de la sociedad el monopolio de la interpretación religiosa por parte de los clérigos ordenados, lo que reducía al fiel a la recepción pasiva de una religión que le era transmitida exclusivamente por vía oral. En su afán por recuperar la pureza del cristianismo primitivo, los críticos de la iglesia retornarían directamente a los textos, y especialmente a los de las escrituras. Por muy limitada que fuese la alfabetización, parece claro que la herejía la ha estimulado con las traducciones de textos bíblicos a las lenguas «vulgares», como las que sabemos que se han hecho en el Languedoc, en Francia o en Cataluña en el siglo XIII.

La historia de estos movimientos nos ha llegado en la versión que establecieron sus represores, que resaltaban los aspectos doctrinales y los ritos que divergían de los «ortodoxos», y añadían al relato una carga de maldad diabólica, al tiempo que callaban las quejas de los disidentes contra la iglesia oficial.

Este es, por ejemplo, el caso de los cátaros, que tienen su origen en el movimiento de los bogomilos de Bulgaria, donde se pueden encontrar elementos de dualismo oriental —la creencia de que el mundo está dominado a la vez por un principio del bien y un principio del mal—,* pero que fueron perseguidos sobre todo porque propugnaban un retorno de la iglesia a la pureza y a la pobreza evangélicas, y porque daban apoyo a la resistencia de los campesinos contra el feudalismo. El catarismo del Languedoc predicaba una vida sencilla de trabajo y recogía creencias más cercanas al patrimonio de la cultura popular que a la teología romana. Ofrecía a los fieles sermones y oraciones en lengua vulgar y, lo que era más importante, el ejemplo de una iglesia que no exigía diezmos, ni excomulgaba, ni mataba, como lo hacía la de Roma, y que no estaba comprometida con los señores feudales que oprimían a los campesinos. Representaba, por todo ello, una amenaza al orden establecido y esto justificó una cruzada y una represión feroz.

Todos estos movimientos religiosos, que se relacionan y se enlazan sutilmente hasta llegar a la guerra de los campesinos alemanes de comienzos del siglo XVI, están tan estrechamente asociados a las conmociones sociales que se hace difícil separarlos de

* El problema de explicar la existencia del mal y del sufrimiento, siendo Dios omnipotente, resultaba difícil para muchos cristianos. La suposición de que hubiese un poder maléfico, unido a todo lo que era material y terrenal, frente a un Dios de bondad al cual correspondía el dominio de lo que era espiritual, resolvía la cuestión.

éstas. El movimiento inglés de los loldos de Wycliffe coincide en el tiempo, y en algunos de sus protagonistas, con la gran conmoción de Wat Tyler (la revuelta de 1381 que se proponía liquidar el feudalismo). A pesar de las persecuciones que sufrieron, grupos de clérigos loldos continuaron manteniendo su fe en secreto y sobrevivieron durante más de un siglo, para acabar fundiéndose con el protestantismo. Eran en su mayoría manifestaciones de una religión de artesanos, predicada personalmente en círculos que leían la Biblia traducida a la lengua vulgar, como ocurría en Italia y Francia con la de los valdenses, un movimiento que ha podido calificarse de religión de los laicos.

Los escritos de Wycliffe tuvieron que ver con la aparición en Bohemia del movimiento de los husitas, una de cuyas ramas, la de los taboritas, hacía propuestas radicales de transformación social. Mientras se organizaban seis cruzadas contra los husitas, comenzaban en Alemania unos movimientos que tenían un doble componente religioso y social, y que culminaron en 1524 con el inicio de la guerra de los campesinos y con el movimiento de los anabaptistas. El miedo que esta situación provocó en toda Europa sería una de las causas que impulsaron la actuación, enfrentada pero paralela, de la Reforma y la Contrarreforma, que no sólo tendían a la renovación del cristianismo, sino a la consolidación del orden social.

9.5. REFORMAS Y DISIDENCIAS

En 1521 se produjo la ruptura de Lutero con Roma. El punto fundamental de su reivindicación, compartido por las tres grandes corrientes reformadoras «respetables» (luteranos, calvinistas y anglicanos), era que se debía tomar la Biblia como máxima autoridad en materia de fe (por eso era necesario traducirla a las lenguas vulgares, con el objeto de ponerla al alcance de los fieles), sin dejar que se mediatizara su mensaje con tradiciones de ningún tipo. Consideraban, además, que la gracia de Dios era la única fuente de salvación, sin que tuviesen ningún tipo de validez las penitencias, procesiones, indulgencias (que implicaban la pretensión de «comprar» el favor divino), ni las misas para los difuntos. Calvino iría un paso más allá al negar que el hombre pudiese ganar la salvación con sus obras y sostener que Dios ya había elegido previamente a quienes quería salvar: que los hombres estaban predestinados.*

Más allá de estas corrientes de la «reforma de los príncipes» —como se la ha denominado, por la relación de dependencia establecida entre los reformadores y los poderes públicos—, ha habido, sin embargo, otra «reforma comunal», que proponía la autonomía de la comunidad local, al menos en cuestiones religiosas. La fe era considerada en este caso como una cuestión personal, que no podía estar sometida al control ni de una iglesia ni del estado, y los fieles exigían el derecho a nombrar y destituir a sus pastores. Los anabaptistas, llamados así porque consideraban que el bautismo se debía recibir —o volver a recibir— en la edad adulta y con plena conciencia, leían en el evangelio el pronóstico de una sociedad más fraternal e igualitaria, y propugnaban ideas de renovación social que llegarían incluso a una propuesta de comunidad de bienes, como se quiso establecer en el «reino de los Santos» de Münster, primero, o en las comunidades que intentaron reconstruir la nueva Jerusalén en Moravia. Todos estos grupos fueron ferozmente perseguidos tanto por los católicos como por las corrientes reformadas «respetables», asustados unos y otros por la amenaza radical que representaban. El conformismo político y social de las corrientes de la «reforma de los príncipes» llevó a la reacción de la llamada «segunda reforma», que expresaba las aspiraciones de los grupos que querían ir más allá. El florecimiento de sectas radicales —cuáqueros, rinters, partidarios de la quinta monarquía,* etc.— durante la revolución inglesa del siglo xvii vendría seguido, en el siglo xviii y principios del xix, por la de diversos grupos disidentes que fundaron iglesias de los pobres contra la iglesia oficial del estado y de los ricos. El más importante de estos grupos, que recogía elementos de la herencia cultural de los anabaptistas de Moravia, fue el metodismo de John Wesley; pero en Inglaterra, y sobre todo en los Estados Unidos, aparecieron en el siglo xix una serie de grupos que compartían planteamientos comunitarios con una visión profética que anunciaba la inminente «segunda venida» del Mesías.**

La iglesia de Roma, por su parte, había hecho su propia reforma en el Concilio de Trento (1545-1563), convocado «para asegurar la integridad de la religión cristiana, para la reforma de las costumbres, la concordia entre los príncipes y los pueblos cristianos, y para luchar contra las empresas de los infieles». A esta fijación de las reglas, iniciada con la redacción de un catecismo que compendia y explicaba las «verdades de fe», la seguiría una campaña de reconquista interior que se desarrolló muy especialmente en el siglo xvii, con un número considerable de misiones

* La idea de la quinta monarquía, que se refiere a la quinta etapa de la historia, es una doctrina milenarista que se desarrolló en los siglos xvi y xvii. Fue propuesta por los cuáqueros, que se inspiraron en las profecías de los libros de los profetas de la Biblia, especialmente en el libro segundo de Daniel. El término «reforma de los príncipes» se utilizó en la crítica del presente y en un programa de transformación revolucionaria de la sociedad. Así sucedió en el caso de Thomas Müntzer y en el de una serie de predicadores que llegan hasta el mismo Newton (véase, Mario Miegge, *Il sogno del re di Babilonia. Profetia e storia da Thomas Müntzer a Isaac Newton*, Milán, Feltrinelli, 1995).

** En la actualidad el auge fundamentalista en los Estados Unidos asocia temores y esperanzas milenaristas, que en ocasiones han conducido al suicidio colectivo, con la vieja carga reaccionaria de la llamada «derecha cristiana», que mantiene teorías de conspiración mundial —la caída del comunismo ha representado un grave inconveniente para unas iglesias especializadas en luchar contra él, como la de la «unificación» del coreano Sun Myung Moon, pero los grupos cristianos han reemplazado al viejo enemigo con la ONU, los banqueros, los judíos, etc.—, promueve la obligatoriedad de rezar en las escuelas, etc., y que, en sus grupos extremos, propone ideas racistas de supremacía blanca, de autodefensa armada (una iglesia de Pensilvania enseña a sus feligreses a disparar), de oposición a la intervención del estado y a los impuestos, etc., que ha conducido a enfrentamientos como el que en 1993 se produjo entre el FBI y los «davidianos» de Waco, Texas (un grupo dirigido por Vernon Wayne Howell, que se proclamaba Jesucristo y reunía armas para una lucha apocalíptica final) vengada dos años más tarde con las bombas de Oklahoma, que provocaron más del doble de las muertes de la matanza de Waco. Un fenómeno especial de este renacer del conservadurismo cristiano ha sido el de los «telepredicadores», que han conseguido recaudar grandes sumas de donativos para fines supuestamente religiosos (y que en algunos casos han acabado en la cárcel por evasión de impuestos y por estafa).

rurales que intentaban conseguir el encuadramiento de las masas campesinas en un orden regular de vida controlado por la parroquia.

Al mismo tiempo que retrocedía en Europa a causa de la reforma, la iglesia católica emprendía la conquista religiosa de América, donde, aliada con el poder político de la monarquía española, protagonizó la «conversión» forzada de los pueblos indígenas, en un proceso que iba más allá del terreno de las creencias, ya que implicaba la transformación completa de la vida de los nuevos cristianos dentro del marco político colonial, sometidos a una autoridad que controlaba la vida y la conciencia con los mismos métodos represivos. La expansión fuera de Europa permite explicar que el catolicismo romano tenga hoy mayor número de adeptos que todas las demás denominaciones cristianas modernas.

EL ISLAM

El islam, la más moderna de las religiones universales, apareció en Arabia en el siglo VII en circunstancias que conocemos mal. Mahoma habría nacido en la Meca hacia el año 570 de nuestra era y habría predicado un monoteísmo próximo en muchos aspectos al judaísmo y al cristianismo —que eran conocidos en su entorno—, enfrentándose al politeísmo de su propio pueblo. Era huérfano desde pequeño; lo crió su tío Abu Talib, que se dedicaba al comercio de caravanas, y viajó con él hasta que hacia los 25 años se casó con Khadidja, una viuda rica que tenía 40 años de edad. Hacia el año 611, en medio de una vida tranquila y feliz, cuando una noche se le apareció el arcángel Gabriel y le dijo: «Lee». Él respondió que no sabía leer y el ángel insistió: «Lee en nombre del Señor», y le anunció que había sido elegido para ser el mensajero de Dios. Su esposa fue la primera en convertirse, a la vez que los habitantes de la Meca se inquietaron con esta nueva fe monoteísta, que amenazaba las peregrinaciones a los santuarios locales, y la situación empezó a ser peligrosa para el profeta, que el día de julio del año 622 marchó para instalarse en Medina. Esta marcha, la hégira, es el acontecimiento que marca el inicio de la era musulmana. Fue entonces cuando Mahoma se convirtió en un profeta armado y se dedicó a la expansión del islam por Arabia, hasta su muerte en el año 632 (año 10 de la hégira).

Si al principio Mahoma estaba próximo a los judíos que vivían en Arabia, se separó gradualmente de ellos, que se habían aliado con sus enemigos, a la vez que se apropiaba de sus orígenes. Abraham aparecía como fundador de un monoteísmo que habría establecido un santuario en la Meca (la Ka'ba, construida por Adán, destruida por el diluvio y restablecida por Abraham), y Jesús era considerado como un gran profeta, hijo de madre virgen.

El gran problema del islam, al morir Mahoma, era su sucesión. Muchos eran partidarios de que le sucediese Alí, primo y yerno suyo. Otros querían que el sucesor, el *khalifa* o califa, fuera elegido. Una solución de compromiso llevó a nombrar como primer sucesor a Abu Bakr, un viejo compañero y uno de sus suegros (después de la muerte de Khadidja, en 619, Mahoma llegaría a tener diez mujeres distintas).

El califa ya no era un profeta, sino simplemente el conservador del mensaje de Mahoma y el encargado de extenderlo por el mundo. Abu Bakr creó un ejército y prosiguió la expansión. Su sucesor, Umar (634-644), otro suegro de Mahoma, llevó a cabo la conquista de Siria y concluyó la de Egipto. En los países que ganaban los musulmanes se quedaban las tierras del estado y con las de aquellos que se negaban a reconocer su autoridad, pero permitían que los cristianos, los judíos y los zoroastrianos continuaran conservando sus bienes, siempre que pagasen un tributo y no hicieran proselitismo religioso.

Umar fue asesinado por un esclavo cristiano y un consejo de sabios escogió entonces a su sucesor, Osmán (644-656), que había estado casado con dos hijas de Mahoma y que fue quien hizo compilar el Corán, recogiendo los recuerdos y testimonios de todos los compañeros del profeta. A los doce años de reinado Osmán murió también asesinado. Y el cuarto califa, el último de los «califas patriarcales», sería Alí, el más próximo de los parientes de Mahoma (los *shariffs* o descendientes del profeta proceden de los dos hijos de Alí), que moriría a su vez asesinado por el hombre que había de sucederle, Muawiyya, con quien se inició el califato hereditario, que instaló la capital en Damasco y creó un estado de nuevo estilo, que ya no era un pueblo en armas, sino que contaba con una administración y con un ejército profesional.

Mientras tanto, las reivindicaciones de la familia de Alí, que se consideraba perseguida, iniciaron la división del mundo islámico entre «sunnitas» y «chiítas», que eran los que no aceptaban el ca-

lifato hereditario y sostenían la legitimidad de la sucesión de Alí a través de una serie de imanes o jefes religiosos ocultos. Los chiítas promovieron diversas insurrecciones y dieron lugar a ramas extremistas como la de los ismailitas.

En el islam actual hay en primer lugar los «sunnitas» ortodoxos, que representan más del 85 por ciento de los musulmanes, cuyo nombre procede de *sunnah* o costumbre. Hay cuatro escuelas de pensamiento sunnita que dominan en diversas zonas del mundo islámico, pero que se reconocen todas entre sí como ortodoxas. Frente a ellos están los «chiítas», que comprenden un 10 por ciento de los musulmanes (entre ellos los de Irán y de buena parte de Iraq), y que se dividen en tres escuelas —la de los doce imanes, la de los cinco imanes y la de los ismailitas o de los siete imanes—, que divergen en la estimación de quiénes han sido los imanes herederos secretos y legítimos de Alí. Una de las diferencias más claras entre chiítas y sunnitas es que los primeros admiten la autoridad religiosa de un clero, los *mujtahids*, cuyos miembros más importantes son llamados *ayatollahs*.

Además de estos dos hay otros grupos menores en el islam. Los kharijitas son una secta puritana que desciende de los que en la disputa sucesoria no estaban ni con Muawiyya ni con los descendientes de Alí, porque pensaban que el califato debía ser electivo. Hay también diversas sectas salidas del chiísmo que siguen las enseñanzas de profetas propios, como los bahai, que tienen unos seiscientos mil seguidores, o la secta heterodoxa de Ahmadiya, en la India, que sostiene que Jesucristo no murió en la cruz sino a los 120 años de edad en la India. El fundador de este grupo, que murió en 1908, proclamaba que él era el *mahdhi*, el imán esperado, a la vez que era también el segundo retorno de Jesucristo. Una de las dos corrientes en que se ha escindido este grupo imita los procedimientos de las misiones cristianas (aunque es violentamente hostil al cristianismo) y tiene medio millón de seguidores, sobre todo en África occidental: en Nigeria (donde han contribuido a la islamización de las tribus yoruba), Ghana y Burkina Faso.

Hay también dos fenómenos asociados, que son demasiado complejos para poderlos sintetizar brevemente. El «sufismo» es una forma de misticismo que va más allá de la simple observancia de la ley islámica (la «shariah» o camino ancho) para buscar la unión con Dios a través de la ascesis, la plegaria y la meditación, y que tuvo uno de sus mayores representantes en Ibn Arábí, autor de una inmensa obra escrita, que nació en Murcia en 1165 y re-

corrió todo el mundo islámico. Las cofradías (*turuks*) siguen las doctrinas de un maestro sufi, de un marabut, que enseñan el «modo de acceder a Dios, a través de determinados ritos, prácticas, ejercicios y conocimientos esotéricos»: se reúnen junto a las tumbas de los santos, hacen ayunos y vigiliias, practican el baile (como los «derviches bailarines»), recitan «rememoraciones» y algunas consumen hachís u opio para facilitar la llegada al éxtasis. Prohibidas en Arabia, las cofradías se extienden por todo el mundo islámico, incluyendo Bosnia y Kosovo, y entre los inmigrantes musulmanes de Europa occidental.

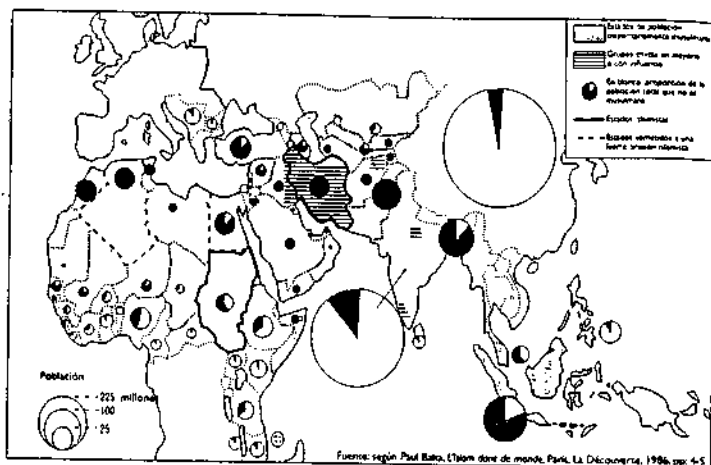
Los sunnitas, el grupo mayoritario de los musulmanes, no tienen iglesia ni clero. El fiel tiene trato directo con Dios, ya que el imán no hace otra cosa que dirigir la oración colectiva y no es un intermediario entre la divinidad y el creyente. El Corán es el mensaje de Dios a través del arcángel Gabriel, recordado de memoria por los compañeros del profeta y fijado en diversas etapas en un texto escrito inamovible de 114 suras o capítulos, compuestos de un número variable de versículos. No es un texto tan sólo religioso, sino que contiene también normas jurídicas, morales, políticas o sociales.

La sunna (tradicción o costumbre) es la segunda fuente de la ley y se compone sobre todo de los hadits, los dichos del profeta cuando contestaba a preguntas sobre la interpretación de sus enseñanzas, transmitidos oralmente por sus compañeros a las generaciones siguientes. En el siglo IX se compilaron y discutieron, y se estableció su grado de veracidad. Hay seis recopilaciones fundamentales de los hadits que son fuente de conocimiento al lado del Corán.*

Los principios del islam son cinco. La *profesión de fe*: «Sólo Dios es Dios y Mahoma es su enviado». Esta profesión, dicha con sinceridad ante dos testigos, basta para hacerse musulmán. La *plegaria*, que se hace cinco veces al día, solo o en compañía, bajo la dirección de un imán y mirando hacia la Meca, y que es el acto supremo y purificador. El *zakat* o *impuesto-limosna* es obligatorio y se destina a atender a los necesitados. El cuarto principio es el *ayuno del Ramadán*, y el quinto, el *hadj* o *peregrinación a la Meca*.

El califato se fragmentó como poder político, pero la gran paradoja fue que, al romperse esta unidad, la homogeneidad cultural del mundo islámico pareció hacerse mayor (hay que recordar que la comunidad de los musulmanes, la *umma*, no reconoce diferencias de tribu, nación, ni raza) y su capacidad de expansión y

* Los hadits contienen formulaciones sobre puntos morales esenciales, como los que refuerzan el mandamiento coránico de la rectitud, al lado de observaciones menores como la recomendación de empezar los viajes en jueves o la prohibición de orinar en agua estancada. (Al-Nawamy, *Les jardins de la piété (Recueil de hadiths)*, Lión, Alif, 1991: capítulo 8, hadits 85 y 86; capítulo 166, hadits 953-954 y capítulo 352, hadit 1769).



9.1. Mapa del islam actual.

de integración se han multiplicado. Los censos religiosos son siempre discutibles, pero se calcula que los musulmanes son hoy más de mil millones y se sabe que su número crece con rapidez, no sólo porque los países musulmanes tienen en general natalidades elevadas, sino porque la suya es una religión con una fuerte expansión en el mundo subdesarrollado (figura 9.1).

LECTURAS RECOMENDADAS

Paul, *El islam*, Barcelona, Salvat, 1996.
 Baroja, Julio, *Las formas complejas de la vida religiosa*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1995, 2 vols.
 Norman, *El cosmos, el caos y el mundo venidero*, Crítica, 1995.
 Fernández, Miguel, *Historia del pensamiento en el mundo islámico*, Madrid, Alianza, 1996, 3 vols.
 Jean, ed., *El hecho religioso*, Madrid, Alianza, 1990.
 Cultura andina y represión. *Procesos y visiones del mundo*, Cajamarca siglo XVII. Centro Padre Las Casas, 1986.
 Diccionario de las religiones, Barcelona, 1994.

Lewis, Bernard, *El mundo del Islam*, Barcelona, Destino, 1995.
 Popovic, Alexandre y Gilles Veinstein, ed., *Las sendas de Allah. Las cofradías musulmanas desde sus orígenes hasta la actualidad*, Barcelona, Bellaterra, 1997.
 Poupard, Paul, ed., *Diccionario de las religiones*, Barcelona, Herder, 1987.
 Puech, Henri-Charles, *Historia de las religiones*, Madrid, Siglo XXI, 1977-1982, 12 vols.
 Quaife, G.R., *Magia y maleficio*, Barcelona, Crítica, 1989.
 Waines, David, *El islam*, Madrid, Cambridge University Press, 1998.

ALGUNOS LIBROS MÁS AVANZADOS QUE CONVIENE CONOCER:

Beard, Mary, y J. North, eds., *Pagan priests*, Londres, Duckworth, 1990.
 Biller, P., y A. Hudson, eds., *Heresy and literacy, 1000-1530*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.
 Bonnassie, Pierre, ed., *Le clergé rural dans l'Europe médiévale et moderne*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1995.
 Boyce, Mary y Frantz Grenet, *A history of zoroastrianism*, Leiden, Brill, 1989-1991, 3 vols.
 Brown, Peter, *Power and persuasion in late antiquity. Towards a Christian empire*, Madison, University of Wisconsin Press, 1992.
 Doran, Robert, *Birth of a worldview. Early Christianity in its jewish and pagan context*, Boulder, Westview Press, 1995.
 Gantz, Timothy, *Early Greek myth. A guide to literary and artistic sources*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1993.
 Graf, Fritz, *Greek mythology. An introduction*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1996.
 Grundmann, Herbert, *Religious movements in the Middle Ages*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1995.

Harrison, J.F.C., *The second coming. Popular millenarianism, 1780-1850*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1979.
 Herrin, Judith, *The formation of Christendom*, Oxford, Blackwell, 1987.
 Lambert, Malcolm, *Medieval heresy*, Londres, Edward Arnold, 1977.
 Lambert, Malcolm, *The cathars*, Oxford, Blackwell, 1998.
 MacCormack, Sabine, *Religion in the Andes*, Princeton, Princeton University Press, 1991.
 Markus, Robert, *The end of ancient Christianity*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
 Mayeur, Jean-Marie, ed., *Histoire du christianisme, origines à nos jours*, Paris, Fayard, desde 1990 (curso de publicación).
 Peters, F.E., *Muhammad and the origins of Islam*, Ithaca, State University of New York Press, Nueva York, 1994.
 Robisheaux, Thomas, *Rural society and the search for order in early modern Germany*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.
 Smart, Ninian, *The world's religions*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

Hemos dado una primera ojeada al campo de las ideas, refiriéndonos a la religión. Pasaremos ahora a lo que se considera conocimiento y se presenta como objetivo y universal: la cultura, la civilización y la ciencia.

¿Qué es cultura? Los diccionarios la definen como el conjunto de conocimientos, creencias, normas y formas de vida materiales y espirituales características de un pueblo o de una sociedad que se transmiten por aprendizaje y no por herencia biológica. Esta es, en realidad, una concepción antropológica bastante moderna. En la edad media y durante el Renacimiento, el concepto de cultura estaba reservado a los conocimientos elevados, patrimonio de los letrados. Sería la Ilustración la que ampliaría esta concepción, aristocratizante haciendo de la cultura un patrimonio común al que se podía acceder por la educación. El estudio de los pueblos primitivos llevó, por otro lado, a formular la idea de que existían no una «cultura», sino «culturas» diversas, definidas por Tylor en 1871 como «el conjunto que comprende los conocimientos, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualquier capacidad adquirida por los hombres como miembros de una sociedad». De aquí podríamos llegar, a través de una inacabable variedad de definiciones, hasta la de Clifford Geertz, para quien la cultura consiste en un conjunto de signos que sirven para comunicar los conocimientos: «un sistema de concepciones heredadas, expresado en formas simbólicas, por medio de las cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento sobre la vida y las actitudes respecto de ella».*

El concepto de «civilización» es del siglo XVIII —parece haber sido el marqués de Mirabeau el primero en emplearlo en 1757— y

* Clifford Geertz, *The interpretation of culture*, Londres, Harper-Collins, 1994, 89.

nace de la confianza de los ilustrados en la capacidad que los hombres tienen de perfeccionarse: Guizot dirá en 1828 que la civilización «es un hecho de progreso, de desarrollo». Los alemanes tendieron a separar «cultura», que definían como el conjunto de conocimientos intelectuales que cada uno posee individualmente, de «civilización», que sería un caudal común, un complejo de normas y valores convencionales, que en el individuo concreto podría no pasar de ser la capacidad de utilizar los elementos creados por la cultura colectiva.

En Norbert Elias el concepto de civilización, la «autoconciencia» de Occidente, se refiere a un conjunto de elementos muy diversos: el nivel alcanzado por la tecnología, el tipo de costumbres —de «maneras» o hábitos—, las ideas religiosas, las relaciones entre hombre y mujer, los castigos legales o la forma de preparar los alimentos. Entendida así la civilización es el resultado de un proceso histórico que ha dado resultados que hoy se nos presentan como «universales», cuando comparamos los comportamientos de las clases educadas de los diversos países «civilizados».

Por lo que se refiere a la ciencia, un diccionario la define como «conocimiento exacto de un cierto orden de cosas; conjunto de conocimientos resultado del estudio». Las dos acepciones, sin embargo, se refieren a cosas muy distintas. Pocas veces podemos asegurar que nuestro conocimiento de las cosas sea «exacto», si utilizamos esta palabra con propiedad. Parece más clara la segunda parte de la definición, que podemos encontrar desarrollada como «rama de estudios que se refiere a un conjunto de hechos observados sistemáticamente, que aparecen relacionados entre sí cuando se los somete a leyes generales, y que incluye métodos fiables para el descubrimiento de nuevas relaciones y leyes». No debemos insistir mucho en la certeza de los resultados —la historia de la ciencia nos revela que las certezas de ayer o estaban equivocadas o eran, con frecuencia, tan sólo una parte de la verdad admitida hoy—, pero tampoco podemos dejarnos llevar al relativismo extremo, que considera que toda afirmación de la ciencia es una convención social o el producto de un discurso determinado. Hay, evidentemente, elementos de convención social en la ciencia de cualquier tiempo, como lo demuestran las dificultades que han tenido para imponerse aquellas visiones que transforman profundamente el estado de los conocimientos y que ponen en evidencia, por este motivo, las debilidades de la ciencia socialmente admitida. Pero el consentimiento general de los científicos en materias de su especialidad sigue siendo una de las referencias más fiables

dentro de un mundo en que la irracionalidad domina ampliamente, en que las pseudociencias tienen un éxito considerable y en que hombres y mujeres «civilizados» gastan enormes sumas al año en horóscopos, consultas al tarot, amuletos y hechizos diversos.

10.1. LA TRANSMISIÓN DE LA CULTURA: LA ESCRITURA Y EL LIBRO

La cultura, como decía una de las definiciones antes citadas, no se transmite por herencia biológica, sino por aprendizaje. Al principio su transmisión era exclusivamente oral, por lo menos hasta la invención de la escritura. Y la misma escritura no ha servido inicialmente más que para una transmisión muy limitada, tanto por lo que se refiere a los contenidos como a los destinatarios. Nuestra cultura ha sido esencialmente oral hasta fechas bastante recientes.

La escritura nació en el mundo mesopotámico. Por necesidades de contabilidad se utilizaban pequeñas piezas de arcilla que representaban mercancías y que se ponían dentro de bolas de barro vacías. Después se pasó a hacer las bolas planas como ladrillos y a representar en ellas unos signos que equivalían a las piezas que antes se guardaban en su interior. Estos signos no eran inicialmente otra cosa que pictogramas que representaban cosas o indicaban cantidades. La escritura se inventó cuando, hacia el año 3200 antes de nuestra era, se empezó a combinar los valores fonéticos de los pictogramas para representar con ellos cosas que no se podían dibujar con facilidad, como los verbos, de modo parecido a como se hace en los llamados «jeroglíficos» de los pasatiempos actuales, en los que se combinan los sonidos de las cosas representadas para obtener una palabra diferente. Hacia el 2600 a.C. se había consolidado ya una escritura cuneiforme que permitía producir textos complicados y que serviría de base a toda una familia de escrituras que se usaron desde la India hasta Creta y desde el mar Negro hasta Arabia. Aunque hubiese nacido de las necesidades del comercio, la escritura se convirtió desde el primer momento en un instrumento esencial del poder político, ya que sin su auxilio para publicar las leyes y para organizar la administración hubiese sido imposible el desarrollo del estado.

En Fenicia, una encrucijada por donde pasaban todas las corrientes de intercambios del Próximo Oriente y donde se conocían, por este motivo, diversas lenguas, culminó hacia el siglo XII

a.C. un progreso decisivo: la utilización de un signo individual para cada sonido consonante. Esto era fácil en una lengua semítica, en la que bastan los valores de las consonantes para identificar una palabra (los árabes escriben habitualmente prescindiendo de las vocales). Con este sistema bastaban de veinte a treinta signos (22 para el fenicio y el arameo; 29-30 para el alfabeto cuneiforme de Ugarit y para el del sur de Arabia) para escribir todas las palabras. Estos signos, cuyo conjunto se denominó alfabeto, tomaron además formas lineales, más adaptadas que las cuneiformes para escribir sobre las hojas de papiro.*

Los griegos, que habían usado con anterioridad escrituras pictográficas y que al parecer perdieron su conocimiento a fines del período micénico, adaptaron el alfabeto fenicio hacia el 800 antes de nuestra era (el primer texto conocido es del año 730 a.C.)** y utilizaron algunos signos consonánticos fenicios que no tenían equivalencia en su lengua para representar los sonidos de las vocales, lo que permitiría usar el nuevo sistema de representación escrita en las lenguas indoeuropeas. Con esta escritura se transcribían todos los sonidos que componían las palabras: ya no se necesitaba tener previamente una imagen global de los signos para adivinar la palabra, añadiendo mentalmente las vocales correspondientes, como en la escritura consonántica, sino que se iban leyendo y articulando paso a paso los diversos sonidos que la integraban. Por eso la lectura se hizo durante mucho tiempo en voz alta: la escritura había pasado de ser un conjunto de signos que representaban palabras a convertirse en una transcripción de la voz humana.

La palabra escrita tenía entre los griegos un uso muy limitado. Se usaba para inscripciones oficiales sobre piedra (legales o conmemorativas) y, más adelante, en los rollos que servían para transmitir conocimientos complejos, como los manuales médicos. La literatura, en cambio, seguía siendo en su mayor parte de transmisión oral, como ocurría con los poemas atribuidos a Homero o con los dramas.*** Incluso los textos en prosa, como la historia de Heródoto, eran recitados en público. El libro, en forma de rollo, sería relativamente raro, tanto en Grecia como en Roma. Leer no era fácil: los textos se escribían en general sin separación de palabras y la lectura se solía hacer en voz alta y con movimientos del cuerpo. Los grandes cambios que aportaron los romanos fueron, por un lado, el uso del pergamino como material para escribir (el papiro no era lo bastante abundante en Europa) y, por otro, la sustitución del rollo por el «códex» o volumen de páginas cosidas,

que es el antecedente inmediato del libro tal como lo conocemos hoy.

Aunque la lectura silenciosa era ya conocida en el mundo romano, se difundió sobre todo a partir de los siglos VII y VIII, ligada a la separación de las palabras en los manuscritos realizados en los monasterios irlandeses, y contribuyó a hacer más difícil el acceso a la lectura.* La cultura de la gente común de la Europa medieval se basaba en elementos orales o figurados: el cristiano recibía su instrucción religiosa a través de la predicación de los clérigos, que utilizaban las pinturas representadas en las iglesias, organizadas de acuerdo con unos programas iconográficos previamente establecidos, como elementos de ilustración y de recordatorio: eran como libros que los curas explicaban en su predicación.

El papel, al proporcionar un soporte más barato a la escritura,** y la imprenta, al multiplicar las copias de los textos, cambiaron las cosas, pero no enseguida. En los siglos XVI y XVII la lectura era intensiva —se tenían unos pocos libros que se releían repetidamente— o se hacía en público y en voz alta (como todavía se practicaba con los periódicos anarquistas del siglo XIX en los pueblos de Andalucía). De ahí la importancia que se otorgaba a la memoria, que se cultivaba como un instrumento necesario para la conservación de los conocimientos por el individuo. El cambio esencial en relación con la palabra impresa se produjo en el siglo XVIII. Los libros entraron entonces en la revolución del consumo y se empezó a producirlos en grandes cantidades: ahora se leía extensivamente —se leían muchos libros, uno detrás de otro—, lo que se vio facilitado no sólo por su abaratamiento, sino por la creación de bibliotecas de alquiler y por el hecho de que los cafés ponían los periódicos a disposición de los clientes.

10.2. LA EVOLUCIÓN DE LA CIENCIA

Una de las precauciones que debemos tomar antes de considerar históricamente el desarrollo de la ciencia es la de evitar dos fuentes de error: el inmanentismo, que considera que la ciencia se desarrolla en un terreno propio, ajeno al resto de los hechos sociales y culturales, sin contactos ni influencias externas, y la visión lineal, hija en buena medida del inmanentismo, que ve el progreso del conocimiento científico como un ascenso rectilíneo desde la ciencia griega hasta el presente, con un agujero negro en la edad

es una visión simplificada del alfabeto. Clarius Herrenschmidt da una visión mucho más compleja del mismo, pero por la escritura etrusca de la que los signos cuneiformes se transformaron en silábicos, reducidos a unos ochenta. El paso silencioso de los alfabetos consonánticos al silábico, sería también más complicado que el signo consonántico, al existir el que lee que añade mentalmente las vocales correspondientes, sería en realidad una especie de representación silábica. Para todo esto véase lo que en el libro colectivo, con Bottéro y L'orient ancien et nous. L'écriture en Égypte, les dieux, París, Albin Michel, 1990.

Mantuvieron o adaptaron los nombres de las letras (aleph-bet se convirtieron en alpha-beta, de donde deriva el nombre de alfabeto) y utilizaron el nombre fenicio de la hoja de papiro, para designar el libro, creando una familia de palabras de la cual derivan hoy otras muchas relacionadas con el libro, como biblioteca o bibliografía.

El verso es un recurso de memoria que permite retener con exactitud los largos. Un texto sometido a las reglas de la acentuación y de la métrica se repite las mismas palabras (o a veces por otras de características parecidas, lo que no es fácil), mientras que de un texto en prosa se recuerda poco, pero con mucha mayor dificultad las palabras exactas y menos aún cuando en que éstas están situadas.

* El niño que aprende a leer, pronunciando las sílabas que los que leen con dificultad aprenden a hacer reproducir con los labios. La lectura silenciosa implica un cierto retorno a la escritura, conocer visualmente el significado de la palabra y exige una habilidad en la escritura.

** Los documentos que intervinieron en la transmisión de propiedad (como permutas, testamentos), se seguían escribiendo a menudo en papiro en el siglo XVII.

media y una recuperación a partir del Renacimiento y, sobre todo, a partir de la revolución científica del siglo XVII (con Galileo, Descartes y Newton).

Las cosas son mucho más complejas de lo que querría esta visión lineal y acumulativa. La ciencia griega no es el origen.* Para empezar, los griegos han partido de las aportaciones que habían hecho otros pueblos. No se trata de sostener la tesis de Martín Bernal, que pretende que las realizaciones del mundo griego son poco más que un apéndice de una cultura egipcia negra, sino de recordar que la mayor parte de los progresos culturales de la antigüedad clásica han sido fruto de intercambios e hibridaciones entre las diversas culturas que florecieron en torno al Mediterráneo oriental.**

La edad media tampoco es una época de inmovilismo, como se suele suponer, sino que ha aportado a la cultura europea elementos esenciales, sin los cuales habría sido imposible la «revolución científica» de los siglos modernos, como el sistema numérico indio, que llegó a Europa a través de los árabes (que han sido, por otra parte, los auténticos conservadores de la ciencia griega) y de los monasterios catalanes. Hay que añadir a ello, además, el legado de la ciencia y la tecnología de China, de donde se han recibido invenciones tan importantes como el papel, la brújula o las armas de fuego.

Una forma más matizada de ver el progreso científico la dio Thomas S. Kuhn en *La estructura de las revoluciones científicas*. Según Kuhn, toda ciencia tiene una etapa en que las observaciones se van recogiendo al azar, sin que haya un sistema de interpretación dominante, hasta que se encuentra uno que parece dar una explicación razonable de un gran número de cosas y que acaba siendo generalmente aceptado. Este sistema es lo que Kuhn denomina un «paradigma», un modelo explicativo global que toda la comunidad científica acepta porque da soluciones satisfactorias para su trabajo. Durante un tiempo la explicación que proporciona el paradigma resulta adecuada, pero acaba convirtiéndose en una constrictión. Poco a poco se van encontrando hechos que no encajan del todo en él. En un primer momento éstos se dejan al margen, considerándolos como singularidades sin mucha importancia, hasta que se acumulan y llega un punto en que se ve que la vieja explicación global ya no sirve y se produce una «revolución científica» que establece un nuevo paradigma que permite encajar todo lo que el viejo explicaba satisfactoriamente y las «singularidades» que quedaban al margen de él. Este segundo paradigma sobrevivirá hasta que los avances de la ciencia obliguen a hacer otra revolución científica. La ciencia avanzaría así a gran-

des saltos y no de una manera continua: la física de Aristóteles sería reemplazada globalmente por la de Newton y ésta, a su vez, por la cuántica; la cosmología de Ptolomeo, que suponía que la tierra era el centro del universo, lo sería por la de Copérnico.*

La teoría de Kuhn —aunque ha sufrido muchos ataques y su autor la ha matizado en algunos aspectos— nos ofrece un punto de partida interesante, ya que nos incita a analizar globalmente, históricamente, la evolución de la ciencia (y de la cultura en general).

10.3. EL NACIMIENTO DE LA CIENCIA MODERNA

La cultura de la Europa medieval cuajó en una gran síntesis, elaborada durante los siglos XII y XIII, que conocemos como el escolasticismo —un nombre inventado posteriormente, con intención denigratoria— y que tuvo su punto máximo en la obra de Santo Tomás de Aquino. Su aportación más importante al progreso cultural fue la de realizar una síntesis del aristotelismo, es decir del pensamiento científico y filosófico griego, con el cristianismo, abriendo de esta forma el camino al avance de la ciencia, liberada de su reducción a teología.

Pero la síntesis cristianoaristotélica, con su dependencia del saber antiguo y con el uso de la deducción a partir del conocimiento establecido como instrumento fundamental de investigación, acabó convirtiéndose en una barrera para el progreso del saber. Todo estaba pensado y definido en ella y no era necesario seguir buscando hechos nuevos, que podían haber puesto a prueba el paradigma, sino que bastaba con ir usando las viejas herramientas de pensar. Los ataques al escolasticismo surgieron inicialmente de un nuevo humanismo, que estaba realizando una recuperación más crítica de la cultura clásica y que opuso el método filológico al método dialéctico, deductivo, de los escolásticos. El escolasticismo, que contaba con el apoyo de la iglesia, resistió este primer asalto y siguió dominando en las universidades (en algunos lugares hasta el siglo XIX), porque se pensaba que su mantenimiento era necesario para la defensa de la religión.

El ataque más poderoso contra este sistema no vendría, sin embargo, del mundo académico, que tiende habitualmente al conservadurismo intelectual, sino de los hombres que propugnaban una ciencia hecha de observación de la naturaleza, que habían empezado como protagonistas marginales de un saber más o menos oculto, pero que se vieron reivindicados cuando los descubri-

* Hay que ir con cuidado, sin embargo, con ciertas interpretaciones burdas de la ciencia del pasado, como la que afirma que los hombres de la edad media creían que la tierra era plana. Esto lo han inventado los científicos del siglo XIX, quienes les convenía atribuir ideas retrógradas a sus antecesores para destacar los progresos que habían realizado. Otra cosa es que, en pleno siglo XX, la Iglesia Apostólica Cristiana de Zion, Illinois, sostuviese, por boca de su dirigente espiritual, Wilbur Glenn Voliva (muerto en 1942), que la Tierra era plana, que un muro de nieve y hielo impedía que los barcos cayeran por los extremos de los mares, y que el sol estaba a unos 4.500 km de nosotros y no tenía más de 50 km de diámetro, ya que Dios lo creó para iluminar la Tierra y no había motivo para que lo pusiera mucho más lejos.

mientos geográficos, con el hallazgo de plantas y animales ignorados hasta entonces, mostraron que había en el mundo muchas cosas que la vieja sabiduría de los griegos no conocía.

Estos hombres eran los cultivadores de lo que denominamos la «magia natural», que Cornelio Agripa definía como el estudio de «todas las cosas naturales y celestiales» gracias a las cuales se pueden hacer «milagros naturales». La propia astrología, equivocada como estaba en sus suposiciones, no dejaba de ser un intento de dar explicaciones materiales de los acontecimientos, y la alquimia marcaría el camino que debía llevar hacia la experimentación química: un camino que rechazaba la ciencia oficial codificada y libresca, para la cual el experimento sólo tenía sentido como ilustración de lo que ya se conocía, y no como método de investigación.

Toda la primera etapa de esta renovación científica se hizo lejos de las universidades, y en muchos casos en su contra. Algunos de sus avances estaban mezclados con elementos de filosofía hermética y de un cierto animismo o panteísmo, que veía vida en todas las cosas. Pronto, sin embargo, se pasaría del esoterismo a una nueva actitud más abierta. Los «libros de secretos naturales», con su mezcla de trucos recreativos, remedios médicos y recetas prácticas, proponían un estilo directo de aproximación a la naturaleza que haría parecer abstracta y estéril la filosofía natural escolástica. Que la imprenta los difundiese ampliamente —de la *Magia naturalis* de Giambattista della Porta, escrita en latín, se harían una veintena de ediciones— demuestra, por un lado, la voluntad de extender los nuevos conocimientos y, por otra, el interés con que los acogía el público.

Esta mezcla de magia natural, que proponía técnicas adecuadas para actuar sobre las fuerzas de la naturaleza, y de ciencia duró tanto que todavía se encuentra en el mismo Newton, que ha sido calificado como «el primero de los científicos modernos» y «el último de los magos», y que, aparte de la teoría de la gravitación, se interesó seriamente por la alquimia (parece que han sido conceptos alquímicos sobre la atracción y la repulsión de la materia los que han inspirado sus planteamientos sobre la gravitación) y estudió las profecías bíblicas, de las cuales deducía que el mundo se acabaría hacia el año 1867, cuestión en la que, afortunadamente, se equivocó.

Fueron estos hombres quienes introdujeron el empirismo, en el cual se movía un científico como Galileo, que se sentía extraño a la universidad y próximo al saber hecho de experiencia concreta que se difundía por las calles, las plazas y las tiendas de Florencia.

O como Francis Bacon, que quería penetrar en los secretos del «taller de la naturaleza» para descubrir las «técnicas» que ésta utilizaba y aprender a reproducirlas. Estos hombres que pedían que, en lugar de repetir lo que decían los viejos libros escolásticos, se estudiara el «gran libro del mundo», son los que han puesto los fundamentos de lo que se acostumbra a denominar la «revolución científica del siglo XVII», y han establecido que los experimentos realizados en público y avalados por una «comunidad científica» socialmente respetable son la base de la «credibilidad», del *trust*, en que todavía hoy se basa la ciencia.*

La iglesia católica temió que la actitud crítica que los nuevos científicos manifestaban hacia la tradición escolástica pudiese ir más allá de la ciencia. Lo hacían temer actitudes como la de Campanella, que escribió a Galileo: «Estas novedades de verdades antiguas, de nuevos mundos, nuevas estrellas, nuevos sistemas y nuevas naciones son anuncio de un siglo nuevo». Campanella pagaría con prisiones y torturas su atrevimiento, Galileo se vería obligado a callar y Descartes decidiría, por prudencia, no publicar sus estudios sobre «el mundo» (los de Copérnico sólo se publicaron después de su muerte).

Las iglesias salidas de la reforma supieron ver, en cambio, que era posible elaborar una síntesis entre la nueva ciencia y la religión, que serviría para reforzar el orden establecido. La interpretación mecanicista que nacía de esta nueva visión del mundo —el universo como reloj— no sólo era compatible con la religión, sino que la reforzaba con el apoyo de la ciencia, haciendo de la divinidad el «relojero» que había fabricado la máquina perfecta del cosmos. Era lógico que esta síntesis apareciera en Inglaterra en el tránsito de los siglos XVII y XVIII, en conexión con las transformaciones que estaba experimentando su sociedad, y que fuera usada para darles apoyo. Isaac Barrow proclamó que el mundo natural proporcionaba un modelo para entender el mundo político, y su discípulo, Newton, desarrolló esta idea: «El mundo natural entero, que consta de los cielos y de la tierra, significa el mundo político entero, que consiste en los soberanos y el pueblo».

10.4. PENSAMIENTO CRÍTICO E ILUSTRACIÓN

En la renovación cultural de los tiempos modernos no sólo se modificó la ciencia, sino que también lo hicieron las concepciones del hombre y de la sociedad. Las raíces de este pensamiento crítico da-

* «Los científicos saben del mundo natural porque saben aquellos en quienes pueden confiar», ven Shapin, *A social history of science*, University of Chicago Press, p. 417.

del **siglo XVII** y se han desarrollado inicialmente en Inglaterra y Francia, dos países en que existía mayor libertad de pensamiento y de expresión que en las monarquías absolutas europeas. Allí encontraron acogida los fugitivos de las persecuciones religiosas de Europa. Para empezar, los judíos conversos huidos de España y de Portugal, entre los cuales había deístas como Uriel da Costa y ateos como Juan de Prado (que decía que el mundo no fue creado sino que ha existido siempre en la misma forma). Seguirá existiendo para siempre, y que no creía en el más allá) y el alma de todos, Baruch Spinoza, que, expulsado de la comunidad judía, desarrolló sus concepciones filosóficas en el *Tractatus theologico-politicus*, publicado en 1670, donde pedía que no se atribuyera la razón a unas letras muertas que podían estar corrompidas por la malicia humana —las escrituras— y sostenía que la finalidad del estado era la libertad (Antonio Negri ha escrito que el pensamiento de Spinoza «es la obra que funda teóricamente el pensamiento político democrático moderno en Europa»).

En *Tractatus* lo publicó un impresor que pertenecía a uno de los grupos de protestantes descontentos de la acomodación de las iglesias reformadas: los «collegianten», que se habían dedicado al ejemplo a leer la Biblia y a cantar himnos en común, pero que después escucharon a gente como Comenius (un obispo de la hermandad morava), como Spinoza o como los socinianos, que eran perseguidos incluso en Holanda porque negaban la trinidad, la divinidad de Cristo y la providencia.

Fue en Holanda donde pudo publicar sus obras Pierre Bayle, nacido en una familia de hugonotes en el sur de Francia y desengañado del fanatismo religioso de unos y otros. En 1681 aparecieron sus *Pensées diverses sur la comète*, donde atacaba las supersticiones, afirmaba que los astros no tienen nada que ver con las libres acciones de los hombres, y que «el ateísmo no lleva necesariamente a la corrupción de las costumbres», afirmación que produjo un gran escándalo. En 1697 publicó el *Dictionnaire historique et critique*, donde hacía una aplicación rigurosa de los métodos críticos de la historia a una serie de cuestiones, incluyendo los «abusos» religiosos. El libro, que tendría un éxito inmenso en el siglo XVIII (Catalina de Rusia dedicó dos años a leerlo íntegramente), está en el origen de muchas crisis de conciencia y ha enseñado a razonar a los ilustrados.

Partiendo de las aportaciones de los ingleses (en el doble terreno de la ciencia y de la teoría del contrato social) y de los holandeses, se desarrolló en Francia una reflexión crítica sobre la sociedad,

con hombres como Montesquieu, que buscaba las causas naturales de las instituciones políticas, de las leyes y de las costumbres, como Voltaire o, sobre todo, como Diderot, que partió del escepticismo —«lo que nunca ha sido puesto en duda, nunca ha sido probado»— y de una confianza total en la ciencia moderna,* que cuajó en la inmensa obra renovadora que es la *Encyclopédie*.

La idea inicial de este gran libro era simplemente la de traducir al francés una obra inglesa, la *Cyclopaedia or an Universal Dictionary of Arts and Sciences* de Chambers; pero, puesto en manos de Diderot, el proyecto se transformó en «un cuadro general de los esfuerzos de la mente humana en todos los géneros y todos los siglos». La obra fue perseguida por las autoridades y condenada por la iglesia, pero entre 1751 y 1782 se vendieron 25.000 ejemplares completos (lo que representaba unos 900.000 volúmenes) y se difundió por toda Europa: era la obra más gigantesca que se había editado desde la invención de la imprenta.

Entretanto, Diderot había aprendido que no bastaba el conocimiento de la ciencia para cambiar el mundo, sino que era necesario profundizar en el estudio de la sociedad y, sobre todo, en el de la historia. Era consciente, por otra parte, de que estaba trabajando para el futuro y que las ideas que había ayudado a poner en marcha acabarían fructificando. «¿En qué, pues, y cuándo tiene razón la multitud? —escribía—. En todo, pero al cabo de mucho tiempo, porque entonces es un eco que repite el juicio de un pequeño número de hombres sensatos que han elaborado por adelantado el de la posteridad.» Murió en 1784, sin llegar a ver los grandes cambios que intuía, pero anunciando: «Soy yo quien anticipa el futuro y quien sabe su pensamiento».

El mismo año de la muerte de Diderot, Immanuel Kant escribía, en su contribución a un debate que había iniciado un periódico de Berlín en torno al significado de la Ilustración:**

Las luces son la salida del hombre del estado de tutela del cual es él mismo responsable. El estado de tutela es la incapacidad de servirse del propio entendimiento sin la dirección de otro. Uno es responsable de este estado de tutela cuando la causa deriva, no de una insuficiencia del entendimiento, sino de la insuficiencia de la resolución y del valor de servirse del mismo sin la dirección de otro. ¡*Sapere aude!* Ten el valor de servirte de tu propio entendimiento. He aquí la divisa de las luces.

Este proceso, añadía, quizá sea difícil de llevar a cabo por cada

* Su confianza en la función crítica de la ciencia se expresaba en afirmaciones como esta: «¿Veis este huevo? Con esto se derrumban todas las escuelas de teología y todos los templos de la tierra».

** El debate se había iniciado con motivo de una discusión en torno al matrimonio civil y al matrimonio religioso, y lo que pretendía aclarar la pregunta «¿Qué es la Ilustración?» eran los límites a los que se podía llegar en las reformas.

hombre de forma aislada, pero no lo es para una colectividad donde siempre habrá algunos hombres que piensen por ellos mismos y que propaguen estos valores a su alrededor. «Para estas luces no se necesita otra cosa que la libertad, y la más inofensiva dentro de todo lo que se llama libertad, como es la de hacer un uso público de la propia razón en todo.»

Lo que estos hombres estaban enunciando eran las ideas que promoverían la transformación política y social del mundo moderno.*

10.5. ASCENSO Y CRISIS DE LA NUEVA CIENCIA

La ciencia de los siglos XVIII y XIX pretendía llegar a explicar todo con exactitud. No era sólo que quisiera averiguar la mecánica de los movimientos de los cuerpos celestes —el reloj del cosmos—, sino que buscaba leyes y regularidades en todos los demás ámbitos de la naturaleza. Los seres vivos se ordenaron primero sistemáticamente, de más simple a más complejo, hasta que, más tarde, Darwin puso en marcha esta escala, mostrando que lo complejo había ido evolucionando a partir de lo más simple, hasta llegar al hombre. Y lo mismo ocurría con los hechos sociales. También la historia fue codificada en etapas que conducían del salvajismo a la civilización y que elevaban las sociedades humanas gradualmente hasta la gloria de la cultura industrial moderna. Un científico alemán, Dubois-Reymond, llegó a decir en 1872 que «si se pudiese conocer por unos momentos la posición, dirección y velocidad de todos los átomos del Universo, se podrían predecir los acontecimientos futuros de la historia de los hombres».

Volvíamos a tener un marco científico que lo explicaba todo, como en los tiempos del escolasticismo de base aristotélica, y en el que el problema se reducía a ir llenando los agujeros de nuestro saber con nuevos datos, con conocimiento concreto. Pero en el siglo XX esta seguridad se ha ido al traste. La física cuántica ha hecho desaparecer la imagen de coherencia y continuidad de la materia, la relatividad ha mostrado que algunas leyes de la física newtoniana sólo son válidas en determinadas condiciones, y poco a poco se ha ido viendo que el mundo era mucho más complicado e inseguro de lo que se pensaba. Por ejemplo, la pretensión de conocer la posición, dirección y velocidad no ya de los átomos —que ahora se habían desintegrado en partículas más elementales—,

sino de los componentes esenciales de la materia resulta imposible, porque no se puede conocer la posición y dirección de una partícula sin intervenir en su movimiento y, por tanto, modificar su velocidad. Los problemas se presentan incluso cuando se trata de objetos mucho mayores, como los astros: Poincaré había advertido ya, pocos años después de la enfática afirmación de Dubois-Reymond, que era imposible explicar satisfactoriamente los movimientos que se producían cuando se consideraban las interacciones entre tres cuerpos diferentes.

No es que en la ciencia contemporánea no haya reglas, sino que son mucho más complicadas de lo que se había pensado. Las matemáticas que deben utilizarse son las matemáticas del caos y las reglas de funcionamiento de la complejidad no se pueden reducir a la suma de las que explican el de las unidades individuales. En el terreno de la evolución hemos descubierto el papel de la contingencia, del azar, y hemos llegado a la conclusión de que el hombre no es la culminación necesaria y obligada de un proceso lineal de progreso, sino el resultado de una serie de azares: un accidente en la historia de la Tierra.

10.6. LAS ARTES EN EL MUNDO MODERNO

No me ocuparé aquí del estudio de la historia de las diversas artes —de la evolución de sus métodos, valores y realizaciones—, que es una actividad intelectual que tiene sus propias reglas, sino de la forma en que el estudio del arte en sus relaciones con el contexto social en que se produce puede ayudarnos a entender mejor la historia. Empezaré por utilizar un concepto de arte, el que abraza el conjunto de las actividades de creación literarias, plásticas y musicales, que corresponde a la forma de ver las cosas en nuestro tiempo, pero que es relativamente reciente, ya que ha nacido en el siglo XVIII.*

Durante la antigüedad y la edad media el arte se dedicaba sobre todo al consumo público, cívico o religioso, y sus cultivadores solían verse identificados con los artesanos. Sería el Renacimiento italiano, con su revalorización de la obra de arte —de un arte que buscaba expresarse con las reglas de la antigüedad clásica, pero que estaba, al mismo tiempo, redescubriendo la naturaleza—, el que daría un nuevo sentido a la figura del artista, que trabajaba normalmente para la nobleza o para el clero. Al mismo tiempo, sin embargo, nacía en los Países Bajos un arte

* Paul Oskar Kristeller ha se- antiguamente se consideraba de las artes por separado, un- rás por las reglas de la inteli- hecho que se comparaban la p- la escultura, y la poesía con- Con el Renacimiento las «ar- suales mayores» (pintura, arq- quitectura) se emanciparon de- que las cultivaban. La separa- ciencias naturales en el siglo X- distinguir las artes de las oter- fue en el siglo XVIII cuando e- conjunto de estas actividades p- tivo «las bellas artes».

* Al margen de otras cuestiones, hay que tener en cuenta que el rechazo de las imágenes por parte de las iglesias protestantes obligó a secularizar la pintura. Que los pintores, a falta de los encargos que les hacían las iglesias y monasterios, se dedicaran a hacer retratos de corte, como en Alemania, o a pintar interiores y paisajes para un público burgués, como en Holanda, dependía de otras causas, relacionadas con el desarrollo diverso de las sociedades europeas.

más cercano al consumo de una sociedad burguesa urbana, que reflejaba la vida cotidiana, los escenarios domésticos y los paisajes reales, y que se aproximaba incluso a los gustos populares, a través sobre todo de los grabados, en composiciones como las de Knack o Brueghel, que reflejaban un mundo de fantasías y proverbios.*

La fase de la reconquista religiosa del siglo xvii y de la primera mitad del xviii vio surgir un arte, el del barroco, destinado a crear emociones fuertes en el público y a ilustrar la primacía de la monarquía y de la iglesia, con grandes palacios que eran expresiones de poder e iglesias que correspondían a una religión que quería impresionar profundamente a los fieles y que daban acogida a una música que acentuaba el dramatismo de las celebraciones litúrgicas (algo que era sobre todo necesario para las iglesias reformadas que habían eliminado las artes figurativas del templo).

En el siglo xviii apareció una nueva concepción del arte, basada en la idea de que éste tenía una función política como medio para enseñar a los hombres, a través del ejemplo, las virtudes cívicas que debían servir de fundamento para construir una nueva sociedad. Schiller había dicho que «sólo a través de la belleza hace el hombre su camino hacia la libertad». La evolución del arte y la transformación de la sociedad marcharían conjuntamente en una época de revolución en que David utilizaba un lenguaje evocador de la antigüedad para glosar los nuevos valores cívicos de la revolución y en que Goya encontró el lenguaje pictórico del futuro, que el romanticismo había de enriquecer.

Esta reconversión del arte a una nueva función política tenía lugar, no obstante, al mismo tiempo que surgía una nueva concepción que rompía con la tradición milenaria de entender las artes como un medio de comunicar ideas y valores. Karl Philipp Moritz escribía en 1785 que las obras de arte eran «totalidades autosuficientes» y que debían contemplarse «desinteresadamente», por el gozo de sus atributos y relaciones internas, al margen del efecto que pudiesen producir.

Fue en medio de estas tensiones contradictorias entre unas artes utilizadas más que nunca con una finalidad educadora (al servicio de la revolución o, más tarde, de la contrarrevolución) y el descubrimiento de la obra de arte como una realidad en ella misma, al margen de su contenido ideológico, cuando se produjo la gran ruptura de la cual ha nacido el arte contemporáneo: el romanticismo.

10.7. EL ROMANTICISMO

Es difícil definir qué es el romanticismo. Muchas de las características que se le atribuyen se encuentran en otros momentos e incluso el nombre que se le da ha sido discutido. Algunos de los principales románticos, como los pintores o poetas ingleses, no sabían que lo fuesen, y otros, como Victor Hugo o Delacroix, rechazaban esta denominación. Quizá pueda considerarse de manera unitaria el conjunto de la pintura romántica europea, pero, por lo que se refiere a la literatura de los diversos países, su carácter es muy diverso. Lo dijo el más grande exponente del romanticismo italiano, Manzoni: «Este pobre romanticismo tiene significados expresamente distintos en Francia, en Alemania, en Inglaterra».

Lo que ocurre es que existe un fenómeno cultural complejo que tenemos que denominar de algún modo, buscando sus rasgos comunes y más definidores. Quizá el más esencial sea el rechazo del clasicismo (del abuso de referencias a la cultura grecolatina) y del academicismo, lo que implicaba el abandono de la norma y del gusto establecido en favor de la ruptura y de la vanguardia. El romanticismo es, por definición, modernidad. Stendhal diría que el romanticismo es el arte de complacer a los contemporáneos y el clasicismo el de complacer a sus abuelos (lo cual significa que lo que un día es romántico acabará siendo clásico, cuando los contemporáneos se conviertan en abuelos). La definición de romanticismo que mejor muestra este aspecto es seguramente la que dio Schlegel en 1798: «La poesía romántica todavía se encuentra en estado de constituirse; ésta es, de hecho, su propia esencia: que siempre se está haciendo y nunca está completa. Sólo ella es infinita y libre, y reconoce como primer mandamiento que la voluntad del poeta no puede tolerar ninguna ley por encima de ella misma». El romanticismo sería, por tanto, un antisistema, un antiestilo, una antiescuela: un arte de ruptura y de vanguardia.

El romanticismo nació en contraste con la Ilustración, el racionalismo, el neoclasicismo y la Revolución francesa, y esto hizo de él, en un primer momento, la esperanza de la Restauración. Lamartine decía que cuando él empezó a escribir se pensaba que la poesía estaba muerta: «Era la época de la encarnación de la filosofía materialista del siglo xviii en el gobierno y en las costumbres. Todos estos hombres geométricos, que eran los únicos que tenían entonces la palabra, creían haber secado por siempre en nosotros, los jóvenes, lo que habían conseguido marchitar en ellos

mismos: toda la parte moral, divina, melodiosa del pensamiento humano». Es el típico rechazo por parte de la generación joven del mundo que le han dejado sus antecesores.

En sus orígenes el romanticismo francés tenía que ser forzosamente contrarrevolucionario. Lo fue con Chateaubriand, que quería recuperar la tradición cristiana con *El genio del cristianismo*, y con románticos jóvenes como Victor Hugo o Lamartine (que empezó cantando el nacimiento del duque de Burdeos, heredero de la corona de Francia, y acabó proclamando personalmente la segunda república en 1848). Pero no lo era con Géricault, que denunciaba la corrupción del viejo mundo en *La balsa de la Medusa*, ni con los poetas ingleses Byron, Shelley y Keats.

Pronto se pudo ver, sin embargo, que era muy difícil controlar una escuela que no reconocía reglas, y que, por tanto, no admitía autoridad. El orden establecido descubrió entonces que el academicismo de los viejos revolucionarios domesticados era más de fiar que la exaltación de estos jóvenes que no se sabía dónde podían ir a parar. En 1824 la Academia francesa lanzó un ataque brutal contra los románticos, y Stendhal comentaba: «Los clásicos controlan los teatros y todos los puestos con salarios pagados por el gobierno. Cuando hay vacantes, los jóvenes no pueden obtenerlas sin la recomendación de los viejos que trabajan en el mismo partido. El fanatismo es una recomendación. Todas las mentes serviles, todos los que tienen pequeñas ambiciones de ser catedráticos, académicos, bibliotecarios, etc., tienen interés en publicar cada día artículos clásicos en la prensa».

De 1830 a 1848 lo que había parecido comenzar como el arte de la contrarrevolución se transformó en Francia en el espíritu que animaba unos movimientos revolucionarios de clara filiación burguesa.* Fue tan sólo cuando las formas del romanticismo llegaron a ser canónicas, convirtiéndose en una escuela, en una cáscara formal sin sustancia, cuando las recuperó el arte académico y cuando los artistas avanzados buscaron nuevas formas de vanguardia, para seguir enfrentándose a la alianza entre el orden establecido y el academicismo y conservar el espíritu de independencia y de ruptura de sus predecesores.**

En Alemania se quiso potenciar, con encargos oficiales y con todo tipo de apoyos, el nazarenismo, que postulaba el retorno de la pintura a Rafael, es decir a la vieja norma, contra el romanticismo. Porque los románticos alemanes habían resultado incómodos. No eran gente de orden —Schlegel había provocado un escándalo con *Lucinda*, una novela en que hablaba libremente de

sus experiencias eróticas—, sostenían un nacionalismo demasiado exaltado —Hoffmann von Fallersleben, el poeta autor de la letra del *Deutschland über alles*, sería destituido por este motivo de su cátedra universitaria— y tenían tendencias políticas demasiado liberales. En *Alemania, un cuento de invierno* Heinrich Heine anunciaba un mensaje romántico con un contenido revolucionario: «Construiremos aquí, en la tierra, el reino del cielo. Seremos felices en la tierra, acabaremos con la miseria. Hay suficiente pan aquí para todos los hombres, y rosas y mirto y belleza y alegría ... El cielo lo dejaremos para los ángeles y los pájaros».

En Inglaterra, si bien la primera generación romántica, la de Wordsworth, Coleridge y Southey, apostató pronto de sus veleidades revolucionarias, la segunda, la de Byron, Shelley y Keats, adoptó actitudes avanzadas. La suya fue una poesía de juventud, porque los tres murieron jóvenes (Keats a los 26 años, Shelley a los 30, Byron a los 36); pero fue una poesía comprometida. Cuando Mary Shelley publicaba los versos póstumos de su marido explicaba al público que éste creía que era inevitable un próximo enfrentamiento entre las dos clases de la sociedad y se ponía apasionadamente del lado del pueblo. Byron no sólo escribió una canción para los luditas destructores de máquinas, en la que les hacía decir «moriremos luchando o viviremos libres, y mueran todos los reyes, excepto el rey Ludd», sino que expresó claramente su rechazo de la sociedad en que vivía —«estuve entre ellos, pero nunca fui uno de ellos»— y justificó su marcha a Grecia diciendo que «cuando uno no puede luchar por la libertad en su país, es lógico que lo haga por la de los vecinos».

Hay que decir, además, que el desafío a la sociedad iba en ellos más allá de sus posturas políticas. Shelley había abandonado a su esposa, que acabó suicidándose, para huir con Mary, de dieciséis años de edad, hija del teórico libertario William Godwin y de Mary Wollstonecraft, la autora de *Vindicación de los derechos de la mujer*. Byron, Shelley y Mary estaban juntos en la Villa Diodatti, en Suiza, el día 16 de junio de 1816, cuando decidieron escribir cada uno de ellos una novela de vampiros, y Mary correspondió con *Frankenstein*, un relato inspirado en ideas científicas que habían sido condenadas como blasfemas e inmorales.

En principio el romanticismo, siendo como era un lenguaje y un estilo, servía para expresar formas muy diversas, e incluso contrapuestas, de pensar y de sentir: los mismos materiales artísticos valían para una evocación religiosa y para un manifiesto revolucionario. Pero a la larga su exigencia de libertad estética

* Delacroix, que al parecer era hijo de Tuvillerand (el obispo revolucionario de conducta camaleónica), pintó en 1830 *La libertad guiando al pueblo*, que se ha convertido en «la más conocida imagen visual de la revolución que jamás haya sido creada». El cuadro, comprado por el rey Luis Felipe, fue exhibido por poco tiempo, porque resultaba demasiado subversivo. Pero al llegar la revolución de 1848, y después de unos primeros momentos de colaboración con los revolucionarios, Delacroix se fue al campo a pintar cestos de flores.

** En 1857 Flaubert podía escribir: «Ahora ya he sido atacado por el gobierno, por los curas y por los periódicos. Ya está todo completo. No me falta nada para triunfar».

acabó convirtiéndolo en una corriente disolvente. El gusto por el paisaje quizá proceda en los orígenes del romanticismo alemán de un sentimiento religioso (Schleiermacher decía que la contemplación del universo era la forma más elevada de la religión), pero Caspar David Friedrich lo utilizaba con intenciones complejas, para transmitir mensajes de nacionalismo liberal. Un observador superficial no veía en su pintura más que «llanuras deshabitadas, mares desiertos, hielos polares, nieblas, nieve, glaciaras, noches, cementerios y cosas parecidas», como decía un contemporáneo, que lo atribuía al humor melancólico del pintor, a consecuencia de haber visto cómo su hermano moría engullido por el hielo mientras patinaba. Pero la verdad es que sus cuadros contenían un discurso político explícito de liberalismo nacionalista. *Dos hombres contemplando la luna* representaba, según nos dice el pintor, dos hombres que estaban tramando conspiraciones, y el mensaje que quería comunicar su pintura *La tumba de Ulrich von Hütten*, con una lista de nombres de nacionalistas exaltados inscritos en la pared, era el de mostrar cómo alrededor de la tumba de las viejas ilusiones crecían los árboles nuevos y los hombres que habían luchado por la libertad renovaban sus votos.

Muchas cosas habían cambiado también en el entorno social del arte, con la consecuencia de que sus creadores se dirigiesen ahora a un público distinto y mucho más amplio. Con el aumento de la riqueza de la población vendría también el de su consumo cultural, que había empezado, como se ha dicho, con el de los libros, pero que se extendería al de las bellas artes, destinadas ahora a un público nuevo y más extenso. Los músicos, que antes componían para los palacios y las iglesias, empezaron a hacerlo para las representaciones teatrales públicas y para unos conciertos en que se pagaba entrada. La pintura cambiaría también de destinatario. Seguía habiendo encargos oficiales de pintura de propaganda religiosa o política —las batallas de Napoleón o los cuadros de historia españoles, de gran formato, que estaban destinados a exhibirse en los edificios oficiales—; pero se empezarían a pintar también paisajes con escenas campesinas para las clases burguesas, y la reproducción litográfica permitiría multiplicar los ejemplares de la obra de arte: muy pronto no habría casa, por modesta que fuera, sin estampas o cromos de colores en las paredes.

10.8. EL ARTE DE VANGUARDIA DEL SIGLO XX

Las contradicciones del romanticismo se transmitieron al arte de vanguardia del siglo xx. El principio mismo de la vanguardia, la ruptura con las normas del arte establecido, era profundamente romántico. El hecho de experimentar en nuevas direcciones condenaba a los artistas a moverse en círculos minoritarios, sin fácil acceso al mercado, hasta que el triunfo de los impresionistas, que pasaron en pocos años de la condena oficial a los museos, estableció la vanguardia como un valor aceptado por un público burgués reducido, pero lo suficientemente numeroso como para permitir el desarrollo de una red internacional de galerías y marchantes.

Los lenguajes renovadores del arte y de la literatura del siglo xx estaban ya inventados antes de 1914: las obras más innovadoras de Picasso o de Matisse, el cubismo, las primeras obras abstractas de Kandinsky, la música atonal de Schoenberg o la poesía de Apollinaire son anteriores a la primera guerra mundial. En 1913 Marcel Duchamp escandalizaba al público de Nueva York con pinturas como *Desnudo bajando la escalera* (un crítico dijo que le parecía una explosión en una fábrica de tejas) y más adelante con los «ready mades», como *Fuente*, que era una simple taza de urinario. Este arte nuevo se movía dentro de unos círculos refinados y minoritarios que menospreciaban profundamente a las masas y encontraban natural que éstas no lo entendiesen.

Pero la experiencia de la primera guerra mundial lo cambió todo al hacer evidente la insensatez de las reglas del juego social a que los hombres estaban sometidos; la monstruosidad de lo que aceptaban cotidianamente, en tiempo de paz, y el hecho de que todo lo que les rodeaba, y en especial la cultura establecida, formaba parte de este orden social que había llevado a la inmolación de millones de hombres jóvenes en las trincheras. En los primeros momentos del conflicto los artistas y escritores de vanguardia se dividieron: unos participaron de forma entusiasta en la guerra —los hubo que resultaron heridos de gravedad, como Apollinaire, Braque o Kokoschka, o que murieron, como Franz Marc, Boccioni o Sant'Elia—, mientras otros, como Picabia, Duchamp o los De-launay, huyeron del servicio militar.

Al final, sin embargo, todos salieron marcados por esta experiencia de horror. A su regreso del frente los antiguos combatientes encontraban difícil, no sólo reintegrarse personalmente en el mundo que habían dejado atrás, sino incluso aceptarlo. Los artis-

tas adquirieron entonces conciencia de que solos no podían cambiar el mundo; que necesitaban proyectar lo que hacían fuera de los círculos minoritarios, hacia el conjunto de la población.

Los primeros que lo plantearon fueron, precisamente, los que se habían negado a participar en la guerra y se habían refugiado en ciudades neutrales como Zurich, Nueva York o Barcelona. En Zurich se podía encontrar en 1916 a los exiliados bolcheviques (que, con Lenin a la cabeza, preparaban la revolución), a James Joyce (que, en la mayor pobreza, estaba escribiendo *Ulysses*, la novela que transformaría el arte de narrar del siglo XX) y a un grupo de artistas —Hugo Ball, Hans Arp, Tristan Tzara, etc.— que fundaron el Cabaret Voltaire y un movimiento que se llamaba Dada: un movimiento de revuelta contra la sociedad existente, que no tenía otro propósito que el de ridiculizar la cultura establecida.

Las provocaciones de los dadaístas —poemas con ruidos, recitaciones simultáneas en tres idiomas diferentes, utilización de técnicas que tendían a rebajar la pintura, como el collage de materiales humildes, etc.— no parecían inicialmente más que actividades lúdicas. Pero muy pronto se dieron cuenta de que lo que hacían era también «una misa de réquiem» por el viejo mundo. Como diría Hugo Ball: «cada palabra que se dice y se canta aquí expresa al menos una cosa: que esta época humillante no ha conseguido ganar nuestro respeto».

Acabada la primera guerra mundial, la vanguardia dio sus frutos más maduros —en los años 1922 y 1923 se publicaban obras tan significativas de la innovación literaria del siglo XX como *Ulysses*, *The Waste Land*, *Le cimetière marin* y las *Duineser Elegien*—, y se produjo también un hecho nuevo: la toma de conciencia por parte de muchos artistas del hecho de que los nuevos lenguajes de la vanguardia podían servir, no sólo para enterrar la vieja sociedad, como había querido hacer Dada, sino para la construcción de una nueva cultura de masas que sirviera para transformar el mundo. Este hecho tuvo lugar simultáneamente en dos países que habían experimentado los efectos más destructores de la guerra y que aspiraban a construir ahora una sociedad mejor y más equitativa: la Rusia soviética y la Alemania de la república de Weimar.

En Rusia los artistas de vanguardia colaboraron durante los primeros años con el régimen revolucionario en tareas de propaganda y agitación, como los carteles satíricos preparados por Mayakovsky y sus compañeros para la agencia oficial Rosta. Pero pronto quisieron ir más allá y actuar en los terrenos de la producción destinada al consumo de masas. En la Vkhutemas de Moscú,

una escuela superior de arte y de diseño reorganizada, se enseñaba a la vez arquitectura, pintura, escultura, arte gráfico, trabajo de la madera y del metal y diseño textil, en una línea programática que tendía a la superación de la concepción tradicional del arte en nombre de un «constructivismo» que pretendía tomar en cuenta tanto las posibilidades de la técnica como las necesidades sociales de los nuevos tiempos, y que partía de la base de que «la forma ha de definirse en el proceso de creación para la finalidad utilitaria del objeto».

Este proyecto de un arte revolucionario acabó fracasando. Si Lenin, aunque no les comprendía, toleraba a los artistas de vanguardia, Stalin no quería arriesgarse a dejarles que expresaran su mensaje con independencia y favoreció el retorno hacia las posturas estéticamente conservadoras de un «realismo socialista» académico, que era perfectamente controlable: la seguridad de mantener el poder era más importante que el programa de crear un hombre nuevo a través de una nueva cultura.

Donde el proyecto iniciado en Rusia se pudo desarrollar con más libertad fue en la Alemania de Weimar. La doble influencia de Dada y del constructivismo soviético cuajó en una síntesis, la «nueva objetividad», que se manifestaría en la pintura como el rechazo a la vaciedad formalista de las viejas corrientes para retomar a la realidad, dando un papel esencial a la representación de la figura humana, y adoptando a la vez un compromiso social explícito. Esta tendencia influyó en una institución que tendría un prestigio universal, la Bauhaus, fundada en 1919 en Weimar como una escuela de arte y de oficios, que cambiaría el programa en 1923, con el lema de «Arte y tecnología: una nueva unidad», y se aproximaría al constructivismo con su preocupación por el diseño.

Las teorizaciones «revolucionarias» en el terreno del arte eran frecuentes en la Europa de estos años. Lo que caracterizó el caso alemán fue que este programa de acercamiento a la realidad y de compromiso social se llevó a la práctica y se extendió al conjunto de la actividad intelectual.

Mientras Erwin Piscator creaba un «teatro político» con ambición de llevar a la escena el estilo factual de la «nueva objetividad», músicos como Weill, Krenek y Hindemith desarrollaban nuevos conceptos musicales «utilitarios» (Hindemith no tendría inconveniente en escribir música para acompañar una película de dibujos animados) o se atrevían a crear una gran ópera épica radical con *Ascenso y caída de la ciudad de Mahagonny* (1930), que sería recibida con algaradas nazis contra el «bolchevismo cultu-

ral» (aunque el bolchevismo estalinista era tan conservador en materia artística como el nazismo hitleriano).

En un país en que los clubs del libro habían aumentado considerablemente el número de lectores, los escritores analizaban los mecanismos del éxito para aprender a «intervenir en la realidad social» con sus obras, escribiendo de otra forma. Brecht había publicado en 1927 su primer volumen de poesía, *Hauspostille*, un «libro de devociones domésticas» expresadas en un estilo llano, pero profundamente provocador, como la «Leyenda del soldado muerto», que él mismo había cantado con una guitarra en un cabaret de Berlín. La obra literaria más representativa de la «nueva objetividad» quizá sea la novela de Alfred Döblin, *Berlin Alexanderplatz*. Döblin, que era médico de los servicios sociales en un barrio, entre popular y degradado, de Berlín, hizo un extraordinario montaje coral de la vida de los bajos fondos y de los medios obreros, que acababa con una premonición de la catástrofe colectiva que se acercaba, a la vez que con la toma de conciencia del protagonista: «Debes estar despierto, debes estar alerta, uno no está solo. Quizá llueva o granice, contra esto no se puede hacer nada. Pero contra muchas otras cosas sí se puede».

La voluntad de los artistas de intervenir en la vida cotidiana les llevaría a trabajar en el grafismo, la publicidad, la moda y el diseño industrial, y a explorar los nuevos medios de masas. En 1928, con dos millones de aparatos de radio en las casas alemanas, era evidente que había que preocuparse por la capacidad del nuevo medio para llevar la cultura a las masas. No sólo se adaptarían obras teatrales para radiarlas, sino que se crearía un género literario, el Hörspiel, pensado específicamente para este medio. El disco de gramófono, por su parte, daría una extraordinaria difusión a las canciones teatrales de Brecht y Weill. El cine, «la literatura de los que no leen», que había desarrollado su lenguaje artístico a partir del expresionismo, evolucionaría hacia una nueva conciencia, y un teórico de las formas artísticas como Siegfried Kracauer se ocuparía de analizar los aspectos más diversos de la cultura de masas, incluso los grupos de bailarinas conjuntadas de las revistas musicales.*

Este esfuerzo de transformación de la cultura no bastó para crear una nueva conciencia colectiva lo bastante fuerte como para detener la reacción. En el contexto de la gravísima crisis que padeció la economía alemana en los primeros años treinta y de la ruptura del consenso social en que se basaba la política de Weimar, no pudo impedir el ascenso del nazismo que, haciendo con

ello un reconocimiento explícito de la importancia de este intento de cambio cultural, se apresuró a condenarlo como *Entartete Kunst*, «arte degenerado»: retiró sus pinturas y esculturas de los museos, quemó los libros avanzados y persiguió a los autores de las unas y los otros.

La evolución que el arte de vanguardia había tenido en Rusia y en Alemania no se manifestó al mismo tiempo en otros lugares. En muchos países fue la crisis económica mundial de los años treinta la que concienció a los artistas y los escritores, que reprodujeron entonces las experiencias de la Unión Soviética y de la Alemania de Weimar.

En Francia, donde el surrealismo no se había movido mucho más allá de los círculos del público burgués consumidor del arte de vanguardia, la amenaza del fascismo hizo que hombres como Louis Aragon y Paul Éluard asumieran un compromiso político; en los Estados Unidos, novelistas como Steinbeck escribirían relatos sobre huelgas o sobre los efectos de la crisis en los campesinos que perdían sus tierras, y un autor de teatro como Elmer Rice dedicaría una de sus mejores obras, que King Vidor llevaría al cine, a explicar la vida de una cooperativa agraria. Son también los años de la novela social española, del teatro popular hecho por García Lorca en *La Barraca*, de los grandes pintores muralistas mexicanos, de óperas como el *Mathis der Maler* de Hindemith (mal recibida por Hitler), o de las sinfonías de Shostakovich (mal recibidas por Stalin). La guerra civil española completaría el proceso de concienciación: el bombardeo de Guernica inspiraría a la vez el cuadro de Picasso y los versos de Éluard, mientras jóvenes escritores de diversos países luchaban en las «brigadas internacionales» contra el fascismo.

En los veinte años que van desde el fin de la primera guerra mundial al principio de la segunda se realizaron, sobre la base de los elementos aportados por las vanguardias de comienzos de siglo, las transformaciones esenciales de la literatura y del arte del siglo XX.*

Todo lo que vendría después sería poco más que desarrollos o reacciones respecto de este gran momento creativo que había dado la arquitectura de Gropius, Frank Lloyd Wright o Mies van der Rohe; la pintura de Picasso o de Matisse; la música de Schoenberg, Bartok o Stravinsky, o las obras literarias de Proust, Kafka, Joyce, Rilke, Eliot, Faulkner o Ezra Pound.

Nada de lo que se ha producido en los cincuenta años posteriores tiene la misma fuerza innovadora. Después de la segunda

* Una de las formas en que se produjo la renovación del gusto fue el establecimiento de un nuevo canon artístico. En la pintura española, por ejemplo, Murillo —considerado con anterioridad como el más grande de los pintores— fue desplazado por el Greco. En la poesía, se puso de moda un poeta que hasta entonces había sido menospreciado, como Góngora, al igual que en la inglesa se arrinconaba a Milton y se redescubría a John Donne.

guerra mundial, cuando la capitalidad del arte pasó de París a Nueva York, una vanguardia ya establecida (con una crítica domesticada y las ventas aseguradas por una promoción comercial eficaz) vio sucederse el auge del expresionismo abstracto de Pollock y de Hartung en la década de los cincuenta, del pop art de Warhol en la de los sesenta y la eclosión posterior del arte mínimo y del arte conceptual, de formas de expresión como el *happening* y las instalaciones, hasta llegar a un eclecticismo desengañado con la postmodernidad y la transvanguardia, sin que esta evolución haya significado una renovación de los lenguajes comparable a la que se produjo a comienzos del siglo XX.

Shapin, Steven, *A social history of truth. Civility and science in Seventeenth-century England*. Chicago, University of Chicago Press, 1994.
 —, *The scientific revolution*, Chicago, The University of Chicago Press, 1996.

Thompson, J. E.,
 pub. Munksgaard,
 Woodlawn, N.J.,
 Nueva York

LECTURAS RECOMENDADAS

- Castillo Gómez, Antonio, *Escritura y escribientes. Prácticas de la cultura escrita en una ciudad del renacimiento*, Las Palmas, Gobierno de Canarias, 1997.
- Cavalle, G. y R. Chartier, eds., *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1997.
- Crombie, A.C., *Historia de la ciencia. De San Agustín a Galileo*, Madrid, Alianza, 1974.
- Eisenstein, Elizabeth L., *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna en Europa*, Madrid, Akal, 1994.
- Geymonat, Ludovico, *Historia y filosofía de la ciencia*, Barcelona, Crítica, 1985, 3 vols.
- Hale, John, *La civilización del Renacimiento en Europa*, Barcelona, Crítica, 1996.
- Hall, Rupert A., *La revolución científica, 1500-1750*, Barcelona, Crítica, 1985.
- Kragh, Helge, *Introducción a la historia de la ciencia*, Barcelona, Crítica, 1989.
- Kuhn, Thomas S., *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Oldroyd, David, *El arco del conocimiento. Introducción a la historia de la filosofía y metodología de la ciencia*, Barcelona, Crítica, 1993.
- Barro, Michel, ed., *Historia de las ciencias*, Madrid, Cátedra, 1991.

ALGUNOS LIBROS MÁS AVANZADOS QUE CONVIENE CONOCER:

- Cohen, H. Floris, *The scientific revolution. A historiographical inquiry*, Chicago, The University of Chicago Press, 1994.
- Crombie, A.C., *Styles of scientific thinking in the European tradition*, Londres, Duckworth, 1994, 3 vols.
- Curry, Patrick, *Prophecy and power. Astrology in early modern England*, Cambridge, Polity, 1989.
- Eisenman, S.F., ed., *Nineteenth century art. A critical history*, Londres, Thames and Hudson, 1994.
- Honour, Hugh, *Romanticism*, Londres Allen Lane, 1979.
- Olby, R.C., et. al., eds., *Companion to the history of modern science*, Londres, Routledge, 1996.
- Rummel, Erika, *The humanist-scholastic debate in the Renaissance and Reformation*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1995.
- Saenger, Paul, *Space between words. The origin of silent reading*, Stanford, Stanford University Press, 1997.
- Schmandt-Besserat, Denise, *How writing came about*, Austin, University of Texas Press, 1996.
- Schmidt, James, ed., *What is enlightenment? Eighteenth-century answers and twentieth-century questions*, Berkeley, University of California Press, 1996.

Según las definiciones usuales de cultura, habría cultura e incultura, civilización y salvajismo. Pero las sociedades no son uniformes, de manera que es lógico que en su seno puedan encontrarse culturas diversas en una relación dinámica: influyéndose entre sí en algunos aspectos y enfrentándose en otros. Desde el siglo XVIII en algunos aspectos y enfrentándose en otros. Desde el siglo XVIII se empezó a aceptar que en las sociedades europeas había, al margen de las clases superiores, un colectivo que era el «pueblo» (*Volk*), que tenía una cultura propia, diferente de la de las élites, con un arte específicamente suyo (canciones, danzas, vestidos, artesanía, cuentos) e incluso una literatura escrita (la del *Volksbuch* o *chap-book*, la *bibliothèque-bleue*, la *literatura de cordel*, etc.). Esto condujo a hablar de la existencia de dos tradiciones culturales: la «gran tradición» de la gente letrada, que se transmitía en las escuelas y en los templos, y la «pequeña tradición», que lo hacía sobre todo de forma oral. «Cultura popular» sería, por tanto, lo que hacía el papel de cultura para los que no participaban de la grande: para los no letrados, para las clases subordinadas.

En el mundo desarrollado contemporáneo se supone que sólo hay una cultura «de verdad», que es producto de la «gran tradición» y que acumula las herencias del humanismo, el Renacimiento, la revolución científica y la Ilustración. Lo que queda de la vieja cultura popular aparece como poca cosa más que folklore, que sirve para dar color nacional a algunas realizaciones de la cultura seria, o como un aditivo para unos productos de consumo que imitan las viejas formas. Lo que hoy denominamos «cultura popular», la «cultura de masas», es en cambio un fenómeno muy complejo, del cual hay que hablar separadamente.*

* La reducción de la «cultura» a la gran tradición europea no sólo implica la renuncia a los valores de nuestras culturas populares, sino el menosprecio de lo que procede de tradiciones distintas, y en especial de la cultura de los pueblos «primitivos», que, por su especial relación con el medio natural, no sólo contiene «sabiduría folklórica», sino conocimientos potencialmente valiosos sobre plantas medicinales, sobre cosechas que podían convertirse en fuente importante de alimentos para el futuro, sobre la explotación sostenible del bosque, etc.

11.1 CULTURA POPULAR Y CULTURA CORTESANA

Al hablar de la «cultura popular» del pasado nos estamos refiriendo a un complejo mucho más rico que el del folklore actual, que no se reducía a las artes figurativas, la literatura y la música, sino que abarcaba cosas que hoy clasificaríamos en los campos de la economía, la tecnología o la religión. Una de las causas que hace que nos resulte difícil comprender la compleja naturaleza de esta cultura es la inexistencia en ella de lenguajes especializados parecidos a los nuestros. Mucho de lo que se refería a la vida material, por ejemplo, se expresaba en un lenguaje religioso, que no tenía el mismo sentido que hoy tiene para nosotros.

Conviene recordar, por otra parte, que la religión de los grupos dominantes, que es aquella de la que habitualmente habla la historia, no era la misma que la de las capas populares, que habían integrado en el cristianismo muchos elementos de las viejas religiones «de la tierra». El mundo de los enanos, elfos, dragones y fantasmas de las tradiciones populares, que hoy nos parece meramente literario, formaba parte de un universo de creencias religiosas asociadas a las fuerzas naturales, más viejo que el cristianismo y que no ha sido nunca completamente desplazado por éste. En algunos casos, incluso, los dioses y las creencias anteriores pasaron sin muchos cambios al cristianismo: el dios bretón Cernunnos, con sus cuernos de ciervo, se convirtió en san Kornely, mientras que en Irlanda la diosa céltica Brigit reapareció como santa Brígida, una hipotética abadesa de Kildare, y se convirtió en patrona de los irlandeses.* Estas creencias estaban asociadas a una serie de elementos de saber popular (de carácter médico, por ejemplo), que más adelante serían incluidos en la condena de la brujería.

En la edad media esta religión popular formaba un conjunto de ritos y de formas simbólicas, muy distinto del sistema elaborado por los teólogos, que reflejaba, según dice Aron Gurevich, «un estrato de la conciencia medieval más profundo que el cristianismo», del cual sólo recibía una cierta coloración. «La conciencia simbólica de la edad media —añade— no nace del cristianismo, es una variedad de la conciencia arcaica «primitiva»».

Frente a esta cultura de las masas campesinas —que formaban, como sabemos, la mayor parte de la sociedad europea medieval—, había una cultura superior integrada por la de unos eclesiásticos que, en sus rangos superiores, se empeñaban en seguir utilizando un latín elegante que sólo ellos podían entender, y que debían uti-

lizar una lengua mucho más sencilla cuando pretendían dirigirse al público (san Gregorio el Grande usó un latín muy distinto en las obras teológicas y en los *Diálogos*). Y también, por otra parte, por la cultura de la corte, que no se limitaba a la literatura, sino que incluía una serie de elementos de cultura material y de estilo social: vestidos que señalaban diferencias de clase (las leyes suntuarias prohibían que determinados elementos de lujo fuesen utilizados por «alimentos nobles» (servidos con gran ceremonial, con servicios de mesa de plata y oro, aunque comidos con maneras que hoy nos parecerían deplorables),* un protocolo y unas reglas de comportamiento que servían para marcar la jerarquía y las distancias sociales (la palabra «distinción», que aparece en la lengua francesa en 1170, designa a la vez la diferencia, la superioridad y la elegancia).

11.2. LA FUNCIÓN DE LA CULTURA POPULAR MEDIEVAL

No entenderíamos el significado de la cultura popular en la sociedad medieval si pensáramos en ella como en una cultura completamente separada de la de los grupos dominantes, de deferencia o de revuelta. Estaba, al contrario, profundamente unida a ella, y ejercía la crítica del orden establecido de tal forma que ayudaba a recordar a las clases dominantes la necesidad de respetar las reglas del juego, con lo que contribuía a aligerar las tensiones.

La tolerancia de las manifestaciones de la cultura popular era la primera condición de esta convivencia. La iglesia, que desconfiaba profundamente del humor y que llegaba a dudar de que a un cristiano le fuera lícito reír, aceptaba que los templos y los monasterios mostrasen abundantes representaciones esculpidas de carácter satírico, groseras e incluso obscenas. Al igual que aceptaba una serie de parodias de los ritos religiosos como una especie de aligeramiento temporal de la severidad usual: la literatura de los goliardos y de los *carmina burana* (escrita en un latín macarrónico, como burla del lenguaje artificial de la cultura eclesiástica superior), liturgias burlescas como la de los bebedores o la de los jugadores, etc. Había también, por otra parte, una literatura paródica de la caballería que ridiculizaba todos los tópicos de la cultura cortesana.

El elemento más importante de este complejo era la fiesta,

* Un manual de etiqueta sejaba no mirar los platos ni sonarse los narices.

una manifestación colectiva que unía en una actuación conjunta a los de abajo (con la tolerancia e incluso el patrocinio de los de arriba) y les permitía expresar sus sentimientos en unos momentos de triunfo de la locura, a menudo también de la violencia, en que se invertían los valores y los papeles sociales, y todo parecía permitido. Momentos que servían normalmente para liberar las tensiones, aunque en algunas ocasiones condujesen a la revuelta.

Muchas de estas fiestas estaban relacionadas con la iglesia: la fiesta del asno, en la que se vestía a un animal con capas eclesiásticas, se hacían todo tipo de ceremonias y se recitaban cantos burlescos; las fiestas de los locos, etc. La más importante de todas era el carnaval, que dio lugar a la creación de cofradías y sociedades que organizaban la participación en una fiesta que, aunque tuviese un pretexto religioso (el combate entre el carnaval y la cuaresma), acabaría siendo enteramente laica (máscaras, bailes, representaciones). El manejo de la fiesta era una parte muy importante del control social (los Médicis daban apoyo a determinados grupos populares organizadores de fiestas de Florencia), porque ésta tenía una función esencial en el mantenimiento del orden: era la vida misma en un momento de liberación, la abolición provisional de las relaciones jerárquicas y de las formas de dominación, que aseguraba su continuidad al acabarse el paréntesis.*

Uno de los recursos más importantes de esta cultura cómica popular era el uso del realismo grotesco, en que el principio material y corporal aparecía como universal, como positivo, oponiéndose a la separación entre los elementos materiales y los espirituales que se encuentra habitualmente en la cultura de corte y en la de la iglesia. Practicaba así la «degradación», que no significaba una sátira o un ataque, sino la transferencia al plano corporal de lo que otros expresaban como elevado, espiritual y abstracto. A un planteamiento cortesano y eclesiástico que sólo hablaba de la mente y el espíritu del hombre, la degradación le oponía el papel del vientre y de los genitales; en un mundo de suspiros y sonrisas, la degradación destacaba el pedo y la defecación. No era la negación de ese otro mundo, que aceptaba, sino el acto de recordarle el reverso de la moneda. Lo grotesco no desmerece como la sátira, sino que unifica, y es, por eso mismo, profundamente subversivo, porque niega que los hombres sean diferentes por naturaleza y reduce su situación social a un papel, al recordar que el caballero también come y defeca.

11.3. TRADICIÓN POPULAR Y LITERATURA CULTA

Hasta los primeros siglos de la edad moderna la cultura popular era aceptada por las capas dominantes como un elemento adicional de la suya, entre otras razones porque vivían en un contacto constante con ella. Esto explica que haya una literatura escrita por los letrados en lengua vulgar y dirigida a un público amplio que acoge muchos valores de esa otra cultura.

Este es el caso, por ejemplo, de Anselm Turmeda, un franciscano mallorquín nacido hacia 1352, que se convirtió al islam a los 35 años (después de haber visto quemar en la hoguera a algunos frailes compañeros suyos) y que llegó a ser un santón musulmán venerado en Túnez. Turmeda siguió escribiendo en catalán obras como el *Llibre de bons amonestaments*, con el que aprendieron a leer los niños de las escuelas catalanas hasta el siglo XIX, que era una mezcla de consejos de virtud cristiana y de visiones cínicas de la vida, que procedían del mundo de los *carmina burana*, como el elogio del dinero, que adoran por igual moros, judíos y cristianos, y que puede convertir en «papa de Roma» a cualquiera que lo tenga en abundancia.

Elementos de cultura popular se encuentran también en la obra literaria de un humanista de tanta altura intelectual como Maquiavelo, en sus «cantos de carnaval» o en *La mandrágora*; pero la cima de esta cultura «mestiza» es la obra de Rabelais —gran escritor, médico y discípulo de Erasmo—, que acertó a fundir la sabiduría popular con una erudición clásica amplia y profunda.

Esta hibridación no tuvo lugar sólo en la literatura. En la pintura, las obras de Hieronymus Bosch y de Peter Brueghel se enriquecen con elementos que proceden del caudal popular. Mucho de lo que en *El jardín de las delicias* parece poco menos que surrealismo es el fruto de esta otra tradición: expresión de elementos de saber popular, de refranes, fantasías y parodias que hoy somos incapaces de entender, pero que eran plenamente comprensibles para los hombres de su tiempo.

El mestizaje desapareció de la literatura culta desde el siglo XVI, o se desvirtuó como en el caso del *Quijote*, donde, a diferencia de lo que ocurría en la obra de Rabelais, que asociaba felizmente humanismo y saber popular, hay una escisión entre el mundo de Sancho y el de Don Quijote, lo que impide la práctica de la degradación (de hecho, el mundo que se ridiculiza es el popular, representado por Sancho).*

* La tradición «mestiza» seguiría viva en unas corrientes de literatura que los cánones de la cultura académica han querido ignorar, como el libro de Beroalde de Verville *Le moyen de parvenir*, del que no hablan las historias de la literatura francesa, a pesar de que se hicieron 38 ediciones del mismo. Se trata de la obra de un hugonote convertido al catolicismo, que llegó a canónigo y que, en plenas guerras de religión, se burlaba de unos y otros.

11.4. EL COMBATE CONTRA LA CULTURA POPULAR

El conjunto de movimientos revolucionarios de la baja edad media y, sobre todo, las grandes conmociones religiosas y sociales de principios del siglo XVI produjeron terror a las clases dominantes. Los anabaptistas querían la ruptura con la jerarquía eclesiástica —la independencia de las comunidades de creyentes—, rechazaban el servicio militar y las obligaciones políticas, y llegaron, durante el tiempo en que dominaron la ciudad de Münster y la convirtieron en una «nueva Jerusalén», a establecer un gobierno teocrático que aceptaba la comunidad de los bienes.

El miedo a estas propuestas alternativas haría que tanto la Reforma como la Contrarreforma se preocuparan por instaurar un fuerte control social. Se reafirmó entonces el poder de los señores sobre los campesinos, con el apoyo de los monarcas absolutos, y se emprendió un combate contra todas las manifestaciones culturales que podían servir de base a la contestación: la cultura popular que discutía la de las élites y la religión popular con sus prácticas al margen de la iglesia. También se combatieron otras manifestaciones que, aunque procedentes de la cultura superior, podían resultar perturbadoras, como la interpretación materialista del mundo en que se fundaban la tradición hermética y la magia, o la nueva ciencia de Galileo. Todo lo que pudiese poner en peligro la dominación conjunta de las monarquías y las iglesias debía eliminarse.

La historia de Europa en los siglos XVI y XVII se caracteriza por esta reconquista interior, encaminada a crear una sociedad homogénea, con una sola cultura: la de los grupos dominantes. Tanto los católicos como los protestantes se esforzaron por establecer su control sobre las sociedades en que tenían hegemonía. En la Europa católica la reconquista se manifestó en misiones de predicación: campañas de choque en los pueblos que creaban un clima de movilización y acababan en una confesión general de todos los habitantes. Los curas descubrieron entonces que los campesinos habían estado viviendo muy al margen de las normas de la vida cristiana —de los andaluces dirtan los misioneros que «parecían indios más que españoles».

Se procuró introducir el rigor en la vida sexual campesina, se reforzaron las penas contra la blasfemia,* cambiaron incluso los nombres de las personas —en la Sicilia de los siglos XVI y XVII, nos dice Sciascia, los nombres alegres y fantásticos de las mujeres del pueblo serían reemplazados por otros, tristes y devotos— y se pro-

curó, por encima de cualquier otra cosa, reforzar la autoridad patriarcal dentro de la familia, considerada como la pieza básica de un edificio de autoridad en que el soberano era el padre común de todos los súbditos.

En la Europa católica esto se asoció al refuerzo de la confesión. La de la confesión no era una batalla nueva; la gran campaña de «culpabilización» del occidente europeo se había iniciado en el siglo XIII con la decisión del IV concilio de Letrán, que hacía obligatoria la confesión de boca a oreja, pero esta práctica había penetrado poco en el mundo campesino, donde el párroco del pueblo estaba demasiado próximo a sus feligreses como para convertirse en depositario de sus secretos. En el siglo XVII las misiones y la nueva concepción jesuítica de la confesión, que tendía a desdramatizar la penitencia (contra el pensamiento rigorista y aristocrático de los jansenistas), facilitó su difusión.

La autonomía de la comunidad popular sería atacada ahora por todos lados: las cofradías que antes organizaban las fiestas serían reemplazadas por otras, dependientes de la iglesia, que gastaban sus recursos exclusivamente en ceremonias religiosas; las mismas fiestas serían sometidas a censura y corrección. San Carlos Borromeo condenó las danzas populares y la iglesia procuró seguir su doctrina, negando la comunión a los que habían bailado en las fiestas mayores.

11.5. LA PERSECUCIÓN DE LA BRUJERÍA

Aunque nacida de abajo, de la propia sociedad campesina europea, como reflejo de las tensiones internas existentes en sus comunidades, la persecución de la brujería pudo ser utilizada también desde arriba para controlarlas.

La brujería era conocida desde la edad media como una mezcla de religión popular, tradiciones paganas y baja magia, que no se consideraba peligrosa y que la propia iglesia aceptaba parcialmente. La sociedad medieval se mostró prudente con ella hasta que la crisis del siglo XIV vio iniciarse las primeras persecuciones, que se agudizarían a fines del siglo XVI.

Lo que inicialmente se había visto como una simple práctica de conjuros y maleficios campesinos cambió desde que, en 1486, dos dominicos alemanes, Heinrich Kramer y Jakob Sprenger, publicaron el *Malleus maleficarum*, donde la brujería se convertía en «una conspiración diabólica para derrumbar al cristianismo». Esto no

* Ya hemos explicado que la «Constitución criminalis carolina» la castigaba con pena de muerte; en Francia se publicaron hasta 14 edictos condenando la blasfemia, que se aplicaron ferozmente. El último hombre ejecutado por motivos de religión en Europa tal vez fuese el maestro catalán Cayetano Ripoll, que fue ahorcado en Valencia en 1826 acusado de ser deísta. Sin llegar a la ejecución, las persecuciones legales por blasfemia han durado en algunos países hasta fechas muy recientes (véase Leonard W. Levy, *Blasphemy*, Nueva York, Knopf, 1993).

iba a ser más que el inicio de una amplia literatura demonológica que florecería a fines del siglo XVI y comienzos del siglo XVII, en pleno período de las guerras de religión, y que serviría de base a las grandes persecuciones de estos años (la mayoría de los procesos se desarrollaron entre 1580 y 1630).*

El núcleo central de la persecución se situó en la zona fronteriza entre Francia, Alemania y Suiza, entre católicos y protestantes que se dedicaban a esta tarea con el mismo celo (Lutero había dicho que no se debía consentir que las brujas viviesen). Hubo persecuciones en Inglaterra, Escocia y Holanda, y en menor medida en Escandinavia, Rusia y el País Vasco. Las ejecuciones seguirían, aunque disminuyendo, hasta el siglo XVIII: la última conocida en Europa se produjo en Suiza en 1782, cuando se decapitó a la sirvienta Anna Göldi, acusada por un niño endemoniado, pero cinco años más tarde, por los mismos días en que se redactaba el texto de la constitución de los Estados Unidos de América, la multitud mató todavía a una bruja en Filadelfia.

Un 80 por ciento de estas víctimas eran mujeres, casi todas humildes e independientes, y en su mayoría de más de cuarenta años de edad. Para explicar este hecho debemos empezar recordando la misoginia tradicional del cristianismo, que atribuye la caída en el pecado original a la mujer.** Pero en la actitud de la iglesia debió influir también el papel que la mujer tenía en la sociedad campesina como transmisora de muchos elementos de la cultura popular, que se manifestaba en el hecho de que hiciera de curandera y comadrona, rival del cura del pueblo en influencia y muy alejada del modelo de la mujer cristiana ideal, sometida al marido y frecuentadora de actos religiosos.

A diferencia de la persecución de la herejía, la de las brujas no parece haber surgido de la iniciativa eclesiástica, sino, como se ha dicho, del seno de la propia sociedad campesina en una época de crisis económica y social, pero ha sido aprovechada por los grupos dirigentes, tanto por la utilidad que representaba, en tiempos difíciles, disponer de un chivo expiatorio al que atribuir los males colectivos como por el refuerzo de la cohesión social que produce la lucha contra un enemigo externo (una lucha que el estado acabó utilizando para controlar estas mismas sociedades campesinas).

El caso español parece singular por la escasa importancia que ha tenido la persecución de la brujería en la Península. La razón de esto ha sido que en las sociedades ibéricas los enemigos externos eran el morisco y, sobre todo, el judío, y que con la persecu-

ción de éstos bastaba para asegurar la cohesión social. Los elogios que se han dedicado a los inquisidores por su cordura al despreciar la persecución de las brujas, se deben matizar, puesto que no se mostraron nada cuerdos ante los conversos, lo que demuestra que lo que importaba no era la naturaleza del delito, sino la utilidad de la acción represiva como medio de educación y de control.*

Tras la expulsión en masa de judíos y moriscos, la Inquisición española se dedicó a la caza de judaizantes: de 1665 a 1724, en una época en que las ejecuciones de brujas habían cesado casi por completo en la Europa occidental, se dictaron en España 147 penas de hoguera (66 en persona) y 843 de prisión perpetua por «criptojudaísmo» o práctica oculta de la religión judía. En contrapartida, los procesos por brujería implicaban aquí tan sólo a gente de poca monta que vivía de los hechizos y las adivinaciones: Caterina Floreta, natural de Vic y procesada en Mallorca en 1626, se dedicaba a cosas tan poco diabólicas como descubrir tesoros y obtener amores.

La persecución de la brujería no es más que una de tantas manifestaciones, en el pasado y en el presente, del peligro que encierra una movilización de masas alimentada por prejuicios de cualquier índole —religiosos, raciales, sociales— que acaban siendo utilizados como un arma de sujeción colectiva. Al término de este siglo nuestro que ha visto persecuciones tan monstruosas como la de la brujería, pero de escala mucho mayor, nos conviene entender que no basta con la condena de lo que, para un observador fuera de contexto, aparece claramente como irracional, sino que es necesario denunciar que esta irracionalidad forma parte de nuestra propia cultura. Porque, como ha dicho un estudioso de la caza de brujas: «la bruja puede ser el otro, pero la creencia en la brujería está en nosotros mismos».**

11.6. LA INVENCION DE LA CORTESIA

No se trataba sólo de reforzar el control religioso. Había, como he dicho, una lucha global contra una cultura autónoma popular. Lo podemos ver, por ejemplo, en el terreno de la lengua. Hasta entonces las clases patricias se habían expresado culturalmente en latín. Ahora necesitaban «colonizar» la lengua vulgar. No sólo iban a usarla, sino que se la apropiaban. Para ello crearon las gramáticas que definían un uso culto de la lengua y condenaban el

* Como ha mostrado Netanyahu, los orígenes de la persecución contra los judíos en la Península tiene mucho más que ver con el racismo que con la religión. De ahí que la dedicación inquisitorial a la lucha contra los «judaizantes», que recogía y legitimaba elementos de hostilidad racial popular, sirviera para asegurar la cohesión social y facilitar la penetración de los valores culturales de las capas dominantes.

** Robin Briggs, *Witches and neighbors*, Nueva York, Viking, 1996, p. 411.

habla de los iletrados (el léxico de la degradación, de las funciones corporales y del sexo, se convertiría ahora en «malsonante»). La primera gramática castellana es de 1492 (el año de la toma de Granada, de la expulsión de los judíos y del inicio de la conquista americana); la primera francesa, de 1529, y fue entre esta fecha y 1647 cuando se fijó en Francia la formación del «buen uso».* También Lutero, que tenía que predicar en lengua vulgar, elevó el alemán a lengua literaria. Pero lo que entre todos estaban haciendo no era perfeccionar las lenguas, sino secuestrarlas y empobrecerlas (los escritores franceses «cultos» del siglo xvii quedarían muy lejos de la incomparable riqueza verbal de un Rabelais, que se guiaba por el uso popular y no por las normas).

La creación de una cultura unitaria exigía que se difundieran los usos y los modelos de comportamiento cortesanos. Norbert Elias ha explicado este «proceso de civilización», de adquisición de las costumbres, formas de comportamiento y hábitos sociales que hoy consideramos aceptables. La alcoba se separó de la sala y se dejó de dormir desnudo. Las funciones fisiológicas no sólo se escondían, sino que ni siquiera se mencionaban; se eliminaron el pedo, el eructo o el escupitajo y se fijó la forma de tomar la comida o de sonarse la nariz. Los principios de esta educación se enseñaban en libros que primero se titulaban de «cortesía» y luego de «civilidad» o de «urbanidad» (habían pasado de ser propios de una clase cortesana a serlo de los civilizados, que eran por definición «urbanos», en contraste con el «salvajismo» de los «rústicos»).

En estos libros sorprendentes se podrá ver cómo se han reformado las costumbres de los europeos: unas regulaciones de la corte de Brunswick de 1589 dicen que no se deben hacer las necesidades en las escaleras, pasillos o habitaciones; un libro de cortesía alemán de 1731 dice que, si se pasa al lado de una persona que está haciéndolas, «lo mejor es hacer como si no se la viera» es contrario a la cortesía saludarla». Se deben regular, además, funciones que aunque no se mencionen no se pueden esconder, como la de sonarse. Los pobres lo hacen con los dedos, la gente más educada con la manga; los ricos tienen, además, pañuelos, de modo que para decir que alguien es rico se dice que no se suena con la manga.

Se ha pasado así de unas costumbres sencillas, espontáneas y comunes, a una primera represión y diferenciación al final de la edad media («cosas antes permitidas son ahora reprobadas», dice Caxton a fines del siglo xv), y a partir de este momento se ha iniciado un largo proceso en que los usos correctos acabarán siendo

fijados en las cortes del siglo xviii, desde donde se generalizarán a la burguesía y serán apropiados desde abajo por las capas populares urbanas, hasta convertirse en universales.

11.7. LA PÉRDIDA DE LA AUTONOMÍA CULTURAL

A pesar del ataque de la sociedad «cortesana» a los usos y costumbres populares, hubo un aspecto en que éstos se mantuvieron sólidamente enraizados, porque tenían un significado importante para la subsistencia misma de las capas subalternas.

Me refiero a todo lo que en el mundo campesino estaba encaminado a asegurar la persistencia y defensa de las «costumbres» (entendidas como derechos colectivos), a los usos y ritos de una cultura del trabajo que daba cohesión a quienes compartían un oficio, y a formas diversas de sociabilidad popular, manifestadas sobre todo, pero no únicamente, en la organización de la fiesta. Esta cultura formaba parte de un conjunto dinámico con la de las clases superiores, y servía a la vez de forma de defensa frente a la pretensión absorbente de éstas y de delimitación del ámbito de los derechos de cada grupo. Esto no se expresaba habitualmente en textos escritos, sino que consistía en un conjunto de derechos fundamentados en la persistencia misma de su ejercicio y en su conocimiento general, sostenidos por formas ritualizadas de actuación, tanto en el ocio como en la protesta.*

Esta cultura popular, con su carga de expectativas, se basaba en la propia tradición, pero evolucionaba y se adaptaba a los cambios de los tiempos, preocupada sobre todo por preservar lo que servía para asegurar el bienestar de la colectividad. Esto, y no su supuesto inmovilismo, es lo que explica que las capas populares se resistieran al tipo de cambios modernizadores que no se ajustaban a sus reglas y que amenazaban su futuro.

La «modernización» acabaría, sin embargo, destruyéndola en nombre del progreso. En el campo, por ejemplo, las «revoluciones agrícolas» legitimaban su actuación con el pretexto de las exigencias del crecimiento económico, identificado con el aumento de los beneficios de los grandes propietarios. La destrucción del sistema de trabajo en campos abiertos y la liquidación de los derechos comunales sobre prados y bosques transformaron profundamente la sociedad campesina y erosionaron una cultura que era, a la vez, fundamento y producto de un sistema de vida. Lamentándose de los cambios que se habían producido a su alrededor,

* En 1994 un periódico inglés comentaba la pintoresca fiesta que se celebra cada 29 de mayo en el pueblo de Great Wishford, donde los habitantes cortan unas ramitas del bosque, bailan y cantan una fórmula («Grovels, Grovels, Grovels and all Grovels»), y decía que tal vez fuera la más útil de las celebraciones británicas. Una carta de un habitante de Great Wishford explicaba pocos días más tarde al periodista que este ritual, que data quizá de mil años atrás, tiene la finalidad de renovar los derechos del pueblo a recoger leña del bosque de Grovels (unos derechos que, si no se recibían anualmente, se podrían perder), recorriendo los caminos al conde y al pueblo, «y con esto crea un sentido de comunidad y de historia que se encuentra hoy raramente en Gran Bretaña». (Debo el conocimiento de este hecho a la amable comunicación del profesor Colin Smith.)

John Clare, el poeta campesino inglés, evocaría en *The Parish* los tiempos en que en los campos no había pobres y en que los propietarios vivían una vida sencilla, cuando a su mesa se sentaban en pie de igualdad el amo, la familia y los trabajadores. Todo esto había sido reemplazado por una sociedad polarizada entre unos pobres que tenían que acogerse al auxilio de la parroquia o marchar a la ciudad, y unos agricultores ricos que imitaban el estilo de vida de los señores, con su lujo y su pompa.

Estos campesinos despojados de sus derechos entendían perfectamente lo que ocurría. Una carta anónima dirigida al marqués de Anglesey decía: «Si un hombre tomase una de vuestras ovejas de los terrenos comunes, perdería la vida, según la ley. Pero si vos les arrebatáis la tierra común a un centenar de ovejas de los pobres, la ley no les protege. El pobre puede ser ahogado por tomaros lo que no os bastaría para una comida, y vos no hacéis nada ilegal cuando les priváis de su subsistencia.» Pero que lo entendieran no significa que tuvieran capacidad de resistir. Frente a las revueltas puntuales y localizadas, las clases dominantes tenían toda la fuerza de la violencia estatal que les daba apoyo.

Las quejas de los campesinos no estaban faltas de razón. Examinando los resultados globales que la «revolución agrícola» tuvo para el conjunto de la sociedad, un investigador actual ha dicho: «La conclusión es indiscutible: la mayor parte de los hombres y mujeres de Inglaterra habrían estado mejor si la revolución de los terratenientes no se hubiese producido nunca.»

Los científicos sociales, sin embargo, tienen el hábito de explicar cada cambio como un progreso. Ferdinand Tönnies nos mostró cómo las sociedades habían pasado de *Gemeinschaft* —grupos unidos por la cooperación, la costumbre y la religión, que se expresaban al nivel de la familia, el pueblo y la comunidad campesina o villana— a *Gesellschaft*, organizaciones en gran escala como la ciudad, la nación o el estado, basadas en la ley, la convención y la opinión pública. Richard Tilly interpreta estos cambios diciendo que a un siglo XVIII de acciones parroquiales, particulares y bifurcadas, sigue un XIX en que son cosmopolitas, modulares y autónomas.

11.8. CULTURA POPULAR, CULTURA DE MASAS

La destrucción de la cultura comunitaria ha sido la condición necesaria para el desarrollo de la pretendidamente universal y cos-

mopolita del mundo en que vivimos. Su reducción a un folklore momificado que ya no sirve de norma de vida se ha hecho en nombre de la participación de todos en esta otra cultura superior más avanzada.

Pero la homogeneización cultural no se ha conseguido en todos los terrenos. En el del arte hay una literatura y una música que son calificadas indistintamente como «populares» y «de masas», y a este mismo nivel pertenecen unas publicaciones periódicas y una producción cinematográfica y televisiva pensadas expresamente para un consumo masivo.*

Por lo que se refiere a la hoy llamada «música popular», en su origen ha sido sobre todo una música de danza, desde el vals, popularizado en Viena a comienzos del siglo XIX, a las canciones de music-hall de principios del siglo XX. En este terreno, el fenómeno más característico del siglo XX ha sido el de la «mundialización» de la música popular. En un estrato superior encontramos el «jazz», un estilo nacido entre la población negra de Nueva Orleans, utilizado en celebraciones colectivas, como casamientos y funerales, y tocado regularmente en los burdeles. En 1917, cuando las autoridades de marina hicieron cerrar el barrio de los burdeles de Nueva Orleans, algunos de estos músicos, como Joe «King» Oliver y Louis Armstrong, emigraron hacia Chicago, donde encontraron el apoyo de los «gangsters», que los contrataron para actuar en sus cabarets —lugares elegantes donde éstos podrían establecer contacto con políticos y hombres de negocios— y los protegieron personalmente (Al Capone era un gran aficionado y un buen conocedor del jazz). Así se inició la difusión de esta música por los Estados Unidos, primero, y por el mundo entero, después, favorecida por la reproducción discográfica y por la radio. Pero la música de consumo popular mayoritario no era ésta, sino la de las operetas y la de los «bailes de salón», que vieron producirse sucesivamente la difusión universal del tango argentino y de la rumba cubana.

Este panorama cambió al término de la segunda guerra mundial, cuando el público joven que pedía otra música la encontró en el «rock», nacido hacia 1954 de una evolución del «rhythm and blues» de los músicos negros de Chicago, y potenciado desde 1956 por el éxito de Elvis Presley y, poco después, por el de los Beatles, un grupo formado en Liverpool entre 1956 y 1960. Casi al mismo tiempo nacía en los Estados Unidos la música «soul», una mezcla de jazz y «gospel» (música religiosa negra), vinculada al éxito de la Motown, la primera gran empresa discográfica propiedad de

* Los «estudios culturales» sitúan en el terreno de la cultura popular el cine, la televisión, la novela de consumo, la publicidad, el cómic, la música pop, la cultura de los «fans» e incluso el *shopping*, o sea los usos en torno a la forma de ir a comprar.

negros, y, más adelante, a la cadena de televisión MTV, con sus canales de vídeos musicales.

La llamada «música popular» está hoy en manos de una industria con grandes empresas que controlan todos los aspectos de su difusión (promocionando su presencia en los medios de masas y manipulando las listas de éxitos) y que relegan a una posición marginal y minoritaria las propuestas creativas independientes.

Estudiar este universo de la cultura de masas no es sencillo.* Condenarlo por el hecho de que transmite los valores sociales del orden establecido es absurdo, porque también lo hacen, y siempre lo han hecho, la cultura y el arte «superiores». Como dijo Walter Benjamin:

Los bienes culturales que podemos abarcar con la mirada tienen, todos y cada uno de ellos, un origen en el cual no podemos pensar sin horror. Deben su existencia no sólo al esfuerzo de los grandes genios que los han creado, sino también a la servidumbre anónima de sus contemporáneos. No hay documento de cultura que no sea a su vez un documento de barbarie.

Es verdad que este arte «de masas» tiene cada vez más un nivel «infantil»** y que ha sido usado a menudo para crear conciencia en favor del orden establecido (Walt Disney fue un informador del FBI desde 1940 hasta su muerte en 1966), pero tampoco podemos olvidar que en otros casos se ha comprometido y ha sido concienciador: en los años treinta las novelas policíacas de Dashiell Hammet y de Raymond Chandler hacían la crítica de la sociedad norteamericana con más agudeza y eficacia que muchos científicos sociales; un sector de la música «pop» actual intenta transmitir con sus canciones valores de solidaridad (al lado de otro, como la música «oi», que recoge los del fascismo), y formas de expresión poco costosas y no controladas por entero por las empresas de los medios, como el cómic o internet, son utilizadas a menudo con finalidad crítica. Sin olvidar que muchos elementos provocadores de la «cultura de los jóvenes» son, a la vez, una muestra de su falta de integración y una forma de protesta.

El desprecio elitista por estos productos culturales, considerados como artificios astutamente preparados para seducir a unas masas ignorantes y pasivas, olvida que no hay fórmulas que garanticen un éxito que depende de la imprevisible respuesta de los «consumidores». Que no sean productos autónomos de las masas populares no significa gran cosa; tampoco lo eran muchos de los

que nos ha conservado el folklore, que surgieron muchas veces como adaptaciones de la cultura cortesana, pero se convirtieron en «populares» por el hecho de que el «pueblo» se los apropió. Y el fenómeno mismo de la manipulación es harto complejo. Si unos productos culturales determinados parecen «manipular» eficazmente al público, no podemos contentarnos poniendo en evidencia las intenciones de quienes los han elaborado, sino que debemos esforzarnos en entender las razones que explican que haya en esta sociedad una actitud receptiva respecto de éstos y no de otros.

Una de las personas que mejor ha entendido la cultura de masas, Siegfried Kracauer, sostenía que «la posición que una época ocupa en el proceso histórico se puede determinar mejor con un análisis de sus expresiones superficiales que por los juicios que esta época hace sobre sí misma. Las expresiones superficiales, a causa de su naturaleza inconsciente, nos proporcionan un acceso inmediato a la sustancia fundamental del estado de las cosas».* Los historiadores de mañana entenderán seguramente mucho mejor el desconcierto de nuestro tiempo a través del estudio de su cultura de masas que del de unas manifestaciones artísticas superiores que se han alejado del conjunto de la población, porque no consiguen expresar sus problemas y sus aspiraciones.

* Siegfried Kracauer, *The mass and the intellect*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1995, p. 75 (este texto publicado originalmente en 1940).

LECTURAS RECOMENDADAS

- Bakhtin, M. M., *Cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Madrid, Alianza, 1990.
- Burke, Peter, *La cultura popular en la Europa moderna*, Madrid, Alianza, 1991.
- Delumeau, Jean, *La confesión y el perdón*, Madrid, Alianza, 1992.
- Elias, Norbert, *El proceso de la civilización*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Gurevich, Aron I., *Los orígenes del individualismo europeo*, Barcelona, Crítica, 1997.
- Moore, R. J., *La formación de una sociedad represora. Poder y disidencia en la Europa occidental, 950-1250*, Barcelona, Crítica, 1989.
- Mullett, Michael A., *La cultura popular en la baja edad media*, Barcelona, Crítica, 1990.

- Pounds, N. J. G., *La vida cotidiana: historia de la cultura material*, Barcelona, Crítica, 1992.
- Quaife, G. R., *Magia y maleficio*, Barcelona, Crítica, 1989.

ALGUNOS LIBROS MÁS AVANZADOS QUE CONVIENE CONOCER:

- Auerbach, Erich, *Literary language and its public in latin antiquity and in the Middle Ages*, Princeton University Press, 1993.
- Barry, John, M. Hester y G. Roberts, eds., *With hermit early modern Europe. Studies in culture and history*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

- ... l'Occident. La destruction de
 ... Europe des origines aux grands bu-
 ... Plon, 1997.
- ... Marie, *Fête et révolte. Des mentalités popu-
 ... du XIe au XVIIIe siècle*, Paris, Hachette, 1994.
- ... Arno, *Medieval worlds. Barbarians, heretics and
 ...*, Cambridge, Polity, 1991.
- ... Robin, *Witches and neighbors. The social and
 cultural content of European witchcraft*, New York,
 Viking, 1996.
- Bumke, Joachim, *Courtly culture. Literature and society
 in the Middle Ages*, Berkeley, University of California
 Press, 1991.
- Clark, Donald, *The rise and fall of popular music*, Nue-
 va York, St. Martin's Press, 1995.
- Gurevich, Aron L., *Historical anthropology of the Middle
 Ages*, Cambridge, Polity, 1992.
- Hutton, Ronald, *The rise and fall of merry England*, Ox-
 ford, Oxford University press, 1996.
- Kaplan, S. L., ed., *Understanding popular culture. Eu-
 rope from the middle ages to the nineteenth century*,
 Berlin, Mouton, 1984.
- Montandon, Alain, ed., *Dictionnaire raisonné de la poli-
 tesse et du savoir vivre, du moyen âge à nos jours*, Pa-
 ris, Seuil, 1995.
- Muchembled, R., *L'invention de l'homme moderne. Cul-
 ture et sensibilités en France du X^e au XVIII^e siècle*,
 Paris, Fayard, 1988.
- Storey, John, ed., *Cultural theory and popular culture. A
 reader*, Hemel Hempstead, Harvester Wheatsheaf,
 1994.
- Storey, John, *Cultural studies and the study of popular
 culture. Theories and methods*, Edimburgo, Edin-
 burgh University Press, 1996.
- Thomas, Keith, *Religion and the decline of magic*, Har-
 mondsworth, Penguin, 1991.
- Yeo, Eileen y Stephen, eds., *Popular culture and class
 conflict, 1590-1914*, Sussex, Harvester, 1981.

UNAS PALABRAS FINALES

Hemos ido viendo hasta aquí algunos de los grandes problemas de las sociedades humanas y los hemos examinado en el transcurso del tiempo, en una dimensión evolutiva. La intención de esta propuesta ha sido doble. Hemos intentado mostrar, por un lado, que este método, esta forma de «pensar históricamente», sirve para entender mejor los problemas reales que afectan a los hombres y a las mujeres, de ayer y de hoy. Pero también hemos querido sugerir una forma de aproximación al conocimiento de la historia que es distinta a la tradicional, ya que no se contenta con una narración puntual de acontecimientos —una batalla, una crisis económica, el triunfo de una propuesta cultural, etc.— porque no los considera como «hechos» que se puedan estudiar aisladamente y que se relacionan entre sí en un encadenamiento secuencial de causa a efecto, sino que ve cada uno de estos acontecimientos como el complejo resultado de la interacción de fuerzas muy diversas.

La vieja tradición narrativa ha inspirado el tipo de relato de la historia que ha estado vigente entre nosotros en los últimos doscientos cincuenta años: una visión lineal del progreso del hombre, de su imparable ascenso desde las tinieblas de las cavernas prehistóricas hasta la gloria de la civilización contemporánea, momento en que algunos han pensado que se podía incluso poner fin a la historia, porque todo lo importante —para ellos, por lo menos— se había conseguido y no era necesario ir más allá.

Pero en los últimos veinte años las esperanzas de un progreso continuado, que alcanzaron su máximo en los años «gloriosos» de crecimiento económico, expansión del estado de bienestar y descolonización que siguieron al final de la segunda guerra mundial, se han desvanecido y, al tener que enfrentarnos a un futuro in-

cierto, nos hemos visto obligados a volver a examinar el curso de la historia para ver cuál había sido la causa de nuestro engaño. Hemos tenido que desentrañar mejor las fuerzas complejas que actúan en ella y hemos llegado a descubrir que no hay una sola corriente de progreso irrefrenable, como habíamos creído, sino un haz de trayectorias diversas que se combinan y se contraponen y que podrían haber dado resultados finales muy diferentes.

El objetivo de esta revisión de la historia no es, sin embargo, el de elaborar una nueva profecía sobre el futuro para reemplazar la vieja que ha fallado, ya que esto significaría perpetuar el mismo error con un nuevo engaño, sino el de ayudarnos a entender mejor el presente en que vivimos para que actuemos conscientemente hoy y preparemos, con nuestras acciones, el mundo que ha de venir, que no ha sido determinado previamente por algún juego sobrehumano de fuerzas oscuras e inevitables, sino que será el resultado de lo que entre todos nosotros sepamos y queramos hacer.

Para ello necesitamos volver a analizar la historia con una mirada nueva, libre de prejuicios y de verdades caducadas, para enfrentarnos a un mundo que está cambiando rápidamente, y que lo hace en unas direcciones que no son las que habían previsto nuestros esquemas.

Debemos considerar, en primer lugar, que el peso de los pueblos de origen europeo disminuirá en un futuro muy próximo y que, en un planeta dominado cuantitativamente por los «otros», la «historia del mundo» tendrá que ser muy diferente de esta gesta de los europeos, con algunas pinceladas de lo que han hecho el resto de seres humanos, que constituye lo que hoy llamamos abusivamente «historia universal» (y esto se puede advertir en este mismo libro, que se ha visto condicionado por la necesidad de partir de los estudios disponibles, en los que predomina una óptica eurocéntrica). Al presentar un «diccionario de cultura global»* que quiere darnos una nueva visión universal de cara a los inicios del tercer milenio, los editores nos dicen que estamos entrando en una etapa «de historia humana auténticamente global» y nos recuerdan algunos datos puntuales: «En el año 2000 la mitad de los habitantes del mundo serán asiáticos y una octava parte serán africanos; la mayoría, además, no serán cristianos. De las veinte ciudades más grandes del mundo, ninguna estará en Europa ni en los Estados Unidos». Introducir las historias de los otros en el relato general, no quiere decir tan sólo enriquecerlo con capítulos adicionales, sino rehacerlo por completo, partiendo de un nuevo sentido de la pluralidad de las evoluciones posibles.

Es necesario, por otra parte, abandonar la vieja ilusión de un progreso económico continuado y global que acabaría transformando el mundo. El proceso de lo que llamamos «globalización» de la economía ha trabado una relación muy estrecha entre los países y los grupos humanos más desarrollados, pero ha ido dejando al margen de este proceso una serie de actividades, de grupos e incluso de países que no le son necesarios para sostener su propio crecimiento. El resultado es una distribución cada vez más desigual de la riqueza que ha llevado a la predicción de que entre el 2025 y el 2075 la mitad de la especie humana puede encontrarse en un estado de pobreza absoluta.

Pero una de las cosas que hemos aprendido es que las profecías acerca de una materia tan compleja como la evolución de las sociedades humanas acostumbran a fallar,* y esto nos ha enseñado que merece la pena observar aquellas fuerzas que aparecen al margen de las grandes corrientes dominantes, que pueden parecer insignificantes en el momento de su nacimiento, pero que en ocasiones crecen hasta modificar el curso previsto de los acontecimientos: arruinan imperios que pretendían durar un milenio y acaban con las formas de organización social que creían tener todos los resortes del cambio controlados y esperaban perpetuarse eternamente.

Es difícil adivinar en el presente cuáles son las fuerzas que pueden modificar el futuro; pero esta misma conciencia de la complejidad de la evolución social nos ha de enseñar que no hay que resignarse al futuro sombrío que se nos ofrece, limitándonos a denunciarlo, sino que hay que buscar aquellas líneas de actuación alternativas que podrían evitarlo. Como dijo Bertolt Brecht: «Quien aún esté vivo que no diga jamás. Lo que es seguro no es seguro. Todo no será siempre igual».

Estamos viendo, por ejemplo, que en el terreno que deja abandonado la globalización está surgiendo una economía marginal de actividades informales que van desde la denominada «economía sumergida» de los países desarrollados a las nuevas iniciativas industriales y agrícolas que surgen de la ruina de las viejas empresas estatales y de las granjas colectivas soviéticas o a la producción local de China, que proporciona hoy un tercio de los productos agrícolas e industriales del país.** El conocimiento que hemos adquirido de la complejidad del proceso industrializador europeo y de las vías alternativas que pudo seguir, que nos ha permitido superar el viejo mito de la inevitable «industrialización de fábrica», nos puede ayudar a mirar estas cosas con otros ojos.

* Sobre esta cuestión véase Robert L. Heilbroner, *Visions of the future. The distant past, yesterday today and tomorrow*, Nueva York, Oxford University Press, 1995, y Joseph J. Corn y Brian Horrigan, *Yesterday's tomorrows. Past visions of the American future*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1996.

** Roger Burbach, Orlando Núñez y Boris Kagarlitsky, *Globalization and its discontents*, Londres, Pluto Press, 1997, y Samir Amin, *Capitalism in the age of globalization*, Londres, Zed Books, 1997.

Si las previsiones de progreso económico que deducíamos de la historia tradicional no se han realizado, tampoco lo han hecho las que se referían al cambio político o al cultural. Contra la ilusión de un mundo cada vez más uniforme en el terreno político —y a pesar de la existencia de unas Naciones Unidas, que no son naciones ni están unidas, o de una Comunidad Europea con escasa conciencia comunitaria— los años finales del segundo milenio están llenos de enfrentamientos étnicos o nacionales (en la antigua Yugoslavia, en Palestina, en el Cáucaso, en la India, en China, etc.).

En el terreno cultural podemos ver, para poner un solo ejemplo, que ha fallado la previsión de una sociedad progresivamente secularizada, en que las religiones perderían importancia, porque si bien es verdad que hay una decadencia de la religiosidad individual, se ha producido, en contrapartida, una insospechada recuperación de la presencia de las religiones en el terreno público, con un significado claramente político.* Las noticias de la prensa nos hablan a menudo del fundamentalismo islámico, pero acostumbran a olvidarse del «fundamentalismo cristiano», manifestado en los Estados Unidos en los movimientos de la «nueva derecha cristiana», como el de la «Mayoría moral», y que existe también, de un modo tal vez menos visible pero igualmente efectivo, en el seno del catolicismo europeo.

En un mundo que parece haber superado los enfrentamientos políticos entre capitalismo y socialismo, Samuel Huntington —un viejo teórico de la guerra del Vietnam, financiado por una fundación conservadora— nos dice que el conflicto se presenta ahora como un «choque de civilizaciones»,** entendiéndose por «civilización» el nivel cultural más amplio en que la gente se identifica a sí misma como grupo, que tiene como elemento más importante la religión, lo cual le lleva a decir que «en el mundo moderno la religión es una fuerza central, tal vez la fuerza central, que motiva y moviliza a la gente». Esta es una visión demasiado simplificada, que esconde bajo el envoltorio cultural conflictos que tienen una raíz política o social; pero si queremos llegarlos a entender, no podemos dejar de lado el hecho de que a menudo se expresen en términos religiosos.

En este mundo de hoy, tan distinto del que se nos había prometido, vamos a necesitar, si queremos evitar que se realicen los futuros pesadillas que se anuncian, un análisis histórico liberado de tópicos y aligerado de la carga muerta de las esperanzas fallidas. Necesitamos un método nuevo de estudio del pasado cons-

truido sobre la base del análisis de los problemas concretos de los hombres y las mujeres, del tipo del que se ha intentado sugerir en este libro, para usar después el conocimiento adquirido en estas exploraciones parciales para la elaboración de una explicación global del acontecimiento.

Este método podría tal vez ayudarnos a devolver su sentido más legítimo a la historia, que no es el de contentarse con el estudio del pasado, sino el de revelar la evolución que ha conducido al presente: la de convertirse en una herramienta para interpretar los problemas colectivos de los hombres y las mujeres, para entender el mundo y ayudar a cambiarlo.

* José Casanova, *Public religions in the modern world*, Chicago, The University of Chicago Press, 1994.

** Samuel Huntington, *The clash of civilizations and the remaking of world order*, Nueva York, Almon and Schuster, 1996.

ÍNDICE ALFABÉTICO

- abasiés, dinastía de los, 198
aborto, como control de la natalidad, 50
Abraham, 253
Abu Bakr, suegro de Mahoma, 253
Abu Talib, tío de Mahoma, 252
Academia francesa, 274
aceite, comercio de, 114, 118
Adorno, Theodor, 270, 298
Afganistán, colapso en el estado, 215
África, 20, 36; caravanas comerciales en, 127, 128 f.; colonias francesas en, 212; «descubrimiento» de, 37-38; esclavos de, 128; en el comercio internacional, 123-129, 138; ganadería en, 94; marfil de, 123; pobreza en, 80; reducción de las tasas de crecimiento, 162; tasas de fertilidad, 79; tasas de mortalidad, natalidad y de crecimiento, 77-78; tuberculosis en, 69
Agranoni, Jaume d', médico, 67
agricultorganadero, hombre, 91
agricultura, 72-73; aumento de la producción, 88-89, 100, 103, 137; caída de los precios, 104, 106; ciclo medieval de expansión, 48; costes de la, 104; demanda inelástica de la, 88; era de la, 46; indígena, 35; mecanizada, 53, 102, 104, 105 y f., 107; medieval, nueva, 97-100; origen de la, 85, 90-97; papel de las mujeres en la, 172; población ocupada en la, 85, 86-87 y f., 107, 109; producción por hectárea, 87, 104, 105, 109 y f.; relación con la ganadería, 100; «revolución verde» en la, 110; rotación de cultivos, 97, 99, 101, 102 f., 103; roturación de tierras, 89, 98; tipos de arado, 96, 97 f., 98 y f.; uso de abonos, 89, 103, 110; y el futuro de la humanidad, 110-112; véase también revolución agrícola
agricultura de subsistencia, 162; destrucción de una, 33
aguamiel fermentado, producción de, 97
aguas profundas (*upwelling*), 23
Agustín, san: sobre la esclavitud, 177
Ahmadiya, secta heterodoxa de, en la India, 254
Alejandría, puerto comercial de, 125
Alejandro Magno, 196
Alejandro Severo, 244
Alemania: arte de vanguardia en, 278, 280-281; deportación de condenados de, 230; emigración de, 110; en la segunda guerra mundial, 226; imperio de, 212; persecución de la brujería, 292; población ocupada en la agricultura, 86; productividad agrícola de, 105, 109 y f.; racismo en, 182; romanticismo en, 275, 276, 279
Alepo, cruzada de los mongoles por reconquistar, 248
alfabeto: aparición del, 26; cirílico, 204; consonántico semítico, 262; cuneiforme, 262; fenicio, 262; latino, 204
Alfonso XI, rey de Castilla, 67
algodón: comercio del, 131, 132, 133; industria del, 154
Alí, primo y yerno de Mahoma, 252, 253, 254
alimentación diferida, aprendizaje de una, 46
alimentos: escasez de, 65; precio de los, 63-64 y f., 74; producción de, 111
alisios, vientos, 19
Alma Ata, Declaración de, 70
alquimia, 266
Álvarez de Toledo, Fernando, 185
amamantamiento de los hijos, 60; véase también amas de cría contratadas
amas de cría contratadas, 60, 61
Amazonia, indígenas de la, 34
Amberes: comercio en, 120 f.; ruta de la plata en, 131
aminoácidos, esenciales para la vida humana, 47
Ammerman, A. J.: *The neolithic transition and the genetics of population in Europe*, 96 f.
Amsterdam, colonias de armenios en, 126
Amsterdam, mercado financiero de, 131
anabaptistas, 250, 251, 290
anacoretas, 247
analfabetismo, 77; de las mujeres, 173
Anderson, James, 203
Andes, 92; pisos ecológicos de los, 34
ánforas, para el transporte del vino, 117 f.
Anghiani, batalla de, 220
Angeles, marqués de, 296
animales y plantas, domesticación de algunos, 90-91, 93, 94
Antártico, agua del, 22, 29
Antártida, descubrimiento de la, 36
anticonceptivos, 50
antropométrica, historia, 63
Apocalipsis, cuatro jinetes de la, 63, 220, 222 f.
Apollinaire, Guillaume, 277
Arabia Saudí, abolición de la esclavitud en, 180
Arabia, 30; alfabeto cuneiforme en, 262; aparición del islam en, 252
Aragon, Louis, 281
aranceles, 158; en Inglaterra, 234; en los Estados Unidos, 136; sobre los cereales, 107
Argelia, guerra de liberación de, 203
Argentina: población activa agrícola, 86; tierras nuevas por cultivar en, 105, 108 f.

... de los, 160
 ... en, 96, 99, 101
 ... de saltadores en,
 ... en, 232; refugio
 ... 278
 ... 105, 136
 ... 267
 ... del, 55, 56
 ... de arte innovador, 279
 ... *Dictionnaire historique*
 ... *Pensees diverses sur la*
 ... du Lou, 297
 ... *Dei delitti e delle pene*,
 ... de, 212; productividad
 ... 109 y f.
 ... 182
 ... , soberano de Sokoto,
 ... 100
 ... sentados en, 132
 ... Walter, 298
 ... 153
 ... del estrecho de, 29
 ... de cereales en, 187
 ... Martin, 264
 ... 170
 ... 249, 250, 251, 268
 ... unido del bienestar
 ... crisis, 32
 ... J. N., estudioso de la historia de
 ... 248
 ... 223
 ... Rubin, 139
 ... William, 155
 ... penas contra la, 290
 ... en la segunda guerra mundial,
 ... guerra-relámpago de los prusia-
 ... 223-224
 ... Giovanni: *El Decamerón*, 65
 ... Umberto, 277
 ... Juan, 292
 ... ganado vacuno de, 121; busitas
 ... 250
 ... revolución, 107, 189
 ... familia de los, 206
 ... Tadeus, 182
 ... Hyeronimus, 272, 289
 ... cofradías islámicas en, 255
 ... del Kalahari, tasas de ho-
 ... de los, 218
 ... 240

Brahma, dios del hinduismo, 241
 Braque, 277
 Brasil: deportación de condenados a, 230;
 esclavos en las plantaciones del, 178,
 180; población activa agrícola, 86
 Brecht, Bertolt, 280, 303; *Hauspostille*,
 280
 Brigit, diosa céltica, 286
 Brontë, Charlotte, 171
 Brown, Baker, presidente de la Sociedad
 médica de Londres, 58
 Brown, Lester, 111
 Bruc, suizos en la batalla del, 220
 Brueghel, Peter, 31, 272, 289
 brujería, 64; persecución de la, 231, 286,
 291-293
 Brunswick, regulaciones de la corte de,
 294
 Buda, o iluminado, 241, 242
 budismo, 241-242, 243, 247
 Buen Retiro, fábrica de porcelana del,
 134
 buhoneros, 122
 Bulgaria, movimiento de los bogomilos
 de, 249
 burguesía, 185, 187, 189
 Burkina Faso, islam en, 254
 Burundi, población ocupada en agricul-
 tura, 87
 Bután, población ocupada en agricultura,
 87
 Byron, George Gordon, lord, 274, 275

caballería, mito de la, 219, 224
 caballo, uso del, 100; en la guerra, 218
 café, comercio del, 132 y f.
 Calla: asedio mongol de, 66-67; colonia
 genovesa de, 125, 126
 Calcuta, 36
 califatos, 197-198
 California, 107; trabajadores culis en, 180
 calor, 22; radiación de, 15, 16 f.
 Calvino, Juan, 250
 Camboya: colapso en el estado, 215; en-
 deudamiento de, 138
 Campanella, Tommaso, 267
 campesinos-manufactureros, 150-151
 campo magnético, variaciones del, 27
 campos de concentración, 226
 Canadá, 212; excedentes de cereales en,
 137; introducción de las mafas hierbas
 en, 34; población activa agrícola en, 86,
 87; tierras nuevas de cultivo en, 105;
 trabajos forzados de asiáticos en, 105
 capitalismo agrario, fracaso del, 106-110

capitalismo moderno, 143
 "capitán Swings", revuelta de los trabaja-
 dores del campo, 104
 Capone, Alfonso, Al, 297
 caravanas: africanas, 128 f.; asiáticas, ru-
 tas de las, 125, 126 f., 127
 Caribdis, corrientes marítimas en, 24
 Carlomagno, coronación en Roma de,
 247
 Carlos Borromeo, san, 291
 Carlos II, rey de España: lactancia de, 60
 Carlos III, rey de España: y la bandera es-
 pañola, 206; y los gitanos, 231
 Carlos V, emperador: ejército de, 220; fi-
 nanciación de la elección imperial de,
 122; *Constitutio criminalis carolina*, 231
 carnaval, fiestas del, 288
 carnívoros, animales, 17, 18-19
 Carta de Argel, 162
 cartismo, 189
 cartografía, véase mapas
 Casellas, Raimon: *Les multituds*, 232
 castas, sociedad de, 183-190
 castidad, cinturones metálicos de, 58
 Castilla: papel de la monarquía en, 200; y
 el comercio con América, 151
 castillos, proliferación de los, 219
 Catalina de Rusia, 268
 Cataluña: ánforas para el transporte de
 vino, 117 f., 118; especialización de la
 agricultura, 89; monasterios de, 264;
 protoindustrialización en, 151; traduc-
 ción de textos bíblicos en, 249
 cátaros, 219, 249
 catastros, 40
 catholicos, jefe de la iglesia nestoriana,
 248
 catolicismo, 251-252, 290, 292
 Cáucaso: cristianismo en el, 248; enfre-
 ntamientos étnicos en, 304
 cauris, como moneda en los mercados
 africanos, 180
 Cavalli-Sforza, Luigi Luca: *The history
 and geography of human genes*, 37 f.;
*The neolithic transition and the genetics
 of population in Europe*, 96 f.
 Caxton, 294
 cazador-recolector, hombre, 18, 46, 48,
 90, 91, 144, 168, 176
 celibato, como limitador de la fertilidad,
 51
 cereales: nuevas especies de, 91-93; siega
 de los, 104, 105 f.; transporte de, 105
 Cernunnos, dios bretón, 286
 Cervantes, Miguel de, 181; *El Quijote*,
 170, 289

cerveza: industria de la, 154; producción
 de, 97
 cesárea, operación de la, 59-60
 Chambers: *Cyclopaedia or an Universal
 Dictionary of Arts and Sciences*, 269
 Champaña, ferias de, 120
 Chandler, Raymond, 298
 Chanel, 173
 Chateaubriand, François-René de: *El ge-
 nio del cristianismo*, 274
 chifitas, 253-254
 Chile, población activa agrícola en, 86
 Chimborazo, volcán del Ecuador, 38
 China: ciencia y tecnología de, 264; com-
 ercio de la seda, 123-125, 126 f., 131,
 132; comercio de los culis, 180; creci-
 miento económico, 144; desarrollo in-
 dustrial de, 158, 303; en la segunda
 guerra mundial, 226; enfrentamientos
 en, 304; expansión del comercio, 114,
 124, 130; guerras del opio, 133; habi-
 tantes de, 175; hambre de 1958-1962,
 65; industrialización de, 145 f., 160; in-
 vasión de, 30; juncos de bambú en,
 114, 124; maoísta, 160; origen celestial
 del poder en, 196; peste de Justiniano
 en, 48; población de, 77, 79; población
 ocupada en agricultura en, 87; porcela-
 na de, 132, 134; religiones en, 242; tasa
 de crecimiento del PNB, 158; tasa de
 fertilidad, 79
 Chipre, como escala de navegación, 24
 ciclones, circulaciones de los, 30
 ciencia: ascenso y crisis de la nueva, 270-
 271; concepto de, 260; evolución de la,
 263-265; griega, 264; moderna, naci-
 miento de la, 265-267
 Citaredo, Vincenzo, 65
 ciudad-estado, 194
 civilización, concepto de, 260
 Clare, John, poeta campesino inglés: *The
 Parish*, 296
 clase obrera, 187
 clases, sociedades de, 183, 186-187, 188
 f., 190
 clasicismo, 273
 clima: benigno en Europa, 21; estabilidad
 del, 33; influencia en la historia del, 25-
 30; variaciones del, 26-27, 46; y el futu-
 ro de la humanidad, 30-33
 clitoridectomía, práctica de la, 58
 Clodoveo, 207
 clorofila, 16
 cofradías (turuk) islámicas, 255
 cólera, 69, 71; muertos de, 69
 Coleridge, Samuel Taylor, 275

Colombia, población activa agrícola en,
 86
 Colón, Cristóbal, rutas del, 129
 Colón, Diego, 180
 colonias, imperio y, 211-214
 combustibles naturales, 34
 Comenius, obispo de la hieronimiana,
 268
 comercio: asiático, 129-130;
 nial, 89; construcción de un mercado
 europeo de, 117-123; construcción de un
 mercado mundial de, 123-129; interna-
 cional, 123-129; internacional, 136-140;
 expansión del, 53; «triangular» y nave-
 gación, 114-116
 Compañía Inglesa de la India, 304
 Comuna de París, 189
 Comunidad Europea, 304
 concepciones prematrimoniales
 Conferencia Internacional del Trabajo,
 1944, 180
 confesión, difusión de la, 291
 confucianismo, 242, 243
 Congo: población ocupada en agricultura
 en, 87; y el imperio belga, 213
 Constantino, 244; alianza con el imperio
 romano, 247; reformas de, 196
 Constantinopla, 198; epidemia en, 66; tomas
 por los turcos, 198; industria de bienes de
 consumo: industria de bienes de consumo,
 evolución del, 134
 contraalisos, vientos, 19
 Contrarreforma, 250, 290
 Copérnico, cosmología de, 265
 Corán, el, 253, 255
 Córdoba, 97
 Córdoba, Alfonso de, médico, 67
 Corea, religión en, 242
 Coriolis, fuerza de, 19
 Cornelio Agrípa, 266
 corrientes marítimas, 19-22
 corrupción: autonomía del estado electo-
 ral, 210
 Coruña, La, trabajo femenino en, 265
 cosmología, 265
 Costa, Uriel da, deísta, 268
 Covarrubias, diccionario castellano,
 194
 Cracovia, comercio en, 121 f., 122
 crecimiento, tasas de, 43-44, 49, 78; cálculo
 de las, 81-82; del PIB, 162
 crecimiento económico, 144-148
 crédito, nacimiento del, 120
 Creta, escritura en, 261

industrialización de la sociedad, 226-228
 imperio, 169, 240, 243, 245, 246-250, 313
 Magnon, hombre de, 45 f.
 Manu, dion, 243-244
 March, Alfred W., 100
 masas, en las plantaciones de, 170
 masa de fertilidad en, 79; trabajadora en, 180; y el imperio español, 212
 Maury, 277
 mercancía de, procedentes de China, 100
 concepto de, 259; de la corte, 187, 293-295; de masas, 285, 296-299; rural, 263, 285, 286-287, 288-291, 298, 299-299; transmisión de la, 261-263
 Millingham, Andrew, 66
 movimiento de revuelta, 278, 279
 Maurice, 147 f.
 Mencia, 253; cruzada de los mongoles en, 248
 Mencia, Georges-Jacques, 246
 Mencia, río, 25
 Mencia, Charles, 270
 Mencia, unificador de Israel, 245
 Mencia, Lance E., sobre el imperio británico, 212
 Mencia: sobre las mujeres, 171-172
 Mencia para el Establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional, 162
 Mencia, 95, 103
 Mencia, Eugène, 273, 274. *La libertad humana al pueblo*, 274
 Mencia, 277
 Mencia, John Paul: *Historia de la ecología*, 17 f.
 Mencia, Giambattista: *Magia natural*, 266
 Mencia, 195
 Mencia, comandante, 37-38
 Mencia de *unicité*, en Francia, 233
 Mencia comunales, liquidación de los, 3
 Mencia, René, 264, 267
 Mencia de los países subdesarrollados, 3
 Mencia, Denis: *Encyclopédie*, 269
 Mencia, 197
 Mencia, 207; evolución de los delitos, 208 f.; productividad agrícola en, 100 y f.

Dioleciano, reformas de, 196
 dioses, creencias en los, 286
 dióxido de carbono, en la atmósfera, 15-16, 27, 32
 disentería, 61, 62, 64
 Disney, Walt, 298
 divisas, compra y venta de, 139
 Dohlin, Alfred: *Berlin Alexanderplatz*, 280
 Dobruska, Moses, sabbatista, 246
 domesticación de animales y plantas, 46-47
 Donne, John, 281
 Dresde, bombardeo de, 224-225
 Dublin, 119
 Dubois-Reymond, científico alemán, 270-271
 Duchamp, Marcel, 277; *Desnudo bajando la escalera*, 277; *Fuente*, 277
 Duplessy y Morel. *Temporal sobre el planeta*, 16 f.
 Dyauz Pitar, dios del hinduismo, 241

Ebola, virus, 71
 ecología, e historia, 34-36
 ecológica, crisis, 32
 economía: de mercado, 164; de subsistencia, 303; globalización de la, 303; sumergida, 303
 ecosistema véase tróficos, niveles
 Ecuador, 94
 Eduardo VII, rey de Inglaterra, 170
 educación, 259; acceso a la, 163; de las mujeres, 172
 Égica, 177
 Egipto, 253; agricultura en, 97; corte de los mamelucos en, 198; cristianismo en, 246, 248; y religión, 194; véase también corrupción electoral
 elecciones, evolución de las, 211
 Elias, Norbert, 260, 294
 Eliot, 281
 Eluard, Paul, 281
 emperador japonés, desdivinación del, 243
 empirismo, 266
 enclosures, 101 Juditas, revuelta de los, 104
 Endre, Walter, 146 f.
 energía orgánica, 155; pérdida de, 18
 enfermedades véase disentería; gripe española; lepra; malaria; paludismo; peste; SIDA; sífilis; tifus; tuberculosis; viruela
 Engel, ley de, 88
 En-Meburagesi, rey de Kish, 194

epidemias, 65-66
 epidemias militares, 225-226
 Erasmo de Rotterdam, 289
 Ertman, Thomas, 202
 Escandinavia, persecución de la brujería, 292
 Escala, corrientes marítimas en, 24
 esclavitud: abolición de la, 180; como las más importante de las exportaciones africanas, 128; concepto de esclavo, 176; de los africanos, 94, 132, 133, 177, 179; de los indígenas, 131; distinción entre doméstica y productiva, 176-177; edad de oro de la, 178; en Caffa, 126; institucionalización de la, 176; revueltas de haitianos, 180; rural, 177
 Escocia, 207, 207; pensadores de la Ilustración, 143; persecución de la brujería, 292
 escolasticismo, 265, 266, 270
 escritura: cuneiforme, 261, 262; elamita, 262; nacimiento de la, 261; pictográfica, 261, 262; y la imprenta, 263, 266; y la lectura, 263
 Eslovaquia, metales de, 121
 España: emigración en, 110; ferrocarriles en, 160; imperio de, 212; industrialización en, 159; judíos conversos huidos de, 268; manipulación de las elecciones, 210; monopolio estatal de comercio, 131; población de, 78; población activa agrícola, 86; pobreza en, 233; posición de la mujer en, 170, 172-173; productividad agrícola, 105-106; sistema penal en, 229; tasas de mortalidad y de natalidad, 79; transportes en, 136; «trata» de esclavos en, 180; tributos en, 202; y la «gripe española», 69
 Esparta, ciudad-estado de, 194
 especies, comercio de las, 126, 129, 131, 132
 esperanza de vida, 79, 140, 163, 164
 esquimales, 26, 114; fajas de homicidio de los, 218
 estado: apogeo y crisis del, 214-215; autonomía del, 209; moderno, formación del, 198-202; orígenes del, 193-198
 estado del bienestar: desarrollo del, 214-215; quiebra del, 139; utopía del, 161, 162
 estado-nación, 193, 198, 202, 204, 206-211, 214
 Estados Unidos: aranceles de los, 136; aumento de las desigualdades, 138, 162; constitución de los, 179, 292; consumo en, 139, 157; crisis agrícola, 108; esclavitud en los, 177, 179; excedentes de cereales, 137; independencia de, 230; industrialización, 158; pena de muerte en, 233; persecución de la brujería, 292; población de, 79; población activa agrícola, 86, 87; productividad agrícola, 105, 106, 109 y f.; religiones en, 251; sistema penal, 235, 236; tasa de fertilidad, 79; tierras nuevas para cultivar en, 105, 158
 estalinismo, 270
 estamentales, sociedades, 183, 185-186 y f.
 estatura de la población, 63 y f.
 Etiopía: población ocupada en agricultura en, 87; tasa de fertilidad en, 79; y el imperio italiano, 212
 etimología, proceso de, 206, 209
 etología, 167
 Etruria, fábrica de porcelana, 134
 Eufrates, navegación en el, 114
 Europa: difusión de la agricultura en, 95-96 f., 108 f.; epidemia de peste negra en el siglo XIV, 66-67; evolución de la economía en, 144; expansión del hombre en, 130; exportación de plagas y malas hierbas, 34-35; población de, 78, tasas de natalidad, mortalidad y de crecimiento, 77-78; y el comercio mundial, 136
 Evans, 231
 exogamia, 54
 fábrica, aparición de la, 155-156 y f.
 Fallersleben, Hoffmann von, 275; *Deutschland über alles*, 275
 familia: extensa, 57; nuclear, 57, 58
 Fátima, hija de Mahoma, 252
 Faulkner, William, 281
 Febvre, Lucien, 205, 217
 fecundidad, caída de las tasas de, 54
 Felipe II, rey de España, 170
 Felipe IV, rey de España, 197
 Felipe V, rey de España, 231
 feminismo, 170, 174
 Fenicia, lenguas de, 261
 ferrocarril: construcción del, 105, 123, 133, 136, 152, 153 f., 155, 158; financiación de, 159 f., 160; uso en la guerra del, 223
 fertilidad: disminución de la, 53, 74; evolución de la, 50-51, 52; tasas de, 51, 53, 79
 feudalismo, 98-99, 143, 184, 219
 fiebre amarilla, 68

fiebre puerperal, 59
 Filipinas: familias pobres en, 76; y el imperio español, 212
 física, 265; cuántica, 265, 270
 fitoplancton, 22-23
 Flandes: comercio en, 120; primera guerra mundial en, 224; protoindustrialización en, 151; transformación de la agricultura en, 100
 Flaubert, Gustave, 274
 Florencia, 266; comerciantes de, 122; fiestas de, 288; peste en, 65, 67
 Floreta, Caterina, procesada por brujería, 293
 «flota de tesoros», 124
 Fondo Monetario Internacional, 138
 fondos de pensiones, 139, 164
 foraminíferos fósiles, 27
 Ford, fundación, 110
 fotosíntesis, 15, 16, 18, 22
 Fourier, Charles, 58; *El nuevo mundo amoroso*, 58
 fragua catalana, 148
 France, Anatole, premio Nobel de literatura, 175
 francesa, Revolución, 51, 185, 187, 188 f., 202, 206, 219, 223, 273
 Francia: burgueses en, 185, 186 f.; delitos en, 227; ejército de, 220, 221 f.; en la segunda guerra mundial, 224; esclavitud en, 180; guerra con Prusia, 224; imperio de, 212; industrialización de, 158; ley Falloux sobre las mujeres, 172; monarquía absoluta en, 200; mujeres trabajadoras en, 173; participación de las señoras, 170; pensamiento crítico en, 268-269; persecución de la brujería, 292; pobreza en, 233; proceso de formación de la nación, 200; proceso de nacionalidad, 207; romanticismo en, 273-274; sistema penal, 229, 235, 290; surrealismo en, 158; tributos de, 201 f., 202; y la revolución industrial, 152
 Franklin, Benjamin, 133
 Friedrich, Caspar David, 276
 frontera, 205; concepto de, 195 f.
 Fugger, familia de banqueros, 122
 fundamentalismo: cristiano en los Estados Unidos, 304; islámico, 304
 gaghans de los jazaros, poder de los, 196
 Gales, evolución de la ilegitimidad en, 56 f.
 Galileo, 264, 266, 267, 290
 Gama, Vasco de, 36, 129, 130 f.
 ganadería: desarrollo de la, 101, 168; en África, 91
 de la, 18
 García Lorca, Federico, 281
 Geertz, Clifford, 259
 Gellner, Ernest, 203
 Genigis Khan, 248
 Génova, comerciantes de, 120
 geografía histórica, 15
 Géricault: *La balsa de la medusa*, 274
 Ghana: islam en, 254; oro de, 254
 Gibraltar, estrecho de, 24
 Ginsberg, Allen, 139
 gitanos, intento de abolición de, 27-29, 33
 glacial, pequeña edad, 30-31 y f.
 globalización económica, 163 y f.
 gnosticismo, 246
 Goa, en las rutas marítimas, 254
 Godwin, William, 275
 Goldi, Anna, ejecutada por brujería, 292
 Golfo, corriente del, 19, 20-21
 Golfo, guerra del, 225
 Góngora, Luis de, 281
 Gordon, Alex, médico escocés, 235
 Gordon, revueltas contra los, 235
 Goubert, Pierre, 260
 Gova, Francisco de, 272
 gramática: primera castellana, 294
 Gran Bretaña: comercio en, 113; crecimiento económico de, 113; de la industrialización de la población activa en agricultura, 173; revolución agrícola en, 173; proceso de asimilación de la cultura, 207; véase también Inglaterra
 Granada, en el Caribe, invasión de, 225
 Granada, guerra de, 220
 gravitación, teoría de la, 266
 Great Wishford, ritual del pueblo, 274
 Grecia: agricultura en, 96; ciudad en, 194; esclavitud en, 170; escritura en, 262; población activa en, 86; religiones en, 243, 244
 Greco, el, 281
 Gregorio el Grande, san, 287, 287
 griegos, importancia de los, 189
 gripe española, epidemia en, 69
 Groenlandia, capas de hielo de, 201
 Gropius, Walter, arquitecto, 281

Hill, Bridget: «The marriage age of women and the demographers», 52
 Himalaya, 19, 20
 Himmler, Heinrich, 292
 Hindemith: *Ascenso y caída de la ciudad de Mahagonny*, 279; *Mathis der Maler*, 281
 hinduismo, 183, 240-241, 242
 Hiroshima, bombardeo de, 225
 Hitler, Adolf, 19, 219, 281
 Hobbes, Thomas, 200, 202, 218; *Leviatán*, 199
 Hoffman, Philip T., 103
 Holanda, 201, 207; comercio en, 120, 131; exportaciones de plata, 131; imperio de, 212; pensamiento crítico en, 268; persecución de la brujería, 292; población ocupada en agricultura, 86; pobreza en, 233; productividad agrícola, 109 y l.
 hombre: evolución del, 45 f., 46; expansión del, 46
 Homero, poemas de, 262
Homo erectus, 45 f.
Homo habilis, 45 f.
Homo sapiens, 45 f., 46
 Hong Kong, taoísmo en, 242
hópitales ginecistas, en Francia, 233
 Horkheimer, 270
Horrorosos crímenes y la sentencia del dragón, romance de los, 232
 Hörspiel, género literario, 280
 hospicios, niños abandonados en, 56, 57, 61
 Howell, Vernon Wayne, dirigente de los davidianos, 251
 Hroch, Miroslav, interpretación de, 208
 Hugo, Victor, 273, 274
 hugonotes, 268
 Hungría: ganada vacuno en, 121; plota de, 121
 hunos, invasión de los, 30
 Huntington, Samuel, teórico de la guerra del Vietnam, 304
 husitas, movimiento de los, 250
 Huttenback, Robert A.: investigación sobre el imperio británico, 212
 Iahvé, dios supremo del judaísmo, 245
 Ibn Arabi, 254
 Ibn Batuta, 36, 124
 Ibn Khaldun, 36
 Idrisi, geógrafo, 41
 iglesia, como gran propietaria de esclavos, 177

ilegitimidad, tasa de, 52, 56 y l.
 Ilustración, 143, 239, 260, 268-270, 273, 285
 imperio, como estadio superior del estado-nación, 211, 214
 imprenta, 266
 impresionismo, triunfo del, 277
 India: comercio con la, 122, 123, 129; como mercado colonial, 158; enfrentamientos étnicos en, 304; epidemia de peste en la, 69; escritura en, 261; industrias de la, 158; invasión de la, 30; población de la, 79; población ocupada en agricultura, 87; puertos comerciales de la, 20; religiones de la, 241, 242; salarios de las mujeres, 168; sistema de castas de la, 183; tasa de fertilidad, 79
 indianas, tejidos de algodón estampados, 132, 135
 Indicador de Desarrollo Humano, 140, 163
 Índico, océano, 19, 29, 36, 123, 125 f., 127, 130
 Indo, civilización del valle del, 123
 Indochina, y el imperio francés, 212, 213
 Indonesia, 50, 212; ciudades comerciales de, 124; crisis económica de, 163
 industria: rural, 148-152; urbana, 148
 industrialización moderna: con planificación centralizada, 160; expansión de la, 158-160; y desarrollo, 161-165; y el crecimiento económico, 52, 143, 144
 infanticidio: como control de la natalidad, 50; femenino, 174
 Inglaterra: corrupción en, 209; delitos en, 227, 234; demanda creciente del mercado interior, 152; derecho al voto en, 210; evolución de la ilegitimidad en, 56 f.; evolución económica de, 51; formación de un mercado nacional, 133-134; hacienda en, 201; imperio de, 211-212; leyes de pobres en, 233; movimiento feminista en, 170; Parlamento de, 185, 196; pensamiento crítico en, 268; persecución de la brujería, 292; primera revolución agrícola en, 100-102; proceso de comercialización en, 119, 120; proceso de industrialización, 161; producción de, 158; red de *turpíke roads*, 135 f., 136; revolución industrial, 63, 85, 107, 143-146, 152-157; romanticismo en, 275; segundo revolución agrícola, 104, 105; sindicatos en, 189; sistema penal en, 229, 230, 232, 234, 236; suabasta de esposas en, 173; tasas de nata-

lidad, mortalidad y de crecimiento, 49, 52, 62, 75
 inmatenismo, 263
 Inquisición española, 62, 170, 248, 293
 interés, tipos de, 139
 Internacional, Primera (AIT), 189
 invernadero, efecto, 32
 Iran: chinitas de, 254; comerciantes indios en, 126
 Iraq, chinitas de, 254
 Irlanda: hambre en, 65; navegación en, 114
 Irlanda del Norte, telares en, 151
 irrigación, técnicas de, 91, 97
 islam, 240, 247, 252-256 y l.; crecimiento económico de la cultura, 144; esclavitud en el, 179; identificación de religión y política, 197; ley del, 197-198, 254; principios del, 255
 Islandia, 21
 ismaelitas, rama extremista de los, 254
 isótopos del oxígeno, 27, 28 f., 29 f.
 Israel: estado de, 246; reino de, 245
 Italia: delitos en, 227; emigración, 110; imperio de, 212; impuestos en, 214; población activa agrícola, 86; unificación política del reino de, 208
 jainismo, religión de la India, 241
 jaloque (*siuaco*), viento de, 24
 Jamaica, plantaciones en, 133, 179
 Japón, 76; agricultura en, 109 y l.; en la segunda guerra mundial, 226; evolución económica del, 51; industrialización del, 158, 160, 164; población del, 175; población activa agrícola, 86; religiones en, 242, 243
 Jardine Matheson and Co., 133
 Jaurès, Jean, 213
 Java, comercio en, 124
 Jaynes, Julian, 239
 jazz, difusión del, 297
 Jerusalén, como centro del universo, 39
 Johan, J. C., 228 f.
 Johnson, doctor Samuel, 58
 Joussaume, Sylvie: *Climat, d'hier à demain*, 22 f.
 Joyce, James, 278, 281; *Ulysses*, 278
 Juana de Arco, 207
 judaísmo, 169, 245, 247, 252
 judíos, 124; acusados de la epidemia de peste, 67; expulsión de, 181; exterminio de, 182
 judíos, expulsión de, 293
 Juliano, emperador romano, 247

Kafka, Franz, 281
 Kandinski, Wassily, 277
 Kant, Immanuel, 269
 Keats, John, 274, 275
 Keeley, Lawrence H., antropólogo, 217-218
 Kenia, población ocupada en agricultura, 87
Kerati, pueblo mongol, 248
 Kerridge, Eric, 100
 Khadija, esposa de Mahoma, 252, 253
 Kharijitas, secta puritana del islam, 254
 Khodorkovsky, Mikhail, 164
 Kiev, 119
 Kilwa, ciudad-estado de, 124
 Kipling, Rudyard: *La carga del hombre blanco*, 213
 Kokoschka, Oskar, 277
 Kosovo, cofradías islámicas en, 255
 Kraeauer, Siegfried, 280, 299
 Krämer, Heinrich: *Mallenas maleficarum*, 291
 Kristeller, Paul Oskar, 271
 Krugman, Paul: *El internacionalismo "moderno"*, 164
 Ku Klux Klan, auge del, 182
 Kuhn, Thomas S., 265; *La estructura de las revoluciones científicas*, 264

Lamartine, Alphonse de, 273, 274
 Langtry, Lilly, 170
 Languedoc: citanos en el, 249; protoindustrialización en el, 151; traducciones de textos bíblicos en, 249
 lapones, 26
 lectura, 263
 legumbres, en la dieta humana, 47, 92-93
 Leipzig, «batalla de las naciones» en, 220
 lengua, uso culto de la, 293-294
 Lenin, Vladimir Ilich, 278, 279
 Leonardo da Vinci, 220; «inventos» de, 147 f.
 Leovigildo, 177
 lepra, 66, 69
 Lerner, Gerda, 168
 Les Groubes, 92
 Letonia, 40 f.
 letra de cambio, circulación de la, 120 y l.
 Letrán, IV concilio de, 291
 Lewis, John S.: *Rain of iron and ice*, 33
 liberalismo, amenazas del, 215
 Liberia, colapso en el estado, 215
 Libia, y el imperio italiano, 212
 libros: códex o volumen de páginas costadas, 262-263; en forma de rollo, 262; lectura de, 263; y la imprenta, 266

linaje: disimulacion de la, 105; organización de la familia del, 54
 lino, 151
 Lisboa, población negra en, 151
 Lisina, 47
 Locke, John, 202; *Dos tratados de gobierno civil*, 200
 Jolardos de Wycliffe, movimiento de, 250
 Londres: causas de la muerte, 62 f.; comercio de, 122, 123, 234, 235; epidemia de mercado financiero de, 190; los ilegítimos, 58; prostitución, 250
 Long Term Capital Management, fondo especulativo, 149
 Luis Felipe, rey de Francia, 250
 Luis XIII de Francia, bipreio, 250
 Luis XIV, monarquía absoluta, 250
 Lutero, 250, 292, 294
 Lyon, seda de, 157
 macedonios, uso de la falanga por los, 218
 MacFarlane, Alan, 51, 62
 Madrick, Jeff, 157
 Mahavira, fundador del jainismo, 252-253, 255
 Mahoma, 198, 252-253, 255
 maíz, en la dieta humana, 47, 92
 Malaca, 124
 Malasia: ciudades comerciales, 123
 malaria, 68, 70; campaña contra, 250
 malas hierbas, introducción en, 34
 Mali: población ocupada en agricultura en, 87; tasa de fertilidad en, 212
 Mallorca, como escala para la piratería, 24
 Malthus, Thomas Robert, 48, 50; *Sayo sobre el principio de población*, 243
 Mancha, canal de la, 24
 mandioca, cultivo de la, 94
 Manzoni, Alessandro, 271; *Hernán Cortés*, 67
 mapas: de la propiedad, *véase* *usados por los navegantes*, 49, 50; cubrimiento del mundo, 36-41, 49; por parte de la geopolítica, 49
 Maquiavelo, 217, 220; teoría del estado de, 199; *La manninga*, 220
 máquinas de vapor, 131, 152, 153; de Newcomen, 154 f.

Monumento del nivel del, 32, 46; y el hombre, 22-24; véase también corrientes marítimas
Mora, Franz, 277
Moravia, 158
Moravia negra, 23
Morgan, Stephen, economista norteamericano, 135
Morita de la Asunción, «monja santa» de Liebes, 170
Moriscos exiliados, 181
Morosos, tasas de mortalidad y de natalidad, 78, 79
Morsella: colonias de armenios en, 126; peste en, 68
Morse, John, 39
Morshull, Plan, 161
Mors, Eleonor, 171
Mors, Karl, 187; y las reglas de propiedad, 227
Mosawi, sultanato de, 180
Moturbación, enfermedades que los médicos atribuyen de la, 57-58
Motino, Henri, 277, 281
Motivación, Mary K., 64
Matrimonio: concertado entre familias, 33 y f.; edad del, 73; indisolubilidad del, 84; y familia, 54-58
Matrimonio tardío, como limitador de la fertilidad, 50, 51
Mauder, mínimo de, 31
Maury, Raymond, 179
Mayakovsky, Vladimir, 278
Mayas, agricultura de los, 34
McNeill, William H., 68
Meen, la, 69, 125, 180, 252; la Ka'ba, 253
Mediel, familia, 288
Medicina moderna, progresos de la, 69
Medina, 252
Medina del Campo: comercio, 120 f.; ruta de la plata en, 131
Mediterráneo, mar, 23-24, 25 f.; comercio en el, 114
Mehmet II, 198
Melji, restauración, 243
Melissen (Bajonia), fábrica de porcelana de, 134
México, economía de, 113, 164
México europeo, construcción de un, 119-123
México nacionales, formación de los, 128-136
Medina, estracho de, 24
Mesopotamia: agricultura autosuficiente de, 94; ciudades-estado de, 194; comercio en, 123; diferencias entre seño-

metalúrgica, industria, 158
 meteorología: y cultivos, 91; y navegación, 116
Meuvret, Jean: *Études d'histoire économique*, 64 f., 65
 mexicana, revolución, 107
 México: población activa agrícola, 86; sistema agrario indígena en, 35; trabajo en, 131
Mezquital, valle del, en México, 35
Michelet, Jules, 57, 172
 migraciones de población, 78, 79, 80, 107, 110
Miguel Ángel, 220
 mijo, en la dieta humana, 47
 milenaristas, ideas, 251
Milton, John, 281
 minerales, esenciales para la vida humana, 47
Mirabeau, marqués de, 259
 moda femenina, comercialización de la, 134-135
Moisés, 245
 molino de agua, difusión del, 98, 146
 monarquías, 195; absolutas, 199, 200, 202; establecimiento de, 168
 moneda, aparición de la, 117-118, 119
 mongoles: invasiones de los, 30, 198, 248; peste bubónica entre los, 66, 68; y el comercio, 125
 monoteísmo, 240
Mont Blanc, primera ascensión al, 38
Montaigne, Michel Eyquem de, 60
 «Montanindustrie», 148
 montaña, descubrimiento de la, 38
Montesquieu, Charles de Secondat, barón de, 25, 178-179, 269
Montpellier, Universidad de, 67
 monzones, vientos, 19, 20
Moon, Sun Myung, dirigente de la iglesia de la unificación, 251
Moravia, anabaptistas de, 251
 moriscos, expulsión de los, 181, 292, 293
Moritz, Karl Philipp, 272
 mortalidad: de los indios americanos, 68; infantil, 49, 51, 59, 60, 61, 77; relación con el hambre, 63-64, 65; relación con los precios del trigo, 63, 64 y f.; tasas de, 49, 51, 54, 59, 70 f., 75, 78, 218
Moscú, comercio en, 120, 126
Motown, empresa discográfica, 297-298
Mozambique, población ocupada en agricultura, 87
Muawiyya, iniciador del califato hereditario, 253, 254
 mujeres, 167-168; diferencias entre seño-

ras y, 168, 169, 171, 173; en el mundo romano, 169; en Grecia, 168-169; esclavización de las, 168; papel en la religión, 168, 169; salarios reales de las, 168; trabajo de las, 172; y el servicio doméstico, 173
Munster, como «nueva Jerusalén», 290
Muntzer, Thomas, 251
Murdoch, William M., profesor de biología, 76
Murillo, Bartolomé Esteban, 281
 música popular, 297-298
 musulmanes, 255-256; conquistas de los, 253; véase también islam
Mutis, José Celestino, botánico, 93
mutjahids, clero del islam, 254
Muttawakkil III, al-, último descendiente de los abasies, 198
 nacimientos ilegítimos, 55-56
 nación: concepto de, 203; origen de la, 204-205
 nacionalismo: definición del, 203; identificación del, 203-204, 208
Naciones Unidas, 161, 180, 194, 304
Nagasaki, bombardeo de, 225
Napoleón: ejército de, 104, 220, 223; y el orden público, 234; y la esclavitud, 180
 natalidad: control de la, 50, 52, 53-54; mecanismos de equilibrio de la, 50, 73 y f., 74; «naturals», 49-50; relación con la pobreza, 50, 51, 53-54, 63, 75; tasas de, 49, 51, 75, 78
 naturaleza, conquista o dominio de la, 34
 navegación: a remo, 115 y f.; a vela, 19-20, 24, 115, 116, 123, 129; rutas de, 19-20, 25 f., 26 f.; y comercio, 114-116
 nazarenismo, que postulaba el retorno a Rafael, 274
 nazismo, 160, 182, 211, 219, 270, 279-280, 281
Neandertal, hombre de, 45 f.
Negri, Antonio, 268
Negro, mar, 24, 122; colonias mercantiles en el, 120, 177
 neoclasicismo, 273
Nepal, 242; población ocupada en agricultura, 87
 nestoriana, iglesia cristiana asiática, 248
Netanyahu, Benzion, sobre la persecución contra los judíos, 293
new draperies, 148
Newton, Isaac, 176, 251, 264, 266, 267; física de, 265, 270
Nicaragua, corrupción electoral en, 210

Nieboer, 176
Niger, río, 37
Niger: población ocupada en agricultura en, 87; tasa de fertilidad en, 79
Nigeria: Indicador de Desarrollo Humano, 163; islam en, 254; población de, 78-79
Nilo, río, 24, 37; agricultura autosuficiente en, 94
 nodrizas, 61 y f.; véase también amas de cría contratadas
Norfolk, sistema de, 101
Noruega, corrientes marítimas en las costas de, 21
 nudo, como medida de velocidad, 24
Nueva Guinea, agricultura en, 92
Nueva Inglaterra, producción textil de, 158
Nueva York: como capital del arte, 282; refugio de exiliados en, 278
Nueva Zelanda, 34-35, 109 y f., 212
Núñez de Balboa, Vasco, 36
Nyerere, Julius, presidente de Tanzania, 162
 obrero, movimiento, 188-189
 obsidiana, como producto de intercambio, 113
Oceania, 36; expansión del hombre en, 36-37 y f., 46
Oliver, Joe «King», 297
 olivo, introducción en América del, 48
Omán, sultanato de, abolición de la esclavitud, 180
 omeyyas, dinastía de los, 198
 opio: comercio del, 133; guerras del, 133
Organización Mundial de la Salud, 70
Organizaciones No Gubernamentales (ONG), crecimiento de las, 211
 oro: monedas de, 123; producción de, 124, 127
Osborne, Robin: *La formación de Grecia*, 1200-479 a.C., 26 f.
Osmán, compilador del Corán, 253
Oswald, comerciante, 133
OTAN, creación de la, 161
 otomano, imperio, 198
 ovejas, introducción en América de las, 48
 Pablo, san, cartas de, 177
Pacífico, océano, 20; descubrimiento del, 36
 paganismo, 246, 286; restauración del, 247, 248

País Vasco, persecución de la brujería, 292
Palau, República de, 194
Paleolítico, límite de los hielos en el, 21
Paleólogos, familia imperial bizantina de los, 198
Palestina: enfrentamientos étnicos en, 304; tradición apocalíptica en, 246
Palmares, en Pernambuco, «república negra» de, 180
 paludismo, 70
Pampa argentina, plantas nativas en la, 35
París, 282
 parsis, seguidores del zoroastrismo, en la India, 244
Partido Socialista Obrero Español (PSOE), 211
 partidos políticos, 210-211
 patata, cultivo de la, 94
 patriotismo, retórica del, 206
Pegu, comercio en, 124
 pelaires, o preparadores de la lana, 149, 150, 151
 pena de muerte, 230, 231-233
 penal, sistema, del antiguo régimen, 229-230
Pepys, Samuel, 62
Pericles, 195
 persa, imperio, 195-196
Pérsico, golfo, tráfico marítimo en el, 123, 124
Peru Abarka, poema euskera, 49
Perú, introducción del trébol en el, 35
 pesca, zonas de, 23
 peste, 61, 65-66; «de Atenas», 66; epidemia de 541-544 (peste de Justiniano), 48, 66; negra o bubónica, 30, 66-67 y f., 68, 69, 100; pneumónica, 66; septicémica, 66
 pesticidas, uso en la agricultura de los, 110-111
Petrarca, 67-68
Picabia, 277
Picasso, Pablo, 277, 281
Pioneer Fund, fundación, 182
Piscator, Erwin, teatro político de, 279
Pitágoras: seguidores de, 19; teorema de, 264
 plagas, introducción en América de las, 34
 plancton vegetal, 22-23
 plantas: véase animales y plantas domesticación de
 plata americana: hacia la China, 130, 133; llegada de la, 121, 122, 131, 132

Pleistoceno, 451
Plioceno, 451
 población: control mundial
 controles positivos de la, 4
 ventos de la, 5
 distribución de la, 51
 de la, 43-44 y f., 48
 crecimiento de la, 51
 pobres, 295-296; sistema
 pobreza, 163, 233-234
Poe, Edgar Allan, 36
Poincaré, Henri, 271
Polinesia, rutas de la explotación, 282
Pollock, 282
Polo Norte, corrientes marítimas, 20-21
Polonia: corona electiva
 gunda guerra mundial,
 cuno de, 121
 porcelana: véase China
Portugal, 207; comerciantes
 conversos huidos de,
 estatal de comercio,
 de, 129-130; población
 86
Pottier, Eugène: autor de
Internacional, 189
Pound, Ezra, 281
Powelson, John P., 51, 20
Prado, Juan de, 268
 precios: fluctuaciones de
 ción de los, 131
 preservativos, industria de
Presley, Elvis, 297
 «prêt-à-porter», invención
Prisciliano, seguidores de
Procter and Gamble, producción asiática, moda
 propiedad, derechos de,
 prostitutas, 58, 169, 173;
 tigua, 50
 protestantes, 250, 290, 291
 protoindustrialización, 1
Proust, Marcel, 281
Prusia: agricultura en, 1
 227; sistema penal en,
 litares de, 223
Prvor, John H.: *Geography*
war, 25 f.
Ptolomeo IV de Egipto,
 gigante de, 115, 116 f.
Ptolomeo, cosmología de
Puerto Rico, y el imperio
Putnam, Robert, 202
putting out, sistema del,

Rusia: arte de vanguardia en, 278-279, 281; comerciantes indios en, 126; comercio de las pieles, 121; esperanza de vida en, 164; persecución de la brujería, 292; tierras nuevas para cultivar -en, 105, 108 f.

Sabel, Charles F., 156, 157

Sabúico de Nantes, Oliva, 170

Sade, marqués de, 234

Sahara, 30, 38, 127

sal, 22, 113

salario: de las mujeres, 168; en la agricultura, 88, 102, 106-107; mínimo, fijación del, 214; nominal, 74; real, 74

sállica, ley, 177

Salomón, hijo de David, 245

Sand, George, 171

Sandoval, familia sevillana, 169

sanidad, como servicio social, 214

Sant'Elia, 277

Santander, trabajo femenino en, 173

Santo Domingo, revueltas de los esclavos en, 180

São Gabriel, nave capitana de Vasco de Gama, 130 f.

Schaffhausen, estado de, 208

Schieffen, plan, 224

Schiller, Johann Christoph Friedrich von, 272

Schlegel, Friedrich von, 273; *Lucinda*, 274-275

Schleiermacher, Friedrich, 276

Schoenberg, Arnold, 277, 281

Sciascia, 290

sedá: comercio de la, 131, 132; ruta de la, 123-125, 126 f.

Sedan, victoria prusiana en la batalla de, 224

sefardíes, rama de la cultura rabínica europea, 245

Segovia, industria textil de, 152

Selim I, sultán, 198

Sen, Amartya, 174

señoras: distinción entre las mujeres y las, 168, 169, 171, 173; vestidos de las, 171 y f., 173

Sevilla, 126; monjas y prostitutas de, 169; negros en, 178

Sèvres, fábrica de porcelana de, 134

Shakespeare, William: *Otelo*, 178

shari'ah, ley islámica, 197, 198

shariffs, descendientes de Mahoma, 253

Shelley, Mary, 275; *Frankenstein*, 170, 275

Shelley, Percy Bysshe, 274-275

shintoísmo japonés, 243

Shiva, dios del hinduismo, 241

Shostakovich, Dimitri, 281

Siam, comercio en, 124

Siberia: comercio de pieles de, 121; deportación de condenados a, 230; falta de lluvias en, 29

Sicilia, cambio de nombres en, 290

SIDA, expansión del, 71

Siddhartha Gautama *rñase* Buda siderurgia, 152, 154, 155

Sierra Leona, esperanza de vida en, 140

Siete Años, guerra de los, 133, 220

sifilis, 68, 69

sikhs, religión de la India, 241

Silesia, protoindustrialización en, 151

sindicatos, 189

sionismo, 246

Siria: conquista de, 253; cristianismo en, 246, 248; eremitas de, 246

siraco rñase jaloque, viento

«sistemas, batalla de los», 156, 157

Smith, Adam, 140; *La riqueza de las naciones*, 113, 114

Smith, Colin, 295

Snooks, Graeme Donald, 144

Snow, John, médico de Londres, 39 f.

sociales, servicios, 214, 215

socialismo: hundimiento económico y político del, 162-163; industrialización de los países, 160

Sol, 15, 19, 27, 28, 29; manchas del, 31

solar: energía, 18, 19, 22; luz, 16 f.; radiación, 15, 17 f., 18, 27

Solingen, cuchillos de, 137

Somalia, colapso en el estado, 215

Somoza, Anastasio, general, 210

Soros, Georges, especulador, 139

Southey, Robert, 275

Spinoza, Baruch, 181, 268; *Tractatus theologico-politicus*, 268

Sprenger, Jakob: *Mullens mulficatum*, 291

Sri Lanka: budismo Theravada en, 242; diferencias étnicas en, 204, 242

Stalin, Josef, 279, 281

Steinbeck, John, 281

Stendhal, Henri Beyle, 273, 274

Stephenson, Robert: locomotora *Rocket* de, 133 f.

Stevensborg, H., 228 f.

Strachey, Lytton, 213

Strauss, Leo, 199

Stravinsky, Igor, 281

subsistencia, formas de, 143-165

Sudáfrica, población activa agrícola en, 86

Sudán, esclavitud en el, 180

Suecia: impuestos en, 214; población activa agrícola en, 86

subragio universal, 210

Suiza: consolidación como estado-nación, 208; cuatro lenguas en, 203; mercenarios de, 220; persecución de la brujería, 292; relojes de, 157

sumerios, 194

sumita, religión, 247

sunna, tradición o costumbre islámica, 255

sunñitas, 253, 255

surealismo, 281

Susa, escritura elamita de, 262

Széchenyi, István, conde, 204

tabornitas, rama de los husitas, 250

Talor, Pero, viajero sevillano, 126

Tailandia, familias pobres en, 76

Taiwán, 114; familias pobres en, 76; productividad agrícola en, 109 y f.; taoísmo en, 242

take-off, etapa del proceso industrializador, 161

Tales, predicción de, 264

Talleyrand, Charles-Maurice de, 274

Talmud, doctrina del judaísmo en el, 245

Tánesis, río, 31, 58

Tanzania, población ocupada en agricultura, 87

taoísmo, 242-243

té, comercio del, 131, 132

tejidos: comercio de, 131, 132-135; producción de, 148; *rñase también* indias

telares, 151; *spinning jenny*, 153

telepredicadores, fenómeno de los, 251

Tell, Guillermo, mito de, 208

temperatura: caída en el siglo XIV, 30, 31 f.; evolución de la, 19, 27, 28-29 y f., 30, 31 f., 46; *rñase también* clima

Teodosio I, emperador romano, 247

teología, 265

Teresa de Jesús, santa, 181

termodinámica, segunda ley de la, 16

termohalina, circulación, 21-22 y f.

Terranova, bancos de, 20-21

textil, industria, 134-135, 152, 153

Thatcher, Margaret, 190

Thera, explosión del volcán de, 239

Thompson, E. P., 103, 173, 187; *Costumbres en común*, 144, 202; *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 188

Thomson, James: autor del *Rule Britannia*, 207

Tibet, 242

tilus, 61-62, 66, 68

Tiller, John, coreógrafo de Manchester, 280

Tilly, Richard, 296

tisis, forma pulmonar de la tuberculosis, 69

Tissot, médico de Lausana: *Quantsint*, *Tratado de los descendientes producidos por la masturbación*, 57

Tocqueville, Charles Alexis Clérel de, 172

Toledo: concilio XVI de la iglesia, 177; industrias textiles de, 151, 152

Tomás Becket, santo, 62

Tomás de Aquino, santo, 125, 265

Tönnies, Ferdinand, 296

Torah, la Biblia hebrea, 245

Toro, beaterio demasiado alegre en, 170

Torras, Jaume, 150

trabajo, organización del, 155

trabajo infantil, 53, 76; prohibición del, 214

tradición popular y literatura culta, 289

Trajano, emperador romano, 244

Transjordania, 198

transporte marítimo, precios del, 105, 106 f.

«trata» de esclavos, 179-180; *rñase también* esclavitud

Treinta Años, guerra de los, 225

Trento, Concilio de, 251

trigo, 47, 92-93, 118, introducción en América, 48

tripanosomiasis, 94

trirreme, navegación en, 115 y f.

Tristán, Flora, 171

trópicos, niveles, 15-17, 23

Truman, Harry S., presidente de los Estados Unidos, 161

Truppa, Gedun, dafai lama, 242

tsé-tse, mosca, 94, 95 f.

Tsuru, Shigeto, economista japonés, 138

tuberculosis, 61, 69, 70 f.

Tucidides, 66

Turan, tierra de los uzbekos, 126

turcos, invasiones de los, 30

Turgot, Anne Robert Jacques, 203

Turmeda, Anselm, 289; *Llibre de bons amonestaments*, 289

Turquía: estado laico de, 198; estrechos de, 24

Tutalu, 194

Tyler, 259

Tzara, Tristan, 278

Ucrania, ganado vacuno de, 121

Uganda: población ocupada en agricultura en, 87; tasa de fertilidad en, 7

Ugarit, alfabeto cuneiforme de, 263

Umar, suegro de Mahoma, 253

umma, comunidad de los musulmanes, 255

Unión Soviética, 278; en la segunda guerra mundial, 226; industrialización, planificación centralizada en la, 1

Upanishads, enseñanzas secretas del hinduismo, 241

Ur-Nammu, código de, 176

Uruguay, población activa agrícola en, 86

valdenses, movimiento de los, 250

Valencia, trabajo femenino en, 173

Van der Rohe, Mies, 281

vapor *rñase* barcos de vapor; máquina de vapor

vegetarianos, seres humanos, 19

Venecia, comerciantes de, 122, 129

venéreas, enfermedades, *rñase* sífilis

Venezuela, población activa agrícola en, 86

Verville, Bernalde de, 289; *Le moyen parvenu*, 289

Vicens Vives, Jaume, 199

Vicente Ferrer, san, 169

vid, cultivo en Etruria de, 90 f.

Vidor, King, 281

vientos: atmosféricos, 19-22; dominantes, 19, 24, 25 f.

Vietnam: budismo en, 242, comercio internacional en, 124; guerra de liberación en el, 203; población ocupada en agricultura, 87

Vilar, Pierre, 14, 205

Villani, Giovanni, hombre de negocios florentino, 67

Villars, duque de, mariscal francés, 22

Vimioso, conde de, 130

vino: comercio del, 114, 117 f., 118; producción de, 97

viruela, 61, 66, 68, 70

Vishnu, dios del hinduismo, 241

visigodos, leyes de los, 177

vitaminas, esenciales para la vida humana, 47

Vives, Lluís, 181

Vizcava, trabajo femenino en, 173

Vkhutemas, escala superior de arte en Moscú, 278-279

Vollta, Wilbur Glenn, 265

Voltaire, François Marie Arouet, 171, 26

voto, derecho al, de las mujeres, 173

- Wallerstein, Immanuel, 162
Walters, Catherine Skittles, 170
Warhol, Andy, pop art de, 282
Washington, George, 179
Wat Tyler, revuelta para liquidar el feudalismo, 250
Watt, James, perfeccionador de la máquina de vapor, 154 f.
Wedgwood, genio de la industrialización, 134
Weill, Kurt, 279, 280
Wesley, John, 251
Wexler, Paul, 245
Wild, Jonathan, 234
Wollstonecraft, Mary; *Vindicación de los derechos de la mujer*, 170, 275
Wordsworth, William, 275
workhouse, casa de trabajo, 155, 233
Wright, Frank Lloyd, 281
Wycliffe, movimiento de los lolardos de, 250
Yakut Housha, grupo alimentario japonés, 139
Yeltsin, Boris, 164
yersinia, bacilo que provoca la peste bubónica, 66; *pseudotuberculosis*, 68
Yugoslavia; enfrentamientos étnicos en, 304; intento de crear una nación en, 209
Zayas, María de, 170
Zeitlin, Jonathan, 156, 157
zen japonés, corriente budista, 242
Zeus, dios, 243
Zevi, Sabatai, pretendido Mesías judío, 246
Zheng He, almirante eunuco, 124
zooplancton herbívoro, 23
Zoroastro, religión de, 124, 244-245, 253
Zurich, refugio de exiliados en, 278